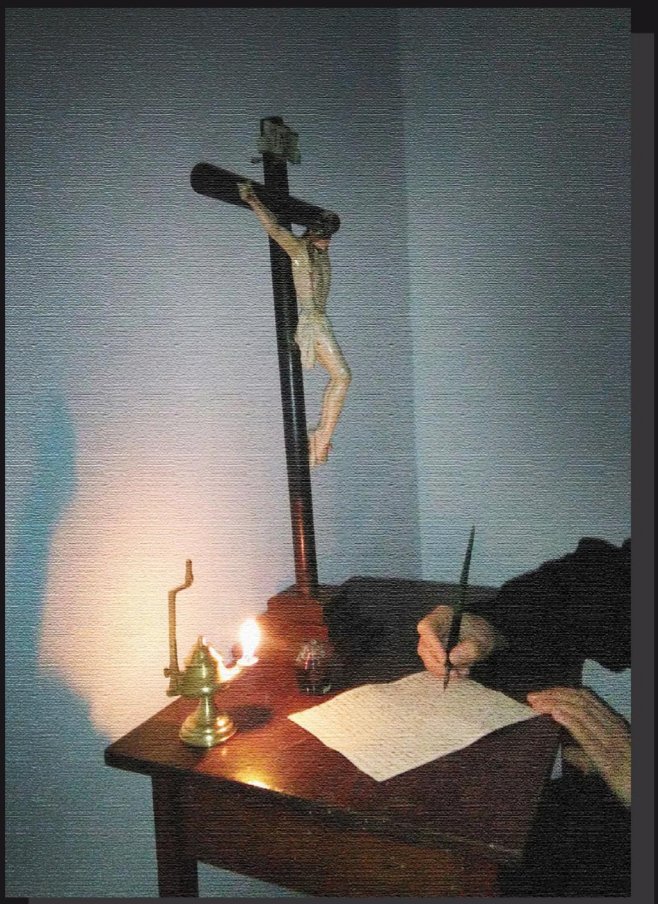
Sor María del Socorro Astorga Liceras
Monja Mínima



SEA MI DIOS CONOCIDO

(Ansias apostólicas de un alma contemplativa)

MONJAS MÍNIMAS - ARCHIDONA (MÁLAGA)

Sor María del Socorro Astorga Liceras

SEA MI DIOS CONOCIDO

(Ansias apostólicas de un alma contemplativa)

MONJAS MÍNIMAS - ARCHIDONA (MÁLAGA)

Fotografías e ilustraciones del interior: © Comunidad de Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona. © Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury. Archivo fotográfico

Edita: © Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Todos los derechos reservados, © Comunidad de Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Autores: Comunidad de Monjas Mínimas de San Francisco de Paula, Convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

Prólogo: María Gracia Gutiérrez Sevilla

Maquetación: Marta Moliz.

Impresión y encuadernación: Impresionarte Soluciones Gráficas.

Depósito Legal: MA 378-2018

ISBN: 978-84-09-00733-2

Queda terminantemente prohibido, sin la autorización escrita de las titulares de copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y el tratamiento fotográfico.

Impreso en España – Printed in Spain.

El Vicario General

SALIDA
OBISPADO DE MALAGA
REGISTRO GENERAL
16 FEB. 2018
Nº 147/18

ANTONIO JESÚS CORONADO MORÓN
VICARIO GENERAL DE LA DIOCESIS DE MALAGA

Atendiendo a la solicitud de las Monjas Mínimas de Archidona, en relación con el libro "Sea mi Dios conocido – *Sor María del Socorro Astorga Liceras*"; encontrándose el mismo de acuerdo con la fe y costumbres de la Santa Iglesia Católica, y no existiendo en consecuencia impedimento alguno para su impresión y difusión en la Diócesis, otorgo, en virtud de las facultades ordinarias que me competen, el **NIHIL OBSTAT QUOMINUS IMPRIMATUR** para la meritada obra, de conformidad con los cánones 823 ss. del Código de Derecho Canónico

Y para que así conste y surta los efectos oportunos, expido el presente documento en Málaga a 16 de febrero de 2018.

Vicaría General

PRESENTACIÓN

Con alegría ponemos en tus manos este sencillo, pero a la vez profundo libro, con los textos espirituales de Sor Mª del Socoro Astorga Liceras. Como aclaración el día ocho de diciembre de dos mil quince, fueron publicados sus escritos íntegros, pero ahora viendo la necesidad de publicar un libro más fácil de leer, hemos creído conveniente extraer las experiencias más importantes contadas por ella misma.

Hemos escogido algunos de sus escritos siguiendo un orden cronológico empezando por una breve infancia, niñez y juventud hasta la entrada al convento, donde empieza a contar sus experiencias místicas; hemos separado el texto con títulos en negrita para facilitar su lectura.

También hemos agregado un guion biográfico.

En el recorrido de la lectura de sus experiencias podrán notar que algunos temas, aparentemente se repiten, como la contemplación de la Trinidad, de la Pasión, la comparación del padre y el hijo, la Eucaristía y otros muchos. Hemos considerado dejarlos porque en cada una hay un matiz diferente que llevado a la reflexión puede hacer mucho bien.

Hay que tener en cuenta que todos sus escritos están dirigidos a su director espiritual, quien le mandó escribir toda su vida y experiencias místicas, por lo que en algunos textos se dirige a V.R o Padre mío.

El título es una invitación a orar, a profundizar en la vida de Jesucristo.

Los textos parten de una arraigada convicción que quisiera trasladar a sus lectores: es necesario orar; orar para el cristiano, tal vez para el hombre de hoy, no es una obligación, es una necesidad.

Ella misma dice:

-Dichoso el que sólo te busque a ti, porque el que te busque, te encontrará, y Vos saldréis a encontrarlo en el camino.

Deseamos que sean muchas las almas que puedan gozar y disfrutar de la lectura de este libro, y que entrando en su lectura deseen conocer a Jesucristo. En palabras de San Agustín:

"Tal es nuestra vida: ejercitarnos en el deseo. "Derrama pues de ti el mal, ya que has de ser llenado del bien".

Terminamos con palabras de Sor Mª del Socorro:

"El alma que se deja labrar y purificar por su Dios, recibe mucho. Señor mío, disipad con los rayos de vuestro divino resplandor, las tinieblas en que están sentadas tantas almas. Alumbradlas, mi Dios, para que se levanten y os busquen a Vos.

Bendito sea mi Dios".

Monjas Mínimas de Archidona.

PRÓLOGO

Cuando nos encontramos con la figura de sor María del Socorro Astorga Liceras, notamos que es un alma tocada por Dios. Es así, tocada por Dios; lo que no podíamos imaginar es hasta qué punto.

Sería más propio decir predestinada para llenar un hueco en los distintos ambientes donde vivió: familia, amigos, enfermos, hermanas de religión... y dejar huella en ellos.

Con apariencia de humildad, de poca inteligencia; los parientes la llamaron tonta. Después de leer sus escritos redactados desde finales de 1809 hasta 1813, sorprende la sabiduría que encierran, los conocimientos, me atrevo a decir teológicos, que expresa sin pretenderlo, cumpliendo con gran esfuerzo la obediencia, impuesta por su confesor, Rvdo. Padre Joaquín Tendero de santo Tomás de Aquino, rector del Colegio de las Escuelas Pías de Archidona.

No le daba valor a los pensamientos de gran profundidad, que escribía día tras día, con gran trabajo, después de cumplir sus obligaciones: la salud no le ayudaba, y a pesar de eso se esforzaba hasta el límite para llevar a cabo lo que tenía encomendado.

Otra de sus facetas es el misticismo que vivía y expresaba con gran claridad en sus escritos. Con pluma y tinta, como era costumbre en aquel tiempo, hace dos siglos, llenó mil cien folios, en poco más de tres años. Tenía humor y cierta gracia en algunos momentos, como el día que derramó el tintero, y le apagó la luz del candil con que se alumbraba, o en su relación con los gatos.

En varias ocasiones cuenta, con toda naturalidad, que comprende el misterio de la Santísima Trinidad e incluso trata de explicarlo. A veces se expresa como san Juan de la Cruz y santa Teresa o se adelanta, en alguna comparación, a santa Teresa del Niño Jesús.

Poseía clarividencia: conocía cosas que pasarían o que estaban pasando, y presentía cuándo alguien estaba a punto de morir.

Sintió en su propio cuerpo, como otros santos, los dolores de Nuestro Señor en los momentos de la Pasión, y oía y hablaba con su "amado esposo" como siempre llamaba a Jesús.

Su devoción a la Santísima Virgen la vivió desde muy niña; la llamaba "mi Dulce Madre". Esta imagen, con la que se comunicaba, se encuentra en el pequeño oratorio de la iglesia del convento de Jesús María del Socorro de Archidona.

A lo largo de los escritos, nos da a conocer: su niñez, su entorno familiar, el principio de las revelaciones para seguir la vida religiosa, las numerosas enfermedades que padeció desde pequeña hasta el final de la vida, la relación con sus hermanas de religión, y las dificultades que tuvo que vencer.

Este libro nos sirve, de crónica de la época, nada fácil, que le tocó vivir, como la invasión de los franceses, y otras curiosidades sobre costumbres, devociones religiosas o problemas económicos y culturales de gran valor histórico.

Su familia fue algo singular: su padre Francisco de Astorga Frías era "alarife", lo que hoy se denomina arquitecto, construyó la famosa Plaza Ochavada de su pueblo, Archidona, y la torre y fachada del citado convento. Su hermano Juan de Astorga Cuberos fue un famoso imaginero de Sevilla, donde se conservan numerosos e interesantes trabajos.

Lo más sobresaliente de su vida fue su amor inmenso, admirable para nosotros, que lo llenaba todo. Lo repite una y otra vez, y nos pide con todas las expresiones posibles: que amemos sin límite y sin medida a Dios.

Su santidad fue tan patente que a los once años de su muerte, en 1825, se dio inicio al expediente de justificación para el proceso de beatificación. No siguió adelante por las diversas vicisitudes históricas del momento.

Providencialmente, tras el fallecimiento de sor Ángeles Rodríguez Utrilla, durante el entierro, a la vista de la lápida de sor María del Socorro, donde se menciona que había muerto en olor de santidad, dos siglos después, se han reanudado los trámites para poder abrir dicho proceso. A partir de aquí se van encadenando los hechos hasta terminar en la publi-

cación del magnífico libro de sus escritos. No me corresponde a mí hablar de ello, porque tomé parte activa en esta publicación. Sí diré: que para mí trabajar con estos escritos ha sido algo muy especial y ha cambiado mi visión de la vida en muchos aspectos.

La intención de este libro, menos voluminoso, es dar a conocer parte, de sus pensamientos, sentimientos y experiencias místicas que vivió durante toda su vida.

Me atrevo a recomendar al lector: que complete este conocimiento en la obra completa, donde se recoge la totalidad de lo que llevamos comentado:

Escritos de la sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga Liceras (1769-1814)

María Gracia Gutiérrez Sevilla[1]

[1] Licenciada en Filología Hispánica. Coautora del libro: Escritos de la Sierva de Dios Sor María del Socorro Astorga Liceras (1769-1814).

"Que solo mi Dios sea amado por muchas almas,
y que solo den entrada en sus corazones a su Dios,
que es todas las cosas, pues solo Dios basta.
Daría gritos para decir que:
todas las criaturas amen a mi Dios"

(Sor Mª del Socorro Astorga Liceras)

GUIÓN BIOGRÁFICO

1769: 30 de octubre. Nace en Archidona España. Fueron sus padres Francisco de Astorga Frías y María Rosa Liceras y Cuevas.

1 de noviembre. Bautizada en la Parroquia de Santa Ana por el Pbro. Francisco Benítez con el nombre de María Claudia Josefa.
Padrinos: Pedro Berrocal y Andrea Abolafia.

Tuvo un hermano llamado Francisco María José, que murió siendo niño, y más tarde, del segundo matrimonio de su padre, dos hermanos más, uno de ellos Juan de Astorga Cubero, famoso escultor e imaginero, Julián, alarife y Francisca.

1773: 5 de julio, fallecía su madre María Rosa, a los 29 años de edad. Tenía María tres años.

23 de diciembre, segundas nupcias de su padre con María Cubero Vilches.

1774: Primera revelación y devoción a la Virgen de los Dolores. Siempre que se dirigía a Ella la llamaba "Mi Dulce Madre".

1775: Con seis años comienza a ir a la *"miga"* , escuela. Con esta edad ya sabía leer.

Empezó a hacer oración con la lectura de la Pasión y el compendio de las virtudes de los santos.

1777: Hace su primera Comunión. Empezó a tener más luz y conocimiento de Dios.

1779: A los diez años, sufrió un grave percance: alguien accidentalmente le clavó unas tijeras en la mano. A consecuencia de esto empezó a leer y a meditar sobre la pasión de Cristo.

1781: Fue pretendida por primera vez.
Le escribieron un papel pretendiéndola para el estado de matrimonio. Acudió llorando a su Dulce Madre pidiéndole luz para conocer la voluntad de Dios. Mientras estaba orando escuchó una voz que le decía:
-*No te quiero para ese estado sino para esposa de mi Hijo. Se quedó sorprendida y llena de consuelo.*

1783: Le ocurrieron varios percances: la vecina le levantó un falso testimonio.

1785: A los dieciséis años, le aumentaron los fervores religiosos deseando con más ansia ser religiosa.

En esta época empezó a ayunar con mayor frecuencia, y buscar la manera de mortificarse.

1786: El día cinco de octubre, falleció María Cubero, la segunda esposa de su padre Francisco de Astorga Liceras, a consecuencia de una epidemia de tercianas que asoló la villa.

María también cayó enferma de esa misma epidemia.

En esta misma fecha, con 17 años, hizo voto de castidad temporal y organizó el modo de hacer oración.

1788: Con 19 años, hizo voto perpetuo de castidad.
Por primera vez quedó sin sentido en la oración.

¿1798?: Quiso entrar en las Madres Agustinas Recoletas de Antequera, pero por falta de dote no fue posible.

1799: Estando en el convento de la Victoria, con Jesús Sacramentado, expuesto, pidiendo luz, vio el escudo de Charitas que se ponía en su corazón, y comprendió que el Señor la quería para la Orden Mínima.

El 28 de agosto de este mismo año, María entra en el convento de Jesús María del Socorro de las Monjas Mínimas de Archidona y toma el nombre de Sor María del Socorro.

1800: El día 29 de agosto, hizo su Profesión Religiosa, siendo Correctora del convento Sor Francisca de Escobar Navarrete.

1801: Le dan el oficio de enfermera, y en una experiencia mística le dice el Señor:
-A mí es a quien vas a cuidar. Vas a pasar todos los trabajos por mí.

1804: Le dieron el oficio de portera, hace ejercicios Espirituales.

1807: Tuvo que salir de su querido convento. Durante su estancia fuera conoció al P. Tendero.

1808: De nuevo en el convento, tomó como director Espiritual al P. Joaquín Tendero.

1809: El 25 de marzo, el P. Tendero fue apresado por los franceses.

1811: El día 23 de agosto, en una de sus experiencias místicas, siente un ardor tan grande en el corazón que parecía que el pecho le quemaba.

1811: día 27 de octubre, su amado Esposo le manifestaba el sentido de sus escritos.

El día 30 de octubre, recibe unas flechas de amor tan fuerte que le herían y encendían tanto su alma, que le parecía que estaba fuera de sí.

1812: Hace ejercicios Espirituales.

1813: En febrero sus escritos se interrumpen.

1814: El día 31 de marzo, falleció en olor de santidad a los 44 años de edad.

1825: Entre los días 21 y 25 en el primer capítulo General Nacional de la Orden de los Mínimos en España, celebrado en Alcalá de Henares, se acordó que se procediera a la correspondiente información jurídica de la Madre Sor María del Socorro Astorga Liceras.

1828: El 5 de mayo, Fray Antonio Almohaya, como Provincial de la Orden autorizó, una comisión para que recogieran y cotejaran todos los documentos de Sor Mª del Socorro.

1829: El día 25 de septiembre, se ponía fin a la copia literal en el convento de la Victoria de Archidona.

1830: El día 12 de mayo, entregaron a la Correctora del convento, los escritos de Sor Mª del Socorro, quedando depositados en el archivo de la comunidad.

Por estas fechas, se hace una plancha con grabado de sor María del Socorro Astorga, por el grabador J. de la Vega.

1835: A consecuencia de la desamortización y exclaustración, ordenada por Juan Álvarez de Mendizábal, las diligencias del expediente de la Rvda. M. Sor Mª del Socorro Astorga se vieron interrumpidas.

1916: Se realiza un cuadro con pintura al óleo, pintado por J. Palomo, inspirado en el grabado, de sor María del Socorro.

ÍNDICES DE AUTORES Y TÍTULOS

1935: ANGUERA, José Mª O.M: "*La Sierva de Dios: María del Socorro Astorga, Religiosa Mínima de Archidona (1769-1814)".* San Francisco de Paula II, Barcelona, abril 1935, pp. 81-

2000: MONJAS MÍNIMAS – Archidona. "Una Vida ejemplar:
M. Socorro Astorga Liceras, Monja Mínima". *Los Campanilleros 2000.* Revista Oficial de la Agrupación de Cofradías de Archidona. Año LXXIII, pp. 94.

2013: Se realizan 100 grabados con la plancha de cobre original del artista José de la Vega. Los trabajos de limpieza y restauración de la plancha, se han realizado en el taller – estudio de Paco Ayala en Archidona, noviembre 2013.

2014: GARRIDO PÉREZ Manuel, Rvdo. BLANCO MOYANO Marcos A., VALDELOMAR GONZÁLEZ Sor Mª Fca. O.M, GUTIERREZ SEVILLA María Gracia. "Una monja Archidonesa fallecida en olor de santidad: Sor María del Socorro Astorga Liceras (1769-1814). – *Rayya. Revista de investigación histórica de la Comarca Nororiental de Málaga nº 10*, Archidona, 2010, pp. 179 – 223.

2014: AVOLIO Rosa. "La Serva di Dio Suor Maria del Socorro Astorga Liceras, Monaca Mínima". *La Voce del Santuario,* Anno 86, Paola, n. 2 Luglio-Dicembre 2014, pp.53.

2015: MONJAS MÍNIMAS ARCHIDONA, publican el 8 de septiembre, una breve reseña biográfica: "*Mi Dulce Madre, vida de Madre Socorro Astorga Monja Mínimas de Archidona (1769 – 1814),* Archidona, 2015.

2015: GARRIDO PÉREZ Manuel; Rvdo. BLANCO MOYANO Marcos Antonio; GUTIERREZ SEVILLA María Gracia; VALDELOMAR GON-

ZÁLEZ Sor Mª Fca. O.M. *Escritos de la Sierva de Dios Sor Mª del Socorro Astorga Liceras (1769 – 1814).* Archidona*,* 2015.

2016: MONJAS MÍNIMAS – Archidona: *"*Días de Pasión y Domingo de Gloria, vividos por Sor María del Socorro Astorga, muerta en olor de santidad el 31 de marzo de 1814 en Archidona". *Los Campanilleros 2016.* Revista Oficial de la Agrupación de Cofradías de Archidona. Año LXXXIX, pp.111-112.

2016: *La Voce del Santuario ANNO 88 – 2016*. Di bene in meglio fino alla fine. I volti della misericordia sui passi di san Francesco di Paola. Se publica un artículo con el título: "Suor María del Socorro Astorga Liceras". pp.83 – 85.

2016: Con fecha 11 de noviembre, la asamblea Federal, reunida en Ciempozuelos (Madrid) escribe una carta al S.E. Rvma. D. Jesús Catalá, Obispo de Málaga, solicitándole la apertura del proceso de Beatificación – Canonización, de Sor Mª del Socorro Astorga Liceras.

DÍPTICOS PUBLICADOS
Sor María del Socorro Astorga, Monja Mínima:

Enero: 2016 – Nº 1; Marzo: 2016 – Nº 2; Abril: 2016 – Nº 3
Enero: 2017 – Nº 4; Marzo: 2017 – Nº 5; Febrero: 2018 – Nº 6.

INFANCIA Y NIÑEZ

Parroquia de Santa Ana, donde fue bautizada María Claudia Josefa. Su casa quedaba enfrente y desde una ventana visitaba al Stmo. Sacramento.

Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury. Archivo fotográfico.

NACIMIENTO

Nací el día 30 de octubre de 1769; fueron mis padres Francisco de Astorga Frías y María Rosa Liceras y Cuevas. Recibí el santo sacramento del Bautismo el día primero de noviembre del mismo año, y me pusieron por nombre María Claudia Josefa.

De mi niñez no sé nada, porque me faltó mi madre cuando tenía solo tres años y medio, y los padres no reparan tanto en las cosas como las madres. Mis buenos padres tuvieron mucho cuidado con mi crianza. Fue voluntad de Dios que no conociera a mi madre, por lo que no me acuerdo nada de ella, pero me llena de consuelo oír hablar de sus virtudes y de la educación que empezaba a darme.

SU MADRE DEL CIELO

El primero de los favores que yo recuerdo, de los muchos que ha hecho mi amada Madre a mi alma, fue que a la edad de cinco años, estando yo afligida por haberse casado por segunda vez mi padre, y encontrarme con una madre política, como tenía pocos años, no la recibí bien, y le costó trabajo convencerme para que la llamara madre. Afligida, como he dicho, me quedé dormida, y en el sueño vi a una señora hermosísima vestida como se acostumbra vestir a las vírgenes de pasión, y me dijo: que no me afligiera, que era mi madre que estaba en el Cielo, y que estaría conmigo.

Aunque fue un sueño, lo digo porque de él me vino la devoción que he tenido siempre a la Señora, particularmente bajo el título de sus Dolores. Desde entonces la reverencio como madre.

SU PIEDAD INFANTIL

Las devociones que tuve en estos tiempos de poca edad, fueron las mismas que tenían mis padres: el Santo Rosario, que lo rezábamos todos los días, a mi padre y señor san José, y a la Sagrada Familia. Pero con quien yo he tenido más fervor, porque me salía del interior como si me la hubieran infundido, ha sido a mi dulce Madre y a mi señor san José. Con solo oír los dulces nombres de Jesús María y José, sentía consuelo en mi alma. Desde la edad en que tuve el sueño con mi Madre Santísima, tomé la devoción de rezar siete avemarías en memoria de sus siete mayores dolores.

Cuando me quedaba sola me postraba en tierra y lo adoraba. Si desde el sitio donde estaba se veía la iglesia, lo adoraba en el Santísimo Sacramento. Me ocurría muy a menudo, pues mi casa estaba enfrente de la iglesia. Tenía tanto consuelo con esto, que le daba gracias a Dios, porque me había hecho su vecina.

Siempre quería que me mandaran a cerrar o abrir las puertas o las ventanas para dar vista a la iglesia.

Las mortificaciones hasta los diez años no fueron nada, porque las hacía con gusto, las deseaba y no sabía hacerlo de otra manera. Cuando podía, guardaba el desayuno, si venía un pobre, como yo era la que daba la limosna, le daba lo que tenía guardado, y aquel día ayunaba; me gustaba mucho hacerlo y estaba muy contenta el día que lo podía hacer.

DESEOS DE SER RELIGIOSA

Cuando yo tenía unos cinco o seis años, lloraba por ser religiosa. No sabía lo que era ser religiosa, pero pensaba que no lo sería porque era mala, sin saber entonces lo que era malo. ¿Quién daba estos conocimientos a mi alma, que me humillaban y me hacían derramar lágrimas, al mismo tiempo que hacían reír a los que las oían? ¿Qué otra cosa era esto, sino la mano poderosa de mi Dios, que estaba conmigo obrando ocultamente?

Desde los dieciséis años, aumentaron los fervores y los deseos de ser religiosa para entregarme del todo a Dios ¡Con qué pena lo digo, al ver lo mal que he correspondido a mi Dios en el estado religioso! Con estos deseos, empecé a buscar mortificaciones: más ayunos, dormir en el suelo, y como no tenía cilicios, me ponía una soga con nudos y muchas veces una pleita apretada en la cintura que me hacía llagas.

Estudiaba cuanto podía para buscar cosas de mortificación, porque causaban tanta impresión en mi alma las consideraciones de la Pasión, que me encendía en deseos de padecer por mi Dios.

RARAS ENFERMEDADES

Mis males casi siempre eran lo mismo: raros y sin nombre, por lo que me parece que han sido solo para hacerme padecer, y por este medio purificar mi alma.

Me dijo mi confesor en una ocasión, que le había dicho el médico: que no hallaba otra causa para mis males, sino que Dios quería que padeciera, y que este amorosísimo Dios me escogió, desde mis primeros años, y quiso preparar mi alma con sufrimientos.

PEQUEÑAS HUMILLACIONES

En cuanto a padecer por culpa de las criaturas, también tuve alguna cosa, porque mi Dios me quería humilde, y quiso que todos me tuvieran por tonta, menos mi padre. Los demás me mortificaban y despreciaban como tonta, y como no lo era por la misericordia de Dios, sufría y andaba humillada.

Bendita sea la misericordia de mi Dios a la que agradezco mucho esta bondad tan grande que usó conmigo, librándome por estas cosas de muchos males espirituales, y disponiendo mi alma para bienes mayores.

CONOCIMIENTO DE DIOS

Dios hizo a mi alma el beneficio de que lo conociera con más claridad. Me dio tanto recogimiento en la oración (…); yo no sabía dónde estaba ni oía ni veía más que a mi Dios, que comunicaba a mi alma mucha luz para conocerlo y amarlo, y me daba mucha fortaleza para querer servirlo.

El conocimiento de mi Dios me hacía ver cuán justo era darle gusto, y así, cuando me llamaban, parecía que me sacaban del cielo para ir a la tierra.

La oración que tenía antes en mis primeros años, era meditando los pasos de la Pasión que había leído, y otras veces sin leer, solo con ponerme delante de alguna imagen del Señor o de Nuestra Madre, sentía un llamamiento interior que me hacía pararme a considerar aquellos misterios que representaban.

JUVENTUD

Ntra. Sra. de los Dolores, ("Mi Dulce Madre"). Imagen que se venera en el oratorio de la iglesia del convento de las Monjas Mínimas de Archidona.

LA PRETENDIERON PARA EL MATRIMONIO

A pesar de lo mucho que huía de ciertas cosas vinieron sobre mí temprano; me escribieron un papel pretendiéndome para el estado del matrimonio. Esto fue una cosa para mí muy grande, porque no sabía cómo tenía que responder sin que mi madre lo supiera.

Con todas estas confusiones acudí a mi dulce Madre, mi consuelo en todo, y con lágrimas le pedía: que me diera luz para hacer la voluntad de mi Dios; que bien sabía la repugnancia que yo tenía al estado del matrimonio, pues sólo quería ser toda de mi Dios y cumplir su santísima voluntad, aunque fuera en lo que más me repugnara, y que no me iría de allí sin que por su misericordia me diera luz para conocer la voluntad de mi Dios. Estando en estas peticiones, oí una voz clara que me decía:

-No te quiero para ese estado, sino para esposa de mi Hijo.

Gracias a mi Dios y a mi dulce Madre por aquel beneficio que me hacían, solo por su misericordia.

ACUDÍ A MI PADRE

Acudí a mi padre y le dije mis deseos e intenciones; me respondió: que se alegraba mucho de que eligiera el estado de religiosa; que el otro era bueno, pero éste era mejor, y también me dijo otras muchas cosas que llenaron de alegría mi alma.

Con la alegría tan grande que tenía, le dije a mi padre:

-Padre, ya estoy buena, de repente me siento como si no hubiera estado nunca mala. Ya llegó el momento de que yo le deje a usted por Dios.

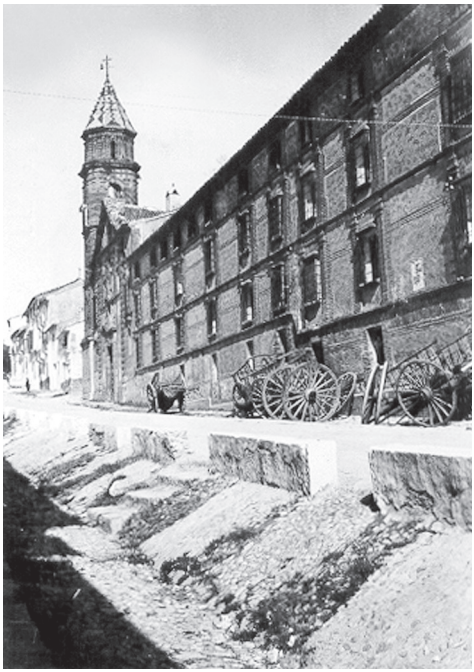
Ciertamente, si tuve que hacer algún sacrificio de mi voluntad a Dios fue dejar a mi padre, porque lo he querido mucho, pues además de ser padre, siempre me ha ayudado en mi bien espiritual.

ELECCIÓN DIVINA DEL CONVENTO

Un día, estaba en el convento de la Victoria y había manifiesto; no me acuerdo qué día era, pero fue por la novena de mi Santo Padre (*san Francisco de Paula*), y estaba pidiendo a mi Dios Sacramentado luz para conocer su santísima voluntad en la elección de religión. Me quedé con mucho recogimiento interior, y me pareció que salían unos rayos de luz de la Sagrada Hostia, se venían a mí, formando el escudo de Charitas, y se ponían en mi corazón, causándome tanto ardor que parecía que me quemaban sin fatiga, sino con mucho consuelo. Por esto, tuve algún conocimiento de que mi amado Esposo me quería en la religión Mínima, y que el escudo que traemos exterior, quería que lo tuviera en mi interior. Le empecé a pedir a mi Amado: que si era así como yo lo pensaba, que me diera lo que quisiera que yo tuviera; que lo amara con toda el alma y con todas mis cosas, y a mis prójimos, por su amor.

Con esto me quedé convencida de que era la voluntad de Dios que entrara en este convento.

INGRESA EN EL CONVENTO



Monasterio de las Monjas Mínimas.

Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury. Archivo fotográfico.

TOMA DE HÁBITO

Llegó la víspera del día que había de tomar el hábito. Fue un día para mí de gran consuelo, porque mi amado Esposo preparó mi alma con nuevos auxilios, y unos deseos tan vivos de dejar todas las cosas por mi Dios, que si todo el mundo hubiera sido mío, me hubiera parecido poco para dejarlo por mi Amado.

La mañana de mi toma de hábito me levanté muy temprano.

Cuando me levanté, le pedí a mi padre la bendición y me fui a la iglesia: confesé, comulgué y recibí un gran consuelo, pues me parecía que mi amado Esposo con mucho amor acariciaba mi alma, recibía con agrado todos aquellos deseos que tenía yo de agradarle, y me daba mucho ánimo para cosas fuertes.

Estando entretenida con mi Amado llegó mi confesor y me llamó para venir al convento. Me vine con tanto recogimiento interior, que me costaba trabajo estar normal y atender a cumplimientos, pues tenía que distraerme a la fuerza para que no lo conocieran.

DEL NOMBRE DE SOCORRO

Mi sobrenombre de "Socorro," me lo puso el reverendo Padre Provincial sin que nadie se lo dijera, cuando me dio la licencia para mi toma de hábito .Yo pensaba ponerme "de los Dolores," y mi confesor quería lo mismo, pero aquí, las religiosas, y en particular la madre correctora, no quiso que me quitara el que me puso el padre, diciendo: que aquel era el que Dios quería que tuviera. Del nombre de Socorro, me dijo mi amado Esposo: que me acordara, que era para que tuviera presente socorrer a mis prójimos en sus necesidades.

Del primer año de noviciado, no hallo nada que decir. En cuanto a las criaturas, solo querían buscar mi comodidad, y con esto me mortificaban.

Los malos pensamientos también me mortificaban, pero en mi interior sentía mucha paz, y estaba siempre fervorosa y bien dispuesta para todo lo que mi Dios quisiera hacer conmigo, de modo que me parecía el cielo. Me inquietaba y me llenaba de temor no padecer, porque no hay dos glorias juntas. Este temor se lo manifesté al padre Basilio que me dijo: que no tuviera cuidado; que ellos vendrían cuando menos lo pensara. Y me consolé.

No me veía en aquella vida sin tener nada que ofrecer a mi Dios. La salud era tan completa como si nunca hubiera padecido enfermedades, como me decía una sierva de Dios. En el alma sentía mucha paz, y solo deseaba que se cumpliera en mí la voluntad amabilísima de mi Dios. Perseveré todo el año, agradeciendo a mi Dios este beneficio de traerme a su santa casa.

El segundo año, me dio mi Dios más padecimientos (…) con el conocimiento de mi nada, y agradecida a la bondad infinita de mi Dios, a quien continuamente pedía que se hiciera en todo su voluntad en mí y en todas las cosas.

La infinita sabiduría de mi Dios, que conoce mi flaqueza, dispuso que no tuviera batalla en mi noviciado para que no desmayara como soldado cobarde.

¡Bendita su misericordia y su amor!

MI PROFESIÓN

Me preparó mi amado Esposo, para mi profesión. Con mucho recogimiento interior, mi alma oía las palabras de mi amado Esposo que me causaban muchos consuelos, y me abrasaban con su amor. Cuando llegó la hora de cantar la profesión, me parecía que tenía junto a mí a mi dulce Madre, y al poner las manos en las del sacerdote, me pareció que eran las de mi amado Esposo. Esto no era con los ojos del cuerpo, sino con los del alma, que era la que tenía vista aquel día. Estaba de tal manera, que si no me hubiera ayudado quien me tenía de aquella suerte, no hubiera podido

cantar la profesión, porque los sentidos corporales estaban muy tontos, y yo ni atendía al libro ni a nada. Harto hacía mi alma con entender a mi amado Esposo, que lo veía presente, dándome la inteligencia de las palabras que iba diciendo.

MONJA PROFESA

El primer año de profesa no tuve tampoco mucho que padecer ni con las criaturas ni en mi interior. Las criaturas si me mortificaban, era por lo mucho que me querían.

Parece que digo una cosa contradictoria, pero es la verdad. Yo pedí a mi Dios en una ocasión: que no me diera la cruz, porque las criaturas se desazonaban con mi sufrimiento, y yo sería la causa de que lo ofendieran. Me parece que me concedió mi Dios esta petición, pues la hice por haber visto a unas criaturas preocupadas por mí, y como yo era amante de la paz, me afligía mucho y me parecía que se podían cometer muchos pecados. Me lo concedió mi Dios, pero no me privó de que se mortificaran, por el demasiado cuidado que tenían conmigo.

Las alabanzas que me daban, de verdad que algunas veces mi prudencia las aborrecía mucho más que las palabras de enfado. No me agradaban, sino que me humillaban, porque conociendo yo mi poco sufrimiento y poca paciencia, le temía mucho a las alabanzas, pues al amor propio le gustan, y cae como si estuviera de acuerdo; por eso tenía temores y las aborrecía tanto que llegaba a tratar con sequedad a las que más se esmeraban.

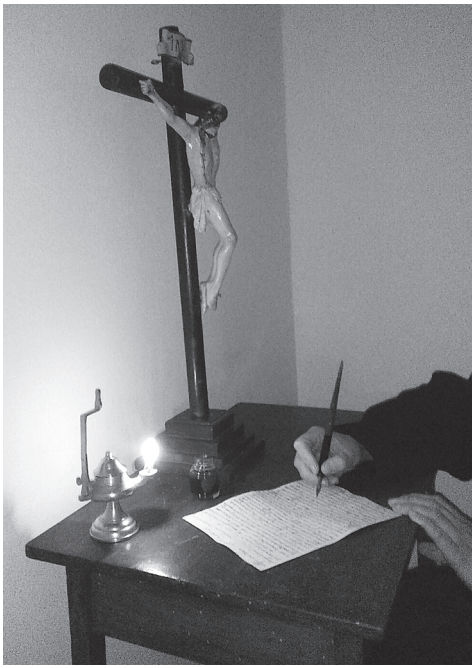
A MÍ ES A QUIEN VAS A CUIDAR

La víspera del día de la elección, me hallaba con la cobardía que he dicho; aquella siesta entré en la celda, me senté junto a la mesa donde tenía la imagen de mi Señor Crucificado, y ofrecía a mi amado Esposo, que hiciera de mí lo que quisiera, y que no atendiera a mi gran miseria. Apoyé la cabeza sobre la mesa y me quedé dormida. Me parecía que mi amado Esposo y Señor me decía:

- A mí es a quien vas a cuidar. Vas a pasar todos los trabajos por mí. Y me parecía que mi amado Esposo, como si estuviera enfermo, se reclinaba en mi pecho. Recibía tanta dulzura en mi alma y tanto deseo de servir a mi Amado en sus criaturas, que se me quitó la cobardía que tenía. Este sueño me parece que no era natural, porque con estas fatigas que he dicho, estaba tan desvelada, que se me pasaban las noches sin dormir, y este sueño me vino de pronto cuando estaba haciendo mis peticiones a mi amado Esposo. Me parece que me duró poco, porque entró la Madre Trinidad y me despertó diciéndome:

-Socorro, ¿qué es esto? el Señor tiene la cabeza muy inclinada hacia abajo. Lo que yo había estado pasando en mi interior, no fue con la imagen, sino con el mismo Señor que representaba la imagen. No puedo decir lo que una cosa y otra causaron en mi alma, pues veía que lo que decía la madre era verdad, aunque yo decía: que le parecería; que siempre había estado así. Pero aseguraba que no, y se lo decía a las que entraban en la celda que lo confirmaban, y ella les decía:

-Si lo hubieran visto ustedes; cuando entré en la celda, pensé que mi Socorro había volcado algo la cruz, pero cuando llegué al sitio, vi que estaba dormida, y que no llegaba hasta la cruz. En efecto, la cruz se ha quedado con la cabeza muy baja y antes no estaba así; puede ser natural que la madera se torciera o alguna otra cosa. Sea lo que fuere, lo digo por decir lo que recuerdo, y porque lo manda la obediencia.



Detalle de los escritos de Sor Mª del Socorro y Crucifijo que según la tradición, reclinó la cabeza en su pecho.

SIENDO ENFERMERA

Cuando me dieron este oficio, conociendo que por mí sola no podía cumplir con él, acudí a mi Señora y Madre. Como si ella no supiera lo que me habían dado ni que yo no era capaz de cumplir con esta obligación, le pedía, por sus dolores: que se dignara recibir el cuidado de este oficio; que yo como su esclava la serviría, y mi Señora como señora me mandaría desempeñarlo y me ayudaría.

Puse las llaves en las manos de una imagen de los Dolores, pidiendo lo dicho, y salí consolada, pues me parecía que admitía mi petición. La experiencia me hizo ver que fue verdad.

Me sucedió una noche, que por las muchas cosillas que había de mortificación, estaba llena de amargura interiormente. Me retiré a la alcoba de una enferma que hacía pocos días la habían sacramentado, y que allí tenía el altar con la imagen de mi dulce Madre de los Dolores. Encima del altar habían puesto un libro de vidas de santos. Tomé el libro y dije a la enferma y a otra hermana suya que estaba allí:

-Voy a buscar un santo que haya ido a la Gloria sin trabajos, y me consolaré, porque yo no puedo más, que todo viene contra mí.

Apenas dije esto, cuando oí en mi interior que me decían:

-Mira mi vida y la de mi Madre, y mira cómo fui tratado por los hombres, siendo el más inocente, y buscando el bien de los mismos, me injuriaban.

Mientras yo atendía a esto que oía en mi interior, me dice la enferma muy alterada:

-Madre Socorro, mire usted a Nuestra Señora ¿por qué será que tiene el rostro sumamente afligido y mudado el color?

Alcé la vista, vi que era verdad, y me quedé en tal disposición, que no pude decir otras palabras que:

-Es por mis pecados.

No puedo explicar lo que causaron en mi interior estas palabras, pues al mismo tiempo que me reprendían, veía con mis ojos, la imagen de mi dulce Madre enojada y afligida. Entonces vino a mi alma una luz muy

clara de los ejemplos de la vida y Pasión del Señor y de mi dulce Madre, de los muchos beneficios que habían hecho a mi alma, y de cómo respondía yo. Solo podía pedir perdón con mucha humillación, y pedirle a mi Madre que me lo alcanzara. Cuando empecé a pedir perdón a mi amado Esposo y dulce Madre, el rostro de la imagen se puso natural. Me fui al coro donde, me parece me quedé sin sentido y recibí nuevos auxilios. Quedé enseñada a amar los trabajos con los ejemplos que conocía de mi amado Esposo y Madre.

Aunque estaba humillada con el conocimiento de mi nada, me hallaba animosa para sufrir con alegría todo lo que se me ofreciera, y dar gracias a mi Dios que me hacía aquel beneficio de darme algunas cosas en qué imitarle.

MIRABA AL SEÑOR EN LAS ENFERMAS

En todas las enfermas miraba a mi Señor, que me hacía estar, poco menos que loca de amor; me encendía de tal modo, que muchas veces tenía que retirarme y meter las manos en agua, porque me abrasaban.
Cuando hacía las camas no me cansaba aunque hiciera muchas, pues la fuerza que daba mi Señor a mi espíritu era tanta, que participaba el cuerpo de ella, y siempre estaba fuerte para trabajar.

Si yo enfermaba y había enfermas, algunas veces me sucedió, que estando en cama y sin fuerzas, si avisaban de la enfermería que traían a una enferma, al instante me levantaba, y cargaba con los colchones como si estuviera robusta. Iba tan contenta, como si fuera a por mi Señor, a quien tenía presente y por quien todo lo hacía, pues cuidaba mucho de mí mi Señora y Madre amabilísima.

Si estaba sentada con una enferma, me parecía estar en el Calvario acompañando a mi Señor y a mi amada Madre, y muchas veces tan vivamente lo sentía, que me parecía que era verdad. Así me sucedía con todos los demás pasos de la Pasión conforme lo requería la ocasión. Puedo decir que fueron más de consuelos que de otra cosa, pues los trabajos los llenaba mi Dios, dándome tantos consuelos que no sentía su peso.

Claustro de la enfermería. Al frente Ntra. "Dulce Madre".

CELADORA

Me dieron el oficio de celadora de la enfermería, con el encargo de suplir las faltas de la enfermera, si se ponía mala. Tuve que llevar, casi de continuo, la carga por la falta de salud de la enfermera; yo no la tenía tampoco buena, pero como he estado siempre gruesa, no me han tenido por enferma, y gracias a Dios, que me ha ayudado, he podido trabajar como la más robusta.

De estos años, quedé muy quebrantada, y me cuesta cada día más el trabajo, pero así lo quiere Dios. Cuando me quieren dar descanso, Dios quiere que no lo tenga, pues enferma la compañera, enferma y se muere, como ha sucedido ahora.

Hágase la voluntad de mi Dios.

Este día, tuve ya mi principio de mortificación, por los disgustos de los oficios.

Antes de que saliéramos del sitio de la elección, a la religiosa que se oponía a que me dieran el oficio, la oí decir disgustada: que no habían encontrado otra de más mérito a quien dar el oficio que deja la madre correctora. Con esto empezó mi mortificación. Por mi mucho amor propio y falta de humildad, me propuse no portarme como la menor de las enfermeras, echando mano de todo para no verme obligada a decir nada, sino a suplir las faltas por mí misma.

UNA ENFERMA LLEVADA DE LA TENTACIÓN

Un día, una enferma llevada de la tentación del enemigo, y ciega por la pasión, me dijo expresiones injuriosas, y entre ellas: que tenía un pie en el infierno, que hacía los oficios del diablo, que sabía que lo que hacía era quitar el crédito a las enfermas y aconsejar que le dieran mal trato, y que si la prelada no disponía quitarme de estar en la enfermería, no sería una enfermería, sino un infierno.

Me sorprendí, pues mi proceder era muy distinto. Quise sosegarla y disuadirla sin impaciencia, pero se puso aún más furiosa diciendo: que era

una hipócrita, que aquella mañana, una persona le había dicho todo lo que yo decía contra ella, y que era mucha verdad. Entonces, con movimiento de impaciencia, aunque sujetándome cuanto podía, le dije: que había que llamar a la tal criatura para que delante de mí dijera todas las maldades que yo estaba haciendo, y que por cierto, me compadecía, de ver que era el diablo el que había venido a hablarle para que hiciera tan malos juicios.

A esto me dijo: que me quitara de su presencia.

Me retiré, pero no estaba llena de impaciencia contra tal criatura, sino de pena, viendo que yo era la causa de su perdición. Pensé ir a buscar a la prelada para decirle: que me quitara de la enfermería y pusiera a otra que estuviera más a gusto, para que no hubiera ofensa a Dios.

No hice esta pretensión ni llena de quejas ni de enfado, pues fue tanta la aflicción de mi alma, más que por lo que se declaraba contra mí, porque me parecía que yo tenía a mi Dios desagradado y ofendido. Eran tantos y tan diversos los pensamientos, que me parecía que era verdad lo que me había dicho la enferma, aunque no por los pecados que decía, y que yo no conocía.

DE RODILLAS

Por lo pronto, no fui a buscar a la prelada, sino que me fui a buscar a mi Dios, y a pedirle: que me perdonara, pues me parecía que aquellas desazones, que con frecuencia se me ofrecían, eran todas por mis pecados. La pena que causaba en mi alma, no me daba lugar para tener sentimientos de amor propio ni para sentir las ofensas del prójimo, sino solo las ofensas que yo hacía a mi Dios.

Allí estuve llorando delante de mi Dios, sin venir ningún consuelo ni luz; sólo me hallé compelida a volver a la enfermería, lo que hice sin poderme resistir.

Me la hallé sin enfermeras, y la enferma dicha, traspuesta con un accidente.

Al instante le empecé a aplicar los remedios que me parecían mejores, con tanta compasión y amor como siempre. Como estaba sola, todo lo que podía lo hacía de rodillas y pedía con instancia a mi dulce Madre: que la

aliviara en el alma y en el cuerpo, y le quitara aquella tentación que tenía conmigo, pues temía, que si volvía en sí, se volviera a fatigar. Procuré tratarla con el mayor cariño que podía. Quiso Dios que volviera más serena.

Yo perseveraba con el ánimo de pedir mi retiro de la enfermería para evitar estas ocasiones de desazones, pues había dos o tres disgustadas o tentadas del enemigo contra mí, y si ponían otra en mi lugar, se quitaría todo esto.

Se lo propuse a la prelada, y no me dio más respuesta que decirme:

-Vamos, que está ahí el padre vicario, y veremos lo que dice.

Apenas le dijo la madre: que yo quería renunciar al oficio, la respuesta fue:

-La madre Socorro pretende renunciar a ser discípula de Cristo, se quiere negar a seguir sus pisadas por las tribulaciones, desprecios, y demás, pues que también renuncie al Reino de los Cielos.

No puedo explicar lo que causaron en mi alma estas palabras, pues deseaba con ansia los trabajos, pero como lo que yo temía principalmente, eran las ofensas a Dios que por mi causa me parecía que se hacían, el padre me quitó la fatiga y volví esforzada a seguir mi carrera.

QUEJAS

Al poco tiempo volvió el enemigo a armar otra. Hizo que las disgustadas escribieran al padre provincial diciendo: que no se les daba lo necesario en la enfermería.

El prelado pidió un informe de toda la comunidad, y llamada a capítulo, fui examinada de todo. En presencia de todas se me leyó la carta de las quejas a las que debía responder.

Ésta fue una de las tribulaciones más grandes que el Señor me ofreció. Las pasiones se levantaban, y el temor de Dios las sujetaba, pero era con una batalla que le hacía mucha fuerza a la naturaleza.

Venció la gracia, y después de que hablé lo que me fue forzoso, hice propósito de no volver a hablar más de aquella cosa, sino hacerles cuanto bien pudiera a tales criaturas.

En esta ocasión, toda la comunidad se fatigó contra estas criaturas, y todas iban con conversaciones que me fatigaban mucho, porque daban tormento a mis pasiones, y yo no quería.

GUERRA EN MÍ

Algunas veces, me sucedía que temblaba, porque me estaba sujetando para no hablar. Cuando le estaba haciendo las cosas a una de estas criaturas, me traía el enemigo tanto que decir y tantos resentimientos, que para ahogarlos y no darles salida, me quebrantaba la salud.

Sentía que esto me parecía pecado, que no había en mí más que hipocresía, y que aparentaba sufrimiento, y no lo tenía. Experimentaba tan gran guerra en mí, que aumentaba mis penas interiores, que acudía a Dios, y no lo encontraba. La luz era tan oscura que apenas tenía una poquita para conservar una débil esperanza para acudir a Dios, lo que hacía con frecuencia, aunque sin consuelo alguno, lo que acabó de quebrantarme la salud, en disposición de caer en cama.

Con las criaturas, tuve muchas mortificaciones, pero éstas fueron las mayores, pues las demás no tienen nombre por ser cosillas menudas, que aunque no dejaban de mortificarme. Me parece que más me mortificaba mi falta de mortificación, y por ella caí en muchas faltas, quejándome muchas veces, de mis prójimos y de sus genialidades, y no ocultando sus faltas como debía. Me quejaba, cuando debía quejarme de mí misma, de mi falta de caridad, de mi poca mortificación, y falta de humildad, que eran las causas por las que tanto me mortificaba, y no las muchas causas que me daban mis hermanas.

PORTERA

Al principio, mi principal mortificación fue mi falta de mortificación, pues no conocía el disgusto que había causado mi elección de portera en algunas personas. Me avergonzaba que me lo hubieran dado a mí, que era de las menores de edad y de hábito, habiendo otras mucho más antiguas

que aguardaban. Apenas salí de la elección, no culpando a nadie, como que era pensamiento mío, me quejé a la madre y le dije: que diera el oficio a otras que podían hacerlo, y así se evitarían algunas desazones, como así fue, pero no admitió las excusas que yo daba, y me fui desconsolada. Apenas salí, empezaron las palabrillas picantes que me mortificaban; lo que hacía era huir y callar, pero no con aquella conformidad que debía, pues era un sufrimiento a más no poder, y no lo recibía bien.

Empecé con alguna sequedad en la oración, y cada vez tenía más disgusto en la obligación. Estuve disgustada más de seis meses sin conformarme con la voluntad de Dios. Hacía muchos actos de conformidad, pero al instante que venía ocasión de sufrir, lo hacía como sin sufrimiento exterior, solo porque tenía que hacerlo, y no porque lo llevara con gusto. Muchas veces recibía del Señor grandes auxilios, y me enmendaba por algunos días. Así anduve, hasta que llegó el tiempo de ejercicios.

Mi Señor hizo por su misericordia, que conociera con claridad mi falta de mortificación, de humildad y de verdadera obediencia, y lo sentí mucho. Con la ayuda de mi Dios me enmendé. Le daba gracias, porque me había dado estas ocasiones de poder sufrir algo por su amor, y le pedía perdón con bastante dolor, por lo mal que lo había llevado hasta entonces. Después, aunque se me ofreció sufrir algunas cosillas que no dejaban de presentarse, las llevé bien.

AMOR INFINITO

Cuando oía algunas palabras a las religiosas sobre los misterios de la Encarnación, el Nacimiento y la institución del Santísimo Sacramento, tenía que huir. Estas dos festividades en particular, me hacían ir muy deprisa a la contemplación de aquella bondad, de aquel amor infinito que le hizo quedarse con nosotros, que siendo impasible e inmortal, quiso unirse a la naturaleza humana para poder padecer y morir por unas criaturas, que sabía le iban a corresponder con ingratitudes y pecados, y no contento con esto, quiso quedarse sacramentado. Con estas consideraciones y otras muchas en sus atributos y perfecciones divinas, estaba mi alma encendida

en el amor de mi Amado, de modo, que cualquiera cosa me encendía más, y me hacía recogerme tanto al interior, que era incapaz de atender a lo exterior; por eso tenía que huir de las conversaciones de Dios, porque no podía dejar de trabajar por Dios.

Cuando se ha recibido mucho, y no se ha correspondido como se debe, cada vez el alma conoce con más luz su ingratitud, y la infinita misericordia de Dios que la sufre, la espera y le da todavía más para que pueda corresponder de nuevo. Cuanto más recibes, más debes.

TENTACIONES

En lo espiritual, cada vez iban a más las tentaciones contra la castidad. Oía palabras que me decían: "que estaba perdida". Se afligía mucho mi corazón, y al instante hacía actos de esperanza, en la misericordia de mi amado Esposo Jesús.

La esperanza en mi Dios y en la intercesión de mi dulce Madre, siempre la tuve firme; cuando más apurada estaba, acudía y cobraba ánimo.

Algunas veces en las mayores fatigas, mi amado Esposo Jesús en un instante me las quitaba, como me sucedió en esta cuaresma. El día del evangelio de la samaritana, en la homilía de las lecciones de los maitines, repetían muchas veces que mi amado Esposo Jesús había llegado fatigado a aquel pozo. Las fatigas de mi Jesús por buscar almas, causaron tanto consuelo a mi alma que empecé a decirle a mi amado Esposo:

-Vos que os fatigasteis por buscar a los que no os buscaban, aquí me tenéis Amado mío; no me tenéis que buscar con fatiga, pues yo no busco otra cosa sino a vos, y sólo quiero ser vuestra. Dadme, Señor mío, vuestra gracia.

Se encendió en mi alma tanto amor a mi Amado, que no podía rezar los laudes; quedé tan recogida y con tanta dulzura y paz que derramaba lágrimas nacidas del consuelo que recibía mi alma; conocía que mi Dios estaba conmigo, porque me lo aseguraban las palabras que oía mi alma:

- Si busco a los que no me buscan, con los que me buscan estoy de asiento.

Estas palabras disiparon mis tinieblas con una clara luz, y conocí que mi amado Esposo no estaba enojado conmigo, como antes me parecía, sino regalando a mi alma amoroso y piadoso.

INTERCESORA

Al principio de la persecución de la Santa Iglesia, antes de que se despidiera Carlos IV de reinar, me sucedió, que siempre que iba a la oración, me llenaba de aflicción, porque encontraba a mi amado Esposo muy enojado, y quería castigar al mundo. Esto me causaba una gran aflicción, y empleaba todo el tiempo de la oración, pidiendo misericordia para todos los pecadores, pues sentía ver a mi Dios ofendido.

Me sucedía como cuando un padre está enojado con sus hijos, y uno de ellos por quien el padre manifiesta más amor, estuviera mirando que sus hermanos ofendían a su buen padre, y el padre estuviera amenazándolos, enojado para ver si se enmendaban. El hermano que miraba, sentía ver a su padre justamente enojado, y que sus hermanos, a quienes también amaba, iban a ser castigados. Esto le causaba mucha pena, pedía por ellos, y pensaba, cómo podría desenojar a su Padre. Pues igual me pasaba a mí. Todo esto no lo veía con los ojos del cuerpo, pero lo veía con los del alma, y me causaba bastante impresión. Desde entonces he tenido mucho cuidado y pido a mi Dios y amado Esposo de mi alma por la conversión de los pecadores.

Después he conocido que le agradaba mucho a mi Dios que se lo pidiera. Si a un padre le agrada que pidan por su hijo, por malo que sea, porque lo ama como padre, cuánto más a este Dios que nos ama con un amor infinito hasta dar su vida por nosotros, y nos enseñó, pidiendo desde la cruz perdón para los mismos que lo crucificaban, y también en otras ocasiones.

Pidamos mucho a nuestro buen Padre: que nos perdone y perdone a nuestros hermanos que no saben lo que hacen; que les conceda un rayo de

su luz divina, con la cuál conozcan y atiendan sus divinos auxilios, y que todos, como buenos hijos obedezcamos su divina ley, y le amenos con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón y con todas nuestras fuerzas.

EL ENTENDIMIENTO NO SABE COMPRENDER

No sé explicar los favores que mi amado Esposo me ha hecho en la oración, ni me atrevo a poner nombre a las cosas que en mi alma han pasado en todo tiempo, pero conozco que cada vez han ido a más, que cada vez tenía más conocimiento de los divinos misterios, y que mi alma se unía más a mi Dios.

El día que he dicho, tuve un gran conocimiento de este misterio. Estos conocimientos encienden mucho el alma en el amor de este Dios tan grande. El entendimiento se para y no puede caminar, al ver que toma la naturaleza humana tan baja y la une a su divinidad, se queda como suspenso, en admiración, amando aquel sumo bien que el entendimiento no sabe comprender, y a la voluntad se le pasan las horas sin conocerlo. El entendimiento está tan ocupado que no puede discurrir; cuando intenta hacerlo, se halla tan anegado en aquel mar infinito de Dios, que la memoria no le sirve, porque lo que tiene presente, no la deja acordarse de otra cosa, y cuando se pone a hacer algo, es acordarse de los beneficios de este Dios, y de la mala correspondencia de las criaturas. Lo que digo no es como un recuerdo, sino que lo veo por el conocimiento que el alma recibe de su Dios.

Estas cosas me pasaban con mucha frecuencia: conocía que mi Dios hacía un gran favor a mi alma, pero no sabía explicarlo ni lo sé; sólo puedo decir que he tenido muchos de estos en diferentes días.

El Jueves Santo, tuve la luz de los misterios de aquella sagrada noche, aprendiendo de mi amado Esposo los ejemplos que nos enseñó, en particular de caridad y humildad. De los efectos que me causa, solo sé decir, que parece que se imprimen en el alma, y la enseñan a practicarlos, de suerte que no se olvidan tan pronto. El alma queda por algunos días

encendida en el amor de Dios y del prójimo, y está ansiosa de tener la ocasión de ejercitar las virtudes que le han enseñado a practicar. Sabe amar a Dios y al prójimo; con facilidad halla disculpa para sus defectos, y al mismo tiempo le duele tanto ver a su Dios ofendido, como se alegra de saber que hay quien lo ame. A veces se pone fuera de sí, de pena o de alegría; ver a Dios ofendido le causa una gran pena, y ver que hay quien lo ame, le causa un gozo tan grande que parece que se deshace de alegría, viendo a su Dios amado. Esto me ha sucedido en todo tiempo, en particular después de haber recibido un favor grande; y como en el tiempo del que estoy hablando han sido más continuos los favores, así mismo, han sido más continuos estos efectos y afectos en los que el alma se deshace en amor.

No puedo ir diciéndolos en particular, porque me sucede como el que tiene mucho dinero que ha recibido sin saber cuánto, que solo puede decir que tiene mucho.

VER CON LOS OJOS DEL ALMA

El día de la Asunción de mi dulce Madre, en la oración de la mañana mi espíritu vivió en el cielo. Estaba viendo con los ojos del alma, que a mi amada Madre la coronaba la Santísima Trinidad, el Padre por hija, el Hijo por madre, y el Espíritu Santo por esposa con tanta hermosura y gloria, que no sé decirlo; me parecía estar cerca de mi dulce Madre que me miraba con agrado y me ofrecía su amparo. Todo el día se me fue en este recogimiento; tenía que atender a otras cosas, pero el interior estaba recogido en continuas alabanzas a la Santísima Trinidad, agradeciéndole las gracias y privilegios que había concedido a mi dulce Madre. A ésta le daba muchas enhorabuenas. Me parecía que estaba al lado de mi amada madre, y esto causaba un gran consuelo a mi alma. Seguí, algunos días con este recogimiento, pues quedó en mi alma tan grabada la vista de la gloria, que me costaba trabajo no estar allí.

ME HIERE EL CORAZÓN COMO UNA SAETA

Desde el dicho día hasta el presente, me entra de pronto un amor tan grande a mi Dios que me enciende, me hiere el corazón como una saeta, y me causa dolor como si me clavaran alguna cosa con mucho ardor. Más o menos, según la fuerza que trae, algunas veces parece que me hacen una herida, y luego otra, y otra, pero con tanta dulzura y consuelo en el alma, que solo esta experiencia lo puede explicar. Cuanto más fuerte vienen, más gozo le da al alma; su consuelo sería que acabara su vida antes que dejar de sentir aquello. El alma se deshace por su Amado, y como el Amado le dice: que es toda suya, más y más se abraza con estos coloquios, y todo su consuelo está en ser toda de su Amado. Cuando le dice el amado Esposo a esta alma:

-Mi voluntad es la tuya, ¿qué quieres que haga?

El alma le dice a su Amado:

-Tú sabes, bien mío, que solo tengo voluntad para desear que seáis amado por todas las criaturas, y que no seáis ofendido.

El Amado responde:

-Tu voluntad es la mía.

Es cierto, que en esta ocasión no tiene esta alma más voluntad que la de su amado Esposo, y por eso le dice: que la voluntad de esta alma es la suya. Otras veces, le pregunta el Esposo a esta alma, como si no lo supiera: si lo ama. Al alma le causa esta pregunta dos efectos: uno de humillación, porque ve cuán poco lo ha amado y lo limitado que es su amor, y al mismo tiempo que se humilla al alma, se enciende en deseos de amar más y más a su Amado, y le dice:

-Tú sabes, Amado mío, lo poco que te he amado, y lo que te deseo amar.

Otras veces, le pide un corazón para descansar en él, y se queja de las ofensas que recibe de los pecadores. El alma viendo a su amado Esposo ofendido, se llena de dolor, y quisiera padecer aunque fueran todos los tormentos del infierno si con esto pudiera conseguir que su Amado no fuera ofendido. Procura adorarlo, alabarlo y darle gracias para resarcirlo

en algo, para darle gusto, y el Esposo lo recibe con agrado. Es tanta la bondad de este Señor, que nos busca para que le amemos como si necesitara nuestro amor para algo; parece que se hace el necesitado para enriquecer al que desea darle. Bendito sea este Dios de infinito poder.

LA NOCHEBUENA

La contemplación de ver la grandeza de un Dios hecho Niño, no es para menos, y además durante la primera misa, estando yo ofreciendo a mi dulce Madre mi corazón para pesebre, y pidiéndole que lo purificara, me parecía que veía a mi Madre dulcísima con mi amado Esposo en sus brazos, lo ponía en mi corazón como si fuera el pesebre, y me decía: que agradeciera tan gran fianza de amor.

Así estuve un gran rato gozando de las dulzuras de mi Dios-niño y de mi dulce Madre a quien pedía: que diera las gracias por mí y por todos los mortales por quienes había querido hacerse hombre para redimirnos. Este favor lo repitió mi amado Esposo todos los días de la Pascua. Cuando comulgaba, lo veía en mi corazón, niño hermosísimo, que regalaba mi alma con mucha dulzura.

El día de la Circuncisión, me parecía que se la hacían viéndola yo. Le pedía a mi amado Esposo: que me purificara con su preciosa sangre, y me parecía que al caer las gotas de sangre en mi alma, quedaba hermosa y blanca como la nieve. Después me daba mi dulce Madre a mi amado Esposo Jesús, que me decía:

-Mírame tan chiquito, herido y derramando la sangre por ti. Dame tu corazón donde descansar.

Estando en mi corazón, grabó su Dulcísimo Nombre en él, y me dijo:

-Ya este corazón no es tuyo, ya es todo mío, pues el nombre dice de quién es.

No puedo decir los afectos de mi alma para agradecer tan grandes finezas de amor a mi amado Esposo Jesús, y le pedía a mi dulce Madre, a los santos Ángeles, y a todos los Santos y Justos de la tierra: que alabaran a mi amado Esposo por mí, y le dieran las gracias.

No es para dicho el fuego de amor que encendieron estos favores en mi alma ni sé cómo pasé estos días. Si no pierdo el juicio ni hago muchos disparates, es un milagro, porque toda la atención se la lleva mi amado Esposo Jesús.

¡Bendita sea tan gran bondad!

EN MI CORAZÓN LA CRUZ

Otro día, me parece que fue en mayo, no me acuerdo cierto cuándo fue, pero lo que sí recuerdo es, que mi amado Esposo había grabado en mi corazón la cruz y los clavos, y que vi con los ojos del alma a mi amado Esposo cómo estaba en la Pasión. Se afligió mi corazón al verlo tan dolorido, y me dijo:

-Mira, esposa mía, cómo estoy por tu amor.

Le daba gracias por tanto como había querido padecer por mi amor, y le pedía: que grabara en mí su santísima Pasión para que siempre la tuviera presente, y no pudiera olvidar tan gran beneficio para dedicarme a un continuo agradecimiento.

Entonces me dijo: que como esposa, me daba su cruz y sus clavos y que en mi corazón los grababa. Al mismo tiempo, sentí un gran dolor en forma de cruz con dos puntas arriba y una abajo. Con toda claridad conocí cómo formaba la cruz, en los extremos los clavos, y encima la corona. Sentí unos dolores como de espinas, con tan gran ardor que se me abrasaba el corazón a la vez que sentía tan gran consuelo en mi alma, que no lo puedo explicar. Este favor de sentir un dolor que me recordara la Pasión de mi Amado, lo tengo con mucha frecuencia; a veces parece que voy a perder la vida, pero con tanto consuelo en mi alma que cuanto más aprieta, más consuelo tengo. Algunas veces siento como si me pincharan un poquito, luego otro poquito y otro, a la vez que noto ardor, pero se me pasa pronto. Cuando el dolor es más seguido me dura días enteros; al mismo tiempo, mi alma inflamada en el amor de mi amado Esposo Jesús, me hace alabarlo, darle gracias, y desear más y más padecer por su amor.

PASTOR DIVINO

Otro día vi a mi amado Esposo en forma de pastor y a mi dulce Madre como pastora. Tenían otras ovejas al cuidado de un pastor que atendía al Pastor Divino y dulce Pastora para darle gusto y hacer su voluntad; con todo, estas ayudas tenían poco que hacer. A una de estas ovejas le tenía tanto amor el Divino Pastor y la Divina Pastora que siempre la tenían cerca, y la cuidaban mucho. La Pastora la tomaba en sus brazos y la acariciaba con gran amor. A todo esto atendía el Pastor con cuidado.

Cuando esta oveja desagradecida quería retirarse, su Buen Pastor la volvía a llevar, de modo que esta oveja no se retiraba nunca. Apenas iba a retirarse, le pedía la Pastora, que no se fuera, y el Pastor la sujetaba. Con los halagos que le hacían, se estaba quieta a los pies de la Pastora y al lado del Divino Pastor, por eso no tenía que hacer mucho el pastor a quien estaba encargado el cuidado de las ovejas.

ÁRBOL INFRUCTÍFERO

Vi un jardín que en medio tenía un árbol infructífero. El dueño del jardín se tomó tan en serio su cuidado, que no cesaba de regarlo, cortarle ramas…, era tanto lo que se afanaba que parecía que le hacía falta para algo, pero no podía ser, pues tenía otros muchos y no lo necesitaba para nada. Además tenía un jardinero que cuidaba del jardín, no descuidaba nada, lo trabajaba bastante, y a pesar de eso, el dueño no dejaba de cuidar todo el jardín, en particular este árbol que he dicho. El árbol con tantos cuidados empezó a dar frutos que el dueño recogía con mucha alegría, se los daba al jardinero y le decía: que se los guardara para cuando quisiera enseñarlos a sus amigos, puesto que era el fruto de sus trabajos, ya que el árbol era infructífero y antes no podía darlos. Así lo hacía el jardinero; los tomaba y los guardaba. El dueño no guardaba ninguno para él; apenas estaban sazonados chicos y grandes, todos se los daba al jardinero. Parecía que el dueño se contentaba con que vieran lo mucho que le costaba hacer que este árbol diera fruto, y quería que lo vieran sus amigos para que alabaran su cuidado.

Me parece que esta era la explicación: el árbol infructífero soy yo, incapaz de tener un pensamiento bueno; si mi Dios no me lo da, no puedo dar fruto bueno de mí, sino fruto malo; si he de dar alguno bueno, ha de ser a fuerza de los auxilios que Dios me da, ya por medio de sus inspiraciones, ya por la doctrina de sus ministros, ya por otros medios de su sabia providencia. La criatura no tiene nada bueno por naturaleza, si no lo recibe de su Dios. Lo que tiene bueno, como es del dueño que se lo ha dado y éste quiere que lo enseñe, no lo debe ocultar. El dueño se lo ha dado, porque ha querido y tiene gusto en que lo vean sus amigos.

Lo otro que entiendo sobre esto no lo quisiera decir, porque no acomoda, pero si lo que he entendido es verdadero, la idea no es mía, sino del que me la dio. Me veo obligada a decirla y lo haré, aunque me repugne bastante: el dueño del jardín es mi amado Esposo, el jardinero es V.R. a quien mi amado Esposo ha puesto para que cuide esta alma que mi amado Esposo ha cuidado con tanto trabajo, y que siendo tan seca y miserable, ha hecho que eche el fruto de las virtudes, a fuerza de innumerables favores y misericordias. Ha querido que sea usted el que guarde los frutos como testigo para manifestarlo, cuando sea la voluntad de este Dios, como obra de sus manos para que le den gloria y alabanza. Esto es abreviado lo que yo he entendido.

Son tonterías de mi cabeza, pero como veo que tengo que manifestar lo que Dios hace en mi alma, temo que algún día se haga público a las criaturas que Dios quiera, y esto no dejo de sentirlo mucho.

MI AMADO ESPOSO ESTABA ENOJADO

Un día en la oración, me parecía que veía una iglesia grande, y que en lo más alto de ella estaba mi amado Esposo Jesús y mi dulce Madre. Mi amado Esposo estaba enojado, porque en esta iglesia había muchas personas de todas las clases, muy afligidas. Unos hombres furiosos, que estaban en la parte de fuera de la iglesia, parecía que iban a echar abajo la iglesia, la hacían estremecerse y la querían destruir, según los fuertes golpes que con toda su furia le daban. Los que estaban dentro clamaban a mi

amado Esposo y dulce Madre, que se mantenían enojados, y no atendían a los que clamaban. Los que estaban fuera, cada vez daban los golpes más fuertes, y los que estaban dentro seguían clamando, y pidiendo a mi dulce Madre que se compadeciera de ellos y les alcanzara el perdón. La dulce Madre empezó a pedir por aquella iglesia, y entonces mi amado Esposo les concedió el perdón, y el enojo que manifestaba con los que estaban dentro de la iglesia, lo dirigió a los que estaban fuera dando golpes, y habían estado persiguiendo a la Iglesia. Cuando mi amado Esposo dio un golpe enojado, unos se tiraban por tierra, otros huían, y otros entraban en la iglesia, dándose golpes en el pecho y pidiendo misericordia. La iglesia quedó libre de todos los que la querían destruir. Los de dentro, con mucha alegría, alababan a mi amado Esposo y a mi dulce Madre, por quienes vino el bien de poder desenojar a mi amado Esposo. De este caso no recuerdo nada más.

VI UN CAMPO

Otro día, vi un campo, y en él muchos pastores y ovejas. Mi amado Esposo era el principal pastor, y tenía repartidas las ovejas a distintos pastores; unos tenían más y otros menos, pero todos procuraban dar gusto al Pastor Divino, que estaba muy complacido, viendo que sus ovejas estaban tan bien cuidadas. Había además una casa donde solo había pastores que cuidaban a los corderitos. A uno de sus pastores que cuidaba ovejas y que estaba más cerca del Pastor Divino, le dio el cuidado de aquella casa de pastores. Este pastor andaba muy apurado; no podía dejar a las ovejas y tenía que cuidar de la casa. El Divino Pastor estaba muy contento con este pastor, por el celo que tenía para cumplir con todo lo que le mandaba.

SEGUNDA PERSONA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Después de la comunión, hice la contemplación de este misterio, y tuve una luz muy clara, como si viera a la segunda persona de la Santísima Trinidad tomar la naturaleza humana. A esta obra, concurría toda la

Santísima Trinidad, pero solo la segunda persona se unió a la naturaleza humana y se hizo hombre para poder morir por el hombre. Aquí mi alma veía el amor tan grande de Dios para con nosotros. Meditando en estas cosas pasé la mañana, unas veces alabando a mi amado y dándole gracias, y otras se quedaba el entendimiento como parado en admiración, sin que la voluntad pudiera hacer otra cosa que querer amar.

POR MÁS QUE DIGAN, ESPERO EN TI

Yendo al coro aquella tarde, estaban hablando de malas noticias sobre las cosas que estaban pasando. Yo en mi interior, dije: por más que digan, espero en ti Esposo mío y Dios mío que sois todopoderoso y un padre amoroso y compasivo para sus hijos. Me entré en el coro, donde oí con palabras la voz de mi amado que me decía: que le agradaba mi confianza. Se quejaba de la falta de confianza que tienen las criaturas, pues solo confían en sus fuerzas o en las de otras criaturas, sin poner su confianza en el que es todopoderoso; por eso se hacen indignos de que el que todo lo puede, acuda a remediar sus necesidades. Por la luz que mi amado Esposo me dio, conocí lo mucho que desagradaba a mi Dios esta culpa, pues parecía que ataba sus manos para no dispensar sus misericordias.

Padre mío, aconseje V.R. a todos: que pidan con mucha confianza en la bondad, misericordia y poder, de este amabilísimo Dios y Esposo de mi alma, que quiere que lo hagamos así. Si la confianza de muchas almas fuera humilde y contrita para darle honor y gloria, ya estaría acabado el castigo.

Así me pareció que lo entendía yo. Le pedí a mi amado Esposo: que nos diera a todos luz para conocerlo y conociéndolo, amarlo, porque amándolo confiaríamos en Él, y no lo ofenderíamos. Esto lo pedí para todas las criaturas por quien mi Amado ha derramado su preciosísima sangre hasta acabar su vida en una cruz. Yo quisiera que no se perdiera en ninguna alma, el fruto de tan copiosa Redención.

VIENDO A MI AMADO A LOS PIES DE JUDAS

Entrando en el refectorio para la colación, me vino al pensamiento la cena y el lavatorio. Se me representaba mi amado Esposo lavando los pies de sus discípulos, como si lo estuviera viendo; donde más me detenía era viendo a mi Amado a los pies de Judas. Veía aquella caridad tan grande, que sabiendo que era su enemigo le lavaba los pies con tanto amor y mansedumbre, solo deseando su bien.

No puedo explicar la grandeza del amor que veía en el corazón de mi amado Esposo Jesús, que me decía:

-Aprende de mí, esposa mía, cómo te tienes que portar con tus prójimos, aunque sean tus mayores enemigos.

Me entró una clara luz de lo que yo era. Todo lo que hiciera para humillarme ante todas las criaturas, no sería nada, pues soy la menor de todas y la más ingrata de todas a mi Dios. En esta divina escuela me enseñaron a disculpar las faltas de mis prójimos, a compadecerme de ellos, a desear su remedio, y en fin, a amarlos más que a mí misma.

AGRADECER EL BENEFICIO DE LA REDENCIÓN

Me parecía que me decía mi dulce Madre: que mi ocupación tenía que ser agradecer a mi amado Esposo Jesús el beneficio grande de la Redención que tan olvidado lo tenían algunas criaturas, que no hacían caso, y con sus culpas lo despreciaban, y otras que no se acordaban de dar las gracias como debían, y viven con indiferencia, como si no hubiera sido para ellas. Me manifestaba mi dulce Madre: que si estuviera en estado de sentir, le haría derramar lágrimas de sangre ver la ingratitud con que corresponden los mortales a un amor tan grande del mismo Dios, que quiso tomar la naturaleza humana y morir por todos; que no quiere que tú caigas en esta negra ingratitud, sino que continuamente te emplees en alabarlo y darle gracias a tu Esposo amabilísimo, como si a ti sola te tocara el agradecimiento, pues por ti sola lo hubiera padecido, si hubiera sido necesario. Así agradarás a tu Esposo Jesús y a mí, que te aviso como madre.

VENID PECADORES Y ALCANZARÉIS PERDÓN

Cuando se va a pedir alguna cosa a alguna persona que sabes que tiene gusto en que se la pidas, sabes que te la va a dar, y por el contrario, cuando sabes que no te la va a dar la pides con cortedad. Esto lo entiendo yo así. Cuando pido a mi amado Esposo algunas cosas, experimento en mi alma al tiempo de pedirlas la confianza de conseguirlas; pero cuando pido con desaliento, por lo regular no alcanzo lo que pido Al contrario, cuando siento un nuevo fervor para pedir, me queda la confianza de que me lo concederán, aunque parezca una cosa dificultosa.

En la tarde de este día, me vino de pronto un golpe de amor que me encendió y me inflamó el alma, que se deshacía en deseos de alabar la infinita bondad de mi Dios y Esposo de mi alma; no paraba de decir con gran deseo: que todas las criaturas lo amaran y alabaran. Empecé a convidar a los ángeles y arcángeles diciéndoles:

-Alabar a mi Amado, porque es bueno y porque es grande su misericordia.

Lo mismo les decía a todos los Santos, a todos los Justos y a todas las criaturas: que alabaran, engrandecieran, amaran, sirvieran y obedecieran a este Dios, porque es bueno y de infinita misericordia. A los pecadores, les hablaba del perdón diciendo:

-Venid pecadores y alcanzaréis perdón, porque es grande su misericordia. No ofendáis más a un Dios tan bueno.

De este modo iba diciendo muchas cosas, que ya no recuerdo bien para decirlas. En los intermedios me quedaba sin poder hacer nada más que amar a mi muy amado Esposo que estaba en mi alma.

Con esto, pasé cerca de dos horas; después me quedó el alma tan encendida que todo le hacía aumentar la llama. Permitió Dios que la enferma que estaba asistiendo tuviera el delirio de la calentura, y este día le dio por alabar a mi amado Esposo. Casi una hora o más, estuvo hablando sola de los beneficios que nos hacía y había hecho nuestro amado Redentor, de modo que yo que no necesitaba nada y estaba oyéndola, me perdía con mi Dios. Me llenaba de consuelo ver tan buen delirio, y me alegraría que

le durara toda la vida, no siendo por enfermedad. Será que lo que hay en el corazón sale a la boca, y como estaba perturbada, no podía ocultarlo. Si lo oculta cuando está con sentido, es por su gran humildad. Gracias Dios que se la has dado.

A LOS QUE ME BUSCAN

Mi amado Esposo quiso volver a enfervorizar mi alma, cuando estaba pensando, cómo se apareció a los discípulos que iban a Emaús. A estos discípulos, que se iban sin certificarse de la resurrección, se les manifestó sin buscarlo. A San Pedro, San Juan y la Magdalena, no se les había manifestado en el momento que lo buscaron, sino después de haberlo buscado una y otra vez, como le sucedió a Magdalena. Entretenida en esto, oí que me decía mi amado Esposo:

-Mira la infinita sabiduría con que mi misericordia atiende a las almas. A los que me buscan, me oculto para que me busquen más, acrecienten su mérito, y se hagan más dignos de mí para manifestarme a ellos más de lleno, y a los que no me buscan, salgo yo a su encuentro para que no se pierdan.

Estas palabras encendieron en mi alma un amor tan grande a este Dios de misericordia, y una confianza tan grande, que me hacía decir:

-¿Quién no se queda en estas manos, amado Esposo mío, que tanto cuidado tienen de estos gusanillos de la tierra?

Alabad criaturas todas, la sabiduría, la bondad y misericordia de nuestro Dios.

VER YO QUÉ QUIERE MI AMADO ESPOSO

Ver yo qué quiere mi amado Esposo, no es por palabras que oiga; muchas veces es por un conocimiento que recibe el alma, más claro que si lo oyera, y distingue cuándo es dado por la Madre, o cuándo es del Esposo; conoce el alma que el Esposo quiere que imite a su madre, y la madre quiere que la imite para dar gusto al hijo. Lo conozco con toda claridad, pero no sé explicarlo mejor.

Muchas veces me parece que estoy viendo cómo se portaba en el templo con las doncellas que estaban allí, teniéndose, la Señora del mundo, por la menor de todas. Sé, que mi amada Madre quiere que yo haga lo mismo con las criaturas: servirlas, respetarlas y amarlas, reconociendo que soy la menor de todas y la más miserable. En todas las demás virtudes que tenga que practicar, me favorece mi dulce Madre con estos conocimientos, y si tengo algún descuido, me avisa al instante para que me enmiende. Cuántas veces he oído que me decía:

-Yo no lo hacía así.

Al instante tenía luz mi alma para hacerlo como lo hacía mi dulce Madre. Con mucho fervor y agradecimiento, le pedía perdón y gracia para poder seguir haciendo lo mejor, sin dificultad.

Otras veces me dice:

-Atiende a lo mucho que recibes, pues estás más obligada a tu Esposo, y tu correspondencia no debe ser común ni te debes contentar con poco.

Entiendo que no me debo contentar con hacer solo aquello que me venga a las manos, sino adelantarme y procurar buscar las ocasiones de practicar las virtudes para gloria de mi Amado.

DICHOSA EL ALMA

Mi dulce Madre siempre tiene mucho cuidado con esta ingrata hija, pero en este día de sábado, es más continua su amable protección.

¡Dichosa el alma que logra esta dicha de tener tal Madre y maestra! Y desdichada de mí, si no me aprovecho de tan gran beneficio, como me ha hecho mi amado Esposo y Dios amabilísimo, con haberme dado esta Madre desde el principio de mi vida.

Con toda verdad lo digo: he conocido su protección y amparo antes de tener uso de razón.

También confieso: que no lo he aprovechado como debía, por mi maldad, ingratitud y tibieza con las que he correspondido siempre a los grandes beneficios de mi Dios. Con dolor de mi corazón, le pido perdón, gracia eficaz, y la piadosa intercesión de mi dulce Madre para no volver

a caer, ser fiel a mi Dios, y que me alcance que yo corresponda con celo a los grandes beneficios recibidos. Así lo espero de su infinita bondad si vos, Madre mía, lo pedís por mí. No me desamparéis al ver mi tibieza y flaqueza en el servicio de mi Dios, porque cuando hago algo, es por la fuerza de lo mucho que se me da, y no por lo que pongo de mi parte. El día que digo que es de recogimiento, ese día es cuando más hago, pero es en el que menos pongo de mi parte. Es lo mismo que el que tiene que andar muchas leguas, y lo cogen, y lo llevan sin costarle ningún trabajo, porque cuando acuerda se las han dado andadas sin sentir. En los días que mi amado Esposo Jesús me deja andar sola, es cuando yo conozco mis pocas fuerzas. Estos días, se siente el cansancio, y se dan muchos tropezones, aunque no se caiga; por eso mi amado Esposo no me deja mucho sola, porque sabe mi flaqueza.

VIENE UN FUEGO GRANDE AL CORAZÓN

A mediodía, subí al coro a hacer una visita a mi amado Esposo Jesús Sacramentado. De pronto me vino un fuerte golpe de amor que parece que me hieren de repente, y tan rápido que no da lugar para nada. Se manifiesta Dios, y el alma queda sorprendida y como anegada, al mismo tiempo que viene un fuego grande al corazón y un dolor como si lo hirieran, que dura poco. Ni sé su nombre ni lo sé explicar, y aunque pasa pronto, el alma queda encendida en el amor de su Dios, de modo que después de esto, vienen los coloquios amorosos con su amado Esposo. En esta ocasión que voy diciendo, pasé toda la siesta en coloquios con mi Amado que me decía:

- Esposa mía ¿me amas con todo tu corazón?

Derretida el alma con el amor de su Dios, se ofrecía de nuevo a amarlo con todo su corazón, y humillada le pedía perdón por su poco amor, pues conocía lo poco que lo amaba, y lo obligada que estaba a amarlo. Pasé la tarde con algunos intervalos que no me distraían del todo, solo que no estaba tan encendida el alma, aunque con cualquiera cosa pronto se volvía a encender.

Y COMO LO LLENA TODO

Después de comulgar me pareció que veía en mi alma a la Santísima Trinidad. Con el conocimiento distinguía a las tres personas en un solo Dios cuya inmensidad llena los cielos y la tierra, y como lo llena todo, no deja de estar en una parte para estar en otra. Cuando se manifiesta al alma que está en gracia, es como si descorrieran el velo que lo oculta, y así me parecía que había sido cómo había bajado el Espíritu Santo a los Apóstoles, manifestándose con señales visibles y llenándolos, más o menos, de su abundante gracia, según la disposición del alma que lo recibía. Me parecía que veía que sobre mi dulce Madre bajaba de lleno, y las almas que estaban inmediatas a mi dulce Madre, recibían más abundancia de aquel fuego, que las que estaban más retiradas.

Para explicar cómo me parecía. Es como cuando un padre reparte entre todos sus hijos alguna cosa, y después la madre de su parte, regala a los que andan más cerca a su alrededor, y tocan a más parte.

En misa me parecía que venía el Espíritu Santo a muchas almas, con diferencia en unas más que en otras, causando distintos efectos: en unas parecía que sólo venía a consolarlas y de lleno estaba en ellas, y en otras duraba poco. A éstas le causaba buenos efectos, pero no era como a las primeras que quedaban enriquecidas de dones, y el fuego se conservaba en ellas.

¡OH ALMAS!

Todo este día fue de recogimiento, porque el misterio o festividad del día hacía que el alma estuviera absorta a toda hora en la contemplación de este altísimo misterio de la Trinidad: tres personas en un solo Dios, sin ser mayor una que otra, sino en todo iguales y sin principio. El Padre no procede de nadie, por ser primer principio; el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin ser antes el Padre que el Hijo ni el Espíritu Santo. Estas verdades de fe ocuparon mi alma este día. Estaba como en una admiración continua de lo que no

podía comprender, y el alma se alegraba de que este Dios sea tan grande, que es incomprensible.

En los ratos en que las potencias del alma no estaban tan sorprendidas, me empleaba en alabar la infinita grandeza de mi Dios. Tenía grandes deseos de que fuera conocido, amado y servido por todas las criaturas, y éstas eran mis peticiones, mis ansias y mis deseos. Sentía en mi alma la desgracia de tantos que no lo conocen; habiendo sido redimidos con la sangre de este Dios hombre, sus almas están privadas de gozarlo eternamente.

Las almas que no quieren conocerlo, y se hacen las sordas a sus divinos llamamientos, como es justo en todas sus obras, a todos da lo necesario. Estas almas no lo gozan, y a la vez privan a mi amado Dios y Esposo de mi alma, de la gloria accidental que le resulta de la salvación de las almas, por la voluntad que tiene de que todas las almas se salven, aunque no necesite de ninguna, porque en sí mismo tiene toda la gloria.

¡Oh ceguera de los mortales! Abrid vuestros oídos y atended a la voz de vuestro Creador. Mirad que es dulce la voz con que os llama, y si no queréis oírla, sabed que la oiréis terrible algún día, pues este Dios justo os llama, os espera y os convida con amor. Si no queréis atender a sus divinos llamamientos, obrará el poder de su justicia; y ¡qué terrible es!

¡Oh almas! ¿Tenéis valor para perder a Dios, por una eternidad? ¡Oh eternidad sin Dios, qué terrible eres!

Si te comprendieran las criaturas, ¿cómo sería posible, que se dejaran arrastrar de lo momentáneo y perecedero de esta vida?

Quisiera dar gritos que se oyeran en todo el mundo para decir a las almas: ¿qué es lo que buscan, si no buscan a Dios? ¿Qué tienen si no tienen a Dios? ¿Qué esperan si no esperan gozarlo?

Si buscaran y hallaran a este Dios, lo tendrían todo, y si lo pierden, aunque tengan todo el mundo por suyo, no tienen nada.

¡OH MILAGRO!

Este día, hallé el alma fervorosa para celebrar el infinito y excesivo amor de un Dios poderoso, que ocultando su poder y grandeza, todo un Dios y hombre, se oculta bajo la especie del pan.

¡Oh milagro, que nos hace de su omnipotencia, y exceso de su infinito amor! Amado Esposo, Dios y Señor, ¿qué os mueve para hacer este favor tan incomprensible a vuestras criaturas y quedaros con nosotros hasta la consumación de los siglos, no solo para que os adoremos, sino también para recibiros como alimento? ¿No sabíais, Amado mío, los agravios que habíais de recibir en este Sacramento? No puedo recordarlo sin que mi corazón se oprima con un gran dolor al veros despreciado y olvidado, aun de los más favorecidos. Con mi tibieza y distracciones en vuestra presencia ¡cuántas ingratitudes habéis sufrido! ¡Cómo he correspondido yo a este amor…! Vos lo sabéis, amado Esposo mío, y os pido perdón, por el mismo amor que os hizo quedaros sacramentado. Bendito seáis eternamente.

EMPECÉ A PEDIR POR TODO EL PUEBLO CRISTIANO

Después de recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado con la más íntima unión quedé más inflamada, de modo que solo podía amar a mi Dios. Cuando pude, empecé a pedir por todo el pueblo cristiano, porque se me vino a la memoria cuando Ester había pedido por su pueblo, y empecé a decir a mi amado Esposo Jesús:

-Vos me habéis escogido por esposa sin merecerlo, y habéis usado conmigo de esta gran misericordia. Os doy gracias, Amado mío, y quiero que os las den por mí, todas las criaturas del cielo y de la tierra. Confiada en esta misericordia, llego hoy que es vuestro día, a pediros, como Ester, el perdón para mi pueblo que está recibiendo el castigo de vuestra justicia. Ester mereció oír el perdón, y yo lo espero también.

Al decir esto, empecé a temer mi nada, y dije:

-¿Qué es lo que estoy diciendo Señor mío? cuánta diferencia hay de

Ester y el rey Asuero, pues éste, aunque era un rey poderoso, era un hombre, pero Vos sois rey de reyes y señor de los señores. Vos, Dios infinitamente poderoso, justo y santo, y yo el más vil gusano de la tierra.

Se volvió a alentar mi confianza en la infinita misericordia de mi Dios, y volví con más fuerza a pedir lo mismo diciendo:

-¿Por qué temo yo pediros a Vos, Amado mío, si me amáis, no como Asuero a la reina Ester, sino con un amor infinito que os ha hecho dar la vida por mí, clavado en una cruz? y ¿qué puedo yo temer de un Rey tan amoroso y benigno, que no se desdeña de tomar a una vil esclava, por esposa? ¿Qué no esperaré de un Dios tan rico, tan poderoso, tan inclinado a la misericordia y tan liberal para el que en Él confía? Volví a hacer la misma petición:

- Esposo mío, mira al pueblo cristiano castigado y perseguido por sus enemigos, por su infidelidad a vos. Perdonadlo, amoroso Padre; si no conocen sus yerros, dadles Vos la luz, pues sois luz de quien procede toda luz; si no tienen dolor, dádselo Vos, pues todo bien viene de Vos; si no os lo piden, yo os lo pido en nombre de todos, yo os lo pido por los méritos de vuestra santísima vida, Pasión y muerte, y por los dolores de vuestra amantísima y purísima Madre. Esposo y dueño mío, concedernos a todos el perdón, y eficaces auxilios de gracia, para que de todos seáis amado, servido y adorado, y para que los que vivimos en la iglesia militante, estemos unidos a los que habitan en la triunfante por la conformidad de espíritus. Así sea Dios mío, así sea.

¡EL QUE LO EXPERIMENTE, QUE LO DIGA!

En todas partes está Dios, pero en el sagrario está Dios y hombre como está en los cielos, de modo que estar en la presencia de mi amado Esposo, Jesús Sacramentado es estar en el cielo. Aunque aquí es por la fe como lo vemos, la aviva tanto este Dios misericordioso que hace al alma gozar de su presencia con toda claridad. El que lo experimente, que lo diga, porque a mí me parece muchas veces que estoy en la gloria, pues lo que amo, lo encuentro, en este sacramento de amor, en el Dios de toda bondad, que

siendo inmenso se acomoda a enseñarse en sitios pequeños, y que siendo todopoderoso, parece que nada puede, porque oculta su poder y majestad.

¡Ay, Dios mío! ¿Cómo es posible que haya criaturas que no os amen viendo tanta bondad y misericordia? mas ¡Ay, Amado mío! cuando os miro ofendido y despreciado, ¿quién pudiera, Amado mío, desagraviaros, aunque fuera padeciendo todos los males que hay en el mundo o los tormentos del infierno? No perdiéndoos a Vos, los sufriría, si con esto pudiera evitar vuestras ofensas, y conseguir que todas las criaturas os amaran y no os ofendieran.

¡Oh, almas todas! amad a este Dios, porque es bueno, porque es grande su misericordia, su bondad, y su amor, y solo por ser quien es.

NO ME IMPORTA HABERME GASTADO

Desde el principio del día hasta que se acabó, tuve ocupadas todas mis potencias y sentidos, alabando y dando gracias a mi Amado, porque quería desagraviarlo.

Dirigía mis peticiones, alabanzas y adoraciones, por mí y por todas las criaturas, deseando con ansia que mi amado Dios fuera conocido de todos, de todos amado, de todos servido, y de nadie ofendido. Estos deseos siempre los tiene mi alma con diferentes afectos, cuando mi Dios me los da, como este día y otros días, y parece que me sacan de tino por la fuerza del amor, causado por la presencia de mi amado Esposo. Me parece que está conmigo como un amigo con otro al que manifiesta los agravios o los servicios que le han hecho. El amigo que lo oye y entiende siente los agravios de su amigo, y se alegra de que lo sirvan y honren. Parece que de hecho, mi amado Esposo pone a la vista de mi alma las muchas ofensas que recibe, y los pocos que lo aman como deben. Con esto tiene el alma bastante para estar ocupada en afectos de dolor, viendo ofendido a este Dios tan grande, tan bueno y tan misericordioso, y siente vivos deseos de que sea amado y servido.

No me importa haberme ocupado y haber gastado en esto todos los días de mi vida. Es la ocupación que debían tener todas las almas, pues

ésta sola es la que debíamos mirar como precisa, y ésta sola es la única necesaria: amar y servir a Dios y no ofenderlo, además de poner de nuestra parte cuanto sea posible, para evitar sus ofensas.

¡Dichosa el alma cuyo principal cuidado sea éste! Por mucho que haga, no hará más que lo que debe por un Dios que tanto se merece, y que es tan bueno y liberal para premiar con los dones que Él le ha dado al que lo sirve.

¡Bendito seáis mi Dios! Tan grande es tu bondad, que aunque solo sea algunos días, me dais luz para que conozca cómo debo yo emplearme en vuestro santo servicio, y sienta en mi alma lo mal que he correspondido hasta aquí. Perdonadme amado Esposo mío, y no permitas que gaste mal el tiempo que me quede de vida.

LA MADRE QUE DEJA ANDAR A UN NIÑO SOLO

Cuando me veían en peligro de caer en algunas faltas, acudían haciendo como la madre que deja andar a un niño solo, y acude al instante que ve algún sitio peligroso, lo salva de él, y lo vuelve a dejar que ande solo. Así hacían mi amado Esposo y mi dulce Madre conmigo. Yo parecía como los niños cobardes que no se atreven a apartarse de sus madres, y si ven que se retira, no dejan de llamarla. Así hago yo.

Como veo mi flaqueza, no dejo de clamar pidiendo: que no me desamparen pues cuando mi amado Esposo se esconde, me temo mucho a mí misma. Me parece que no clamo solo porque me falta el consuelo, pues le digo a mi amado Esposo: que si es su voluntad que no tenga ninguno mientras viva en este mundo, que me conformo con su santísima voluntad, que es el mayor consuelo que puedo tener; que se cumpla en mí, su santísima voluntad, y que solo temo desagradarle. Tengo experiencia de que en los tiempos de alguna sequedad, caigo en más faltas; entonces hago, como he dicho que hacen los niños, que cuando se ven solos empiezan a llamar a sus padres, del mismo modo, yo clamo a mi amado Esposo diciendo:

-Esposo y Dueño mío, no merezco tu dulcísima presencia, que tanto consuela mi alma, pero lo que os pido Amado mío, es que no me des-

amparéis ni dejéis que sea vencida por mis enemigos, causando a Vos desagrado; no lo hagáis así, mi Señor; ayudadme en mi flaqueza para que en todo os agrade a Vos y a mis semejantes.

A mi dulce Madre le digo lo mismo: que si se cansaran, como las criaturas de este mundo, ya lo estarían de mí, porque parezco un pollo pión, pero no se cansan de oírme ni yo de pedir, pues recibo tanto gusto en pedir a un Dios todopoderoso y misericordioso, que no me puedo cansar. Cuanto más pido, más deseo tengo de pedir, y más confianza en el Señor a quien pido.

Bendita sea su bondad.

SU SANTÍSIMA HUMANIDAD LLENA DE LLAGAS

Desde que desperté estuve fervorosa y con recogimiento, que después de recibir a mi amado Esposo Jesús Sacramentado se aumentó con la unión más íntima. Me parecía que estaba viendo su santísima humanidad llena de llagas que quería tomar descanso en mi corazón. Yo fervorosa se lo ofrecía, y le pedía, que así lo hiciera. Causaba en mi alma tan gran consuelo que no puedo explicarlo, porque me parecía que mi amado Esposo estaba como descansando con agrado, como una persona que está muy cansada, y en llegando a su casa se sienta, y toma descanso con gusto. Y me parecía que me decía mi amado Esposo con estas palabras:

-Quiero, esposa mía, descansar en tu corazón como en mi propia casa, pues toda eres mía, y yo todo tuyo.

Y yo le pedía a mi Amado: que por su amor, quitara lo que hubiera en mí, que no fuera suyo.

Pasé un poco de tiempo en coloquios con mi Amado, ya manifestándole mis miserias y pidiéndole perdón, ya manifestándole, como si no lo supiera, el deseo tan grande que tenía de agradarle, y de no tener ni una respiración que no le fuera agradable, pues toda mi gloria en esta vida era darle gusto, porque era mi Dios, mi Esposo, Padre y Señor, y en fin, todas las cosas.

En esto ocupé la mañana, con mi amado Esposo presente a la vista de mi alma, llenándola de tantos consuelos, que solo son para experimentarlos.

¡Ojalá que haya muchas almas que lo experimenten!

ACOMPAÑANDO A LOS CIUDADANOS DEL CIELO

Como me parecía que estaba acompañando a los ciudadanos del cielo que unían todas mis alabanzas a las suyas, pedía con más empeño por todas las demás necesidades sabidas. Le decía a mi amado Esposo: que los reyes en sus días, daban indultos, y puesto que era el día de la Reina más compasiva y misericordiosa, que repartiera a manos llenas sus abundantes misericordias a la Iglesia Santa y a su Vicario; que les diera abundantes gracias y celo para su mayor honor y gloria a todos los ministros del altísimo; para los justos, aumento en las virtudes y la gracia final, y para los pecadores, eficaces auxilios de gracia para que se convirtieran. Tuve el interior todo el día bien ocupado, ya con unas cosas, ya con otra, gracias a mi Dios que todo lo hizo.

LAS CRIATURAS TEMEN LA ENFERMEDAD

Las criaturas temen la enfermedad, temen el hambre y todas las calamidades, y no temen la causa de ellas que por lo regular, son castigos del pecado que es el verdadero mal, porque los otros males no pasan del cuerpo, pero el pecado aparta el alma de su Dios. No puede haber mayor mal.

¡Oh mal sobre todos los males! ¿Cómo pueden las almas, que están en pecado comer, dormir y divertirse, como si hubieran perdido a un Dios de palo?

¡Oh Dios altísimo! Qué ceguera tan terrible, perder a Dios por una eternidad, y estar insensibles. Es una cosa espantosa, pero se está viendo.

¿Quién es capaz de dar vista a estos ciegos, sino Vos que sois la luz verdadera de quien viene toda luz? Esta es la luz que os pido a Vos, mi amado Esposo, para que alumbréis a todos los miserables pecadores que sumergidos en sus tinieblas, no ven la fealdad del pecado.

Ablanda, Señor, su dureza, pues a tu poder nadie puede resistirse. Hacedlo, Dios mío, por el amor que os hizo bajar de los cielos a la tierra para poder padecer y morir, darnos mayor confianza en vuestra misericordia, y manifestar el deseo que tenéis de la salvación de todos. Este deseo os hizo decir: que no buscabais justos, sino pecadores, y que no nos acobardaran los pecados para dejar de pediros perdón.

Bendito sea tan gran amor y misericordia.

EL ALMA QUIERE VOLAR A SU DIOS

Mi amado Esposo, a veces hace como que se retira y me deja, para que conozca que sola no puedo nada. Me hace sentir el peso de los trabajos, como una persona que retira un poco la mano de un peso que estaban sosteniendo entre dos, y cuando le falta esta mano, se abruma el que queda solo, porque tiene pocas fuerzas, pero si ve que se va rindiendo, pone aunque no sea más que un dedo, y al instante se aligera el que va cargado. A ratos lo deja solo con el peso para que conozca lo mucho que le ayuda, se lo pida y agradezca. Lo mismo hace mi amado Esposo conmigo. Me parece que está presente y no quiere quitarme la carga para que la sienta, pero cuando ve que la he sentido, acude para que no desmaye, y vuelve a poner su mano. Las comparaciones que pongo son tontas, pero así me parece que es.

Pasé este día con mis achaques más fuertes, el espíritu con sequedad y falta de fervor sensible, y al mismo tiempo con deseos de hacer mucho por mi Dios, pero sintiéndome falta de fuerzas como quien quisiera volar, y le tuvieran sujetas las alas; con poco que se las sujeten no puede volar, pero al instante que se las sueltan, vuela.

Así me sucede algunos días; el alma quiere volar a su Dios, y se halla atada o como impedida, de modo que se deshace por llegar a su Dios, y no puede, porque está cargada con el peso de su cuerpo, que se hace más pesado cuando el espíritu no le ayuda, y cuando le ayuda, se hace ligero.

El Dios de las misericordias me conceda agradarle en todo, y de todas las maneras que quiera, pues mi deseo es darle gusto.

TUVE UN RATO DE ORACIÓN SOBRE LA CRUZ

Tuve un rato de oración sobre la cruz y clavos de mi amado Esposo Jesús, y le pedía que me tuviera allí, al pie de su santísima Madre y mi Señora a quien pedía lo mismo para aprender en la cruz la doctrina que me enseñaba mi amado Señor. Me parecía que estaba junto a mi dulce Madre, oyendo las palabras de caridad con que mi amado Esposo me enseña desde su cruz. En esta ocasión, no salí de la primera palabra "Padre perdónalos que no saben lo que hacen". Con ésta sola tuve para aprender bastante, agradecer su infinita caridad, y humillarme hasta lo más profundo de mi nada al ver lo mal que yo he guardado estos ejemplos que me enseñó mi amado Señor.

Sí, hice nuevos propósitos de enmendarme con la ayuda del Señor, y seguí las horas con recogimiento interior en la presencia de mi Dios. En la comunión me parecía que estaba viendo en mi corazón, renovados los conocimientos de sus heroicas virtudes de paciencia, humildad, mansedumbre y perfectísima caridad.

Estos conocimientos, era como he dicho otras veces, como quien tiene que hacer un bordado, le ponen el dibujo delante y le dicen: éste es el que has de imitar. Conocía que no podía imitar tanta perfección, pero me animaba que quien me lo mandaba, me ayudaría a hacerlo. Recobraba el ánimo y pedía a mi Señora madre y maestra que me ayudara, enseñara y reprendiera o castigara, si no hacía lo que debía, pero que no me quitara su poderosa protección.

DESPERTADOR EUCARÍSTICO

Tuve un rato de oración sobre el misterio de la Santísima Trinidad, que en día estaba dedicado a este Dios uno y trino. Desde que desperté, lo primero que vino a mi pensamiento fue este misterio; al instante adoré a mi Dios con una oración que sé de memoria, desde que tenía pocos años, y está en el "Despertador Eucarístico". La digo todos los días cuando despierto con más o menos fervor conforme esté el alma, pero siempre

me acompaña un buen deseo; lo que dice la boca lo digo de corazón. Con ella me ofrezco toda a mi Dios, mis obras, palabras, pensamientos, cuanto padeciere, trabajare o hiciere, todo lo ofrezco a mi Dios por medio de las piadosas manos de mi Señora y Madre la Virgen María, pidiéndole que libre mi alma de caer en pecado. En sustancia, este es el ofrecimiento que hago por la mañana a mi Dios, pero como este día estaba mi alma dispuesta para la contemplación, me fui al coro y me quedé atenta, porque algunas veces mi Dios da a mi alma una luz tan grande de su divinidad que no sé decir nada para poder explicar la grandeza de este misterio. Me parece que es como si descorrieran una cortina, y se manifestaran unas cosas tan grandes y admirables que el entendimiento se quedara atónito y admirado, y no puede comprender nada para poder explicar la grandeza que ha visto. Después de que esto pasa, quedan las potencias del alma tan inflamadas con lo que han conocido y visto, que el entendimiento no sabe discurrir, la memoria no puede acordarse de nada, y la voluntad solo puede estar amando aquel bien sumo y verdadero.

COMO UN PADRE AMOROSO

Bendita sea la infinita sabiduría que gobierna las almas y atiende a su flaqueza.

Como un padre amoroso que cuida a sus hijos más endebles con más cuidado que a los robustos, así mi amado Esposo y Señor cuida tanto de no dejarme sola, y al mismo tiempo lo hace todo, porque ve mi mucha flaqueza. Aunque esté presente, como no me lleve cogida, empiezo a tropezar, y como esta gran miseria la ve mi amado Dios y Esposo de mi alma, no me deja sola más que el tiempo preciso para que lo conozca. Cuando ve que lo he conocido, acude a cogerme otra vez, y a llevar la carga para que no me pese mucho.

PIDE LA CONVERSIÓN DE UN CONDENADO A MUERTE

En fin, ejercitaba todas las virtudes interiores y exteriores que se ofrecían, con trabajo de la parte inferior, pero el alma estaba serena y deseosa de hacer mucho por su Amado. Así estuve media mañana; a la otra media se añadió que no podía hacer otra cosa más, que pedir a mi amado Esposo por la conversión de un pecador, que supe que habían cogido preso, y me dijeron: que pronto le quitarían la vida. Me fatigué, y empecé a pedir a mi amado Esposo, por la salvación de aquella alma. Acordándome de que por ella había muerto y padecido mi Señor, le decía:

-Acordaos Amado mío, que bajasteis del cielo a la tierra para redimir esta alma, y por esto os pido su conversión. A mi Señora, le pedía: que lo alcanzara de su Santísimo Hijo.

Estas peticiones las seguí todo el día, haciendo fuerza a mi amado Esposo, y con mucha confianza y satisfacción, le decía:

-Dadme el gusto, Señor mío, de que esta alma se convierta.

Interior de la Iglesia de las Monjas Mínimas.

RAMILLETE DE FLORES

Hacia media mañana, me vino un toque de amor tan fuerte que no sé explicar ni sé su nombre. Digo esto, porque fue como si hubieran arrimado un fuego grande a un poco de estopa, y de pronto hubiera ardido toda. De este modo me parece que era lo que sucedió a mi alma: vino un fuego de amor que la abrasó toda, y además participó el cuerpo que parecía que me iba a quitar la vida; no sentía ninguna fatiga, sino un gran consuelo, pero tuve que dejar caer la cabeza en la pared, porque me quitó las fuerzas. Estuve un rato conociendo que mi alma estaba unida a su Amado. Como está un hierro en la fragua que parece fuego y no hierro, así estaba mi alma en aquella fragua del divino Amor. Así estuve un rato, y quiso mi amado Esposo que no hubiera nadie en el torno, pues fue el único rato tranquilo que he tenido en todo el día, que ha sido uno de los que ha habido más trabajo.

Este ratico, me puso incapaz de servir, aunque no del todo, pues apenas pasó lo fuerte de la unión, las potencias del alma inflamadas, se deshacían en alabanzas a su Amado, y en dulces coloquios, donde mi amado Esposo manifestaba a mi alma lo mucho que la ama, y mi alma, queriendo corresponder.

Mi Dios lo remedió, pues al mismo tiempo permitió que se ofrecieran mucha cosas juntas que había que atender, y era trabajoso, aunque todo lo atendía, gracias a quien me ayudaba, pues entre los afectos que sentía el alma, no podía parar de hablar de cosas precisas, por lo que tenía que hacerme fuerza, y una vez dije a mi amado Esposo y Señor:

-Amado mío, yo no puedo con tanto.

Tenía que atender a dos cosas de cuidado y no podía, porque me llevaba toda la atención mi Amado. A esto me respondió mi Señor:

-Estas fatigas que pasas por atender a la obligación, son un ramillete de flores.

TENÍA QUE ATENDER A LOS POBRES

Pasé todo lo que quedaba de la mañana y parte de la siesta, en un continuo amor a mi Dios que manifestaba a mi alma, ya su hermosura, ya sus riquezas, y muchas de sus divinas perfecciones. Me pedía que lo amara por estas perfecciones y divinos atributos, diciendo a mi alma:

-Ámame, porque soy tan bueno, tan amoroso y tan hermoso…

En medio de estos coloquios, tenía que atender a los pobres; lo de menos era tener que atenderlos, sino que me causaba alguna aflicción no poderlos remediar, porque lo que dan de comunidad es poco, y los pobres son muchos.

Todos los días el pan que ahorro, lo guardo para el día que me toca estar en el torno. Como esta semana he tenido que estar todos los días, solo tenía ahorrado el pan del día, y lo partí con los pobres. Pero como no cesaban de llegar pobres, fui por el que había reservado para mí, y se lo di también. Me dijo mi amado Esposo:

-Tú me has dado los bienes que yo te he dado, y yo todo me doy a ti. Tú das la nada y recibes el todo que soy yo.

No puedo explicar los afectos y efectos que causaban en mi alma todas estas cosas, porque yo no estaba en mí, no por falta de los sentidos, sino que me tenía mi Dios tan asida a sí que no podía tener ni un pensamiento fuera de mi Dios.

Después de decirle a mi amado Esposo: que no podía con tanto ni podía atender todas las cosas, que me había quedado una flaqueza de fuerzas y que no podía hacer nada, me vinieron unas fuerzas extraordinarias; no parecía que tuviera cuerpo, pues iba tan ligera a todo lo que se ofrecía que no sabía si volaba o andaba, porque, como he dicho, no estaba en mí y lo hacía todo sin sentir.

Hasta las dos, puedo decir que más estuve gozando de mi Dios que en este mundo, porque el espíritu llevaba al cuerpo, y éste no sentía los trabajos.

Desde las dos, empecé a sentirlos y me volvió otra vez la falta de fuerzas, los dolorcillos de cabeza que padezco, aunque no de los fuertes,

y en el corazón sentía tanto ardor que parecía que se estaba quemando, porque se había quedado hecho una fragua, y cualquier cosa hacía que ardiera más.

CONVERSIÓN DE LOS PECADORES

El gran deseo de la gloria de mi Dios, me hacía que pidiera con bastante insistencia, pues conozco el amor que Dios nos tiene, y que nos ha criado para la eterna felicidad, de gozarlo eternamente. Esta voluntad amabilísima de mi Dios, no se cumple en las almas que se pierden por su culpa, porque si estas almas acudieran arrepentidas de sus culpas a pedir perdón, serían al instante perdonadas por la infinita misericordia de nuestro Dios, pero si no lo hacen, serán justamente castigadas, por la Divina Justicia. Esta voluntad de mi Dios, me mueve a pedir tanto por la conversión de los pecadores, como eficaces auxilios y perdón para todos. Sé que en esto doy gusto a mi Dios, y por eso tomo más ánimo para pedir en nombre de todos y para todos.

YO ESCOGÍ UN JUMENTO

Amado Dios y Señor mío, no atendáis a mi miseria para que os sirva en lo que queráis y como queráis, pues hasta los jumentos sirven en las casas de los señores. Mientras estaba pensando esto, parecía que en mi interior me decía mi amado Esposo:

-Yo escogí un jumento para entrar triunfante en Jerusalén, y que todos me aclamaran como el Mesías.

Entendí que no importaba que yo fuera como un jumento, si mi Dios quería manifestar en mí la grandeza de su misericordia.

Con este conocimiento me ofrecí de nuevo a mi Dios, deseando que se cumpliera en mí su santísima voluntad.

LO LLENO DE DONES PARA QUE LOS REPARTA

Hoy en particular pedí por dos personas eclesiásticas que se ocupan en la dirección de las almas, y me parecía que mi amado Esposo me manifestaba que les tuviera particular amor. Veía a una de estas personas como a san Juan recostado sobre el pecho de mi Señor, y el corazón divino de mi amado Esposo Jesús lo enriquecía de virtudes y sabiduría para llevar almas a Dios. Me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Lo lleno de dones para que los reparta, especialmente con mis esposas que no solo ha de guiarlas en su vida por el camino de perfección, sino también, porque después de su muerte, han de ayudar a muchas almas con sus escritos.

Llegó la hora de empezar las horas, salí de esto y me quedé agradeciendo a mi amado Esposo este beneficio que hacía a esta alma, y por su medio a otras muchas.

Téngase por dichoso el pastor a quien el padre de familia le encarga el cuidado de aquellas ovejas más queridas, que para ello este amoroso padre lo provee de tanta abundancia de sabiduría y ciencia divina, y de todo lo necesario para cuidar a estas ovejas con más cuidado y esmero, apartándolas de las yerbas nocivas de sus malas inclinaciones, y de su propia voluntad. Estos pastores son muy amados, y me parece que he conocido que mi amado Esposo ama con particular amor a todos los que se emplean y ejercitan en el bien de las almas, cumpliendo con perfección, cada cual según haya recibido.

También pueden temer los que han recibido del Señor muchos dones y talentos, y los tienen guardados y escondidos, habiendo tan gran necesidad de obreros fieles en la viña del Señor, de obreros que atiendan a adelantar la hacienda de su señor.

Los que han sido llamados para llevar almas a Dios y enriquecidos de dones para ello, pueden temer que se enoje este amoroso padre de familia, y les quite lo que les ha dado, si no quieren trabajar con ello, pues es terrible el enojo de este Padre Dios. En cambio, alégrense los que trabajen, porque su premio es muy grande, y den gracias a Dios, porque

los ha escogido para que lo sirvan, en lo que más le agrada. Si no hubiera quien lo hiciera, el mismo Señor lo haría por el deseo que tiene del bien de las almas.

ERES MI DUEÑO

Bendito seáis Dios de infinita bondad, Dios de infinita misericordia, Dios de infinito amor.

Bendito seáis padre amabilísimo, hermano piadosísimo, esposo celosísimo.

Bendito seáis. Todas tus criaturas te alaben, te engrandezcan, te amen, te adoren y te sirvan.

¡Oh Amado mío! ¿Cuándo haré yo todo perfectamente para darte gusto?

Señor mío, Dios mío, Esposo mío, solo alegra mi alma que seáis mi Dios. Sois para mí, todas las cosas. Nada apetezco más que a ti; tú solo me bastas; tú eres mi vida, y sin ti muero.

Eres mi dueño, haz de mí lo que quieras.

CÓMO ACONSEJA A SUS HERMANAS

Esta mañana, todo eran ocasiones para practicar la virtud, diciendo todo lo que mi Dios me daba para que lo dijera, pues no tengo preferencia con ninguna religiosa, sacando a las que estamos juntas en la celda y lo piden las circunstancias de atendernos unas a otras. Las demás religiosas si me buscan, me hallan; si están enfermas las visito, y a todas las trato con amor sin satisfacciones ni amistad particular, y cuando tienen alguna desazón o fatiga, acuden a contármela. Este día vinieron tres, y todas se fueron distintas de como vinieron, porque a todas las oigo con serenidad, y a ninguna le doy ni le quito la razón. Según lo que me dicen, les digo lo que están obligadas a hacer como religiosas, y las animo con los ejemplos de nuestro Señor y de nuestra Madre y Señora.

De estas ocasiones como pueda huir, huyo, porque no me acomoda saber cosas, pero cuando no puedo huir, hago lo dicho.

Esto me hace no perder la presencia de mi Dios, y acudir más en mi interior a mi Dios y a mi Señora y Madre, pidiendo su ayuda y amparo para estar más atenta, pues temo desagradarles con algún pensamiento o palabra que falte a la caridad. Después me quedo más fervorosa, y si he conseguido el bien de mi prójimo, doy gracias a mi Dios, y si no, sigo pidiendo su remedio.

DE POCO SIRVEN LOS DESEOS SIN LAS OBRAS

Hice la oración sobre la Pasión, cuando mi amado Esposo fue preso. Saqué vivos deseos de ser humilde y obediente a todas las criaturas, por el amor de mi Dios, pero de poco sirven los deseos sin las obras, y de ésas hay pocas, y si las hay, están llenas de imperfecciones. Al menos los buenos propósitos sirven de algo, pues hacen que me humille al ver mi miseria de no cumplirlos. Saqué de la oración el propósito de hacer lo dicho, confesaba mi miseria en la presencia de mi Dios, y le pedía la gracia para cumplirlos, pues sin ésta, nada puedo.

La oración de la tarde, también fue de la Pasión, y me parecía que veía con los ojos de mi alma a mi amado Esposo que me decía:

-Mira lo que he padecido por todas las almas, y lo mucho que me ofenden.

Me afligí mucho, porque me vinieron en la memoria tantas culpas con que mi Dios es ofendido. Al mismo tiempo, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Mira mi ley santa despreciada sin temor, por los que son dignos de castigo.

Aquí fue mayor mi pena, viendo a mi Dios tan ofendido, y empecé a pedir misericordia para todos, recordándole a mi Señor: lo mucho que le habían costado las almas; que lo ofreciera a la Divina Justicia, para que nos concediera el perdón; que mirara nuestra fragilidad y miseria, y que se compadeciera de nosotros, concediéndonos eficaces auxilios de gracia

para enmendarnos. Así estuve pidiendo llena de dolor, al ver a mi Dios ofendido. Después de la oración, me quedé con una pena tan viva que me parecía que nada me la podría quitar, porque todo lo que me recordaba la bondad de mi Dios, su misericordia, su grandeza y majestad, aumentaba mi pena, viendo que era ofendido, y que yo también lo había ofendido.

ORACIÓN POR LOS PECADORES

Hice continuos actos de contrición, pidiendo para todos los pecadores el perdón por los méritos de nuestro Redentor, y por sus dolores a mi Señora y Madre de pecadores, le instaba para que interpusiera su poderosa protección.

Acabé este día con estos sentimientos y afectos, pues la oración de la noche apenas la empecé, al instante se renovaron los mismos sentimientos, y las mismas súplicas a mi Dios, pidiendo: que enviara ministros llenos de celo y amor, que convirtieran almas.

Os lo pido muy de veras, y lo deseo con ansia:

-Concededme, amado Dios y Señor mío, que yo vea convertidas a todas las criaturas para que sea glorificada tu gran e infinita misericordia, y tu santo nombre sea alabado por todo el mundo. Vos, Señor mío, dijiste que no querías la muerte del pecador, sino que se convirtiera y viviera.

Señor mío, dadle eficaces auxilios para que salgan de sus pecados tantas almas que están sumergidas en las tinieblas del pecado y la muerte eterna de sus almas. Señor mío, alúmbralos para que conozcan su gran mal, pues no hay otro mayor.

TRANSVERBERACIÓN

Pasé casi todo el día a ratos fervorosa y a ratos con sequedad, porque parecía que de pronto me herían el corazón, el alma se encendía, y conocía que estaba unida a su Amado. Sentía un fuego en el corazón, y al mismo tiempo un dolor, que parecía que me clavaban alguna cosa, pero sentía un gran consuelo. Pasaba pronto, y otra vez me quedaba con sequedad y

con mucho recogimiento en la presencia de mi Dios, que aunque parecía que se ocultaba, el alma conocía los efectos de su presencia, porque le daba a conocer su nada, estaba humillada, y al mismo tiempo, conocía la grandeza, la bondad, y la misericordia, de su Dios. Este conocimiento le hacía amarlo, o al menos tener un gran deseo de amarlo, y de que todas las criaturas lo hicieran, y le decía a mi Amado:

-Señor mío, haz que todas las criaturas te conozcan, haz que todas las criaturas te amen. Ojalá, no hubiera tenido un instante de mi vida que no hubiera estado ocupada en vuestro amor.

Se llenaba mi alma de dolor por lo poco que lo he amado, y por lo mucho que lo había ofendido, y sentía todas las ofensas que le hacen todas las criaturas.

LO QUE LLAMO RECOGIMIENTO

Los días que digo que estuve con recogimiento y con sequedad, es como cuando está un hijo delante de su padre, está atento a darle gusto, pero el padre está serio, y aunque no manifiesta estar enojado, el hijo está un poco temeroso, porque su padre no le habla y está como serio. Esto es lo que digo de los días que estoy recogida, pero con sequedad. No sé si me explico con decir esa sola palabra.

Lo llamo recogimiento, porque el alma está atenta a su Dios, y cuidadosa en su servicio, pero no ve que su amado Dios le dé ningún consuelo sensible. Conoce que ha sido ingrata, y por esa causa es justo que no la traten con el cariño que son tratadas las almas fieles, en lo poco y en lo mucho. En estos días vive el alma humillada, y a la vez agradecida a la gran bondad de su Dios que la quiere tener en su presencia, no mereciendo por sus muchísimas ingratitudes ni siquiera que la tierra la recoja. Esto es lo que puedo explicar del estado del alma en estos días que llamo de recogimiento y sequedad. No sé si lo habré explicado bien, pero lo digo como me parece que es.

Los otros día que digo que los paso con recogimiento y fervor, el alma está en la presencia de su amado Padre, que olvidado de las ingratitudes

de esta miserable hija, le manifiesta lo más fino de su amor, se empeña en que esta hija lo conozca, no cesa de ponerle presente lo mucho que ha hecho por ella, y esto llena al alma del mayor consuelo. Es igual que los padres cuando toman a sus hijos pequeñitos, los arriman a sí, y les hacen mil caricias, así este Padre amoroso toma el alma y la une a sí. El alma se derrite en el amor de su amado Padre, y lo sirve con tanto fervor en todo lo que hace que se llena de gran dulzura, sabiendo que lo hace por su amado Padre, que como le tiene tanto amor a esta hija, se ve como obligado con cualquiera cosa que hace, y le renueva su cariño y amorosos halagos, con tan grandes dulzuras del alma, que no se pueden explicar, y solo la experiencia lo sabe decir y entender, porque los consuelos del alma en estos días, solo tienen comparación con los consuelos y gozos de los bienaventurados.

Ya he dicho que en estos días el alma conoce con tanta certeza que su amado Dios la mira y manifiesta que la ama con tan excesivo amor, que no le queda la menor duda de ello, y cuando el alma lo conoce, le hace estar llena de gusto y consuelo.

También en estos días, le dan más conocimiento de la Divinidad, y de los principales misterios de la fe; por eso el alma anda tan embebida en esto, que nada de la tierra la puede divertir. Cuando no está en lo más alto de la contemplación de su Dios, se queda tan inflamada que no hace más que estar en una continua alabanza a su Dios. En todas las cosas encuentra las obras de sus manos, y goza de la presencia de la humanidad santísima.

Por lo regular, en estos día que llamo de fervor, mi amado Esposo me manifiesta que quiere que padezca, pero el padecer es gozar, porque mi alma ve junto a mí a mi amado Esposo, que viéndome padecer, muchas veces me consuela diciéndole a mi alma:

-Mira lo que he padecido por ti.

El alma está gozando de esta presencia que le causa tan gran consuelo, que desea padecer más. Otras veces, le manifiesta lo mucho que le ofenden sus criaturas, por quienes ha derramado toda su sangre.

Paso estos días, unas veces con los conocimientos de la Divinidad, otras con la sacratísima humanidad o presencia de Dios en cuanto Dios y hombre, y otras de mi Señora y Madre, de quien recibo muchas doctrinas.

En estos días, el alma, siempre inflamada en el amor de su buen Padre y Esposo, está como una candela que no cesa de despedir chispas encendidas de afectos amorosos a los que su amado Padre y Esposo corresponde con otras palabras o inteligencias, manifestándole lo mucho que la ama, y que tiene en ella sus delicias.

Este fuego de amor en el alma sube de punto, y toda se deshace o aniquila en su Amado, pues le parece que está toda en su Amado, y su Amado todo en ella.

Hay otros casos, pero son los menos, que también experimento en otros días en que mi amado Padre y Esposo, me deja conocer mi miseria. Lo sé por experiencia, porque me quita o no me da la presencia de su divinidad o humanidad, y para estar en la presencia de Dios, tengo que poner de mi parte. Como soy tan miserable, tengo muchas faltas y descuidos, porque la imaginación está en estos días muy penosa, y me trae muchas cosas ociosas que me hacen vivir mortificada. El alma no desea tener ningún pensamiento fuera de su Dios, y ve que a fuerza de trabajo, tiene que estar desechando tonterías que no quiere que ocupen su entendimiento ni su memoria, y menos, su voluntad. Conoce que no debe tener otro objeto que amar, sino a su Dios; con todo, en estos días que son trabajosos, mi alma saca el conocimiento de su nada, sé que por sí sola nada puede, y que todo lo que hace de bueno es de Dios. Por eso vive temerosa de sí misma, y solo confía en su Dios. Conoce que si no fuera por su misericordia, solo haría pecados.

Estos son los conocimientos que profundizan en el alma, y duran, porque la experiencia me hace ver más a la claras tantas faltas en las que caigo en estos días, y aunque por la misericordia de mi Dios, no caigo en culpas grandes, me hace estar todo el día, haciendo buenos propósitos y quebrantándolos, porque en un instante doy entrada en mi interior a las tentaciones que V.R. sabe, pensando que son cosa de mi imaginación. Estos días me veo tan miserable, que solo atiendo a lo que le digo, y todo lo

demás queda con una oscuridad que me hace temer mucho, porque no me deja tener algunos ratos del recogimiento que expliqué en primer lugar. Entonces, procuro remediar las faltas, como si estando un padre a la vista de su hijo, por malo que éste sea, está con más cuidado de no ser malo, porque ve que lo está mirando su padre.

En general, ya tengo explicadas las tres diferencias que conozco del estado de mi alma en distintos días, pero en particular, hay diferencia entre unos y otros. En el segundo hay tanta diferencia de cosas, que yo no sé explicar, pero ayudada por el mismo Dios que me hace conocer las diferencias, diré o explicaré lo que pueda o quiera, pues solo soy un instrumento para mover la pluma, ayudada de la mano del mismo Señor, que quiere servirse de mi ignorancia para ensalzar más su Santo Nombre.

Digo, que en los primeros días que he explicado de recogimiento con sequedad o sin fervor sensible, experimento muchas veces unos toques de amor tan fuerte, que parece que me van a quitar la vida.

Me voy a valer para explicarlo de la misma comparación del principio del padre y el hijo: cuando este hijo, como ya he dicho, está con todo cuidado sirviendo a su padre, y lo ve con seriedad, teme tenerlo disgustado, porque sabe que ha sido desobediente, y ha desperdiciado el caudal de su padre, y no sabe si su padre le habrá perdonado. Estando con estos cuidados, de repente, cuando menos lo pensaba, su padre lo toma, lo estrecha en sus brazos, le asegura el perdón, y lo trata con tanto cariño que el hijo se llena de gran consuelo, viéndose entre los brazos de su padre, y tratado con tanta ternura y amor.

Lo dicho me parece que tiene alguna semejanza con lo que sucede en estas ocasiones al alma, que de pronto se halla unida a su amado Esposo, con tanto amor, que la deja herida. Esto dura poco, y aunque por un rato el alma siga inflamada, después vuelve a quedarse en el mismo estado de antes. En estos días, el alma está más cuidadosa de ejercitarse en las virtudes.

Ya he dicho, que en estos días el alma conoce que su amado Dios la mira y le manifiesta que la ama con excesivo amor, y el alma lo conoce con tanta certeza que no le queda duda de ello, se llena de gusto y consue-

lo, y recibe más conocimientos de la Divinidad y de los principales misterios de la fe. Anda como embebida, y nada de la tierra puede distraerla de la contemplación de su Dios. Cuando está en lo más alto de esta contemplación, se queda tan inflamada que solo puede estar en una continua alabanza de su Dios, lo encuentra en todas las cosas como obra de sus manos, y otras veces, goza de su humanidad santísima. Por lo regular esto me pasa en los días que llamo de fervor. Cuando mi amado Esposo me manifiesta que quiere que padezca, el padecer es gozar, porque mi alma ve a mi amado Esposo junto a mí, viéndome padecer, y muchas veces me consuela, diciendo a mi alma:

-Mira lo que he padecido por ti.

El alma está gozando de esta presencia que le causa gran consuelo y deseos de sufrir aún más. Otras veces le manifiesta lo mucho que lo ofenden sus criaturas, por quienes ha derramado toda su sangre.

Con todos estos conocimientos de la humanidad o presencia de Dios en cuanto Dios y hombre, y otras doctrinas que recibo de mi Señora y Madre, paso estos días.

PARA REFLEXIONAR

Las criaturas irracionales obedecen con prontitud a la voz de su creador, pero las criaturas racionales, que tanto debemos a nuestro Dios, somos las más desobedientes, y yo más que todas.

UN VESTIDO BORDADO

Cerca de la noche, fue distinta la oración de la comunidad, pues antes de que tocaran, me habían venido algunos temores sobre lo que había escrito. Los deseché, pero entrando en el coro me aumentó el deseo de no desecharlos, pues me parecía que no era necesario, y que los escritos míos, no eran de utilidad para nada. Si mi Dios quisiera que V. no me lo mandara para darle cuenta de mi conciencia, lo podía hacer de palabra, y aunque lo hago muy mal, me podría esforzar. Estando con estos pensa-

mientos, me parecía que veía con los ojos del alma a mi amado Esposo, que me decía:

-Los grandes señores suelen hacer unos vestidos bordados, donde manifiestan los títulos de su grandeza; y lo que yo quiero de ti es que con tus escritos bordes un vestido que manifieste al mundo mi gran misericordia y bondad. Yo todo te lo doy para que lo hagas, y lo hagas así. Todo lo que quites a este bordado, se lo quitas a la hermosura que yo quiero que tenga.

Entonces dije yo:

-Quiero, Señor mío, hacer todo lo que quieras, y que os sirváis de esta esclava, según tu santísima voluntad; pero Vos sabéis las muchas dificultades que tengo y los muchos temores que me cercan.

Me respondió mi amado Esposo:

-Estos son los esmaltes de piedras preciosas que más resaltan en este vestido, y los que más me agradan.

Entonces le dije, algo determinada:

-Cuánto caso hacéis, Dios mío, a estos borrones que hago por la obediencia. La mayor parte me parecen tonterías.

-Eso es lo que más me agrada; que pronta obedezcas negando tu voluntad y juicio, y siguiendo al que te lo manda en mi nombre, pues yo soy el que se lo inspiro para que te lo mande.

SI ME AMAS

De la contemplación en la bondad de mi Dios, salí con gran agradecimiento de sus innumerables beneficios.

Mi trabajo este día fue dar gracias, porque hacía años que había nacido, porque me había criado pudiendo haberme dejado en la nada, porque me había dado un alma capaz de gozarle eternamente, por haberme criado en tierra de cristianos, por haberme dado padres buenos y temerosos de Dios, y en fin por todos los beneficios que he recibido de Dios. Me sucedía, como si una persona que debiera a su señor una cantidad, no tuviera para pagarla, y cuando fuera a pedirle que esperara, le diera otra cantidad mayor. Le agradecería que le diera más, y no sabría qué hacer, viendo

tanto como le daba ni sabría cómo manifestar su agradecimiento y amor a aquel señor que así lo favorecía sin mérito ninguno de su parte. De este modo me parece que me sucede a mí, por eso empecé el día dando gracias a mi Dios. Dándole gracias, me parecía que veía que mi amado Esposo derramaba sobre mi alma mayor abundancia de sus gracias. Recibí un consuelo tan grande, y se encendía tanto el alma en el amor de su Dios, que solo podía deshacerse toda por su Amado.

Estando el alma en esta disposición, me hizo falta una cosa que tenía una religiosa, y pensé pedírsela, pero determiné no hacerlo, y pasar sin esta cosa por mi Dios. Al poco tiempo, la misma religiosa a quien yo había pensado pedirle esa cosa, me lo dio sin saber que yo la necesitaba. El alma que ya estaba encendida, se encendió más, viendo que su Dios tenía cuidado de sus cosas, aún de las más mínimas. Le daba gracias y le decía a mi Amado:

-¿Por qué estáis tan atento, Señor mío, a esta miserable criatura?

Y me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Yo cuido de los que no tienen voluntad por habérmela dado a mí, y como no tienen más que la mía, cuido de cumplirles sus deseos cuando conviene. Con esto se aumentaba más el agradecimiento y amor a mi Dios. Rezando las horas, al empezar prima me parecía que estaba mi amado Esposo en mi corazón, y que me decía:

-Hoy quiero estar contigo.

Me parecía que lo veía sentado, como quien descansa en su casa, pero derramando tan grandes consuelos que no cabían en mi corazón, y me ponían poco menos que fuera de mí.

Con esta disposición, pasé las horas y la misa. Después me vine al torno, donde aumentaron cada vez más los consuelos, porque todo lo que hacía por su amor, le agradaba a mi amado Esposo, por chica que fuera la cosa.

Me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Tú me das eso, y yo me doy a ti. Todo soy tuyo.

Otras veces:

-Si me amas, yo te amo con un amor infinito.

SI EN UNA FUENTE DE AGUA

Di gracias a mi Dios por todos los beneficios, en particular por haberme hecho cristiana. Agradecer este beneficio fue una de las principales ocupaciones de este día, junto con pedir perdón por no haber correspondido a él como debía. Pedí por la exaltación de mi Santa Madre Iglesia, y como hija de esta santa madre, sentía verla tan abatida y perseguida, aunque algunos ratos miraba la iglesia triunfante.

En la oración me iba de allí para allá, pues mi alma veía la gloria que gozaban todos los santos, y que todos estaban tan llenos de esa gloria que no podían desear más. Para explicarlo con una comparación material, diré algo, aunque no sea muy apropiado. Si en una fuente de agua copiosa tuviera muchos caños y hubiera muchas vasijas, unas chicas y otras grandes, si todas estuvieran llenas, todas tendrían lo que necesitaban, según el tamaño que tuvieran. De este modo me parecía que estaban las almas tan llenas de Dios que todas estaban igualmente llenas sin ningún vacío, cada cual según sus méritos, pero como estaban llenas, estaban igualmente gustosas, porque gozaban de lleno al Sumo Bien que ya no perderán por toda la eternidad, y a quien amarán sin intermisión.

Padre mío ¿cuándo llegará este día dichoso para nosotros? Me da tanta gana de que llegue para ir por los méritos de mi Señor Jesucristo, a esta Santa Iglesia triunfante, donde todos están con suma paz y sin alteración, y donde se ama a Dios y se alaba eternamente.

¡Oh día feliz! donde no entra la oscuridad de la noche, porque lo alumbra siempre la caridad de Dios, Trino y Uno.

¡Oh día dichoso! cómo te deseo y cómo te tardas para llevarme a mi Amado sin peligro, sin perderlo, donde para siempre le ame y alabe. Y a vos, Señora y Madre dulcísima, como espero gozar de vuestra presencia, alcanzadme la gracia final por los méritos de vuestro hijo y mi Señor y los vuestros, de que acabando esta carrera de la vida, cuando mi Dios quiera, tenga la dicha de ver a mi Dios por toda la eternidad y a vos, Señora amabilísima y Madre piadosísima. Aunque desee tanto que llegue este día, solo quiero cumplir la voluntad de mi amabilísimo Dios con perfección,

que yo no lo ofenda y que se sirva de esta esclava, aunque sea en este destierro, todo el tiempo de su agrado.

¡OJALÁ! PUDIERA YO TENER TANTO AMOR

En estas cosas pasaba el alma algunos ratos, después de haber estado contemplando en la inmensidad de su Dios, que todo lo llena de su infinita sabiduría, que todo lo ve y todo lo sabe; en su bondad infinita que tanto sufre y espera; en aquel amor inmenso que tanto nos ama, y en aquella misericordia que nos perdona, nos llama y nos convida con el perdón, porque quiere que gocemos de su gloria.

Bendito sea, bendito y alabado eternamente, por todas las criaturas.

¡Ojalá! pudiera yo tener tanto amor para emplearlo todo en amarte, Dios mío y Señor mío, como han tenido todas las criaturas que ha habido y habrá hasta el fin del mundo.

Padre mío, Esposo mío, Dios amabilísimo, santísimo, justísimo, hermosísimo, perfectísimo, que solo Él es, ha sido y será.

TIRA DE MI CORAZÓN

Hice la oración con recogimiento sobre el paso de la Pasión de la oración del huerto como si lo estuviera viendo. Me quedé en la presencia de mi Señor, y en las horas y la misa, me parecía que lo tenía presente. Recordaba que un Dios poderoso, un Dios fuerte, quiso por amor llegar a términos de querer ser confortado por uno de sus criados. También tenía presente la perfectísima conformidad y obediencia de este Dios hombre con la Divinidad. De esto sacaba deseos de imitarlo, y renové los propósitos de hacerlo, ayudada de su divina gracia.

Fui a mi obligación con mi alma recogida en la presencia de mi Dios. A ratos me distraía con los muchos negocios que se ofrecían, pero era como cuando una persona tiene una cosa en la mano y está a gusto mirándola; si otra cosa le llama la atención, la mira solo un momento, porque el cuidado de lo que tiene en la mano le llama más la atención. De este

modo me parece que me sucede a mí, pues mi amado Dios tira de mi corazón como el imán del acero, y aunque se pongan algunos estorbos para impedir su bulo, es con fuerza atraído.

GRAN CONSUELO

Con recogimiento interior en la presencia de mi Dios, y conociendo en mi alma la protección de mi Señora y Madre piadosísima la tenía presente, no porque la viera, sino como quien sabe que está su madre a su lado, y no la ve por estar ciego, pero lo conoce, sabe que está con él, y le sirve de gran consuelo. De igual modo mi alma sentía una particular devoción o afecto hacia mi dulce Madre, conociendo que por su amable protección y poderosa intercesión, venían a mi alma tanta gracia y misericordia como recibo de mi Dios. Esto me hacía que la amara mucho, y le diera a mi Dios muchas gracias, porque me había dado tal Madre.

FIEL ESPOSA

De pronto se encendió mi alma en el amor de mi Dios con tanta fuerza, que parecía que me habían herido el corazón con tan gran ardor que parecía que se quemaba, y el dolor, aunque lo tenía antes, me apretó más, de tal modo que no podía casi ni hablar, y como se me aflojaron los nervios y me había quedado tan sin fuerzas, tuve que decirle a la que estaba conmigo: que me había dado un flatillo, y quería dormir un poquito. Me cerraron la ventana y me dejaron sola, que era lo que yo quería.

Así estuve hasta cerca de las cuatro. Cuando entraban les parecía que estaba dormida, y me dejaban. En este tiempo estuve recogida con mi amado Esposo, que me parecía que lo tenía en mi corazón de asiento. Me manifestaba lo mucho que había padecido por mi amor, y se quejaba de la mucha ingratitud, con la que correspondían las criaturas al exceso de su amor. El alma se me llenaba de dolor y de agradecimiento, viendo tan mal correspondido a su Dios, y que yo era del número de los ingratos, habiendo recibido tanto.

Todo esto era motivo para encender más el alma en amorosos afectos, fueran de dolor o de agradecimiento, y todo eran flechas que me encendían. Si preguntaba a mi Amado:

Cómo correspondería yo a tan grandes beneficios, me respondía:

-Que guardando fielmente las leyes de esposa.

MI MADRE Y MAESTRA

Desde que desperté, conocí la protección de mi dulce Madre que ponía a la vista de mi alma sus admirables ejemplos, y vi un dechado, donde debía mirar para imitarla en lo posible, ayudada de la gracia, que no se me niega si yo fielmente correspondo a ella.

Las virtudes que más vivamente se pusieron ante mi vista fueron: la humildad y la obediencia, pues mi dulce Madre y Señora quería que la imitara en la humildad, y por eso me daban luz para conocer, que la Señora de cielos y tierra se tenía por la menor de las criaturas. ¿Qué debe hacer, la que verdaderamente es la misma miseria, y la misma nada, que solo tiene ingratitudes y pecados? Con estos conocimientos, me humillaba delante de mi Dios, y le pedía que no me los quitara para que estuviera siempre en su divina presencia, conociéndome y conociéndolo.

También se me dio mucha luz con el ejemplo de la pronta obediencia de mi dulce Madre a Dios, en la persona de sus ministros, y en la de su esposo mi señor San José.

Este conocimiento también me humillaba bastante, a la vista de mis desobediencias. Pedía perdón, y que por los méritos de obediencia de mi Señora y Madre, me concediera esta virtud.

El ejercicio de este día, fue estar como una hija que no ha sido como debe ser, y está delante de su madre, que le está mostrando sus faltas. Esta hija está avergonzada, pero al mismo tiempo consolada, porque ve que su Madre le advierte de las faltas con amor, desea que se enmiende, y está pronta para ayudarla. Me parecía que tenía a mi amada Madre y Señora haciendo conmigo oficios de piadosísima madre, que reprende y enseña, y al mismo tiempo, consuela. ¡Bendita sea tal madre!

SOLO QUIERO ESTAR ALABANDO A DIOS

Como Dios es tan grande, y yo tan chica, cuando derrama sobre mi alma una gota de su dulzura y suavidad, me llena tanto, que parece que me saca de tino, y solo quiero estar alabando a este amoroso Dios, y convidar a todas las criaturas para que vengan a gustar cuán suave y dulce es este Dios. Con estos deseos, cada vez crece más en el alma el amor, de modo que se queda incapaz de poder atender a las cosas de la tierra, y como le es preciso hacerlo, tiene que hacerse violencia. Esto me hizo decir este día, y otros también lo he dicho:

-Ya no puedo más Esposo mío, dejadme que pueda atender a los cuidados que me habéis dado.

Quien quiere retirarse de una persona a la que ama mucho, y le cuesta trabajo dejar, pero la deja por hacer lo que le mandan, así quiero huir de aquella abundancia de consuelo para poder cumplir con la obediencia, aunque no la quiera dejar. Parece que a mi amado Esposo le gusta que ande de este modo, porque muchas veces, en los días que estoy más metida en el trato indispensable con las criaturas, es cuando más me da. Por todos sea alabado.

DESEABA QUE FUERA CONOCIDO

Al levantarme me preparé para la sagrada comunión con fervor, y con deseos vivos de recibir al Dios de inmensa majestad, que había querido ser niño pobre, tanto, que no tuvo otro lugar para nacer, sino un establo de bestias ni otra cama más que un pesebre. Hace enternecerse a las piedras, contemplar la grandeza de este amor de Dios para con los hombres. Llena de amor y agradecimiento a este Señor, me ofrecía toda a mi Amado, y le pedía a mi dulce Señora y Madre: que me alcanzara todas las virtudes para adornar mi alma, y que igual que había limpiado aquel pobre portal para que en él naciera el mismo Señor que yo iba a recibir, que limpiara mi corazón de todas las cosas que hubiera en él, y que no fueran de su agrado, y lo mismo le pedía a mi padre el señor san José. Después de

recibir a mi amado Esposo Jesús, mi Señor, me parecía que tenía mi alma unida a mi Dios, que toda yo estaba en mi Dios, y tenía tanto consuelo y dulzura el alma, que parecía que se deshacía en amor a su Dios.

Pasé la mayor parte de la mañana unas veces amando, y otras adorando a este Dios, como lo hicieron los pastores y los Reyes. Deseaba que fuera conocido por todas las criaturas para que todas lo adoraran, lo alabaran, lo amaran y sirvieran, y poder hacerlo yo por todas, y en nombre de todas, hacía todos los actos de las virtudes. Conocía que por mí sola, no podía hacer lo que debía; aunque mis deseos eran grandes, las obras eran chicas. Gracias a mi Dios que me los da, conociendo mi pequeñez y mi nada. Yo me conformo con tener los deseos grandes, ya que no puedo otra cosa. Como si fueran grandes las obras, las hacía en nombre de todas las criaturas, lo adoraba en nombre de todas, le daba gracias, y le quería amar por todas, lo quería conocer por todos los que ciegos, no lo conocen, pedía perdón para todos, y en fin éste era el ejercicio que el amor le hacía obrar a mi alma.

Por la tarde estuve de otro modo que no sé explicar, porque no sabía que amaba, y que mi Dios tenía ocupadas todas mis potencias y sentidos. Me parecía que no hacía nada, porque parecía que estaba tonta. Cuando me da esto, yo no sé explicar cómo estoy. Me parece que está el fuego del amor de Dios en el alma, como cuando se envuelve una poca de candela en ceniza, que a la vista no se ve, porque está el calor oculto, pero si se toca, y cae algo la ceniza, al instante da luz y calor. Aunque la comparación sea tan tonta, me ha venido; igual me sucede en estas ocasiones, que conozco que está en mi alma encendido el amor como una candela tapada, pero si la toca una sola palabra que hable de Dios, este toque descubre el fuego, y empieza a lucir.

TROPEZONES

Hacía mi Dios lo que hacen las madres con los niños que se están enseñando a andar: los sueltan, los están viendo dar tropezones, y los dejan hasta que advierten el peligro de algún mal paso; entonces le vuelven a dar la mano, y pasado éste, los vuelven a dejar. Del mismo modo, me

sucedía que cuando parecía que me iba dejando vencer y desmayando un poco, conocía la mano de mi Dios misericordioso que me detenía, mudando mis pensamientos, y dándome una confianza tan grande en su misericordia y bondad, que me quedaba serena, y volvía a caminar, acordándome de las doctrinas dadas.

EL ENTENDIMIENTO SE ADMIRA

Una luz superior, me hace conocer la grandeza, bondad, misericordia y amor de mi Dios, y con dejos de humildad, la nada de este Dios atender a la nada de estas miserables criaturas, y está como asombrado, pues no puede conocer la grandeza de este Dios. Cuando la conoce con la luz, que misericordiosamente se lo concede, se admira, y ve que no conoce nada. Cuanto más se fija en este corto conocimiento que le dan, mayor es el amor que en el alma se enciende, al verse favorecida por este Dios tan grande. Aquí, ve a este Dios, que se viste de la naturaleza humana para redimirnos, allí conoce lo mucho que se humilló, y que padeció, solo por amar a unos gusanillos de la tierra, que para nada los necesita, que solo el amor que nos tiene, le hizo hacer todo esto, y hasta quedarse sacramentado, en fin, el día que mi amado Esposo y Señor, me despierta a la luz del día, con la luz clara del alma para conocerlo en lo posible, pues solo el mismo Dios se conoce a sí mismo, y nadie lo puede comprender o conocer, se llena el alma de consuelo. Como sé mi ingratitud, y conozco que éste es un favor de mi Dios del que no soy digna ni puedo merecer, muchas veces, cuando despierto, y me hallo en la disposición dicha, me pongo a pensar ¿quién será el santo que habrá pedido por mí, para que por su intercesión mi Dios me haya favorecido? Y encontrándolo, como me sucedió este día, que era sábado, día dedicado a mi dulce Madre digo:

-¿Quién había de ser, sino vos, Madre amabilísima? que haciendo los oficios de la más amorosa y dulce madre, hacéis que vengan sobre mi alma, las misericordias de mi Padre Dios. Encendida el alma en el amor de mi amado Dios, se enciende también en el amor de mi dulce Madre, por ser la causa con su intercesión, de que mi Dios me lo conceda. La ala-

bo, le doy las gracias, y le pido que las dé también por mí, diciéndole a mi dulce Madre, que los favores que recibe una esclava, son por los respetos y atenciones de su señora, y la señora está obligada a corresponder. Con esto, y otras cosas que se me vienen, quiero que todo lo haga mi Señora y Madre amabilísima por mí, y me ofrezco muchas veces a su servicio, pidiéndole: que no me deje, y que si no cumplo como debo, me castigue para que conozca mis yerros, pero que no me desampare.

¿NO ESTÁS SIEMPRE PIDIÉNDOME A MÍ, Y NO ME CANSO?

Un día, tenía hecho el ánimo de no volver a escribir hasta que Vd. viniera, porque pensaba que era perder el tiempo en tonterías de mi cabeza. Al instante que tomé esta resolución, me parecía que me decían:

-Yo fui obediente hasta la muerte; imítame a mí.

Conociendo que era por lo que había pensado, me arrepentí de mi falta de obediencia, y me dio tanta gana de hacerlo, que al instante que tuve ocasión, lo hice. En todas las cosas, siempre he tenido "despertador", pues lo he necesitado con frecuencia.

Otro día, que estaba fatigada por lo mucho que me pedían los pobres, dije:

-Ya no puedo más, que estoy tan cansada de oír decir madre, que me da fatiga.

Al instante me parecía que me decían:

-¿No estás siempre pidiéndome a mí, y no me canso?

Quedé enseñada para tener más paciencia, recordando, que yo sin merecerlo, estoy continuamente pidiendo a las puertas de la misericordia de mi Dios. Para no cansarme más, tenía esto presente todos los días.

Dios sea bendito, tenga misericordia de mí, y perdone todas mis desobediencias y faltas de humildad.

Iglesia de la Victoria, donde María Claudia, recibió luz para ingresar en la Orden Mínima.

Biblioteca Cánovas del Castillo. Legado Temboury. Archivo fotográfico.

AL ALMA SE LE OLVIDA QUE ES SU JUEZ

Al empezar la corona, (del rosario) empecé a rezar, pero me sucedió lo mismo que al que está cargado de sueño, que se pone a rezar un Ave María y no la acaba, porque se queda dormido; así me sucedía a mí, me quedaba atenta a la voz de mi amada Madre que me decía: que fuera agradecida a tan grandes beneficios, y que los recibía, para que imitara a mi amado Esposo Jesús, que toda su vida santísima la había gastado en hacer el bien a todos. Quería que yo hiciera lo mismo con mis prójimos, ayudándoles, consolándolos y pidiendo el remedio de sus necesidades para la gloria de Dios, que era el fin que habían de llevar. Yo seguía pidiendo a mi amada Madre que me ayudara a hacerlo como mi Dios quería, y me parecía que mi amada Madre volvía a pedir a su santísimo Hijo por mí, y al mismo tiempo, me parecía que mi amado Esposo se venía a mi corazón, y me decía:

-Yo soy tu Dios y todas las cosas; si me amas yo te ayudaré.

Se encendió tanto el corazón, que ya lo estaba, pero mucho más. En este momento se acabó la corona, y tuve que bajar al refectorio. Tenía que echar la bendición, porque me tocaba esta semana, pero me había puesto tan ronca del ardor tan grande que me había dado en el pecho, que lo hice con trabajo. La causa seguía allí, pues mi Amado estaba hablando a mi alma, y el alma humillada y agradecida respondiendo.

Mi amado Esposo decía a mi alma:

-Mira con cuánto amor te he mirado y me he dado todo a ti ¿qué haces tú por mí?

Estas palabras son unas flechas encendidas, que solo se conocen bien experimentándolas, porque el alma se derrite, al mismo tiempo que queda tan humillada en el conocimiento de su nada, que confiesa su nada, se ofrece llena de amor y de agradecimiento a este Dios de bondad, y dice lo que le hace decir el mismo Dios que la saca de tino, y la llena de satisfacción para todo.

Al alma parece que se le olvida que es su juez, y solo lo mira como a un padre, y esposo amoroso, al que quiere darle gusto, y le habla, y le pide

sin temores ni piensa si será verdad o engaño, porque en este momento no hay entrada a nada de esto, pues no están las potencias del alma para tener esos cuidados.

UN NIÑO QUE LLORA

Conociendo que tenía en mi alma a mi Amado, que parecía que se había escondido para que lo llamara más aprisa, como si un niño si se esconde su madre, llora hasta que lo encuentra, y cuando su madre lo oye llorar, acude, y le hace más cariños, así me sucede a mí con mi Dios, que si se oculta un poquito, aunque el alma no llore al exterior, está llorando la ausencia.

Temiendo que sea por su culpa, suspira por su Amado, le pide perdón, y lo llama sin cesar porque muere con su ausencia. Si supiera que no era por su culpa, no lo sentiría, pero como no sabe si será o no será, y como tiene tanto de qué temer con sus muchísimas ingratitudes, siente una pena muy fina, que le entra muy dentro.

Este sentimiento, aunque tenga el alma humillada, le da consuelo, y no la inquieta, y así ha sido como mi Dios me ha tenido hoy. Permitió que me vinieran las tentaciones para que gritara sin voces, llamando a mi Señor más aprisa, con el temor de ofenderle, y cuando vino, ha llenado toda mi alma como dueño de ella.

EL AMOR A MI DIOS ME QUITARÁ TODOS LOS TEMORES

No es para explicar el gozo del alma; aunque siempre le queda el temor de su miseria, el mismo amor de su Dios le da tanta confianza y fortaleza, que parece que no le teme a nada. Me daban unas ganas de irme con mi Dios, adonde no haya peligro de ofenderlo, adonde se le conoce con claridad, y dónde se ama sin intermisión, que tenía que hacer actos de conformidad con la voluntad amabilísima de mi Dios.

Si mi Dios me da estos deseos, cuando llegue la hora de mi muerte, me servirá de alegría saber que voy a morir, porque en este estado, me

parece que el amor a mi Dios me quitará todos los temores, porque el amor da confianza en el amado. Como un niño que fuera por un sitio muy peligroso, si va en los brazos de su madre, a quien ama, no le dará miedo, lo mismo me parece que me sucedería a mí; pero si por el contrario, la madre se esconde, le vendrán los temores.

Yo me conformo desde ahora, con la muerte que mi Dios quiera darme; le pido que la una con su santísima muerte, y que haga de mí en vida y en muerte, en tiempo y en eternidad, su santísima y amabilísima voluntad.

COMO UN POBRE

La ocupación de esta mañana, ya haya sido leyendo, ya en otro cualquier ejercicio que haya tenido, me parece que este amor de mi amado Esposo en este sacramento, ha sido lo que se ha llevado la atención de mi alma, y le causaba afectos de dolor, de amor, de agradecimiento, y en fin, con esto tuve bastante para estar ocupada. Como si un pobre que tuviera un gran señor en su casa, y se hallara sin nada, y viera que aquel señor, porque lo quería honrar, le daba todo lo necesario, sin tener de su parte mérito ninguno, sino motivos para que este señor lo castigara, así me sucedía, que el conocimiento de mi ingratitud, me hacía ser más agradecida a mi amado Esposo, y me daba mayores ansias de amarlo, y de que todas las criaturas lo amaran.

UNA GOTA DE AGUA

Después de comulgar, fue tan íntima la unión con mi Dios, que no sé explicarla; solo digo: que era como si hubieran echado al mar una gota de agua, que no se vería más que el agua del mar, así me parece que estaba yo en mi Dios. Quedé para toda la mañana tan encendida, que era incapaz de hacer nada más, que contemplar en la grandeza y amor de mi Dios. Luego tocó la lección del amor de Dios, pero no la podía seguir, porque me perdía; como el fuego estaba encendido, con poco aire se volaba.

Por la tarde, no lo estuve tanto, aunque con recogimiento seguí mis ejercicios, con deseos de agradar a mi Dios, ocupando el tiempo en ejercitar las virtudes, y pedir por todo.

EL AMOR ME HIZO HACER LO QUE HAGO

Mi Dios y Esposo de mi alma me mantenía con recogimiento, y como el espíritu estaba fervoroso, se ocupaba en hacer actos de las virtudes, para lo que me ayudaba mucho tener muy vivos los ejemplos de mi amado Esposo. Cuando iba a hacerlos, me parecía que estaba viendo a mi Señor, unas veces ayudando a mi padre señor san José, y otras buscando a las almas para convertirlas y enseñarlas, según la ocasión.

Era un dechado de lo que se debía hacer, con lo que trabajaba sin trabajo, pues además sentía tanto consuelo mi alma, que no lo sé explicar. Me parecía que me decía mi Señor:

-El amor me hizo hacer lo que hago.

Con esto se derretía el alma. Otras veces me decía:

-El amor me hizo hacer esto por ti. ¿Qué haces tú por mí?

Estas palabras le traían al alma una gran claridad para conocer quién era el Señor que las decía, y me quedaba en contemplación cuando me preguntaba. Aunque estuviera en medio del bullicio, nada me estorbaba, pero yo no lo puedo explicar.

Al mismo tiempo que me humillaba conocer todas mis ingratitudes y tibiezas, y lo poco que lo he amado, me encendía el amor de aquella bondad, que tanto me había sufrido.

Pasé el día, unas veces alabando y dando gracias a su misericordia y bondad, otras pidiendo perdón, y ofreciéndome toda a mi Dios. Me parece que no tuve el día ocioso, hice todo con poco trabajo del cuerpo, pues si el espíritu no hubiera estado como estaba, le hubiera pesado más el trabajo por la debilidad que tenía; la sentía, pero no me molestaba, gracias a mi Dios que recibe lo que da.

Bendita su misericordia y amor, que tanto cuida de esta miserable criatura, acomodándose a su mucha flaqueza.

Bendito sea. Ya que no puedo darle gracias como se merece, al menos deseo corresponderle con agradecimiento, haciendo su voluntad santísima en todo; por eso le pido que me ayude, pues yo no puedo nada por mí.

CONOCÍA QUE MI DIOS RECIBÍA EL DESEO

No sé cómo, pero en el interior del alma, se siente como una certeza de que está allí. Se oculta tanto algunas veces, que me hace temer, si se habrá ido, y esto es lo más sensible para el alma en algunos trabajos, pues quiere a su Dios, como he dicho de otros días, pero este día había pasado algunos ratos, que conocía el alma que estaba unida a su Dios.

Por la noche, este Dios grande y poderoso me dejó anegada en su misma divinidad.

No sé decir lo que hace mi Dios conmigo cuando viene a mi alma tan de lleno, es como si un poco de agua la echaran en el mar. Así me parecía que estaba mi alma: embebida toda en aquella inmensidad de mi Dios. No puedo decir nada, porque no sé explicarme. Así estuve toda la oración de comunidad, quedando el alma tan encendida, que las potencias, solo podían estar en su Dios. Cuando estuvieron más hábiles para que la memoria se acordara de lo mucho que a su Dios debía, otro nuevo fuego encendía la voluntad para amar a aquel Dios, liberalísimo con una criatura tan ingrata, y así le decía a mi Amado:

-¿Qué haré, amado Esposo y Señor mío, para corresponder a un amor infinito, cuando no os amo ni siquiera lo que puedo, ayudada de vuestra gracia? Con esto sentía encenderse más y más mi alma, y conocía que mi Dios recibía el deseo.

Lo que quería de mí, era que lo amara con un amor puro y agradecido, pero yo quiero amarle solo por quien es, porque es digno de ser amado sin interés del premio, ni por temor de la justicia. Este amor, junto con el agradecimiento de los grandes beneficios que este Dios de bondad nos da, le hace darse por satisfecho de nuestro poco amor. Por mucho que lo ame la criatura, es poquísimo, comparado con el inmenso amor que Dios nos tiene, pero como conoce nuestra nada, se da por satisfecho con lo dicho.

Con este conocimiento, se aumentaron en mi alma los deseos de amarle más, y me ofrecía a mi Dios de veras. Con deseos de agradarle, le daba gracias sin cesar, conociendo su gran bondad en querer ser amado por nosotros, como si le hiciera falta nuestro amor.

DIOS QUERÍA QUE LE PIDIERA

Poco antes, en la celda, haciendo una poquilla de labor, con recogimiento en la presencia de mi Dios como había estado todo el día, me vino un impulso de ir al coro, que no me podía detener.

Deseaba acabar lo que estaba haciendo, pero me tiraba una fuerza interior, y tuve que dejarlo todo, e irme al coro, donde mi amado Esposo me llamaba. Parece que era para que le pidiera, porque apenas entré, dio a mi alma gran luz de su poder, amor y misericordia. Parecía que conocía mi alma, que mi Dios quería que le pidiera. Al mismo tiempo que me daba conocimiento de mi nada, me aumentaba el conocimiento de su gran bondad, que quería oír las peticiones de esta miserable criatura, a quien manifestaba lo mucho que la amaba, pues había bajado del cielo para redimirla, y darle ejemplo. Humillada en su divina presencia, y encendida en amor y agradecimiento de tan gran bondad, empecé a pedirle a mi amado Esposo, con bastante empeño, por todas las necesidades. Me pareció que no quería mi amado Esposo despachar mis peticiones, pues no lo merecíamos por nuestras ingratitudes, con lo que me hacía clamar más fuerte a su misericordia, ofreciendo todos los méritos de mi Señor Jesucristo. Por ellos pedía el perdón para mí y para todos, daba gracias por mí y por todos, y sentía las ofensas hechas a mi Dios, por mí y por todos.

El tiempo de la oración estuve tan embebecida, que me parecía imposible, que se hubiera pasado aquel tiempo tan pronto, pues a mí me parecía que estaba empezando. Le siguió la corona, pero no podía seguirla, sino con trabajo, pues el alma quería estar en aquel recogimiento en que estaba. Rezando como estaba, me parecía que mi amado Esposo adornaba mi alma de nuevas gracias, y que mi amada Señora y Madre se ofrecía a ayudarme para obrar con las virtudes que mi Dios quería.

Le daba gracias a mi Dios por el beneficio que hacía a mi alma, dándome a mi Señora y Madre por mi protectora y maestra, y cuyas virtudes entendía, que quería mi Dios que imitara, en particular la humildad y la caridad, y para eso, me daban bastante luz para conocerlas.

COMO LAS HORMIGUILLAS

Me quedé con más recogimiento, pues mi Dios daba a mi alma más conocimiento de mi nada, y de la grandeza de mi Dios. Como las hormiguillas, que los hombres no hacen caso de ellas, yo veía que era menos que ellas en la presencia de mi Dios.

Ver a este Dios atender a esta nada, que es tan ingrata a este Dios, no puedo decir lo que causaba de humillación en mi alma. Viendo tanta grandeza atendiendo a las obras de esta nada, estaba con tanta vergüenza, al ver mis ingratitudes, y el amor y misericordia con que me sufre este Dios, que no sé cómo explicarme.

Me alegraría no perder nunca de vista esto, pero nada basta a esta miserable criatura para dejar de ser ingrata.

¡Ay mi Dios! ¿Qué sería si no tuvierais tanto cuidado conmigo?

Si con tantos auxilios y tantas inspiraciones soy tan mala y tan ingrata a mi Dios, a mi Creador, a mi Redentor, a Vos, Dios mío. Parece que no tenéis otro cuidado, que atender a mi alma para ayudarla, dándole todos los medios y remedios para que sea toda vuestra. Continuad con vuestras misericordias, mi Señor, pues Vos que conocéis mis muchísimos pecados e ingratitudes, también sabéis el dolor que tengo, y que deseo tener mucho más. Os lo pido por vuestra misericordia: haced de mí, Dios mío, todo lo que queráis, pero no os apartéis de mí, ayudadme, dándome la gracia eficaz con la que te sirva de veras.

COMO LOS ÁNGELES

Empecé el día como lo acabé, porque ayer me dejó mi Dios tan penetrada de aquella luz que misericordiosamente me dio, que no se me pasó

pronto, pues estuve así todo el día de hoy. En todas partes estaba humillada; si estaba en el coro, me veía, como dije ayer, como una hormiguilla despreciable, y que este Dios atendía a mis obras, y se había dignado traerme a su santa casa para que hiciera el oficio de los santos ángeles. Llena de agradecimiento por este beneficio, miraba mi gran tibieza para hacerlo, y el poco agradecimiento con el que he correspondido toda mi vida. Entre afectos de dolor, de amor y de agradecimiento pasé el día, siempre en la presencia de mi Dios, y cuidadosa de hacer todas las cosas, como me sucede cuando el alma está atenta a la presencia de su Dios, y más, cuando es por una gracia particular que le hace al alma, la bondad infinita de nuestro amabilísimo Dios.

Aunque todo buen pensamiento es de Dios, algunas veces este Señor da a manos tan llenas, que no puede el alma ignorar que es gracia particular. Esto causa en el alma los efectos dichos, y le hace conocer: que debe a Dios mucho más, y la gravedad de sus ingratitudes.

CUANTO MÁS SE CONOCE, SE CONOCE MENOS

Después de la comunión fue mucho más, por la unión más íntima con mi Señor y Esposo, a quien me parecía que veía en mi corazón tan a gusto, como el que está en su propia casa, dejando en el alma la seguridad de que le eran agradables mis deseos, y derramando sobre mi alma muchas gracias. Yo no lo sé explicar, pero conocía que recibía mucho, y muchos conocimientos de la Divinidad en la unidad de las tres personas.

Quedé tan embebida en mi Dios con estos conocimientos, y sin poder explicar nada. Cuanto más se conoce, se conoce menos, y hay menos que decir, porque nada tiene comparación, el entendimiento se queda como anegado en esta inmensidad y grandeza de Dios.

EMBEBIDA EN SU DIOS

En el día de ayer, la Santa Iglesia nos puso a la vista de nuestras almas un misterio de tanto amor para que diéramos gracias; en el día de hoy, nos

pone otro tan excesivo, que no puede ser más, pues si en la Encarnación tomó carne de las purísimas entrañas de una Virgen purísima, y estuvo a su cuidado el resto de su santísima vida, en este Sacramento dónde quiso quedarse hasta la consumación de los siglos, me parece que se excedió en su amor, pues sabía que tendría que entrar en muchas almas, que por el pecado eran abominables. También sabía la negra ingratitud con que habían de corresponderle las criaturas, los ultrajes y desprecios que tendría que sufrir, y que nada de esto entibiaría este ardentísimo amor.

Le pedía, con todas mis fuerzas a mi amado Esposo, que purificara mi alma con su preciosísima sangre y la adornara con todas las virtudes para llegar a recibirlo, y a mi dulce Madre le pedía, que me alcanzara, con su poderosa intercesión, todo lo necesario. Llegué a comulgar con mucho fervor, pero después de comulgar, no puedo decir lo que hice, pues en un rato no hice nada, porque mi alma quedó toda tan embebida en su Dios, que no puedo decir otra cosa. Las potencias no quedaron hábiles para nada, hasta que esto les pasó, y pude dar gracias a mi Dios. Me ocupé en esto todo este día, y en pedir por un alma en particular, por quien ofrecí todo lo que hice.

¿HASTA CUÁNDO VAS A SER INCRÉDULA...?

La oración era de la Pasión, y me acordé cuando la iba a empezar, de las bofetadas que había recibido mi amado Esposo en su santísimo rostro. Al instante que esto me vino a la memoria, me parecía que estaba viendo a mi amado Esposo coronado de espinas, y su rostro acardenalado.

Mi alma se enterneció mucho, y pedía a mi amado Señor: que recibiera mi corazón para descansar en él. Me parecía que lo admitía mi Señor, y me ofrecía: que estaría en él todo el día para que lo amara, y agradeciera tan gran fineza de amor, como había tenido conmigo, queriendo padecer tanto por mí. Estuve toda la oración con gran consuelo, y con mi alma encendida en afectos de amor y agradecimiento.

Después, todo el día tuve la presencia de mi amado Esposo tan viva, que a todas horas me parecía que lo estaba viendo en mi corazón, y

recibía un gran consuelo, pues veía a mi Amado, como si con mucho amor estuviera recostado en mi corazón, mientras yo lo adoraba y le daba gracias.

Por la tarde, durante un ratillo, me faltó esta presencia viva, y empecé a dudar, si lo que había pasado esta mañana había sido verdad y era cosa de Dios, o no. Estando con este pensamiento, volvió a sucederme lo mismo; veía a mi amado Esposo como he dicho, y que le decía a mi alma:

-¿Hasta cuándo vas a ser incrédula a los favores que te hago solo por mi bondad, aunque no los mereces? Agradece estos beneficios que mi amor te hace.

Me quedé arrepentida, humillada, muy agradecida, y con el alma encendida en el amor de mi Señor y Esposo.

SOLO EXPERIMENTÁNDOLO SE PUEDE CONOCER ALGO

Después de recibir a mi amado Esposo, no sé explicar cómo seguí todo este día, pues para mí fue estar todo él en un fuego que me abrasaba. Si en un gran fuego se echara una poca de estopa, al instante se abrasaría y quedaría consumida en aquellas llamas, así me parecía que mi alma se consumía en su Dios. Como soy tan tonta, yo no sé ni encuentro términos para explicarme ni tampoco puedo decir los consuelos que tenía mi alma viéndose toda en su Dios, porque solo experimentándolo se puede conocer algo de lo que es esto.

Dios es grande en todas sus cosas.

El tiempo de la misa lo pasé toda en mi Dios, y aunque a ratos parecía que me iba saliendo un poco, volvía a cogerme aquella llama con más fuerza, donde me quedaba otra vez, escondida y abrasada.

Padre mío, veo que no me explico bien, pero no puedo hacerlo de otro modo.

Mi amado Esposo dé a V. la inteligencia que falta a mi explicación para que alabe y glorifique V. la infinita bondad y liberalidad de Dios con esta ingrata criatura. No puedo decirle a V. la diferencia de cosas que en este día tuve; unas veces estaba en los brazos de mi amado Esposo como

un niño que tiene su madre en brazos, haciéndole caricias, así me parecía que estaba yo, donde no hacía más que gozar tan grandes consuelos, que como he dicho, no son para compararlos con nada. Otras veces, me parecía que veía a mi Señora y Madre, y mi santo padre san Francisco de Paula que estaban pidiendo por mí. Se me pasó este día, sin saber cómo, porque lo pasé todo con mi Dios y Esposo. Sin poder decir lo que hacía conmigo, sé que recibía, y no sé decir cómo.

COMO UNA OVEJILLA

Aquel Dios de amor y Pastor Divino apacentaba mi alma con grandes dulzuras; dándome a conocer el gran deseo de su amor, me hizo pasar todo el día, con gran dulzura y consuelo, como una ovejilla en brazos de su amoroso pastor, que la acariciaba y regalaba, aunque fuera tan ingrata a su voz. Todo esto lo tenía bien presente, estaba el alma humillada, y esto mismo le hacía conocer más la grandeza del amor de su Amado, que no lo detenía tan mala correspondencia. Pedía perdón, y le suplicaba: que me llevara atada, que no pudiera apartarme nunca de tan piadoso pastor, y que estuviera atenta a su voz para seguirla.

EL ÚNICO CONSUELO QUE TENGO

Uno de estos días, estuvo un (pobre) muy penoso, fatigado por su mucha necesidad. Yo llena de angustia, porque no tenía nada que poderle dar, y con la mucha fatiga que me causaba oírlo, le dije:

-Hermano, váyase que no adelanta nada más con fatigarme, pues no tengo nada que darle.

Se lo dije con voz de fatiga, no estaba enfadada, pues la fatiga nacía de no poderlo remediar, y costarme mucho trabajo decirle que perdonara. Pero de esto me resultó otra nueva fatiga, porque al instante, me acordé de lo mucho que mi Dios me está sufriendo cuando deseo que me oiga, y yo no puedo sufrir lo que me causa fatiga. Le pedí a mi Dios perdón de mi falta de mortificación, e hice actos de conformidad con la voluntad de

mi Dios, que ha querido ponerme en este sitio, donde tengo mucho que ofrecerle en el tiempo presente. Reconozco que con esto me ha hecho mi Dios un gran beneficio, pues me pone en situación para ejercitar las virtudes. El único consuelo que tengo es dar la mayor parte del alimento que me dan para mi sustento, porque no tengo otra cosa.

Algunos días, si no me diera María Teresa algo de pan para comer, no comería, pues me veo precisada a darlo, cuando veo que llegan algunos desmayados. Ya me ha sucedido que han caído tres al suelo, que me parecía que se iban a morir, y me han hecho andar de prisa, buscando entre las religiosas algo para remediarlos.

Todo el día, me está sufriendo mi Dios, pues estoy diciéndole:

-¡Dios mío remédialos, Dios mío remédialos! que yo no puedo más.

Algunas veces, me parece que me da mi Dios a conocer, que de esto ha de resultar mayor gloria para mi Dios, y que su misericordia lo hace para que lo busquemos, y solo esperemos en su bondad, haciendo que despierten las almas del letargo, en que estaban sumergidas, y por temor al castigo, muchas almas se convertirán. Con esto me consuelo, viendo que es el medio para la salvación de muchas almas, que si se hubieran quedado en su letargo, se hubieran perdido.

Bendito sea Dios por todo, y tenga misericordia de mí y de todas las criaturas.

A pesar de estas reflexiones, algunos días estoy caída de espíritu, viendo las necesidades tan grandes, y con lo que me alimento es haciendo ratos de conformidad, reconociendo que Dios es poderoso para remediarlo todo, y que si no lo hace, es porque no conviene. La confianza de que quien nos castiga es porque nos ama, y puede hacer todo lo que quiera, me da aliento para amar y adorar la Divina Justicia que nos castiga con misericordia para no castigarnos eternamente.

Como he dicho, mi delicadeza y falta de sufrimiento hace que algunas veces, tenga algún sentimiento del tiempo que me ha tocado de torno que me hace padecer, pero conozco que debo dar muchas gracias a mi Dios, porque me ha puesto en ocasión de practicar las virtudes. Aunque quiera ser descuidada, me levanta la necesidad para no serlo.

Bendito sea mi amado Dios y Señor que tanto cuidado tiene de esta esclava perezosa, que siempre necesita que la estén levantando a la fuerza, y no me dejan de levantar para que no me descuide.

ME QUEDÉ PENSANDO QUÉ HARÍA

Voy a decir lo que me pasó el día tres. Me dijeron que un enfermo, para el que yo deseaba su salud, y se la pedía a Dios, estaba sin esperanza de quedar perfectamente bueno por lo natural. Lo sentí, porque me parecía muy útil la salud de esta persona para gloria de Dios, y empecé a pensar, qué haría yo que fuera agradable a mi Dios, y mereciera por su misericordia, alcanzar lo que deseaba, si convenía para gloria de mi Dios, y si no era su voluntad, yo me conformaría con la de mi Dios. En todo este tiempo que estoy pidiendo a mi Dios por esto, no había ofrecido hacer nada.

Me había puesto a hacer algunos septenarios, a mi Señora y Madre de los Dolores, pero ninguno había acabado, porque nunca me ha sucedido lo que me sucedió en esta ocasión, que era olvidarme algunos días de hacerlo; lo volvía a empezar, y me volvía a suceder lo mismo. Lo más particular era que no se me olvidaba la necesidad ni dejaba de pedir en la oración. Viendo mi falta de memoria, no he querido volver a empezar ni novena ni ninguna otra cosa, y solo me contentaba con pedirlo a Dios y a mi dulce Madre. Pero este día, me vino el deseo de ofrecer a mi Dios alguna cosa, y no sabía qué hacer; le dije a María Teresa:

-Manda al señor san Joaquín y a la señora santa Ana para que alcancen el remedio de esto.

Me quedé pensando qué haría yo, y me vino al pensamiento un ejercicio muy ligero, pero me parece que por los efectos que causa en mi alma, es agradable a mi Dios. Ofrecí, si V. me daba la licencia, aunque sin obligarme si en ello faltara o fuera pecado, adorar a la Santísima Trinidad tres veces al día, señaladas a este fin, además de las que acostumbro hacer todos los días, y en ellas adorar a mi Dios por todas las criaturas que no lo hacen, y pedirle que les dé luz para que lo conozcan, y perdón para todas.

Esto es lo primero; lo segundo es adorar tres veces la santa Cruz, en honor de mi Señor Jesucristo, dándole gracias por mí y por todas las criaturas, por el gran beneficio de la Redención. Le pedía perdón por no aprovecharnos de ella como debemos, y gracia para corresponder agradecidos, y para que no se pierda el fruto de tan superabundante Redención.

Lo tercero: es alabar cinco veces los sagrados corazones de Jesús y de María, poniéndolos por intercesores para lo dicho. Esto ha sido lo que ofrecí, y empecé a cumplir.

RECOGIDA PERO CON SEQUEDAD

Ya he dicho, que llamo" fervoroso", cuando está el alma tan encendida en el amor de su amado Esposo, que parece que se deshace en amor, y desea amarle más y más.

Ya que no pueda hacerlo como se merece este Dios de amor, tengo el gran consuelo de poder, siquiera desearlo.

Otras veces, conoce el alma que tiene este mismo amor y deseos, pero no experimenta las dulzuras ni los consuelos, que no son para explicarlo, sino para experimentarlo. A esto lo llamo "estar con recogimiento, pero con sequedad". Estas dos cosas fueron alternando todo el día. Después de la comunión, fue lo primero que he dicho, que no sé cómo estuve, porque con el conocimiento de la más íntima unión con mi amado Esposo, derramó mi Dios en mi alma tan gran abundancia de consuelos, que no perdí los sentidos, pero tampoco estaba en mí. Así estuve la mayor parte de la mañana, y cuando después de la misa, tuve que irme a mi obligación, no sé cómo atendía a ella. Se puede decir, que quien me tenía de aquel modo, la cumplía por mí.

Después, ya en otra disposición, no me acordaba de nada de lo que había hecho.

Había tomado los encargos, dados a sus dueños, y no me acordaba; pasé algunas vergüenzas, porque a una religiosa que me había hecho un encargo el día antes, la vi ir al torno, cuando ya estaba más cuerda, y le dije: que no había venido el encargo que me había hecho, a lo que me

respondió: que si estaba tonta, pues se lo había dado en mano, que todo estaba bien, y hasta me dijo lo que le había dicho, pero aunque disimulé, yo no pude acordarme.

Esto mismo me sucedió con otras, pero ya tenía más cuidado. Todo me lo encontré bien hecho, los recados bien dados, sin saber que lo había hecho yo, pues de nada podía dar razón. No entiendo cómo es esto que me pasó este día, y me ha pasado otros que he salido mejor.

Algunos días ha permitido mi Dios que haya tenido algunas faltas, pero no en cosas esenciales, sino en frioleras, aunque por ello me haya resultado tener que padecer, y así he tenido algo que ofrecer a mi Dios.

Por todo sea alabado, pues en todo mi Dios busca mi alma con tanto cuidado, como si no tuviera otra cosa de más estima. Bendito sea.

Padre mío, no sé cómo puedo acordarme de esto sin aniquilarme con el conocimiento de mi miseria e ingratitud. Este Dios amoroso está empeñado en buscarme por todos los medios con que su infinita sabiduría busca a las almas, y yo, parece que estoy empeñada en no corresponder como debo.

QUE TODAS LAS CRIATURAS AMARAN A MI DIOS

Con recogimiento me preparé para la comunión, haciendo lo acostumbrado; después de la comunión fue mayor el recogimiento, porque me sucedió lo que otras veces, que me parecía que estaba mi alma tan unida a mi Dios, que no podría separarse nunca. En esta ocasión, no hacía nada más que recibir, pues mi Dios me llenaba de su amor con tanto consuelo, que no sé explicarlo. Me quedé para todo el día tan encendida, que todo lo hacía solo por amor.

Si yo hubiera podido hacer que todas las criaturas amaran a mi Dios, lo hubiera hecho, pero como no podía, por lo menos lo deseaba con ansia, y se lo pedía a mi Dios, que es poderoso, que lo hiciera; al mismo tiempo, sentía tanto que fuera ofendido, que no pensaba más, que en desear desagraviarlo en el modo que fuera posible. A este fin dirigía todas mis obras, y las ofrecía todas, en particular durante los días de la octava, con mi alma ocupada en los actos de las virtudes.

Por la mañana, a la hora de la procesión, se avivaron más estos deseos. Deseaba adorar a mi Dios, que andaba en este Sacramento de amor, y me parecía que iba mi alma a los pies de la custodia donde adoraba a mi Dios, y lo alababa, y le pedía mercedes para todos.

En la oración de la tarde, me parecía que de nuevo, mi amado Esposo manifestaba a mi alma la grandeza de su amor, y la ingratitud con que correspondemos a este beneficio, con lo que se renovaron mis ansias y deseos. Me ofrecía a mi Dios, y me parecía que me encargaba, como a esposa, que celara su honor, dando este día a mi alma nueva gracia. Dios sea bendito.

ME ERA MUY DULCE PADECER

Tuve la oración con recogimiento, preparándome en ella para la comunión.

Después de comulgar, me sucedió lo que me ha sucedido otros muchos viernes, que tenía a mi amado Esposo Jesús en mi corazón, que le manifestaba a mi alma lo mucho que había padecido por mi amor, y me parecía que me decía: que si yo quería como Esposa participar de sus dolores. Yo me ofrecí para que mi Amado hiciera de mí lo que quisiera, como dueño absoluto.

Al instante, me vinieron tan grandes dolores, que no sé cómo pasé el día sin caer en cama, pues otros días que me ha sucedido esto, no he podido resistirlo de pie. Este día lo pude hacer, con gran trabajo, pues el dolor del corazón, y el de cabeza y ojos me apretaron tanto, que solo podía abrir los ojos un poco con mucho trabajo, y me lo conocía cualquiera que me mirara. Además con tanta falta de fuerzas y debilidad de estómago, me costaba mucho trabajo hablar, cosa que me era tan precisa en mi obligación para atender a muchas cosas, y hablar con muchas personas.

Disimulaba lo que padecía, todo lo que podía, aunque no tanto como yo quisiera. Algunas se ofrecieron a quedarse en mi lugar para que me fuera a la cama, pero no lo admití, porque de aquel modo podía padecer más, pues conocía que era la voluntad de mi Dios que no dejara la obliga-

ción, cuando permitió, que la prelada no conociera cómo estaba, pues no me preguntó, si estaba mala o no.

El Dios de misericordia que me lo había dado, daba a mi alma tan grandes consuelos, que me era muy dulce padecer, al mismo tiempo, que me parecía que estaba siempre junto a mí. En lo más trabajoso, me acordaba de lo mucho que había padecido mi Señor, y me hacía la misma pregunta: que si quería padecer por su amor, que lo recibiera con agrado. A cada instante, se encendía más el alma en deseos de padecer, viendo que le gustaba a su Esposo, y se ofrecía para darle gusto, deseando que de ello resultara gloria a mi Amado.

ANEGADA EN EL MAR INMENSO

Tuve la oración con recogimiento y fervor, y así me preparé para la comunión; después de la comunión fue mucho más, porque quedó el alma como anegada en aquel mar inmenso de la Divinidad, y porque le fue dado un conocimiento más claro, del misterio de la Santísima Trinidad con lo que el alma, no sé cómo se perdió en aquel mar; como si se echara en el mar una poca de agua, todo se haría una misma cosa, aunque no lo fuera, pero la grandeza y muchedumbre del mar, no dejaba que se distinguiera la poquedad del agua que entraba. Me parece que igual le sucede al alma en estas ocasiones, en las que se ve tan unida a su Dios.

Padre mío; no sé si con esto digo algo que pueda manifestar la gran misericordia de mi Dios, que hace estas cosas para ostentación de su infinita misericordia y liberalidad con las almas, y con la mía más, aunque sea tan ingrata.

Me quedé tan inflamada en su amor después de la comunión, que me duró todo el día, con las potencias del alma ocupadas con su Dios, que derramaba en mi alma grandes consuelos, como un suave viento que hacía encender más en mi alma la llama de amor, y mientras ésta más subía, más deseaba amar a su Dios.

Así pasé todo el día. Algunas veces, me parecía que mi amado Esposo le decía a mi alma: que toda era suya, y mi Amado todo para mí. El alma

se derretía, y repetía las mismas palabras, pues deseaba con ansia, ser toda de su Amado, que no hubiera ningún estorbo que lo estorbara, y le decía:

- Amado mío, quita de mí todo lo que no sea tuyo.

Le decía muchas cosas más, porque mi amado Esposo me sacaba de tino, y me traía medio loca.

SACRAMENTO DEL AMOR

Desperté con recogimiento y fervor. No tuve rato de oración por falta de tiempo, pero mi Dios me concedió tenerla en medio de los demás cuidados de mi obligación, y me puso tan presente el beneficio de la institución del Santísimo Sacramento, que parecía que estaba viendo a mi amado Esposo, lavar los pies de sus discípulos. Sacaba deseos de imitar a mi amado Esposo en su grandísima humildad e infinita caridad, porque mi Dios me daba mucha luz de estas dos virtudes. Deseaba que mi Dios purificara mi alma para llegar a recibirle en la comunión que esperaba, y así se lo pedía a mi Señora y Madre.

Con estas consideraciones y peticiones, estuve recogida hasta que comulgué.

Llegué a comulgar, como si fuera una de aquellas almas que tuvieron la dicha de hallarse en la institución de este sacramento de amor. Llena de agradecimiento amoroso, y conocimiento de mi nada y miseria, estaba humillada, pero después de la comunión, no puedo explicar los consuelos que mi amado Esposo derramó en mi alma. Me parecía que lo tenía en mi corazón, y manifestaba a mi alma la grandeza de su amor para con las almas, lo mucho que había hecho por ellas, y en particular por la mía. Me daba claro conocimiento de los muchos beneficios particulares que me había hecho y, en esta ocasión, me convidaba a buscar mi morada en su Sagrado Corazón, mostrándome la llaga hermosísima de su costado, donde quería que estuviera escondida. Así me parecía que me estaba pasando, y el alma estaba tan encendida en el amor de mi amado Esposo Jesús, que se deshacía.

EXPERIENCIA MÍSTICA CON UN POBRE

De esta forma pasé el tiempo de la misa y otro poco más, pues tardé un poco en ir al torno, hasta que me di cuenta de que se había acabado la misa, y tenía que ir a la obligación. Al instante me fui tan recogida en la presencia de mi Dios, que estaba en medio de mis cuidados como si estuviera en la oración. Seguí así la mayor parte de la mañana hasta cerca del mediodía, que aunque no estaba distraída, no estaba tan fervorosa.

A mediodía, estaba acabando de despachar para cerrar, cuando llegó un pobre pidiendo limosna, por el Santísimo Sacramento. Solo con oír nombrar al Señor Sacramentado, mi corazón fue herido de amor, de modo que apenas pude despachar al pobre. Al instante que lo hice, cerré, y me di por rendida, pues me quedé sin fuerzas, y me parecía que moría por mi Amado. Cuanto más sin fuerzas me hallaba, más amor sentía mi alma, y más, cuando oí a mi Esposo amado:

-Hermosa eres para mí. En ti quiero tener mis delicias. Descansa en mí.

Y me pareció que descansaba en los brazos de mi Amado.

Explicar las dulzuras y consuelo de mi alma en esta ocasión, no es posible; solo experimentándolo se puede comprender, como me sucede a mí tan ingrata y miserable, y solo por la misericordia de mi Dios, aunque no lo sepa explicar.

INTERCESIÓN POR LAS ALMAS

¡Ojalá! haya muchas almas, que lo sepan por experiencia para gloria de mi Dios, y para que tantas almas no vivan engañadas en los miserables y aparentes gustos del mundo.

No hay verdadero consuelo ni gozo ni gusto ni alegría, sino en Dios. Éste solo es el que llena el alma, y en este Dios está todo, pues es riquísimo y liberalísimo. Mi Dios es más hermoso que todas las hermosuras, es bueno, amoroso y santo, es todas las cosas por esencia.

Esposo mío ¿por qué no te buscan con ansia todas las criaturas, y buscan los charquillos cenagosos del mundo, con tanto afán, que no temen ofender tu bondad, por lograr estos aparentes gustos de la tierra? Yo lo conozco mi amado Señor: es porque cierran sus ojos para no verte, y sus oídos para no oírte; quieren oír al lobo que los devora, y no quieren oír el silbido de su buen pastor, que los llama a su rebaño para alimentarlos con el pan de su doctrina y ejemplos, y se van a buscar las yerbas dañosas, llenas de veneno.

¡Ay Amado mío! qué gran dolor, que a los que llamaste a tu rebaño y marcaste con las señales de tu Pasión, dejen al Creador por las criaturas, y al Señor por el esclavo, pues esto hacemos, cuando no seguimos la voz de nuestro Dios.

¿Qué ingratitud puede ser mayor?

¡Ay amado Dios y Esposo mío! yo soy una de estas criaturas ingratas, pues muchas veces, he cerrado mis oídos para no oír tu voz, porque quería seguir mi voluntad, mi amor propio, y los respetos humanos.

Para todos pido: que conozcan sus yerros con verdadero dolor y gracia eficaz para enmendarse, y de este modo, seáis amado, alabado y servido por todas las criaturas. Así sea.

UNA CANDELA OCULTA

Con recogimiento y fervor, me preparé para la comunión como acostumbro; después de comulgar, fue mucho más el recogimiento por la unión más íntima.

Durante toda la mañana, quedaron las potencias del alma tan embebidas, que no podía el entendimiento pensar en otra cosa, más que en la grandeza de su Dios, ni la memoria podía acordarse de otra cosa, más que de su Dios, a quien tenía presente, y la voluntad deseaba amar más y más, y que todos amaran a un Dios tan digno de ser amado.

Por la tarde, no fue tan grande el recogimiento, pero con todo, estaba atenta a la presencia de mi Dios, que algunos ratos, encendía mi corazón tan fuertemente, que me hacía desear amarle mucho, y ni siquiera esto me consolaba. Ya que no puedo amarlo como se merece, y como debo

amarlo, me consuela, siquiera el desearlo con ansia. Mi Dios me da algunas veces estos deseos tan vivos, que quisiera que mi Dios se los diera a todas las criaturas, porque entonces, si no hay ninguna tan ingrata como yo, todas amarían mucho a mi Dios.

¡Ojalá! que todos lo amaran, y nadie lo ofendiera, porque es digno de ser amado y servido.

Que solo mi Dios sea amado por muchas almas, y que solo den entrada en sus corazones a su Dios, que es todas las cosas, pues solo Dios basta.

Daría gritos para decir a todas las criaturas, que amaran a mi Dios; como no lo puedo hacer, me sucede como el que quiere tener una candela oculta, que si tocan un poquito por donde pueda salir la llama, sale sin poderse detener, y es menester huir, donde nadie la toque, porque si no, los abrasa a todos. Me veo tan miserable, porque mis obras no acompañan a mis deseos, y no quisiera ponerme a escribir cuando estoy así, pues aunque me sujete mucho, al fin digo algunas cosas que no quiero. Ésa es la causa por la que no quisiera escribir sintiéndome un poco fervorosa, como ya he dicho, porque digo: que haré, y luego no hago; que deseo, pero no los pongo por obra como debía.

¿Qué satisfacción puedo yo tener? El hijo que manifiesta que no quiere obedecer a su padre, pero después lo hace, es obediente; pero no lo es, el que dijo que lo haría, y no lo hizo. Es lo que me pasa a mí; estando a la vista de mi buen Padre Dios, digo que haré, porque estoy gozando de sus regalos, pero después, no cumplo lo que prometo.

BATALLA DE AMOR

¿Cuándo llegará el día feliz que estemos donde lo amemos sin intermisión ni peligro de ofenderle?

¡Ojalá, que todas las criaturas lo amaran como los ángeles!

Yo no sé, como estuve este día, porque quedé con la comunión tan encendida, que no sabía más que amar, y desear amar más y más, y ver a todas las criaturas arder en este fuego de amor para que así amaran a un Dios que lo merece.

Algunos ratos me sucedía que quedaba tan rendida, como el que está en una batalla, y se da por rendido, y dice:

-Aquí estoy, haced de mí lo que queráis, que ya no puedo más.

En este día, mi espíritu estaba peleando entre los afanes de mi obligación, y los grandes consuelos que mi amado Esposo daba a mi alma. Los dulces coloquios, como yo los llamaba, eran como estar en pelea; yo haciéndome fuerte para disimular o queriendo desentenderme, y mi Amado, seguía hasta rendirme, como me sucedió algunas veces, que rindiéndome las fuerzas del cuerpo, hasta no poder hacer nada, me daba por rendida, y le decía a mi Dios:

-Amado, ya no puedo más, yo muero por ti.

Descansaba mi alma en los brazos de su Amado, dándome a conocer la grandeza de su amor, y así me tenía algún rato, cuando permitía que estuviera sola; luego, templaba mi amado Esposo los grandes incendios, que no podía resistir, y podía disimular, aunque no del todo, y volvía al trabajo del trato con las criaturas; cuando me preguntaban, decía que tenía la cabeza caliente de tantas cosillas que se ofrecían.

En otra ocasión, que no pude disimular la falta de fuerza, y me había echado un poco sobre una silla, entró una religiosa, y también me preguntó, qué tenía, y dije: que un poco de flato que me había aflojado los nervios, que no tuviera cuidado. Gracias a mi Dios, como estoy gorda, y a menudo me quejo, ya están hechas, a que no son nada mis males, y no hacen caso, por lo que doy gracias a mi Dios.

Pasé todo el día, como nadando en el mar inmenso del amor de mi Dios, pues no tuve nada que hacer, porque todo lo hacía mi Dios, y por eso todo se hizo bien.

AQUELLA PAZ DULCE

Como este Dios es tan bueno, misericordioso, y liberalísimo para repartir sus dones aun con los hijos más ingratos, le concedió a mi alma un modo de presencia, no como quien ve una cosa o la tiene inmediata, sino como quien la tiene suya, y no la puede perder, y teniéndola, nada puede apetecer

ni desear, porque todo está en lo que posee. Nada teme ni nada desea, y si algo le asusta, es cuando piensa: si por su causa, algún día perderá este sumo bien. El temor aumenta el amor de aquel sumo bien, y le hace tener la unión más íntima. Este día, lo hizo mi Dios así conmigo, dándome a conocer con claridad, que estaba en mi alma, de lo que resultaba que mi alma tuviera aquella paz dulce, que no la puede comprender bien, sino quien la experimenta. No la alteran los trabajos ni los gozos, porque solo en su Dios descansa.

Este día tuve que padecer males de cuerpo, pero me eran dulces, pues en mi interior estaba como si no los padeciera. Ha sido el primer día que estuve peor de mis dolores y del corazón, aunque han seguido otros y seguirán más, pues me parece que mientras me dure el ardor tan continuo que me los causa, me aprietan más o menos, según mi amado Esposo me los da. Algunas veces parece que me quiere quitar la vida, y para esto, solo me basta que me venga el pensamiento de perder a mi Dios. Me levanta tantos afectos de amor que el alma queda como rendida en los brazos de su Amado.

ESPOSO AMANTE

No tuve la oración porque me levanté tarde. Había estado en la presencia de mi Dios, y había ofrecido mi deseo de poder estar en la oración, pero me conformaba con su santísima voluntad, con el padecer que me daba.

Al instante que fui al torno, lo primero que supe fue una cosa que desagradaba a mi Dios, y fue tanta la aflicción que me dio que mi Dios fuera ofendido, que me quedó vivo este sentimiento para todo el día, aumentándose mucho más después de la comunión. Como mi Dios me hacía conocer más la inmensidad de su amor, me hacía también conocer la ingratitud de sus criaturas, pagando con ofensas tan grandes beneficios. Mi alma deshecha en un doloroso amor, se deshacía en afectos hacia su Dios. Le manifestaba mi sentimiento de verlo ofendido por mí y las demás criaturas, y deseaba desagraviarlo, y que fuera amado y servido de todos.

Ésta fue la ocupación de mi alma en este día. Mi alma no miraba a mi

amado Esposo Dios, como un esposo enojado que quiere castigar a su esposa por ingrata, como lo soy, ¡ojalá no lo fuera! sino como un esposo amante, que se consuela con manifestar a su esposa los agravios que ha recibido de aquellos que más ha favorecido. Esto se lo manifiesta al alma muy vivamente, y al mismo tiempo, le enseña, que lo que ha de hacer para desagraviarlo, no es tomar aborrecimiento a los que han ofendido a su Esposo, sino que, al mismo tiempo que la llena de dolor ver a su amado Esposo ofendido, se llene de compasión, por aquellas criaturas que han tenido la osadía de ofenderlo, conociendo que su Esposo las ama y las quiere para amigas. Aunque está tan ofendido, no quiere castigarlas eternamente, sino que se arrepientan y pidan perdón. El alma, con este conocimiento de la voluntad de su Esposo, convierte todos sus deseos en que se conviertan y vuelvan a la amistad de tan buen Dios. Ya que no puede hacer otra cosa, se contenta con pedirlo, desearlo y procurar desagraviar a este Señor, haciéndole presente la ignorancia de aquellos que lo han hecho, pidiéndole, que con repetidos auxilios, les envíe sus criados para que les avisen y adviertan de su mala correspondencia para con su Señor, al que tanto le deben.

Todo lo que padecí este día lo recibí con asimiento de gracias, pidiéndole a mi amado Esposo que lo recibiera y lo uniera a los méritos de su santísima Pasión, en desagravio de mis pecados y de todos los del mundo.

Mis méritos no son nada para aplacar la Divina Justicia, pero los de mi Señor son suficientes y superabundantes para satisfacer los de mil mundos.

Tenía por una gran misericordia de mi Dios, que me diera algo que pudiera ofrecer y juntar con aquel infinito tesoro.

LLAMA VIVA DE AMOR

Solo puedo decir, que tuve como paradas las potencias de mi alma, porque la memoria de nada se acordaba, más que de su Dios, a quien tenía presente. El entendimiento estaba como parado sin discurrir nada, y la voluntad, también parecía que estaba como parada, pero sí amaba el padecer

que tenía, por aquel Señor que miraba presente. Este modo de presencia, es el que llamo "dada de gracia" porque la tengo sin ningún trabajo, como una cosa que se tiene en la mano, que no cuesta ningún trabajo tomarla, porque te la han dado.

Estaba de ordinario en esta disposición sin hacer nada, pero si oía una palabra de Dios, se despertaban las potencias, y se levantaba una llama tan viva de amor, que el alma se abrasaba y derretía; duraba poco, pero me dejaba encendida, con el mismo paramiento. No solo se encendía esta llama que he dicho, cuando oía alguna cosa de mi Dios, sino también, cuando mi amado Esposo quería hacerlo, y lo hacía de un modo que no sé explicar, pues hería mi corazón, que parecía que me iba a quitar la vida, y moría por mi Amado.

UN HERMANO EN SEVILLA

En uno de estos días, me detuve a recordar a un hermano que tengo en Sevilla; me daba alguna pena pensar, si estaría pasando muchos trabajos de los que ahora trae el tiempo. Entretenida en estos pensamientos, oí la voz de mi Amado, que blanda y amorosamente me reprendía, diciéndome:

-¿Por qué quieres tomarte el cuidado que es mío? Tú solo cuida de mí, deseando mi honor y gloria, y en los demás cuidados no te detengas, que yo los cuido.

Quedó mi alma reprendida, enseñada, y llena de agradecimiento, pues conocí: que mi amado Esposo miraba, con particular cuidado, a mi padre y hermanos, y que también estaban bajo la protección de mi dulce Madre. Le di muchas gracias a mi Dios y Esposo amabilísimo, y quedé tan consolada, que no he vuelto a pensar más, si mi hermano pasa trabajos o no; sí pido todos los días, como tengo por costumbre, que mi Dios los haga santos. Para decirlo de una vez, todas mis peticiones van dirigidas a ese fin: que agraden a mi Dios, lo que también deseo para todas las criaturas.

CORONA DE DOLOR

Después de terminar la misa, me quedé en el coro con mucho recogimiento, y me parecía que tenía a mi amado Esposo en el corazón, como si viniera a descansar en él de las fatigas de su Pasión. Me iba enseñando sus llagas para que me compadeciera de ellas, y sintiera la ingratitud con la que correspondían los pecadores, al inmenso amor por el que las había padecido. Se llenó mi alma de dolor, y daba a mi Señor gracias por mí y por todas las criaturas. Sentía mucho que este amor no fuera correspondido por todas las almas, ni aprovechada esta sangre preciosísima, y le pedía a mi amado Esposo: que les diera eficaces auxilios para que se convirtieran, y como quería que yo buscara en todo su mayor honor y gloria, esta vez la tendría perdonando al pecador. Si no lo pedían ellos, yo lo pedía por todos. De este modo, le decía a mi Señor muchas cosas, porque me dan mucha libertad estas peticiones, y me hacen tan determinada, que parece que me olvido de su grandeza, y solo atiendo a que no sea ofendido, y sea amado por todos.

Con estos afectos de amor y agradecimiento, me ofrecí a mi Señor y Esposo, deseando desagraviarlo, en cuanto me fuera posible, y me parecía que le agradaba a mi Señor, porque me decía:

-Esposa mía, me agradan tus deseos, y como a esposa te corono con corona de dolor para que, unidos tus dolores a los míos, me los ofrezcas todos a mí.

Conocí que quería mi amado Esposo que por su amor, padeciera por mis prójimos.

Me ofrecí gustosa para dar gusto a mi Señor, aunque fuera durante toda mi vida. Solo hice una petición, si fuera de su agrado, y si no, que no me la concediera, pues quería hacer en todo su santísima voluntad. La petición fue poder trabajar en la comunidad, en lo que me mandaran, porque con ello, me parecía que tenía más que ofrecerle, y lo haría con más trabajo, que si estuviera buena. En esta petición no tuve conocimiento ninguno, porque al instante se me avivaron tanto los dolores, que quedé inhábil para todo, y estuve así hasta el fin de la tarde. Llegué a estar tan

mala, que me parecía que era el final de mi vida. Estando en la mayor de mis fatigas y dolores, de pronto me parecía que veía a mi amado Esposo Jesús, que con amor me decía:

-Contigo he estado, viéndote padecer.

Y como enseñándome la llaga del costado me decía:

-Ven a descansar en mi corazón.

Llena de vergüenza, y de mucho encogimiento, le dije a mi Señor: que no merecía este favor quien era tan ingrata y miserable; que me tendría por dichosa si, por su misericordia, me recibía a sus pies como a Magdalena.

Pero mi amado Esposo, no me dejó que lo hiciera, sino que me puso presente, que lo que le agradaba era que hiciera su voluntad. Me parece que me sucedía como a san Pedro. Temí disgustar a mi Señor, pues me parecía que no le agradaban mis excusas, y le dije: que hiciera su santísima voluntad.

Me quedé rendida, y me parecía que estaba mi alma en el costado de mi amado Jesús, y allí recibía tan grandes consuelos, que no lo puedo explicar. Amorosamente me decía mi amado Esposo: que me amaba. Y mi alma le correspondía amando.

Estando en esto, me dijo mi amado Esposo:

-Trabaja por mi amor.

Salí tan esforzada y curada del corazón de mi Jesús, que a la hora de tomar alimento, me senté en la cama, y me hallaba tan fuerte que dije que me iba a levantar, que ya estaba mejor.

CORO DE VÍRGENES

Quiero rendirme a este dulce amor, y como este amor es tan fuerte, me rinde a mí.

Acaba mi Amado; acaba de herirme, porque yo me muero por ti.

¡Oh muerte, cómo tardas! Amado mío, corta los lazos que me atan, y llévame a ti.

Mi Amado, que nuca me aparte de ti.

Ya no puedo seguir más, porque me llaman al coro. Vamos a alabar al Dios justo y santo, al Dios de bondad.

Estaba mi alma ocupada en los conocimientos de esta bondad, cuando empezaron las horas. Mi corazón estaba lleno de consuelo, porque me había traído a este cielo de la religión, donde en un coro de vírgenes unidas a los coros angélicos alabamos a mi Dios. Se me encendió el alma, todavía más, en vivos deseos de que llegara el día en que yo le amara en su gloria, y le pedía a mi amado Esposo y Señor: que me concediera alabarlo eternamente en el cielo, con todos sus santos.

Estando en esto, me parecía que veía un coro de santas vírgenes, y un asiento vacío que entendí era para mí. Mi alma sintió mayor amor y agradecimiento, y así, con gran recogimiento me quedé toda la mañana, alabando, adorando y amando a mi Dios, y su gran misericordia.

SIERVO PEREZOSO

Después de comulgar, me puse más fervorosa por la unión más íntima. Es natural que se sienta el fuego donde entra, aunque este fuego del amor de mi Dios se sabe ocultar, y no siente calor sensible el que lo tiene, pues el más encendido, le parece que esta helado. Su infinita sabiduría hace que unas veces el alma lo conozca y otras no, según conviene para el bien del alma. A mí, como soy endeble, pocas veces se me oculta, porque, ya he dicho, que soy como el siervo perezoso, que si su señor no está presente y regalándole, no hace nada de provecho. Igual me sucede a mí, y conozco en esto la gran misericordia de mi amado Dios, que no necesitándome para nada, tiene tanto cuidado de ayudarme para que no desmaye, y pueda adelantar mucho.

Bendito sea su amor y altísima sabiduría.

Después de la comunión, estuve como quien está atada a su Dios, recibiendo más conocimientos de su gran bondad y misericordia.

Las potencias quedaron como endiosadas la mayor parte de la mañana, y pasé el día, unos ratos del modo dicho, y otros con menos fervor. Volviendo a lo mismo que he dicho antes, digo: que unos ratos me lo hacía mi Señor todo, otros me ayudaba, y así, nada me costaba trabajo.

SUMERGIDA EN DIOS

Después de comulgar, me parece que me sucedía, como cuando se echa en el mar una gota de agua, que desaparece de la vista. Así me parece que me sucedía a mí: que estaba mi alma sumergida en aquel mar inmenso de la Divinidad. El alma que entra en él, no se encuentra a sí misma ni encuentra otra cosa que poder decir, más que Dios, Dios, Dios, a este Dios tan grande, que solo a sí mismo se puede conocer y amar perfectamente. De esto se goza mi alma, y desea, si fuera posible, amarlo como se ama a sí mismo este Dios de infinito amor.

Lo que más siento es lo poco que he amado a este Dios, y los muchos disgustos que le he dado, no siendo como quiere que sea.

Bendita su misericordia que tanto me sufre, y bendito su amor que tanto me ama.

CADENAS DE AMOR

¡Oh qué amables son estas ataduras, con las que el alma se halla atada y sujeta a su Dios! ¡Qué agradecida, y qué fiel, debe ser un alma que debe tanto a su Dios!

Esposo mío amabilísimo, atad a todas las almas con estas fuertes cadenas de amor y temor para que no puedan ofenderte.

Almas todas, pedid a mi Dios esta dicha: que os prenda con estas dulces y amorosas cadenas para que nunca podáis huir. Esposo mío amabilísimo, si no te lo piden, yo te lo pido por todas y para todas, en particular por todas aquellas que tú has escogido, y ya las has puesto en el jardín de la Iglesia.

Señor mío, no permitas que éstas que tu misericordia escogió, quiebren estas cadenas. Señor mío, átalas con lazos más fuertes.

Señor mío haznos prisioneros de tu amor, como tú has querido serlo nuestro.

UNA FUENTE QUE TIENE ALGÚN ESTORBO

Me preparé para la comunión con recogimiento y fervor, pero tuve poco tiempo para estar en el coro, pues apenas pude hacer una visita a mi Señor Sacramentado, tuve que ir al torno, y del torno a comulgar. Como para mi Dios, no hay sitio en que no esté, y en cualquiera sitio sabe salir al encuentro del que lo busca, así lo hizo conmigo. Deseaba poder estar con algún sosiego para prepararme, pero como no era posible, me conformaba, y recibía el consuelo de conocer que estaba mi Señor, como de asiento, en mi alma, donde sin buscar otro sitio, podía hablarle con toda satisfacción, y lo hacía al mismo tiempo que estaba tratando con las criaturas. Mi alma sentía delicias con su Amado, y se ocupaba ya en alabarlo, ya en adorarlo, darle gracias, y pedirle no solo para mí, sino para todos.

Este día, mi alma solo estaba para recibir, porque me daba mi Dios tanto, que no quedaba para nada, como me sucedió después de la comunión y durante la misa. Por cierto, que se hace bien ligera (la Misa) en estas ocasiones.

Después me fui al torno, donde estuve con mucho recogimiento hasta la misa cantada, que también estuve en ella, y también me pareció muy corta. Parecía, como si una fuente que tiene algún estorbo para que el agua corra, y cuando de pronto la destapan, viene un gran golpe de agua. Esta comparación no es la más apropiada, pero me parece que se asemeja algo para poderme explicar, pues así me parecía que venía la fuerza del amor de mi Dios a mi alma, con tanta abundancia, que me dejaba anegada e incapaz para ninguna cosa más, que para amar. Lo mismo que cuando pasa lo que ha tenido detenida el agua, ésta vuelve a tener su corriente natural. Por seguir la misma comparación, el tiempo que estaba desocupada para asistir a su presencia y tener oración, me sucedía, o hacía mi Dios conmigo todo lo que he dicho, dándome consuelos en abundancia. Cuando tenía que hacer algo, me dejaba con pocos, pero no me los quitaba del todo, por lo que todo el día estuve fervorosa, y lo aproveché todo, porque todo lo hacía mi Dios.

Escalera principal del Monasterio de Jesús María del Socorro de Archidona.

¿QUÉ HARÉ SIN TI, SEÑOR MÍO?

Por la tarde, crecieron mucho en mi alma los temores, pues me parecía que la ausencia de mi Amado era por mis culpas. No conocía más faltas que las confesadas, pero me parecía que éstas serían más graves de lo que yo creía, o que tenía otras sin conocerlas, por lo que mi Señor se ocultaba a la vista de mi alma. Estaba como un niño, que está desatinado con su madre, y si ésta se esconde donde no la ve, llora y gime hasta que vuelve a su presencia.

Así puedo decir que me sucedía a mí. No lloraba con los ojos del cuerpo, pero el alma lloraba la ausencia de su Amado, y con gemidos decía:

-¿Qué haré sin ti, Señor mío? si me dejas ¿a dónde acudiré por remedio? ¿a quién llamaré para que me ayude? ¿en qué podré tener consuelo? ¡Ay Amado mío! conozco que por mis ingratitudes, justamente merezco que me dejéis, pero acordaos, Señor mío, de vuestras misericordias, y no desechéis a quién os pide perdón. Admitidme a vuestros pies como a otra Magdalena para que ahí llore mis pecados.

De este modo lo decía todo, con lo que mi sentimiento podía desahogarse un poco con su amado Dios, que parecía que se hacía el sordo a la voz de esta miserable esclava, hasta que con estas cosas, me apretó tan fuerte el dolor del corazón, que no podía rezar alto en el oficio divino. Salí tan trabajosa, que no pude ir a la novena, y como soy tan miserable, me rendí.

No sé si decir, que me rendí a la fuerza del amor que imaginaba perdido. Me deshacía por mi Amado, que no quiso hacerse más el dormido, y tuve el consuelo de oír a mi Amado:

-Contigo estoy esposa mía, no temas.

Mi alma halló a su Amado, y no lo perdió más en todo lo que quedaba de día.

El alma llena de agradecimiento, alababa a su Señor, y estaba atenta a su presencia.

GLORIA DE MI DIOS

Mi alma estaba conociendo que mi Señor me trataba como a su querida esposa, y deseaba que le pidiera todo lo que quisiera como a un Dios poderosísimo y liberalísimo. No solo lo conocí una sola vez, sino que me pareció oír varias veces que mi Esposo y Señor me decía:

-Pídeme, esposa mía.

Así lo hice con toda satisfacción; todas mis peticiones se dirigían a pedir la mayor gloria de mi Dios, y la salvación de las almas. Estos días que parece que me dan permiso para pedir, también me dan tan vivos deseos de que todas las almas se salven, y de que mi Dios sea conocido, amado y servido por de todas, que no puedo salir de este tema. También pido siempre por las necesidades temporales, si son para mayor gloria de mi Dios, y conformes a su santísima voluntad.

La ocupación de este día fue pedir y amar, adorar, alabar y dar gracias a mi amado Dios y Señor, que estaba como de asiento en mi alma, derramando, algunos ratos, tantas dulzuras y consuelos que no se pueden explicar; solo el que los guste podrá conocerlo bien.

Bendito por ser quien es, justo, bueno y amoroso como no puede comprender ninguna criatura. Solo Él sabe quién es, y se conoce a sí mismo con su infinito saber.

Me llena de gozo, amado Esposo, me llena de gozo, mi amado bien, que tú solo conozcas perfectamente, quien eres. Mi Dios y Señor, alumbra todas las almas, para que te conozcan las criaturas todo lo que sea posible, para que conociéndote te amemos más y más, y te alabemos por una eternidad.

EL PADRE Y EL HIJO

Al levantarme, con recogimiento en la presencia de mi Dios, estaba mi alma como está un hijo a quien su amado padre le ha manifestado lo mucho que ha hecho por su amor, lo mucho que ha padecido y sufrido, y lo mal que este hijo ha correspondido. Cuando todo esto lo conoce este

hijo, ve la bondad de su buen padre, y la muchísima ingratitud con que ha correspondido, no siendo obediente y agradecido como debía. Estos conocimientos le hacen estar humillado en la presencia de su amoroso padre, y siente haber sido tan ingrato. Ama aquella bondad, que tanto lo ha favorecido, aun sabiendo que iba a ser tan mal correspondido, y siente un honroso agradecimiento.

En la tarde de este día; tomó este hijo más ánimo con la bondad de su buen padre, y tomó tan gran confianza, nacida del amor que su amado padre le tenía, que este hijo encendido en el amor de su padre, se arrojó a sus pies y le decía:

-Padre mío, aquí tenéis a este hijo ingrato y miserable. Conozco mi amado padre y señor, que te he desagradado muchísimas veces con mis desobediencias e infidelidades. Señor, aquí me tienes arrepentido y pesaroso, deseando enmendarme.

Admíteme en tu corazón amoroso para que me sirva de refugio, y me libre de los enemigos que quieren perder mi alma con engaños.

Padre mío, ya quiero enmendarme, y quiero seguir tu voz. Señor, aquí me tienes, sírvete de mí a tu voluntad, y no atiendas a la mía si no es conforme a la tuya.

Padre y Señor mío, quiero y amo tu voluntad, y no otra cosa. Si por mi miseria y flaqueza me apartara de tu voluntad, no me dejes Señor mío, átame o castígame antes de que lo haga para que no lo pueda hacer ni me aparte jamás de lo que tú quieras, pues ésta es mi voluntad ahora, y deseo que sea para siempre.

Con esto, el padre que deseaba ver a su amado hijo enmendado, al instante lo abrazó con estrecho abrazo, le dice que está perdonado, le vuelve a manifestar lo mucho que ha hecho y hará por él si es obediente a la voz de su amor, siendo fiel y cumpliendo, aun las más leves insinuaciones de lo que en su nombre le manden; de este modo tendría segura su amistad, gozaría de las delicias de su corazón, y lo defendería de todos sus enemigos. Nadie podría vencerlo, porque sería su custodia, su guía y su camino, hasta que lo sentara a su mesa para que descansara y gozara de la vista de su padre, sin trabajo ni fatiga. Su buen padre se daba por servido con lo

poco que había hecho a fuerza del cuidado de tan buen padre, y además, le daba como ejemplo a su amada Madre para que la siguiera, imitándola en su humildad, obediencia, paciencia y demás virtudes. Le hacía que conociera estas virtudes para que pudiera imitarlas, asegurándose de que esta Señora cuidara de su bien en todo.

MENOS QUE UNA HORMIGA

En la siesta, cuando acabé mi tarea y me iba a descansar como hago todos los días, fui al coro a hacer una visita a mi amado Esposo, Jesús Sacramentado; estando allí, me andaba una hormiguilla por la mano, la quité y la tiré. Estas palabras parecen una friolera, pero son necesarias para explicar lo que mi Dios hizo apenas tiré la hormiga, pues me pareció que me decían:

-Menos que esta hormiga eres tú en la presencia de tu Dios, y no se desdeña de poner en ti sus ojos, buscándote con gran amor para hacerte beneficios.

Éstas no fueron palabras, fueron saetas que hirieron mi corazón, y lo abrasaron, de modo que quedé, poco menos que sin sentido. Anegada mi alma en el conocimiento de la grandeza de su Dios, se perdió, y en sí se hizo nada. Mi alma alababa cuanto podía, a este Dios de bondad infinita, con deseos ardientes de amarle muchísimo más.

SERVIRLO DE VERAS

Me levanté con recogimiento en la presencia de mi Dios, como me sucede estos días de recogimiento, que siempre tengo a mi Dios presente, ayudándome para que lo aproveche todo, al mismo tiempo, me manifiesta que le agrada cualquier cosa de las que hago ayudada de su gracia, dándome más, como si yo hubiera hecho algo.

Éste Dios es tan liberal, que se contenta con que el alma quiera servirlo de veras.

Apenas el alma da el primer paso con este fin, encuentra que ya su Dios, aun en esta vida, la está premiando, dándole mayores auxilios para que se aproveche de ellos, y así poder darle mayor premio.

Este amoroso Padre Dios, parece que pone todo su cuidado en enriquecernos.

ME FIGURABA UN MONTE

Encontré en la celda a María Teresa, y no hice más que mirarla, y al instante me vinieron a la imaginación una carga de locuras. A pesar de estar con esta disposición, me puse a escribir.

No hice ni siquiera dos renglones en toda la siesta, porque en mi imaginación, se me figuraba un monte, y en lo alto estaba mi amado Esposo. Allí me hallaba yo, con peligro de caer, pero me tenía mi amado Esposo asida con dos cadenas para que no cayera. Una me parecía que era del amor a mi Amado, que me había llevado a aquel sitio, y la otra era de conformidad con la voluntad del Amado. Si ésta se quebraba, se quebraba también la otra, pues eran las cadenas que me tenían sujeta para que no me cayera. Estas cadenas las tenía también mi Señora y Madre asidas, para cuando yo me descuidara, avisarme. V.R. lo estaba viendo, y estaba con mucho cuidado para advertirme de que no me descuidara. Algunas veces, aflojaba un poco, pero al instante me avisaba mi Señora a mí, y a V.R, de modo, que llena de temor, me estrechaban más las cadenas, y quedaba más segura.

También veía a María Teresa en el mismo monte y camino. Estaba más abajo, y tenía que pasar por peñascos y sitios algo oscuros que la acobardaban mucho, y yo que la estaba mirando, la animaba y le alargaba la mano para que no se detuviera.

También acudía V.R. a ayudarla, y al instante andaba con tanto brío, que volaba hacia lo más alto del monte. Conocí que si no la detuviera aquella cobardía que le hacía detenerse, ya habría llegado, pues llevaba andado lo más penoso.

Me parecía que María Teresa estaba más inmediata a lo más alto del monte, porque aunque era cobarde y temía mucho, cuando le ayudaban manifestándole que era la voluntad de su Señor que subiera, se animaba, subía con valor, y su Señor le ayudaba; pero volvía a detenerse, y necesitaba que la estuvieran ayudando siempre.

El mismo Señor, aun en medio de los malos pasos, la alumbraba para que no cayera.

El Amado estaba a la vista, por lo que el amor la podía llevar de un vuelo, pues como es fuego, purifica y alumbra para no temer a las sombras, ya que éstas, a la luz de este fuego, desaparecen.

Además vi a otra que caminaba de prisa, pero se cansaba y se sentaba algunos ratos, queriendo volver atrás, pues como conocía los malos pasos que tenía este camino no quería pasarlos. A V. le costaba más trabajo hacerla caminar; empezaba, andaba algún tiempo sin cobardía, pero lo atrasaba cuando se echaba a tierra, y pensaba en lo duro del camino. A ésta también la animaba yo.

Me parecía que su delicadeza la detenía, y le hacía echarse a tierra, con la cual, le parecía que era muy duro el camino, y que no era para ella. Con cualquier espina que se le clavara un poco, lo aumentaba hasta darse por rendida, se echaba a tierra, y no quería caminar. Si no hubiera sido por esto, habría caminado mucho más; a lo que no era nada, le daba mucha importancia, y quería que se compadecieran de ella y aprobaran que era mucho. Era suficiente para que no tuviera la perfecta conformidad que quería aquel Señor que la había puesto en aquel camino, que es para fuertes y que no sientan tanta lástima de sí mismos. Si hacen descansos para pensar en el trabajo, no adelantan. Me parecía que esto era lo que le sucedía; si se olvidara de sí misma, correría sin temor, y no le lastimarían las espinas, porque llevaría su vista puesta en aquel Señor que la llamaba a lo alto de aquel monte.

No tuve otro conocimiento de María Rosa, que yo recuerde.

La tercera que estaba más atrasada que ninguna, además de ser asustadiza, también era delicada, por lo que no adelantaba, aunque quisiera y tuviera voluntad de hacerlo, pues no se adaptaba a aquel trabajo, y

era menester llevarla con paciencia, ayudarla y no estrecharla, porque se echaba a tierra, y no daba un paso.

Recuerdo, que en otra ocasión particular, me había dicho algunas cosas de Dios; no me acuerdo lo que era, pero al poco de entrar en el coro, se me empezaron a poner presentes unos versos, que no recuerdo bien, porque ha pasado mucho tiempo; sé que yo no quería hacerles caso, y por eso no se me han quedado impresos, aunque sí la sustancia de ellos. Era casi lo mismo que tengo dicho.

Me parece que me mandaba que le dijera: que no podía más, y que Dios la trataba con rigor.

A esto me parecía que me respondía mi Dios: que recordara los grandes y continuos beneficios que le había hecho; que no fuera ingrata; que fuera fiel a su Dios que le amaba, y había padecido tanto por ella; que ella se quejaba de lo poco, porque no atendía a lo mucho que con gusto, había hecho por ella, y que si trabajara por amor, le serían ligeros los trabajos.

Mire V. padre mío, venir estas imaginaciones, puede ser nacido de los errados juicios que hacemos las criaturas, y por eso he procurado siempre desechar estas cosas, pues si no lo hago así, tendré escrúpulo. Cuando conozco alguna faltilla clara, lo que hago es pedir a Dios por quien cae, y acordarme de las muchísimas mías. Me molestaba, pues temía que con estas cosas, el enemigo me metiera en lo que no me importa, pues solamente he de atender a mis obras, que todas son imperfectas, y tengo mucho de qué enmendarme.

Le he dicho a mi amado Esposo: que si pueden servir para el bien de estas almas, que se lo manifieste a V.R. y no a mí, que solo deseo conocerme a mí misma para estar humillada en el conocimiento de mi nada y miseria; pero si así fuera su santísima voluntad, hágase como mi Dios quiera.

EXPLICACIÓN DE LO ANTERIOR

El primer conocimiento que tuve, al verme en lo alto del monte, la morada donde estaba mi Señor sentado, fue que allí me había subido por su misericordia. Su infinito amor había hecho que subiera, llevándome de

la mano, y tapando a mis ojos los mayores peligros para que no desmayara. En los que me había dejado ver, me había ayudado con tanto cuidado y esmero, que todo lo había hecho, de modo que me quedaba claro conocimiento, de que todo se lo debía a mi Señor. Este conocimiento, como era verdadero, hacía que no pudiera decir que eran locuras. Tenía que confesar que esto era verdad, porque al instante el alma se llenaba de agradecimiento, viendo el amor que su Dios le había tenido, sin que hubiera mérito alguno de su parte.

Alababa la gran misericordia de Dios, cuando conocí que a mi Señor le había agradado la conformidad que toda mi vida he deseado tener. Si por mi miseria he faltado, no ha sido por voluntad de faltar, pues siempre he tenido esta conformidad para hacer que se haga en mí la voluntad amabilísima de mi Dios, cueste lo que cueste.

Las faltas que en esto he tenido, solo han sido de flaqueza, y al instante que las conocía, lo sentía mucho y pedía perdón.

Este amoroso Dios había perdonado mi miseria, y solo atendía a la buena voluntad, que el mismo Señor me había dado, de modo que hizo unas cadenas de amor y conformidad, con las que me había llevado, y por eso digo que, todo es suyo.

Habiendo hecho mi Dios todo esto solo por su bondad, estaba más obligada a amarle con todas las fuerzas de mi alma, que otra criatura que no hubiera recibido tanto de su Dios, pues para esto había adornado mi alma con la hermosa joya de la caridad que le daba su Esposo, y quería que la cuidara mucho para que no se manchara ni ajara.

También me quería muy cuidadosa en la obediencia, porque ¿qué mayor ingratitud puede cometer un esclavo que lleno de las riquezas de su señor, y sentado a la mesa como uno de sus más queridos hijos, si su señor le mandara alguna cosa, no quisiera hacerla, y si la hacía fuera de mala gana, con flojera y mal hecha? Lo que debía hacer era agradecer que su señor se quisiera servir de su nada, y hacerlo con prontitud y alegría para poder dar gusto a un señor, a quien tanto le debía, conociendo que ocuparlo en sus cosas, era un nuevo beneficio de este señor, que siendo tan poderoso y tan grande, se dignaba servirse de un vil esclavo.

Este conocimiento me los daban con bastante claridad, por lo que conocía mis grandes ingratitudes, y cómo debía humillarme en la presencia de mi Dios, y cómo debía portarme en adelante, ya que cada vez se aumentaban más los favores.

En la demás cosas, pude conocer que siendo voluntad de mi Señor que aquellas almas subieran donde yo estaba, quería que las animara y las ayudara. Veía que yo ya lo hacía, dándoles o alargándoles la mano, esforzándolas a subir sin miedo, confiando en aquel Señor que las llama, que las ayuda y que las libra de todos los peligros.

Veía también, que esto que yo hacía le agradaba a mi Señor, y en premio me adornaba o añadía más esmaltes a la joya que me había puesto en el pecho.

MARÍA: DEPÓSITO DE TODOS LOS DONES Y GRACIAS

En este día de la Asunción de mi dulce madre, se levantó mi espíritu con recogimiento y fervor desde el principio del día, para alabar a la Santísima Trinidad, que creó a mi Señora y Madre, la preservó de toda culpa, y en este día, la coronó por Reina de los cielos y de la tierra.

Con este misterio, parece que mi alma se había ido también allá, según lo embebida que estaba, dando la enhorabuena a mi Señora y Madre, y agradeciéndole, y alegrándome de todo lo que Dios había hecho para enriquecer a mi amada Madre, y que ésta recibía, para que por este conducto se repartieran todas las gracias a todas las criaturas. Mi Señora y Madre es el depósito de todos los dones y gracias, que este Dios poderoso, sabio y amoroso, puede, sabe y quiere repartir. No quiero decir con esto, que su poder, su sabiduría y amor sean limitados, pues todo es infinito; quiero decir: que por su bondad, y voluntad santísima y justísima, quiso la Santísima Trinidad que todas las gracias vinieran a los hombres por este canal, en premio a lo mucho que le agradaron las obras de mi Señora y Madre, y su cooperación, en cuanto pudo, a la obra de la Redención.

Lleguemos a esta Señora que puede y quiere ayudarnos, porque conozco que le gusta más a mi Dios que se le pida por medio de la que es su Hija, su Madre y su Esposa.

LLENA DE DIOS

Cuando una criatura tiene una pesadumbre muy grande, se le olvidan las otras friolerillas que sentía antes; así el alma, cuando está llena de su Dios, aunque sienta en lo natural los males de cuerpo, tiene todas sus potencias y sentidos tan en su Dios, que no la dejan hacer caso de su mal. Solo piensa cómo agradar a su Dios, y desea amarlo más y más. Y aunque sea una locura diré: que el alma quiere consumirse y aniquilarse en esta llama, como decía este día, y mucho más, cuando le preguntaba, si lo amaba. Me sucedió algunas veces, unas preguntando, y otras mandando, pero todas iban a un mismo fin. Me producían el efecto para el que las decían; lo uno me manifestaban la obligación que por todo, tengo de amar a mi Dios con todo mi corazón, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas; sentía lo poco que lo he amado, y deseaba hacerlo con más ansia. Al mandármelo, me daban más aliento para pedir lo que me mandaban.

Confesaba mi miseria, y pedía que me dieran lo que me mandaban, pues sabía que yo no podía nada por mí. Como conocía que me lo daban con abundancia, me sacaba tanto de tino el amor de mi Amado, que algunos ratos me costaba trabajo poder disimular. Yo estaba hablando con el Creador, y al mismo tiempo con las criaturas.

No me estorbaba nada, pues no perdía ni una migaja de la atención interior a mi Dios, que me hablaba con amor. Unas veces me parecía que me decía:

-Amiga mía.

Otras:

-Esposa mía, ven descansa en mí.

Y otras cosas semejantes, con lo que el alma se derretía y decía unas cosas que no se pueden decir, sino estando en esas ocasiones que no tienes aprensión.

El alma corresponde a su Amado diciéndole: que es su verdadero descanso, y no quiere otro, que es su consuelo y su alegría, y que es todo hermoso, todo amoroso.

Muchas veces le dice: que lo único que quiere es amarlo, se ofrece

para que cumpla su santísima voluntad en ella, y solo apetece que su Amado sea para ella, y ella toda para su Amado. Estas palabras las frecuenta mucho, porque lo desea mucho: "mi Amado para mí, y yo toda para mi Amado".

GRATITUD CON LAS OBRAS

Padecí mucho en el cuerpo, pero el alma estuvo llena de los consuelos de su Dios, y conocía que a toda hora estaba de asiento en ella. Las potencias estaban tan ocupadas con su Dios, que no daban lugar o entrada a otra cosa.

Muchos días de la octava de mi Señora y Madre, aunque padecía, estaba tan embebida en mi Dios, que parecía que no era yo la que padecía. No podía pensar en otra cosa más que en la grandeza, poder, sabiduría, bondad, misericordia y amor de mi Dios. Estaba de continuo en contemplación, aún en los ratos de más quehacer, y de continuo recibía de mi Dios todo lo que hacía. No podía, ni puedo decir otra cosa, que confesar y decir que son grandes las misericordias de mi Dios, e infinita su liberalidad.

Este Dios es tan liberal, que no repara para dar, si lo merecen o no. Este Dios hace que las almas se lo pidan, dándoles deseos de agradarlo, y solo con estos deseos que Él mismo les ha dado, reparte con tanta abundancia que yo no lo sé decir. Los dones de Dios son tan grandes, que el mismo que los recibe no puede explicarlo. Igual me sucede a mí; conozco que recibo mucho, pero no hallo términos para explicarlo, dijera lo que dijera me parece que no diría nada.

El verdadero agradecimiento está en las obras, y no en las palabras, porque el modo de que las palabras sean buenas, es que vayan acompañadas de las obras, procurando en todas ellas dar gusto a este Dios, y cumplir su santísima voluntad con gusto, sea en lo que sea, penoso o gustoso, no buscarse en nada a sí mismo, y busca agradar en todo a quien tanto debe.

HERIDA DE AMOR

Me parecía que tenía a mi amado Esposo en mi corazón, donde me regalaba como a esposa, y me decía que le pidiera. Yo sabía que era poderoso y liberal, con lo que tomaba vuelo para pedir, y mi ejercicio era pedir sin cesar por todas las necesidades de la Santa Iglesia y del reino. Para mí, solo pedía y deseaba ser toda de mi Dios, y que cumpliera en todo su santísima voluntad. Le decía a mi amado Esposo: que con su poder, hiciera que yo la cumpliera con perfección como mi Dios quería. Todo esto lo sentía con tanto incendio de amor en mi alma, que no tenía entrada otra cosa, pues mi Amado me tenía toda en sí, con mis potencias y sentidos. Con estas cosas pasé el día bien ocupada.

Por la noche, no lo estaba tanto, pero cuando me iba a acostar, mi Dios y Esposo hizo conmigo lo que acostumbra: de un pronto me enciende en su amor, y me deja el alma anegada como en un mar de consuelos y delicias, que yo no sé explicar.

Solo puedo decir que me hallo toda en mi Dios, conociendo que es por su infinita bondad.

Al principio, en estas ocasiones me quedaba inhábil para hacer nada por mi parte; pasada aquella primera fuerza de amor, que es como si hirieran de pronto a una criatura, y ésta quedara tan sorprendida que ni siquiera pudiera quejarse, hasta que pasado un rato lo hacía, y buscaba a quién la había herido. En estas ocasiones, me sucede que viene mi Amado, y me deja tan herida, que no puedo hacer nada, pues quedan las potencias como amortecidas o inhábiles.

Pasado aquel primer golpe de amor, despiertan las potencias tan encendidas en el amor de su Amado, que todas a porfía buscan al que las buscó. El entendimiento conoce la bondad infinita de aquel Dios que es tan liberal con esta alma; la memoria tiene presentes los muchos beneficios que ha recibido, y la muchísima ingratitud con que le ha correspondido, y la voluntad desea amar más y más. Sintiendo que este Dios no sea amado como se merece, le pide a su Dios: que haga lo que ella no puede hacer.

Pasaron las potencias esta noche, pidiendo la conversión de las almas para que hubiera muchas que amaran y sirvieran a mi Dios. Estando en estas peticiones, me parecía que mi Señor y Esposo me decía: que oía con agrado mi petición, que me concedía la conversión de muchas almas, que vería su enmienda en laxas costumbres, y cómo alababan las misericordias de Dios en todos los pueblos.

Esto causó una gran alegría en mi alma, que empezó de nuevo a alabar la gran bondad de mi Dios, pidiéndole a mi Señora y Madre y a los santos ángeles que lo hicieran mí.

DESPERTADOR DIVINO

Me sucede con frecuencia, que cuando me voy descuidando un poco, mi Señor me avisa, y me hiere con solo esta palabra:

-¿Me amas?

Y otras veces:

-¡Qué poco me amas! mira lo que te he amado yo.

Este despertador es tan eficaz, y me causa unos afectos, que no se puede dudar de quién es su autor, pues me enciende el alma, al mismo tiempo que la humilla, y le hace conocer su ingratitud y su nada.

Este día, algunas veces tuve este despertador que me hacía vivir con cuidado. No hice algunas cosas por falta de ocasión, y las suplía con el deseo de hacerlas. Dios sea bendito por todo.

TENÍA PRESENTE LA PASIÓN

Tuve que hacer un continuo ejercicio de paciencia, porque mi Dios me ofreció un dolor de cabeza fortísimo, con una delicadeza tan grande, que no podía sufrir el ruido, por poco que fuera.

Como en estos días hubo tanto ruido, continuamente tenía que estar haciendo actos de conformidad, y ofrecer a mi Dios aquel sufrimiento. No podía aplicarme en otra cosa, y no hice casi nada de lo ordenado, porque no podía atender, con la turbación que tenía en la cabeza. Ofrecía

a mi amado Dios el deseo que tenía de hacer mucho, y ofrecía aquellos trabajillos que estaba pasando para unirlos a la Pasión santísima de mi Señor, en satisfacción de mis pecados, y de todos los del mundo.

Algunas veces me daba mi Señor mucho consuelo, en particular el día cuatro que tenía a mi amado Esposo Jesús tan presente, que padecía con gran consuelo. La diferencia que tuvo con los otros dos días anteriores fue, que los otros fueron de más sequedad, con solo algunos ratos de consuelo, cuando tenía muy presente la Pasión de mi Señor; pero en este día fue más continua y más viva su presencia.

Me parecía que veía a mi Señor coronado de espinas, abofeteado y muchas veces maltratado, y por eso me era de gran consuelo padecer, al mismo tiempo que mi alma amaba tan gran amor y misericordia, agradeciendo mucho a mi amado Dios, que hubiera querido padecer tanto por mí.

GUSANILLOS DE LA TIERRA

Me dio mi Dios más conocimiento de su grandeza, de su misericordia y de su bondad. Estaba más humillada, pues conocía mi nada, y agradecía la bondad infinita de este Dios poderosísimo, que atendía a estos gusanillos de la tierra, y no solo los atendía, sino que había querido tomar carne humana para redimirnos, y se había quedado con nosotros en el Sacramento. Lo que más engrandece su misericordia es que habiéndonos hecho tantos beneficios, le seamos ingratos. Con todo, nos sufre, nos espera, nos convida, nos llama, y nos busca para hacernos mayores beneficios si lo queremos oír, y si arrepentidos le pedimos perdón. Esto es lo que este amorosísimo Dios quiere, y esto es lo que aguarda de todas sus criaturas.

Porque nos ama, no quiere ostentar su poder en la justicia, hasta que ya lo ha hecho con su misericordia, lo ha intentado por todos los medios, que ha querido su infinita sabiduría, entonces, el que no oye su voz, será castigado, el que no lo busque ni quiera responda a tan grandes llamamientos, será castigado.

Estos pensamientos me ocuparon todo el día, veía esta bondad tan pronta para premiar, y ésta justicia tan detenida para castigar, dando treguas y tiempo a estas miserables criaturas, para que conozcan sus yerros, y se enmienden.

ORACIÓN A LA VOLUNTAD DE DIOS

En medio de mi gran pobreza, y tan pobre en todas las virtudes, tengo el consuelo de que apenas me mira, me hallo riquísima con los tesoros de mi Señor.

"Bendito sea mi Señor y Esposo que me da todo su caudal para que yo, pobrecilla miserable, pague y quede más obligada a corresponder agradecida. Este amorosísimo Dios se digne, por su misericordia, concederme la gracia de corresponderle, amándolo con toda mi alma, con todo mi corazón y con todas mis fuerzas, ya que no puedo otra cosa. Hacedlo así Dios mío, Amado mío y Señor mío. Haz Señor que en todo te agrade. No permitas, Señor mío, que me aparte, ni un punto, de hacer en todo tu santísima y amabilísima voluntad, y usando Señor mío, de tu poder, haz que siempre sea yo toda tuya, y Vos Señor mío, todo para mí. Haz de mí lo que quieras, haz lo que quieras de mí.

Señor, que te alaben por mí todas las criaturas en los cielos y en la tierra. Que todas te den gracias, porque has querido poner tus ojos benignos y amorosos en este gusano de la tierra, y diré más, en esta ingratísima criatura. No os habéis contentado con hacerme solo los beneficios generales que habéis hecho a todas las criaturas, sino que me habéis concedido otros particulares y excelentísimos, y por ellos estoy más obligada. Y pues todo ha sido efecto de vuestra infinita bondad, haced Señor y Dios mío, que yo corresponda como Vos queréis y os agrade más. No permitas que sea por más tiempo ingrata. Dios mío, ayudadme, de mí nada puedo, y tú lo sabes, mi Dios."

ESTAR EN EL CIELO

Aunque solo es un Dios, mi alma estaba unida a la segunda, que es el Hijo, que me daba mayor inteligencia de este misterio, pero me llenan de gracias todas las tres divinas personas. Mi alma quedó, como endiosada, todo el día. No sé explicar lo que conocí, solo digo que se quedó el alma como puede estar en el cielo, porque conoce a su Dios, ama a su Dios, y tiene a su Dios, no de paso, sino de asiento. Goza de una paz inalterable, porque no le queda nada que desear, ni que apetecer, tiene al que lo es todo, y lo goza como cosa suya, que nadie se la pueda quitar, si ella misma no lo aparta de sí, por el pecado.

A un alma que su Dios la une a sí, solo le quedan temores, aunque no en el mismo acto de la unión, que entonces no están las potencias para atraer temores, pero después sí los tiene. Verse en peligro de perder por su culpa a su Dios, le es muy amargo.

Antes quisiera padecer mil muertes, y todos cuantos males puede haber en el mundo, que verse apartada de su Dios. La experiencia me lo dice, pues algunas veces que me vienen estos temores, como soy tan ingrata a mi Dios, y veo que si no fuera por su misericordia, justamente, me podía dejar, no sé cómo quedo con vida. Estos temores encienden una llama que consume hasta las entrañas, y traspasa todos los huesos.

LA MADRE CON SU NIÑO

Cuando está el Esposo presente, regalando a la esposa, entonces no teme nada. Si esto es con un alma que no sabe amar, con las que amen mucho, ¿qué será?

Un niño no llora por su madre cuando ésta lo tiene en sus brazos, sino cuando lo deja solo; entonces llora, la llama, y no descansa hasta que lo tiene otra vez entre sus brazos. Este sentimiento será más o menos grande, según ame más a su madre, porque si este niño todo el amor lo tiene en su madre, en nada hallará consuelo, y por lo mismo, su madre acudirá con más cuidado. Pero si tiene alguna cosa en qué divertir su

amor, la madre se descuidará más, cuando ve que no la busca, ni llora con tanta gana.

Dichosa el alma, que sin detenerse en nada de lo creado, busca a su Dios, y clama sin cesar; ésta, pronto lo encontrará. La que se detenga, y quiera tener consuelo con las criaturas, aunque lo busque, el Esposo se retrasará, y no vendrá tan corriendo, porque quiere que solo lo busque a Él, y que clame y corra hasta encontrarlo. Si lo hace así, saldrá al encuentro, enjugará sus lágrimas y le derramará las abundantes dulzuras de su corazón.

TRABAJADORA DE LA PASIÓN

Después, quedé un poco de tiempo con gran recogimiento.

Mi amado Esposo volvió a renovar otro nuevo beneficio, hablando a mi alma y me parecía que le decía:

-Hoy, en honor de mi Madre, debes a su intercesión que renueve en tu alma, una estable y perpetua unión si correspondes fiel, guardando la obligación que me debes como a Esposo, yo, en arras, te he dado los clavos de mi Pasión, y ya como esposa, te obligo a buscar mi mayor honor. Esto lo harás, si procuras que no se pierda mi Pasión. Trabaja cuanto puedas, con ejemplo y oración, para que las almas no malogren mi Pasión. Hoy le concedo a tu alma mayor perfección de amor, y haré que se comunique a otras almas, si tú, con celo, procuras buscar mi mayor honor.

OBRARÍA MILAGROS

Yo, humillada con el conocimiento de mi nada, le daba gracias, y me ofrecía para que mi amado Esposo se sirviera de mí, para todo lo que quisiera. Al mismo tiempo, conocí que mi Señor haría u obraría milagros, si yo cumplía con fidelidad las obligaciones que mi Señor me ponía. Parece que este amoroso Dios quiere valerse de mi nada para el bien de mis prójimos, y así como mi Señor, toda su santísima vida, se ocupó en hacernos beneficios, procurando nuestra salvación, así también quiere que,

en lo que sea posible, lo imite en la oración, procurando y pidiendo por la salvación de todos, y en lo temporal, aliviándolos, cuanto sea posible, con el fin de que sirvan a mi Dios. Lo entendía así, y pedía a mi Dios, y a mi Señora y Madre su ayuda, por cuya intercesión conocí que a mi alma se le concedían muchas gracias. De nuevo me ofrecía como esclava para que se sirviese de mí en todo lo que quisiera, pidiéndole que en todo fuera mi maestra y guía, para acertar a hacer la voluntad de mi amado Esposo.

LUZ PARA LAS ALMAS

¡Ojalá! todas las criaturas gustaran y vieran cuán suave es este Dios, cuán liberal para los que le piden, qué piadoso, qué amoroso para recibir a que lo buscan, y qué misericordioso para perdonar a lo que le piden perdón. Qué pena causa en mi alma saber que hay tantas almas que no conocen a este Dios. Como no lo conocen, no lo aman ni lo sirven.

¡Oh Dios poderosísimo! Solo tú, Señor, puedes dar alivio a mi pena, haciendo que todas las criaturas os conozcan, os amen y os sirvan. Bien sé Amado mío, que Vos no necesitáis de ninguna criatura. Vos tenéis en Vos mismo todas las cosas.

Vos os conocéis perfectísimamente, os amáis y os contempláis, y en sí tenéis toda la perfección de vuestra gloria, pero también queréis que las almas, que Vos habéis creado, os la den, pues todas las almas que no os conocen, no os la dan. Señor mío, puesto que sois poderoso para darles la luz que destierre sus tinieblas, encendedlas todas en vuestro divino amor para que os amen, porque lo merecéis, y solo Vos sois digno de ser amado.

UN DIOS CHIQUITO

Me levanté con tanto recogimiento, que no parecía que había estado durmiendo, sino orando. Apenas desperté, me hallé con el Misterio de la Encarnación tan a lo vivo, que mi alma, mirando la grandeza del amor de su Dios, que no había desdeñado tomar nuestra naturaleza humana para poder padecer y redimirnos, se quedó absorta, como quien no puede en-

tender una cosa, y queda parado. Así me parece que me sucedía a mí; mi alma miraba aquel exceso de amor con unas criaturas tan miserables, que lo único que hacía, llena el alma de agradecimiento, era alabar y amar a mi Dios, y sentir lo poco que lo había amado, puesto que no correspondía, en cuanto podía, para amar mucho a mi Dios. Ya que no podía hacer otra cosa, me consolaba con sentir lo poco que había hecho, y pedía y deseaba amarlo mucho. Estuve así, hasta la hora de la comunión, deseando que llegara para tener a mi Dios conmigo. Después de recibirlo, me parecía que veía a mi amado Esposo en mi corazón, como un niño muy chiquito, y que me decía:

-Mira lo que he hecho por ti. Mira mi grandeza, que son estrechos los cielos y la tierra para mí, y quise ser niño. Agradece este amor infinito que me hizo bajar del cielo a la tierra. Tu agradecimiento ha de ser como si hubiera venido por ti sola, pues si hubiera sido necesario, lo hubiera hecho. Dame las gracias por ti y por todas las criaturas.

¡QUÉ HERMOSO SOIS!

¡Oh! Dios mío, incomprensible, inmenso y poderoso. ¡Oh! Dios bendito, que no tienes fin ni tuviste principio. ¡Oh! Dios creador, que ostentas tu poder creando todas las cosas visibles e invisibles, las conservas todas, y sin ti nada existiría. Tú mandas, y a tu imperio nada puede resistirse.

Bendito tu poder, bendita tu sabiduría, y bendito tu amor. ¡Oh, Amado del alma! ¡Qué hermoso sois! Vos, tras de esa hermosura me lleváis, mi Dios. Mas ¿adónde voy, amado Señor, cuando tu pureza, Señor, no admite la menor manchita, ni Vos la queréis? Lávame mi Amado. Lavadme Señor. Purifica el alma, que es tuya Señor, y solo desea dar gusto a su Dios.

¡Ay! Amado mío, llevadme con Vos para que te ame sin fin. No temo vivir, mi Amado Señor, solo temo, Esposo y Señor, al peligro de ofenderte. No lo permitas Amado mío, no lo permitas mi Dios, quitadme mi Dios la vida antes de que yo te ofenda.

Haz de mí lo que quieras, Esposo mío y Señor mío. Tú, mi amado Esposo, puedes quitar lo que tú no quieres que haya en mi alma, y darme lo que quieras, como poderoso Dios.

FUEGO EN EL CORAZÓN

Me quedaba sin pensar en nada. La voluntad amaba sin saberlo, pues me parece que estaba, como he dicho otras veces, como unas ascuas, que estuvieran envueltas en un poco de ceniza, que a la vista parece que no hay nada, pero si se toca, se descubre que están encendidas.

Me parecía que mi amado Esposo y Señor había tapado en mi alma el amor, de modo que caldeaba su fuego el corazón, pero si lo tocaba cualquier palabra que fuera o conociera que era para gloria de su Dios, parecía que lo descubrían, y echaba llamas. Por los efectos, conocía que amaba, y me alegraba muchísimo de que mi Dios fuera amado, conocido y servido por todas las criaturas.

Por el contrario, si conocía que le desagradaba y que era ofendido, se llenaba mi alma de pena, porque estaba ofendida su bondad. Estos distintos afectos me hacían salir de mí algunas veces, y manifestar a mi Amado los sentimientos de mi alma, como si no los supiera. Pasado esto, me sacaba de tino, volvía a quedar como una tonta.

SIEMPRE EN GUARDIA

El alma tiene que ser muy cuidadosa para no estar, a cada instante cayendo en faltas, en cuanto se descuida un poquito. Lo conoce, porque Dios me ha puesto en el ejercicio de estar siempre, ganando o perdiendo, porque el ejercicio de las virtudes está en proporción a lo que se ejercitan, particularmente la paciencia, que es tan necesaria. En estos días tuve algunas faltas, aunque no fueron manifiestas, porque mi Dios no me deja, por su misericordia, que dé malos ejemplos, pero no tengo la paciencia como la debía tener en mi interior. Sufro pero no con gusto, sino por querer ser de otra manera, y me molesta mi miseria, porque

conozco que no lo llevo como debo. Lo siento, pido perdón, y vuelvo a caer.

ME VE, ME OYE, ME MIRA

Cuando mi amado Dios da a mi alma conocimiento de su grandeza, poder y majestad, queda el alma tan embebida en aquellos conocimientos, que no puede comprender, y anda como absorta, sin poder hacer nada. El entendimiento quiere caminar, y se halla como en un mar donde no puede navegar. En estas ocasiones todo es admiración, pero estos conocimientos no le dan al alma tanto amor sensible, no sé por qué, pues el alma está amando y conociendo que no hay otra cosa digna de amor, más que este Dios.

Me parece que no sentir el amor sensible, es porque todas las potencias se quedan como paradas, al conocer lo que no pueden comprender. Esto no sé si será así.

Otras veces, este amoroso Dios le da al alma conocimiento de su presencia y esencia en todas partes. Esto le causa mucho amor a mi alma, porque el día que me da mi amado Dios esta oración, me da muchos consuelos. Me veo con mi Dios, que está de asiento en mi alma, con mi Dios que está presente en todas partes, con mi Dios que me ve, que me oye, que me mira.

Qué consuelo es éste tan grande para mí, y para todas las almas, conociendo también, que nuestro Padre es el más amoroso; un Dios, el más piadoso; un rey, el más poderoso. Para qué voy a decir nada más, sino que es todas las cosas, y que no es menester buscarlo, porque está con nosotros y dentro de nosotros.

Algunas veces salgo de tino, y no sé cómo puedo ocultar la alegría que esto le causa a mi alma. Lo alabo y le doy gracias, porque me ha criado, porque ha hecho que lo conozca y ame, y como mi amor es tan poco y tan imperfeto, me abraso en deseos de amarlo mucho más. Así se lo pido, y mientras más lo pido y deseo, más lo deseo, no solo para mí, sino para todas las criaturas, pues deseo que sea amado por todas.

Otras veces, me pone mi Dios a la vista su pureza y hermosura, y entonces el alma quiere irse con su Dios, pero la detiene ver que no tiene la pureza para poder llegar, y como con ansia desea irse, pide y clama a su Amado que la purifique y hermosee para que no sea desechada. No rehúsa ningún trabajo para lograr esta dicha, porque está enamorada de su Amado, y no teme al fuego ni al cuchillo, para verse unida a su Amado.

DIOS ME DA A CONOCER

Hoy, he tenido la oración de un paso de la Pasión, donde mi Dios me da a conocer lo inmenso de su amor, pues siendo impasible inmortal, quiso tomar cuerpo pasible y mortal para poder padecer y morir para redimirnos, y darnos el Reino de los Cielos que teníamos perdido. Me da a conocer mi Señor lo grande de su amor, y lo mucho que ha padecido. Algunas veces, pone tanta claridad, que parece que lo estoy viendo. En particular, muchos días de comunión, me ha parecido que me decía mi amado Esposo:

-Mira lo que he padecido por ti.

Y como si lo estuviera viendo lleno de llagas, me compadezco, y lo adoro, y le voy dando gracias por todo lo que padeció. De este modo está el alma en un ejercicio interior, alabando la bondad de mi Dios, y su gran misericordia y amor para con una criatura tan miserable e ingrata. Sacaba de esta oración grandes deseos de agradar a este Dios, y dolor por mis ingratitudes, y deseaba enmendarme, e imitar las virtudes que mi Señor me ha enseñado con su ejemplo y doctrina.

En la oración, unos días tengo más recogimiento que otros, porque algunos, después de la oración no me queda la presencia de mi Señor tan viva, y algunos ratos me suelo distraer. Con frecuencia me recuerda mi Señor la memoria de su Pasión, que tan necesaria es para poder vivir con menos faltas, porque estos ejemplos de mi Señor hacen que las almas se animen para el ejercicio de las virtudes, sin temor a nada del mundo.

Unas veces, me queda la presencia de mi Señor como si estuviera junto a mí; no lo veo, pero conozco que está, porque el alma siente su presencia. Estos días, puedo decir: que aunque no tenga ningún rato señalado de

oración, lo tengo todo el día, pues estoy hablando con las criaturas como si no hablara, porque toda la atención se la lleva mi Señor.

CON AMOR Y AGRADECIMIENTO

Otras veces, me pide el corazón para descansar en él; otras, viéndome yo tan obligada con tantos beneficios, le pregunto a mi amado Señor y Esposo: qué haré para agradecer tanto, siendo tanta mi pobreza. A lo que me responde mi Señor: que con amor y agradecimiento.

AQUEL ÁRBOL

Me acuerdo mucho de aquel árbol, que se me presentó en mi imaginación en otra ocasión, que no daba ningún fruto, y si lo daba, era después de que aquel señor lo cuidara tanto, y no se lo confiara a nadie, y luego se gloriaba de aquellos frutos, que habían sido producidos a fuerza de su trabajo.

Ahora tengo esto más presente, porque estando una noche pensando, que si supiera que no desagradaba a mi Dios, no le daría a V. cuenta de lo que pasa en mi interior, yo no tendría tantas fatigas, y lo pasaría mejor. Claro que no rehusaría dar cuenta de todo lo que conociera que hacía de malo para enmendarme y ser curada y ayudada para caminar a la perfección.

Estando en estos pensamientos, se me representó vivamente en mi memoria todo lo que yo tengo dicho del árbol, cuando sucedió, y todo lo que entonces aprendí. Lo he recordado ahora por los mismos motivos. Entonces, también deseaba saber si a mi Dios le desagradaría que callara lo que muchas veces yo creo que es inútil decir.

Ahora conozco que mi Señor quiere, que las criaturas conozcan que este árbol por sí mismo no daba frutos, y si los daba eran malos y dañinos. Este señor lo ha tomado por su cuenta, lo ha cuidado, ha puesto en él sus ojos, y quiere que se vean los frutos que ha producido a fuerza de su trabajo; por eso, cuando acababa de cogerlos, se los daba al jardinero para que los mostrara y alabaran su cuidado.

Con esto quedé bastante enseñada, pero no por eso dejo de temer, pues estas cosas, después que han pasado, me parece que son locuras de mi imaginación, y de mi padecida cabeza.

Aunque no puedo negar, sino confesar a todo el mundo: que mi Dios ha usado conmigo de infinitas misericordias, cuidando de mí con singular cuidado.

Conozco con toda claridad que soy la criatura más miserable que ninguna otra, pues también me lo dice la experiencia todos los días. Todo esto es verdad, pues si mi Dios no lo hace todo, no hago nada, pero las cosas que pasan en mi alma, en particular las palabras de alabanza mía, cuando manifiesta mi amado Dios el gran amor que me tiene, aunque en ese tiempo no las temo, después me parece que son cosa de mi poca humildad, y que quizá, me las pondrá el enemigo para perderme, y para que me llene de soberbia y vanidad.

Por la misericordia de Dios, no me parece que esto me haya sucedido hasta el presente, más bien, me ha servido de humillación y de agradecimiento amoroso a la bondad de mi Dios, que quiere poner sus ojos en una criatura miserable, e ingrata.

MIRA AHÍ LO QUE HE HECHO POR TI

Este conocimiento es como si me pusieran un lienzo, y en él grabados todos los favores y beneficios que mi amado Dios ha hecho a mi alma, y me dijera:

-Mira ahí lo que he hecho por ti, y otras muchas cosas que no conocerás hasta que vengas a gozar de mi presencia.

No me lo decía con palabras que se puedan oír, sino como por una inteligencia que le dan al alma. A mí me parece que lo hace mi amado Dios para que el alma sea agradecida, y ya que de por sí no puede corresponder con el agradecimiento que tales beneficios se merecen, al menos que los agradezca. El alma, al verse tan favorecida de su Dios, se humilla, y desea corresponder, dándole gusto en todo, por ser su Dios tan bueno, tan amoroso y tan liberal.

No se puede decir lo que el alma conoce de su Dios, porque conoce mucho y no puede decir nada, y solo quiere amar y agradecer. Tiene presente su pobreza y, como un pobre mendigo, no cesa de pedir a todas las criaturas, que amen y agradezcan por ella. Este ejercicio la hace encenderse, cada vez más en el amor de su Dios. Con esto tiene bastante para pasar el día fervorosa, y sus potencias y sentidos, no pueden divertirse en otra cosa más, que en su Dios.

VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE

Volvió mi Dios a darme un amor grande, con el conocimiento de la bondad y gran misericordia, de este amorosísimo Dios, que se quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento.

Miraba la distinción de las personas en un solo Dios, verdadero Dios y verdadero Hombre. Veía en este sacramento, que la segunda persona era la que había tomado carne humana, y la que estaba en este Sacramento, siendo todo un Dios.

Estos conocimientos me traían otros, pues la grandeza de este Dios incomprensible, que solo se comprende a sí mismo por su infinita sabiduría, me hacía ver con más claridad lo infinito de su amor para con las criaturas, y esto encendió mi alma en el fuego de su divino amor. Este amor, no me parece que se pueda llamar comunicativo, porque mi Dios hace que el alma conozca este amor, y cuando lo conoce, se lo da o comunica, de modo que aunque fuera una piedra, si fuera capaz de amarlo, amaría aquella suma bondad, pues es imposible conocerla sin amarla. El alma siempre queda descontenta de lo poco que ama, pues ve que su amor no es nada para lo que merece este Dios, ser amado. Pasé lo que quedaba de día, con mi alma ocupada en alabar, dar gracias, adorar a mi Dios, y desear que todas las criaturas lo hicieran.

Cuando mi Dios está de asiento en mi alma, siempre me sucede, que como la llena toda, no queda lugar para que entre otra cosa, más que su Dios, no se acuerda de sí misma, y solo desea su honor y gloria.

LA ADORNABA CON UN VESTIDO MUY BLANCO

Un hijo que conoce la gran bondad de su padre, y al mismo tiempo conoce lo mal que se ha portado, está avergonzado, deseoso de desagraviarlo, y agradecido de la mucha paciencia con que lo ha sufrido.

De este modo pasé la mañana, pero por la tarde, fue como si este amoroso padre viniera a buscar a este hijo, y no acordándose de sus ingratitudes, le echara los brazos, lo estrechara, le dijera que lo amaba mucho, y que quería adornarlo con vestidos ricos, tener su delicias con él, porque lo amaba con extremo. Puede pensar cómo quedaría este hijo, al ver tan gran bondad de su amado padre. Del mismo modo, mi amado Padre, Esposo y Señor, hizo con mi alma esta tarde.

A mí me parecía que mi amado Esposo y Dios, tenía mi alma en sus manos, la acariciaba y regalaba con mucho amor, la adornaba con un vestido muy blanco y hermoso, y le ponía una joya en el pecho guarnecida de muchas piedras preciosas.

Me la ponía como si fuera mía, pero era para que yo hiciera otra como aquella para mi amado Esposo. El centro de esta joya era de caridad, y la guarnición de alrededor, que era de piedras preciosas, era de todas las virtudes que tenía que practicar, y el vestido blanco era la pureza de intensión que debía tener en todas mi obras. Mi Amado me pedía que le labrara una joya así. Estando en estas cosas, me parecía que mi amado Esposo me había unido a sí, tan íntimamente, que parecía que toda me había quedado escondida en mi Dios.

El oficio divino empezaba entonces, y estuve un rato, sin poder rezar, hasta que mi Señor permitió que pudiera hacerme gran violencia, y esforzarme para rezar más alto. Yo ya me la estaba haciendo desde que empezó el rezo, y tuve que seguir haciéndomela todo el tiempo que duró.

Algunos ratos, la tarde fue un martirio; tenía que estar tratando con las criaturas, y desechando el trato con el Creador, que apenas templaba algo los incendios de amor, me levantaba otro más fuerte. Cuando acabé con la obligación del trato con las criaturas, me fui volando a solas con mi Dios.

Al entrar en el coro, me parecía que me decía mi amado Esposo:

-Ven esposa mía, querida mía, ven a descansar de los afanes del día.

Me encendió tanto el amor de mi Dios, que no quedé para nada. Me sucedió, que me parecía que descansaba en los brazos de mi Amado, donde mi alma dulcemente se recreaba, como no se puede explicar, hasta que me fue forzoso volver a cumplir con la comunidad, con tanto recogimiento, como si no hubiera más que Dios y yo, pues ninguna cosa me distraía. Gracias a mi Dios.

ORACIÓN EN EL HUERTO

Por la noche, tuve la oración sobre la Oración del Huerto, que fue lo que primero me vino a la memoria al ir a tenerla con la comunidad. Al instante, me dio mi Dios un recogimiento tan grande, que me parecía que estaba en el huerto junto a mi amado Esposo. Lo veía lleno de aflicción y sudando sangre, y le preguntaba:

-¿Quién os ha entristecido la alegría; por quién estáis tan lleno de penas; qué es lo que os pone en tanta agonía?

-Y mi Amado decía: que las muchas almas que se iban a perder, porque no querían aprovecharse de su Pasión.

Fue mucha la compasión que tuve de ver a un Dios-Hombre con tanta congoja y tristeza. No sabía qué hacer para que mi amado Esposo tuviera consuelo, y como su desconsuelo era por los muchos que se habían de perder, y no se iban a aprovechar de su preciosísima sangre, se aumentó en mi alma este deseo de salvación de todos.

Ofrecía al Eterno Padre, aquellas penas y sangre preciosísima de mi amado Jesús, para que por estos méritos, concediera eficaces auxilios a las almas. A unas para que lo conocieran, y conociéndolo lo amaran, a otras para que se convirtieran, a otras para que se conservaran en la gracia y la aumentaran, a fin de que todas cumpliéramos la voluntad de mi Dios para el fin que nos ha criado que es: amarlo y servirlo.

Mi Señor me decía: que muchas almas no querían atender a sus inspiraciones. Y yo le respondía: que mi Dios era poderoso para hacerlas atender.

Al mismo tiempo, estaba mi Dios dándome luz para conocer: que por parte de mi Dios, todo estaba hecho, que todo el daño está en que las almas no quieren atender a los divinos auxilios que mi Dios, por su misericordia, les está dando continuamente, y que no son agradecidos, porque ciegos por sus pasiones, no los conocen.

Me causaba mucha pena ver que se perderían en tantas almas el fruto de la Redención, y esta pena que yo tenía, me parecía que le agradaba a mi Dios. Se aumentaba más el conocimiento del amor, de este Dios-Hombre para con las almas, y esto hacía que mi alma deseara, más y más, la salvación de las almas.

Si pudiera cooperar en algo, no temería padecer para llevar almas a mi Dios.

Aunque por mí, nada puedo, me consolaba pedírselo a mi Amado, que es poderoso en todo.

También me parecía que mi amado Esposo me preguntaba:

-¿Quieres padecer conmigo a beneficio de las almas?

Yo me ofrecí con mucho gusto pidiéndole: que me ayudara e hiciera de mí cuanto quisiera. Después de todo esto, me parecía que me decía mi amado Esposo: que le diera mi corazón para descansar. Y yo le decía:

- Amado mío, no me pidáis, lo que es vuestro; vuestra es mi alma, mi corazón y toda yo soy vuestra. Si en mí halláis alguna cosa que no sea vuestra, quitadla, y si está manchada, lavadla con vuestra sangre preciosísima.

Encendida mi alma en el amor de mi Señor, le decía muchas cosas, pues me parecía que lo tenía en mi corazón. No puedo explicar lo que estas cosas causaban en mi alma. Cuando me fue forzoso salir de la oración, no sé cómo iba, pues solo podía atender a mi Señor.

SUBÍA MI ALMA A MI DIOS

En un día de éstos de mucho recogimiento, estuve un rato en la oración de comunidad, y tuve un conocimiento, que no he dicho por olvido. Subía mi alma a mi Dios, que como un sol que despide muchos rayos, estos daban en las almas, con diferencia en unas que en otras. En aque-

llas que estaban limpias, y no tenían estorbo alguno, entraba este divino sol, y se quedaban tan hermosas que parecía que entraban todas en el mismo sol, y de lo mucho que recibían, despedían rayos de luz para las otras almas. Otras no recibían tan de lleno estos rayos, aunque las iluminaba. Otras estaban con tantos estorbos que les daba aquel sol, pero no quedaban iluminadas. Con esto entendía yo: que las primeras almas eran aquellas que están limpias de todo afecto terreno, y nuestro amabilísimo Dios está de lleno en ellas, y les hace participar tanto de sus dones, que se hacen semejantes a su Dios por participación. Las que no estaban tan limpias, las alumbraba esta luz, pero no la recibían tan de lleno por los estorbos que ponían; como en un vaso empañado, la luz que en él se meta, alumbra, pero no es tan hermosa como la que está en un vaso muy limpio. A las terceras que les llegaban los rayos y no las iluminaban, me parecía que eran las almas que tienen algún apego a las cosas de la tierra, y como tienen los vasos ocupados, aunque quieran meter otra cosa, no puede entrar, porque no cabe. Esto movió en mi alma un deseo tan grande, de que mi Dios quitara de mi alma cualquier impedimento que hubiera en ella para que no hubiera estorbo alguno, que me hacía pedirlo de veras, porque era mucha la diferencia que había entre lo que recibían unas y otras de la participación de su Dios.

ES IMPOSIBLE CONOCERLO Y NO AMARLO

Le pido que me dé su gracia para aprovecharme de los conocimientos que por su misericordia, me da para que cada día viva con más cuidado, que para esto me los da.

Siempre he conocido que me ha querido desocupada de todo para que mi alma esté solo en mi Dios. Cada día me da más; cuanto más limpia y clara está una cosa, más se advierte cualquier poquito de polvo. Como Dios es tan puro, no quiere nada impuro, y tiene que estar continuamente purificando las almas, si ellas quieren dejarse purificar. Yo me ofrecía a mi Dios, y me ofrezco, para que me purifique, y haga de mí lo que quiera para ser admitida de lleno en la participación del mismo Dios.

Le digo a V. padre mío, que si las almas conocieran esto, no tendrían amor a nada, y desearían tener mucho más amor para emplearlo todo en su Dios. A buen seguro que no quedarían contentas, pues se hallarían tan cortas para lo que debían, y merece este creador amorosísimo y poderosísimo, que querrían andar repartiendo su amor en todo lo creado.

Dios ilumine todas las almas para que lo conozcan, pues conociéndolo lo amarían y amándolo lo servirían y alabarían. Como he dicho, es imposible conocerlo y no amarlo.

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! tan poco conocido, y de tan pocos amado. ¡Oh Dios de amor! tan poco agradecido de parte de las criaturas, que has creado para que te amen.

¡Oh Dios mío! que en lugar de ser amado, eres ofendido.

Amado mío, quisiera llorar tus ofensas día y noche. Tú sabes, mi Dios, que lo siento.

¡Oh bondad ofendida!

¡Oh misericordia despreciada!

¡Oh amor infinito no agradecido!

¡Oh Dios mío! ¿Quién te hace sufrir tanto?

Oigo que me dices:

-El amor.

¡Oh almas! el Dios de amor nos está aguardando; nos está llamando; nos está convidando. Lleguemos, que su amor nos recibe; que su amor nos perdona.

Vamos, vamos que sale al encuentro a recibirnos, porque nos ama. Oigamos su voz que es más dulce que el panal.

¡Oh, Amado mío! ¡Quién pudiera hacer que todas las almas te buscaran y corrieran a la voz de vuestro amor que nos convida y llama! Bendito sea vuestro amor.

Bendita vuestra misericordia.

Bendito vuestro poder.

Bendita vuestra justicia y bendito en todos vuestros atributos y perfecciones divinas.

Alabado seáis, mi Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

ERA COMO SI UNA SEÑORA ESTUVIERA ENCERRADA

Yo quería tener mi pensamiento en mi Dios, y en un instante, me hallaba en otras cosas, de modo que, en mi interior estaba con recogimiento, pero la imaginación estaba inquieta, y yo tenía que sujetarla. Era como si una señora estuviera encerrada en una sala, y no dejaran de llamar en la puerta; aunque no hiciera caso, ni abriera la puerta lo estaba oyendo, y se contentaba con no turbarse ni inquietarse. En cambio, en los días que la señora entra en la sala y queda encerrada con todos sus criados, no tiene quien la moleste, pero no siempre le hacen esa gracia, Dios sea bendito.

EL ALMA ESTÁ A LA VISTA DE SU AMADO PADRE

Me concedió mi Señor su divina presencia, y el alma estuvo bien ocupada, aunque no fervorosa. Digo no fervorosa, porque llamo fervor a aquellos excesos de amor con que mi Dios, algunas veces me regala sin merecerlo.

Son como cuando una madre toma a un niño chiquito en sus brazos, lo acaricia, lo regala, lo besa, lo deja caer en su pecho… las madres dicen a sus niños: que los quieren, que son hermosos y cosas semejantes; pues todo esto lo hace mi Amado conmigo.

El Dios de toda bondad, olvidado de su grandeza, hace con las almas lo mismo, y también lo hace con la mía, que aun siendo yo la más ingrata, me manifiesta más y más su gran bondad. A esto lo llamo fervor, porque hay amor sensible y regalado, y el alma se halla en los brazos de su Amado. Lo que yo llamo no fervorosa, es cuando el alma está a la vista de su amado Padre, y viendo que la está viendo, trabaja con gusto, porque está en la presencia de su Padre, y aunque no le haga ningún cariño, está contenta deseando que le mande mucho que hacer para darle gusto. Con eso queda contenta, conociendo la bondad de su padre y que todo lo merece.

ME SUJETABA CON DOS MANOS A MI DIOS

Muero por mi Dios, porque yo lo quiero amar, y me consuela, morirme por este deseo; pero el miserable cuerpo, en particular en la oración, se pone que no puede servir para nada, por lo mala y sin fuerzas que me pongo. No me importaría que mi amado Dios me sacara de la miseria de este cuerpo donde estoy presa, y no puedo irme de una vez con mi Amado, a donde amarlo sin intermisión, y donde no haya temor de ofenderlo.

Lo que hoy, no ha sido lo que me ha causado menos temores, no porque haya tenido motivos para que aumenten más, sino por el conocimiento de mi miseria y flaqueza, y de la suma bondad de Dios, tan digno de ser amado y servido. Cada vez que me venía al pensamiento que podía ofender a mi Dios y perderlo, este pensamiento era una saeta que hería mi corazón fuertemente.

Me parece que como el que está en un alto, se afianza y se sujeta con ambas manos para no caer, así me parece que hacía yo: me asía y sujetaba con dos manos a mi Dios. Estas manos eran la una de conformidad, y la otra de amor, y con esto quedaba serena o segura de que no caería, porque estaba muy sujeta a mi Señor. No quería más que lo que mi Dios quisiera, ni amaba otra cosa más que a mi Dios, por mi Dios. Esto era lo que me parecía que me sanaba la herida que me causaba el temor de perderlo.

TU ALMA ES MI MANSIÓN

¿Cómo no iba a confiar yo que lo busco, que lo llamo, y que deseo amarlo con toda mi alma? Le decía todo lo que este amorosísimo Dios me inspiraba, hasta que no pudo hacerse más el sordo a mis clamores, y al instante sentí que estaba en mi alma. Digo que lo sentí, porque lo conocía, como si tuviera una cosa en la mano, que no se ve, pero se toca, se sabe que se tiene, porque la mano percibe su suavidad y calor, aunque no lo vea. Así me parece que me sucedió: conocí que tenía a mi Amado en mi alma, porque recibí un gran consuelo. Duró poco, y volví a quedar como estaba, sin conocer tan claro que estaba mi Señor conmigo. Quedé con

sequedad y distraída, aunque no con tantos temores, pues cobró el alma nueva esperanza, y hacía repetidos actos de conformidad.

Por la tarde, en el oficio divino, de pronto volví a conocer la presencia de mi Dios.

Se llenó mi alma de dulzura, y deseos de amarlo y corresponderle agradecida, y me parecía que me decía mi Amado Esposo:

-¿Por qué temes tanto, esposa mía?

Yo estoy contigo, tu alma es mi mansión, y en señal de que te amo, te he dado mi corazón.

Se encendió mi alma tanto en el amor de mi Dios, y con tanto agradecimiento a su bondad, que no lo puedo explicar. Mi alma correspondía con mucho agradecimiento, dándole a mi amado Señor gracias y alabanza por tan gran bondad y misericordia, y me ofrecía para que hiciera de mí, lo que quisiera, pues el conocimiento de mi gran miseria y de la gran bondad de mi Dios, era capaz de hacer agradecida, aunque fuera a una piedra.

En las palabras de mi Dios, entendía: que estaba de asiento en mi alma, como en su propia casa, y a la vez conocía, que se había escondido, como suelen hacer los padres con sus niños, porque les gusta que los busquen. De este modo, conocía que había hecho mi Señor conmigo. Igual que a los niños les da gran alegría cuando encuentran a sus padres, y se les olvida el susto que han pasado, así mi alma se llenó de alegría, y también se le olvidaron los temores. Todo era serenidad, pues había encontrado lo que no encontraba, y pensaba que había perdido; encontrarlo y tenerlo, le daba confianza en que no lo volvería a dejar.

El alma se quedó como descansando en los brazos de su Amado, unos ratos con una unión más estrecha que otros, pero siempre conociendo que estaba en su alma su Dios, su Señor y su amado Esposo.

Bendito sea el amor infinito de mi Dios que se digna poner su amor en tan miserable e ingrata criatura.

Fachada de la enfermería donde Sor Mª del Socorro ejerció el oficio de enfermera.

EL PROVECHO DE LA ORACIÓN

Si yo tengo que empezar la oración, empiezo por algún paso de la vida, Pasión y muerte de mi Señor. Unas veces me quedo en esto, otras, me llevan a la contemplación de la Divinidad, donde mi alma recibe luz para conocer, con bastante claridad, los misterios que nos enseña nuestra santa fe.

No me he detenido en decir nada de la oración, porque todo lo tengo ya dicho, y no he tenido nada particular, más que los mismos conocimientos que otras veces, sobre el misterio de la Santísima Trinidad, Encarnación, Santísimo Sacramento, y otros, como el gran amor que Dios nos tiene, su misericordia, su inmensidad, y todos los demás conocimientos que mi Dios me da en la contemplación. Como me parece que los tengo dichos en otros días, solo digo: que ha sido de recogimiento.

Cuando la contemplación es de la Pasión, la veo con bastante viveza, como si me hallara presente; pero nunca paro yo en lo que mi Señor padeció, sino muy de paso; en lo que paro es: en quién era el que padecía, y cómo lo padecía, de donde saco grandes ejemplos que imitar. Si pienso en por quién lo padecía, y en el amor infinito de mi Dios, el conocimiento de mi ingratitud, aumenta más mi agradecimiento. El alma no puede dejar de sacar grandes afectos de amor, y de éstos nacen los propósitos de practicar las virtudes, que aprende en esta escuela, y siente no haberse aprovechado de ella en el pasado.

El provecho que se saca de la oración es que mientras más frecuente, más se aprende y más se pone por obra, porque se aumentan en el alma las fuerzas para resistir todo lo que es contrario a lo que su Dios le enseña en la oración.

PEDIR POR LOS PECADORES, Y POR SU CONVERSIÓN

Este día, a toda hora estaba el alma recogida, porque de una vez para otra, no le daba lugar a que se entibiara el fuego, que mi Dios encendía en el alma.

Padre mío, me parece que me ha puesto mi amado Esposo, como una obligación precisa, pedir por los pecadores, y por su conversión, o así

me parecía que me lo daba a entender mi Dios, pues me daba mayores conocimientos para que pidiera por los que ciegos, con las tinieblas de sus pecados, no veían su peligro, y por eso no pedían su remedio.

Algunas veces, temo tanto que estas cosas no sean de mi Dios, no en sí, pues bien sé que son obras de caridad, y que debo hacerlas como cristiana, pero el temor que me da, de que estos conocimientos no sean de mi Dios, es porque me parece que siempre vienen con alguna cosa que yo temo mucho, como es que el enemigo me engañe, pues conoce que mi Señor me llenó de sus gracias, haciéndome su esposa para que mis oraciones movieran las misericordias de mi Dios.

Padre mío, esto me llena de confusión y temor, porque mi vida es muy ordinaria; en mí no hay más que pecados e ingratitudes, y siempre tengo que estar pidiendo perdón. Cuando recibo los favores, me parece que son de mi Dios, porque me hacen amarlo mucho, y si no es amarlo, es desear amarlo; por eso me parece que los hace mi Dios, pero después, no puedo remediar sentir temor. Lo escribo solo por la obediencia, pues me cuesta mucho.

Este día, en el oficio divino, no sé cómo pude rezar, porque tenía la presencia de mi Dios tan viva y amorosa, que no lo puedo explicar. Algunas veces, cuando me pedía mi corazón, recibía mi alma un incendio de amor que la levantaba, y yo le decía a mi Señor: que para qué me pedía lo que era suyo; que hiciera de mí lo que quisiera.

NO HACIENDO CASO

Si una criatura recibiera muchos beneficios de otra, que le tiene mucho amor, y ésta que los recibe pusiera todo su cuidado en desatenderlos no haciendo caso, ni le diera las gracias ni se lo quisiera decir a nadie para que las diera de su parte, ¿no se podría decir que era la criatura más desagradecida y más ingrata que podía haber? No solo no manifestaba su agradecimiento a quien tanto la favorecía, sin ni siquiera haber mirado ni atendido si los merecía, sino que queriendo arrojar de sí, hasta la memoria de estos favores, no quería decirlos para que otras criaturas alabaran la

bondad de quien se los daba. Este pensamiento me humilló, y conocí que eso era lo que yo hacía.

En este tiempo, dio mi Señor a mi alma como una certeza de su amor, que yo no la puedo explicar. Conocía que mi Señor estaba ayudándome, aunque algunas veces se sentaba, y no me ayudaba; entonces, yo me fatigaba, porque sola podía poco, y no me hallaba capaz para trabajar. Todo se me iba en buscar que me ayudara, y me parecía que mi Señor se estaba quieto mirándome, y como en mí seguía el deseo de que me ayudara, me parecía que me decía:

-Ya te he ayudado en todo lo más trabajoso, ahora es razón que tú trabajes sola por mí, y yo descanse. Si hubiere alguna cosa que tú no puedas hacer, yo te ayudaré, y la haré.

SUFRIDA Y PACIENTE

Mi amado Esposo Jesús, mandándome que ame a mis prójimos, me pone de ejemplo cómo él nos ha amado. Es así, nos ha amado más que a sí mismo, pues no perdonó su vida para dárnosla a nosotros.

Señor, vos que me lo mandáis, dadme la gracia que necesito para cumplirlo. Vos sabéis cuánta es mi flaqueza y miseria, y cuánto he faltado y no he cumplido el precepto de amarlos como a mí misma. Tú lo sabes Señor mío, y yo siento en mi corazón no haberlo cumplido. Señor, recibid mi arrepentimiento, y perdonadme por vuestra misericordia. Y por aquel infinito amor que os hizo morir por mí en una cruz, dadme vuestra gracia para guardar este gran mandamiento de amor, como vos, Señor mío, queréis que lo guarde. Yo quiero y propongo poner, ayudada de vuestra gracia, todo lo que pueda de mi parte. Señor y Dios mío, confirma mis propósitos; solo vos sabéis mi flaqueza, tened misericordia de mí, y ayudadme, mi Dios, mi Padre, mi Esposo, mi Señor.

Si como vos mandáis que el que no ama a su prójimo, no os ama a vos perfectamente ¡qué poco os he amado yo, Señor mío, qué poco os he amado!

Mi Dios, yo quiero amaros con un verdadero amor. Que no haya en mí impedimento para que venga a mi alma vuestro amor.

Mi Dios, hazme sufrida, paciente, humilde y obediente. Ayudada de vuestra gracia, yo quiero cooperar a la gracia, que misericordiosamente me dais.

Yo quiero ser fiel y agradecida a todos los beneficios que tu bondad y liberalidad infinita me dispensa, sintiendo, Señor, mi grandísima ingratitud, por lo que te pido perdón, y te lo pediré toda la vida, alabando tu misericordia que tanto me ha sufrido.

Yo me humillaré en mi nada, conociendo que soy digna de desprecio, por ser la criatura más ingrata a su creador, y la más desagradecida.

Yo me avergonzaré, Esposo mío y Señor mío, de querer que las criaturas estén agradecidas a mi nada, habiendo yo sido la más desagradecida a los dones y gracias de mi Dios.

¿Me podré yo quejar de que tengo que sufrir sus faltas sin malicia, cuando vos no os cansáis de sufrirme a mí continuamente?

¡Ay! Padre, Señor y Dios mío, mi vida debe ser otra; vaya fuera de mí la delicadeza, la poca humildad, y la falta de mortificación.

Yo solo quiero que mi Señor me admita a sus pies como a otra Magdalena, para allí aprender a llorar mis pecados, y a amar a mi Dios, a mi Redentor, a mi amado Padre, a mi amado Maestro, que me enseña con sus propios ejemplos, y a mi querido Esposo, aunque le haya sido tan infiel, no imitándolo o asemejándome a Él como me lo manda.

Bendito seáis mi amado Dios, que con tanta misericordia cuidáis de esta miserable criatura.

VEN A DESCANSAR

Por la noche, cuando entré en la oración de comunidad, sentí que mi amado Dios y Esposo amabilísimo encendió mi alma en su amor, con una llama de amor tan grande, que no puedo explicarlo, y me parecía que me decía:

-Ven esposa mía, ven a descansar con tu Dios.

Mi amado Esposo hirió todo mi corazón, y mi alma alababa la gran bondad de mi Dios con tan grandes deseos de amarlo, que quisiera tener tanto amor como han tenido y tendrán por toda la eternidad, mi Señora y Madre, todos los santos, y todos los serafines. Como todo me parecía poco últimamente, le decía a mi Dios:

-Amado Dios y Señor mío, quisiera tener, si fuera posible, un amor infinito para amaros.

A lo que me parecía que me decía mi Dios:

-Yo te he amado con amor infinito, ámame a mí con toda tu alma.

Con todo esto, no puedo explicar lo que sentía, pero me llamó la obligación y tuve que salir de la oración. Le pedí a mi Señor la bendición, y muy gustosa y obediente, me fui a donde la obediencia me llamaba, sin perder su divina presencia.

Cuando volví, dije a mi Amado:

- Amado mío, aquí me tienes otra vez en tu presencia.

Y me parecía que me decía mi Señor y Esposo:

-Yo he estado contigo, y aquí me quedé para recibirte cuando vinieras. Al mismo tiempo me dio tanto conocimiento de su inmensidad, que veía que estaba en todas partes, que todo lo llenaba, y le veía ocupar toda mi alma, de modo, que toda estaba tan unida en mi Dios, que me parecía que no podría separarse jamás.

Seguí la lección con el conocimiento que mi Dios me dio, pues éste no me parece que lo pueda tener quien no se lo dé mi Dios, como me lo da a mí, que no pongo nada de mi parte. Así, con claridad, conozco que todo lo hace mi Dios, y que el alma solo tiene que recibir lo que no puede explicar, como me sucede a mí.

Algunas veces, me parece que veo a los santos ángeles, con tanta humillación y reverencia, que me llena de un respeto reverencial hacia mi Dios, me humilla, y me hace sentir las muchas veces que he estado sin avivar la fe de tan gran Majestad. Le pido perdón, y me quedo con mucho agradecimiento de que mi Dios me conceda estar en su presencia.

Por la noche, también estuve con recogimiento, porque en todo el día no cesé de tener con frecuencia, unos ratos en que me venían unas olas

de amor que me anegaban, y que venían del inmenso mar de amor de mi Dios. También mi alma conocía que era favorecida por la poderosa intercesión de mi dulce Madre.

Sin duda ninguna, este conocimiento se me daba sin palabras, y yo lo entendía mejor que si lo oyera.

En este día, cada vez que me ocupaba de agradecer a mi Dios que hubiera concedido a mi amada Madre el privilegio de preservarla de la culpa original, y le daba la enhorabuena, mi Dios llenaba mi alma de más amor, y de una gran confianza en la protección de mi Señora.

ALABO LA GRAN BONDAD DE MI DIOS

La Santísima Trinidad llenaba mi alma de más gracias particulares, pues me parecía que el Padre eterno me concedía mucho poder para obrar lo bueno sin dificultad, el Hijo me concedía el saber obrar la voluntad de mi Dios, y el Espíritu Santo me concedía su amor para que todo lo obrara por amor.

Conocía, que todo esto me era concedido por intercesión de mi amada Madre que rogaba por mí. Viéndome yo tan pobre para agradecer tanto, pedía a mi Señora y Madre: que lo agradeciera por mí, pues yo con respeto lo recibía.

Padre mío, igual que las señoras estaban obligadas a agradecer lo que hacían de beneficios a sus esclavas, yo conocía, que este día hizo mi Dios muchos beneficios a mi alma, pero no lo sé explicar.

Alabo la gran bondad de mi Dios, y deseo serle agradecida, no con palabras como acostumbro, sino con obras, y cumpliendo en todo su santísima voluntad, para lo que me ayudará mi dulce Madre, como se lo pido con todas mis veras, pues es grande mi deseo de agradar a mi Dios, y dar a mi Señora y Madre el honor que le debo dar. Por mí nada puedo, todo lo espero de mi Dios, y tengo por abogada a mi amada Madre.

ADORAR Y DAR GRACIAS

Me parecía que me decía mi dulce Madre: que desde que tomó carne humana en sus virginales entrañas mi Dios y Señor, había ofrecido todo por nosotros para nuestro remedio; que quería que lo adorara, y le diera las gracias, empezando desde los nueve meses que había estado encerrado en su vientre. Esto lo entendí así, empecé con gran consuelo de mi alma, pues esto me avivaba más la presencia de mi Dios, y me traía más recogimiento.

Cuando tenía proporción, iba dando a mi amado Señor adoración interior y exterior, y le daba las gracias por todo lo que había hecho por nuestra redención, y por el amor con que lo había hecho. Se lo agradecía mucho, por mí y por todas las criaturas y, al mismo tiempo ofrecía a mi Dios, por su amor, todo lo que se iba presentando de mortificacioncillas.

UNA SALA CON CRISTALES

Al instante cobraba nueva fuerza, y no me afligía viéndome miserable, si no que daba gracias a mi Dios, que quería hacer en mi alma ostentación de su misericordia, y me hacía conocer mi miseria, y que solo su misericordia era la que me estaba sosteniendo para que a pesar de las borrascas que se levantaban, quedara serena.

Le sucedía a mi alma lo mismo que el que está encerrado en una sala con cristales, que aunque se levante una gran borrasca de aire, oye el ruido, pero no le ofende el aire. De este modo me parece que se retrae lo que me sucedía este día.

EL ALMA QUE SE DEJA LABRAR

Parece que estoy diciendo tonterías, pero no lo son; aunque me explique mal, he conocido que todas las almas que están en gracia y Dios ama mucho, mientras más las ama, más las purifica con trabajos, y mientras más las purifica, más las une a sí.

Aunque yo no puedo explicar cómo es esto, le pedía a mi Dios: que me purificara para que yo estuviera toda en mi Dios, y mientras decía esto, lo estaba.

Como Dios es tan grande en todo, y la criatura es tan pequeña, solo puede participar de aquel bien infinito, si por su misericordia le es concedido.

Como Dios es igualmente justo, da a cada uno conforme al alma que esté más preparada. La más pura o más dispuesta, recibe más. Aunque todas sean puras, unas recibían más que otras, y aunque unas estén más unidas a su Dios, las otras están más dichosas. El alma que se deja labrar y purificar por su Dios, recibe mucho.

Yo no puedo decir nada de cómo mi amado Dios me hace conocer estas cosas, porque soy muy tonta. Me contentaría con poder hacer que todas las criaturas lo amaran mucho, mucho, y se abandonaran en sus manos para que su Dios hiciera de ellas lo que quisiera, recibiendo de sus benditas manos todo con igualdad, como de un padre que nos ama.

Dichosas las almas que buscan a su Dios en todas las cosas, se olvidan de sí misma, y todo el cuidado lo ponen en buscar, en agradar y en servir a su Dios, sea en lo que fuere, o del modo que fuere.

Dichoso el que no tiene más voluntad que la de su Dios, porque éste reina.

Dichosa el alma que no ama otra cosa más que a su Dios, porque ésta lo ha hallado todo.

¿Quién no te ama, mi amado Dios? ¿Quién no te obedece, amable Señor?

¡Ay Amado mío! No puedo ver, mi Dios y Señor que seáis ofendido; me llena de pena y me aflige, mi Dios.

Mi Dios, yo te pido amor.

Mi Señor, que se encienda el mundo en el fuego de tu amor. Te pido, mi Dios, que todos te amen. Puesto que eres poderoso, haz, mi Dios, que todos te amen y alaben, porque solo tú lo mereces, Señor.

Criaturas todas, amad a mi Dios, amadle que es bueno, es hermoso, es rico, poderoso, sabio, justo, santo, liberal, piadoso. Gustadlo y veréis cuán suave es, cuán dulce es.

¡Ay, Dios mío! ¿Qué tinieblas tan oscuras han sido las que han cercado al mundo, que han quedado tan pocos que os conozcan?

Señor mío, disipad con los rayos de vuestro divino resplandor, las tinieblas en que están sentadas tantas. Alumbradlas, mi Dios, para que se levanten y os busquen a vos.

Si yo fuera poderosa, mi Señor
Haría que todos te amaran, mi Dios,
Pero como no lo soy, te lo pido, Señor:
Tú que puedes hacerlo todo,
Haz que te amemos mucho, Esposo y Señor.

LE VOY A EXPLICAR ALGO

Tuve algunos ratos de recogimiento fervoroso; en uno de ellos me dio mi Señor a conocer cómo se comunicaba con las almas por medio de mi Señora y Madre, pues quiere que pase todo por este conducto.

Le voy a explicar algo, pero como soy tan tonta y no tengo términos ni palabras acomodadas para lo que entiendo, tengo que decir aquello que mi Dios quiere que me venga, y que me parezca que tenga alguna semejanza.

Me parecía que había como un nacimiento de agua, y de él sale toda el agua que se ha de repartir a todas las fuentes. Antes de repartirla, entra en un depósito, y de allí sale para repartir más o menos, según la disposición de los conductos o fuentes donde va a ir a parar. Si el conducto es ancho, entra más y si es angosto menos. Me parecía que mi Dios, que es el principio y origen de todos los bienes que comunica, quiere que las almas pasen por este depósito de los tesoros de Dios, y reciban más o menos, según su disposición. La que pone más de su parte para estar dispuesta, recibe más que la que es descuidada, y mientras más inmediata está a este depósito de gracias, sale más rica.

A mí, me dio mucho deseo de estar inmediata a mi Señora, para estar más inmediata a mi Dios, y poder recibir más de lleno su amor puro y constante. Este conocimiento me hacía alabar muchas veces a mi Dios y a mi Señora, pidiéndole continuamente: que no me desampare para que mi alma estuviera siempre dispuesta para todo lo que mi amado Esposo quisiera hacer de mí.

MADRE MÍA

Mi Dios quería que imitara a mi amada Señora y Madre, cuanto me fuera posible, atendiendo con cuidado a sus virtudes para imitarla, ya que esta misma Señora me ayudaba con su poderosa intercesión para alcanzar de mi Dios su gracia para obrar.

Estuve todo el día humillada en la presencia de mi Dios, como una hija a la que su madre le va manifestando con amor sus descuidos y flojedad, y le aconseja lo que debe hacer. Si lo hace así, la amará mucho y la ayudará, pero esta hija, que se halla avergonzada, al mismo tiempo queda agradecida al amor que su madre le tiene, pues la podría castigar con rigor, y no lo hace, y la advierte con misericordia para que se enmiende.

Todo el día, como he dicho, se me fue con recogimiento en la presencia de mi Dios, sin perder tiempo para hacer todo lo que podía para agradar a mi Dios, y en honor de mi Señora y Madre amabilísima, a quien suplicaba: que se dignara admitirme por esclava. Sabiendo que no lo merecía, confiada en su misericordia, se lo suplicaba, porque ya que no merecía ser hija, por mis muchas ingratitudes, me reconocía indigna de ser esclava de tal Señora. Como esto lo sentía muy de veras, empecé a decirle "Señora mía", siempre que la nombrara; si esto lo admitía mi Señora y Madre amabilísima, era una gran misericordia.

Padre mío, por la noche, ya no podía yo pasar más tiempo sin nombrarla muchas veces: "Madre mía", porque mi alma se llenaba de consuelo, de que mi Señor me la diera por madre en la cruz.

Con esta satisfacción se llena mi alma de gozo, pues parece que mi amada Señora y Madre se ofrece a ser para mí madre, señora, maestra, y

todos los títulos que quiera buscarle, todo lo será para mí, si yo con fidelidad procuro imitarla en el ejercicio de las virtudes, como deseo hacer, ayudada de mi Dios, y de la protección poderosa de mi Señora y Madre. Así se lo he ofrecido, pidiéndole: que como señora me mande y compela a cumplirlo; y que si me resistiera, me castigue, con el terrible castigo de abandonarme para seguir su voluntad, sino para que me enmiende con su ayuda, alcanzándome más aumento de gracia.

Padre, esta noche, ya no tenía tanto temor, pues como una hija que conoce que su madre la ama mucho está llena de satisfacción, así estaba yo, y le decía a mi amada Madre muchas cosas para mi amado Padre Dios.

No conocí faltas, porque como había estado cuidadosa, me ayudaba mi Dios mucho. Dios es muy generoso con las almas que ponen un poquito de su parte, les ayuda más, y mientras más corresponden a los auxilios, más y más les da este Dios de misericordia, que desea repartir sus dones con abundancia, y solo quiere la buena voluntad de que los deseemos, y que la criatura ponga de su parte para quitar los impedimentos que los detiene, como es la tibieza, y el poco aprecio que hace de ellos. Por la gracia de su Dios, con un poquito de celo, y con la pureza de intención de hacerlo todo solo para dar gusto a Dios en las cosas más menudas y de menos trabajo, derrama el Señor tantas gracias, que no son para explicarlas.

Dichosas las almas fieles.

Dichosas las que no tienen más interés que agradar a su Dios, porque lo merece, y en todo se abandonan a sus divinas disposiciones. Estas almas son muy ricas, pues participan con abundancia de los tesoros de su Dios, que son infinitos.

TENÍA EL ENTENDIMIENTO OCUPADO

Algunas veces temía escudriñar, más de lo que era menester en los misterios, porque algunos ratos, se metía en querer saber quién era su Dios, y como es incomprensible, no alcanzaba a comprender, y además, lo que alcanzaba, no lo sabe explicar.

Conocí, que lo que yo comprendía, era nada para lo que es, aunque el entendimiento tenía curiosidad en conocer la inmensidad de un Dios incompresible y eterno, que no ha tenido principio ni tiene fin.

Otros ratos, quedaba el alma como anegada en el mar inmenso, y no hacía más que amar.

Otros, alababa, daba gracias, y deseaba que fuera amado por todas las criaturas, y sentía que fuera ofendida su bondad.

Bendita sea la misericordia de mi Dios, que tan de lleno ocupaba mi alma.

VIENDO A UN DIOS-NIÑO

Me levanté con recogimiento y fervor. En el tiempo presente, la santa Iglesia nos pone presente y nos recuerda el misterio de la Encarnación y Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo para que demos gracias y alabemos su infinita misericordia. Todo el año lo tenemos presente, pero llegando este tiempo, no sé porqué, el alma se derrite en amor, viendo a un Dios-Niño, viendo al inmenso Niño, al impasible, pasible, al inmortal tomar carne mortal, al eterno…, en fin, más vale no seguir, que todos lo saben.

Solo diré lo preciso, que hay poco tiempo. Este misterio me trajo tan ocupadas mis potencias, que no sé cómo podía atender a otra cosa, y así pasé el día, unas veces contemplando, otras alabando, adorando, dando gracias y amando a este amabilísimo Dios.

ALMAS MUY ALEGRES

Como he dicho, este día no tuve atención a lo que rezaba, porque estaba entretenido el entendimiento mirando y atendiendo a lo que nuestro amabilísimo Dios quería que yo conociera: cómo se asemeja la iglesia militante a la triunfante. Una por la fe, acompañada de las buenas obras, y otra, gozando ya de la vista clara de su Dios, y gozando de su Dios.

Me parecía que mi amado Dios creó los ángeles, desde luego, para tenerlos en su propia casa, y servirse de ellos según su voluntad. A los hombres los había separado en otra estancia o sitio, donde no lo pudieran

ver, pero les hacía saber que los estaba viendo, y que, aunque invisible, estaba con ellos y les ordenaba a cada uno, que trabajaran según su voluntad, y que guardaran sus preceptos. Si lo hacían así, los llevaría, después de que cumplieran aquel plazo, a gozar de su presencia, de modo que en esta santa iglesia militante, pueden vivir las almas muy alegres, porque con una fe viva, están conociendo que están con su Dios, que están cumpliendo su voluntad, y sirviéndolo lo mismo que los ángeles en el cielo, pues este tiempo de la vida, lo tienen destinado para servir en la tierra, al mismo Dios que sirven los ángeles en el cielo.

Así como en el cielo hay distintas jerarquías, así en la tierra también las hay; unas almas están como más inmediatas a Dios, que otras. Las más superiores de la tierra, son las almas que están dedicadas a Dios, por su estado de sacerdocio o religión; a estas almas se les ha concedido ser ángeles, y han de vivir como ángeles, y todo su cuidado debe ser procurar la gloria de su Dios, alabarlo, amarlo, y servirlo en todo con pureza de intención. Este empleo no admite otro desahogo o cuidado terreno que no sea puramente para buscar la gloria de Dios, que para eso les ha dado mi Dios mayores auxilios, mayores conocimientos de su ser eterno e inmutable, y los ha traído al jardín de su Santa Iglesia.

Las almas fieles que gustosamente se consagraron y se ofrecieron a su Dios, son millares de veces dichosas, si saben corresponder a los altísimos fines de su infinita sabiduría.

Cumpliendo fielmente el ministerio que a cada una ha encargado su Señor, éstas gozarán en la iglesia militante muchos rasgos de lo que han de gozar en la triunfante. Cuando ya se les acabe el tiempo que le han destinado para trabajar, irán a gozar eternamente de aquel Dios al que fielmente sirvieron.

Pero ¡ay dolor! qué pocos hay, respecto a los muchísimos que no se acuerdan del beneficio que les ha hecho su Dios, y quieren voluntariamente huir de estas obligaciones, con pretextos humanos.

¡OH ALMAS, QUE ESTÁIS CONSAGRADAS A DIOS...!

¡Ay, Señor y Dios mío! ¿Cómo he de decir yo lo que me dais a conocer? Con cuanta pena de mi alma, veo, mi Dios, que os ofende mucho ver que unas almas, de las más privilegiadas, escogidas y ayudadas de vos, sean tan ingratas, y que atienden más a sus miserables intereses, que a vos, Dios de bondad; que se olvidan de su Padre de las misericordias; que ponen su amor en otra cosa, y que os lo quitan a vos, Dios de amor; que buscan más el cumplimiento de su voluntad, que la vuestra, que es justísima, santísima y amabilísima.

¡Oh almas!, que estáis consagradas a Dios, únicamente para el ministerio de darle culto, honor y alabanza, con vuestras obras, palabras y pensamientos, y para dar ejemplo de todas las virtudes a las demás almas, mirad que se ofende más nuestro amantísimo Dios de nuestras ingratitudes, que de los pecados de las otras almas que no han sido tan favorecidas y escogidas.

¡Ay! qué perdido está el mundo. Qué poco caso se hace de los intereses de mi Dios. Veo a mi Dios muy ofendido, y a pocos que tratan de desagraviarlo.

¡Ojalá que yo pudiera
desagraviar a mi Dios,
injustamente ofendido!
Mas ¡Ay Amado Señor!
yo también he sido ingrata,
tú lo sabes mi Señor,
y también sabes lo siento
con todo mi corazón,
y te pido me perdones,
dueño de mi corazón.

Amado Dios y Señor, en desagravio de todos mis pecados, te ofrezco todas las riquezas que me ha dado vuestro Hijo y mi Señor; te ofrezco,

pues son míos, todos sus méritos, ya que por mí nació, padeció y murió. En esto te ofrezco mi entera satisfacción, pues son méritos infinitos de un Dios-Hombre, que el amor le hizo descender al mundo para salvar al pecador. Si no lo agradecemos como debemos, yo os ofrezco, mi Dios, las gracias que mi Señor os dio mientras vivió en este mundo, y las que os dio mi Señora, mientras vivió en este mundo, que tanto os agradaron a vos.

Este es el caudal que os traigo,
¡Oh, Dios de misericordia!
para pediros perdón,
por todos los pecadores,
y para que los conviertas Señor,
que la Santa Iglesia triunfe
del enemigo traidor
que pretende destruirla.
No lo permitas, mi Dios.
Poderoso sois mi Amado,
nada se resiste a vos.

Mi Dios, sois poderoso para convertir a todos. Dadles, mi amado Dios, fuerzas para que destierren las tinieblas del pecado, pues están oscurecidos por ellas, y no os miran a vos.

Señor, abrid sus oídos
para que os oigan, mi Dios.
No permitas amado Dios
que se pierda en tantas almas
tan copiosa Redención.
¡Oh Madre del alma mía!
intercede con mi Dios por la Santa Iglesia.
Pido Madre de mi corazón:
ofrecer vuestros dolores
a tu Hijo y mi Señor,

los justos se multipliquen,
y crezcan mucho en amor
para que siempre estén ocupados
solo en amar a su Dios.
Sea mi Dios conocido, reverenciado y temido.
Alabado sea mi Dios. Amén.

DICIEMBRE 25

Este día veinticinco, lo empecé desde la medianoche; en la mayor parte de ella, solo pude hacer lo acostumbrado, pero desde las diez, ya me recogí a solas con mi Dios para darle gracias por tan grandes beneficios.

Tuve la oración sobre este misterio con recogimiento, y con el alma encendida en el amor de aquel amor que hizo bajar del cielo al Verbo Eterno, tomar carne humana, y hacerlo niño recostado en un pesebre. Esto no se puede contemplar sin que se derrita el alma, y más, cuando este Dios infinito da al alma unos rayos del conocimiento de su divinidad, entonces el alma se sube, se halla anegada en la infinita bondad de Dios, de este Dios-Hombre, y conoce cuánto se ha humillado su Dios, y cuán grande es este beneficio. Al instante, empieza a ver los ejemplos que nos venía a dar de caridad, de humildad, de pobreza, y en fin, de todo.

La mayor parte de la noche la pasé, en la consideración y contemplación de estas cosas, y agradecía, y alababa la Navidad, amando al Dios de toda bondad, con grandes consuelos en mi alma.

Muchas veces, cuando le pedía que viniera, me parecía que lo tenía en mi corazón, y pedía a mi Señora y Madre: que me lo purificara y adornara para que mi Señor se dignara estar en él de asiento, como Señor absoluto, donde, como he dicho, lo adoraba, le daba gracias, y pedía por mí, y por todas las criaturas.

Pasé todo este día con el alma encendida en fervoroso amor y recogimiento, en la presencia de mi Dios.

ALGUNAS VECES

Cuando mi alma estaba más humillada en el conocimiento de su nada, la levantaba su Dios tan de repente, y la encendía tanto en su amor, que no se puede explicar. Una de estas veces que estaba como avergonzada de verme tan miserable, teniendo presente que mi Dios me había escogido para esposa suya, y que no me asemejaba a mi Esposo, le pedía a mi Señor: que al menos, fuera esclava fiel, porque no merecía ser su esposa ni estar con sus verdaderas esposas.

Estando en esto, me parecía que mi amado Esposo y Dios le decía a mi alma:

-Cuanto menos lo mereces, mayor es la grandeza de mi amor y misericordia.

Se encendió en mi alma tan gran fuego de amor, que se deshacía, y al mismo tiempo, me hallaba tan unida a mi Dios, que estaba como escondida en la inmensidad de mi Dios.

NO ES UNA HUMILDAD ADQUIRIDA, SINO DADA

Desde las vísperas, había estado con recogimiento y fervor. Me había ocupado de adorar a mi Dios-Niño en los brazos de su santísima Madre, y se me representaba con tanta viveza, que parecía que lo estaba viendo. Seguí este día con estas consideraciones, y contemplando el amor y bondad de este Dios.

Algunas veces, le pedía a mi amada Madre: que se dignara darme a su amado hijo para ponerlo en mi corazón como si fuera el pesebre, y me parecía que me lo concedía, con gran consuelo de mi alma que gozaba de una unión tan íntima, que no sé explicar.

Me pasó con frecuencia, que el alma se quedaba encendida en amor y humildad, en particular, en los ratos que estaba sola.

Padre, no sé cómo es esta humildad que tiene el alma en estas ocasiones; puedo decir con verdad, que está humilde, pero no es una humildad adquirida, sino dada. El alma conoce su nada, y sus ingratitudes, con un conocimiento superior.

De este conocimiento, saca más conocimiento de la bondad de su Dios, que hace que lo ame más, y le da más confianza. No se inquieta por las faltas, desea no tener ninguna para dar gusto a su Dios, y pide y desea hacer en todo la voluntad amabilísima de su amado Dios. Este deseo es tan verdadero, que ni por todo lo del mundo, haría la más mínima falta que conociera que no era del gusto de su Dios.

Puedo decir, que en los días que estoy así, no tengo ninguna voluntad mía, pues no hay en mí, más que la de mi Dios. Lo que en otros días me es trabajoso, en estos, todo me es dulce, porque es voluntad de mi Dios.

Pasé este día, con esta disposición de mi alma, obrando con la misma pureza de intención en todo, y buscando agradar a mi Dios. Conocía que todo era don de Dios, por lo que le daba gracias y alabanzas, y también a mi Señora y Madre, que por su poderosa intercesión, me concedía mi Dios todos los beneficios, y yo conocía que no son comunes a todas las almas.

Quiere mi Dios que lo conozca, y lo debo confesar para que cuanto esté de mi parte, procure que lo hagan todas las criaturas.

También conozco que mi obligación de correspondencia no tiene que ser común, pues Dios es justo, y conforme a lo que da, pide la recompensa de sus dones. Esto es verdad, y ya que yo soy tan miserable, que no puedo corresponder como debo y como corresponden otras almas, al menos, debo corresponder con más amor y humilde agradecimiento, procurando dar gusto a mi Dios en todo.

Como este día me dio mi Señor estos conocimientos muy claros, fue añadir beneficios sobre beneficios, por lo que quedaba más obligada.

QUERER HACER TU VOLUNTAD

Le da alegría a mi alma saber que todo me ha de venir de tu poderosa mano. Si debo servirte, tú me has de ayudar; si te voy a conocer, tú me has de alumbrar como lo haces; si te debo amar, vos me tenéis que dar el amor; y en fin, Amado mío, vos lo tenéis que hacer todo.

Bendito seáis mi Señor, pues si yo, miserable, que no tengo en mí nada bueno, soy toda tuya, tú Dios mío, Amado mío, querido mío, mi consuelo y mi descanso, haced, Dios mío, que yo no impida con mis ingratitudes, que vos obréis en mí conforme queréis, y que te sirva conforme a tu santísima voluntad. Mi Dios, puesto que sois poderoso, y el amor me hace obedeceros, haced, Señor, con vuestro poder, que os obedezca, que os ame, y que os sirva del modo que vos queráis, y no como yo quiera.

No quiero, mi Dios, que haya en mí más voluntad que la vuestra. Vos lo sabéis, y si alguna guardo, es solo ésta: querer hacer tu voluntad, y amarte con toda mi alma, con todo mi corazón, con todas mis fuerzas, y que todas las criaturas te amen.

Como ésta es la única voluntad que tengo, perfeccionarla, mi Dios, para que en todo sea conforme con la vuestra. En todo lo demás, haced, mi Dios, lo que queráis de mí, como dueño absoluto y poderoso.

Os pido perdón, mi Dios, por la Pasión e infinitos méritos de vuestro unigénito.

Mi Dios, lava todas mis culpas con tu sangre preciosísima para que pueda estar siempre unida a ti.

¡Oh Dios de toda pureza! Purifícame, llévame a ti, y no permitas que me separe de ti en todo tiempo y eternidad. Amén.

COMO MI DIOS ME AMA DE VERDAD

Y quiere que lo ame, por su misericordia no me deja sin que conozca lo poco que lo amo, pues quiere que lo ame con un amor fuerte, que no tema a los trabajos, sino que los abrace con alegría.

Me parecía que me decía mi amado Señor:

-Tú dejas la obediencia y temes al frío. Mírame en la cruz por obediencia, lleno de dolores y llagas, y sin ningún abrigo.

Esto no fue con palabras, pero era como si me lo dijera. Quedé humillada viendo que era tan delicada, lo poco que amaba a mi Dios, lo mucho que le debía, y lo mal que le correspondía.

A todo esto le acompañaba tanto conocimiento de la bondad y misericordia de mi Dios con esta ingrata criatura, que me hizo llorar de sentimiento por mis ingratitudes, y de agradecimiento a la gran misericordia que mi Dios tiene conmigo.

Pasé la mayor parte de la noche, pidiendo perdón, y dando gracias y alabanzas a mi Señor por la misericordia con que nos ama, nos busca, y nos llama. Bendita sea su misericordia. Bendito sea eternamente.

EL RECOGIMIENTO INTERIOR

Que Dios concede al alma en muchas ocasiones, no es por diligencia que haga el alma para ello, sino que sin poner nada de su parte, es como si sus potencias fueran todas llevadas al interior del alma, donde mora su Dios, no por la fuerza, sino con gran suavidad. Allí el alma siempre es alumbrada con nueva luz, le dan conocimientos de los divinos atributos y perfecciones de su Dios, y al mismo tiempo, de su nada. Le enseñan, cómo debe portarse con su Dios, conoce la voluntad de Dios, y en fin, le dan nueva gracia para cumplirla.

ME PREPARÉ PARA LA COMUNIÓN

Con recogimiento, y en ella mi Dios le dio mucho consuelo a mi alma, pues conocí que estaba unida a su Dios, que lo amaba, y que como Esposo amoroso la regalaba. Quedó el alma encendida en amor, y quedé con más recogimiento, ocupada en dar gracias, en alabar y adorar a mi Dios.

Pasé el día unos ratos más fervorosa que otros. Por la noche había oración de comunidad, pero a mi alma le era más dulce la presencia de su Dios que ninguna otra cosa creada.

En el exterior, procuraba estar conforme con todas, pero en el interior, estaba atenta a mi Dios, procurando ocupar mi alma en los actos de las virtudes. Un poco de tiempo, estuve con mucho cuidado, pero quiso mi Dios quitármelo, y de pronto, se manifestó a mi alma, encendiéndola de nuevo

en su amor y alumbrándola para que conociera la Trinidad de las personas divinas, en la unidad de un solo Dios, que llenaba los cielos y la tierra.

Me quedé como en un dulce sueño, y así estuve algunas horas. Me sucedía, como el que despierta, que sigue tan cargado de sueño, que se vuelve a dormir. Al instante que iba saliendo de aquella contemplación, donde estaba como anegada, la fuerza de sus aguas me volvían a anegar.

Cuando se acabó la diversión fui a acostarme, pero el alma esta noche veló en la contemplación del que nunca duerme ni dormirá, en la guarda de Israel.

ME PUSO TAN PRESENTE TODOS LOS MEDIOS

De los que su infinita sabiduría se había valido para atraerme a sí y que no me apartara, que me humillaba mucho conocer tanto cuidado de mi Dios, y mi gran descuido.

Pasé todo este día en actos de amor; en actos de amor y de agradecimiento, y de dolor. Ofreciéndome de nuevo a mi Dios para que hiciera de mí, conforme a su santísima voluntad, le pedía: que me purificara con su preciosísima sangre de todas las manchas de mis pecados, y que quitara todo lo que en mí hubiera que no fuera de su agrado.

En particular aquella noche, que estaba con estas mismas peticiones, me parecía que mi Dios lo hacía, pues me parecía que mi Señor derramaba en mi alma una porción de sangre de su sacrosanto costado, con lo que quedaba hermosísima. Mi Señora y Madre, que pedía por mí, ofrecía mi alma a la Santísima Trinidad. Mi alma se encendía tanto en amor, que me parece, Padre, que quedaba unida a mi Dios, y me atraía como la piedra imán al acero.

Así estuve la mayor parte de todo el día. Mi amado Dios y Señor había unido mi alma a sí, por amor. Lo más fuerte no duraba mucho, pues si hubiera durado, no hubiera podido atender a la obligación.

De esto saqué el conocimiento de lo que mi Dios quería que hiciera para corresponder como esposa. Quería de mí: humildad para que conociera mi nada, pues era la menor de todas las criaturas, y que lo imitara, teniendo una perfecta caridad con mis prójimos.

En fin, en todo quiere mi Dios que me asemeje e imite las obras de su humanidad santísima, que debo tener por dechado de mi vida, y también las de mi Señora y Madre, a quien de nuevo me ofrecí por su esclava, y le pedí: que se dignara ser mi maestra.

Al instante, me empezó a enseñar, manifestándome sus ejemplos, y comprometiéndose a ayudarme. Se lo agradecía a mi Señora, y le pedía: que no me dejara sin que, misericordiosa, se compadecía de mi flaqueza, y me ayudara para que en todo correspondiera fielmente a mi Dios.

MI DIOS SOPLABA ESTE FUEGO

Le daba gracias por mí, y por todas las criaturas, deseando que todas correspondieran agradecidas a este Dios de toda bondad.

El alma se quedó encendida en amor y agradecimiento todo el día, y más, cuando mi Dios soplaba este fuego; con cualquier palabra que oyera de mi Dios, se aumentaba y avivaba en el alma el amor, armado de una candela, que cuanto más la soplan y atizan, más hermosa está. Los soplos del fuego de amor son las palabras que se hablan de alabanza y honor de Dios, porque apenas llegan a los oídos del alma, que tiene el fuego encendido, hace que se levante la llama. Otras veces lo hace el mismo Señor, sin que oiga ninguna palabra, es una voz que no suena la que le hace arder, y a veces le concede al alma un conocimiento de sus divinas perfecciones, y la enamora de tal modo, que quisiera tener, si fuera posible, un amor infinito para amarlo. A este conocimiento le ayuda también con las palabras, cuando le dice al alma:

-Mira mi hermosura ¿por qué no me aman siendo tan hermoso?

Del mismo modo le manifiesta al alma su pureza, y la está convidando a amarlo.

Las delicias que el alma recibe en los días que su Dios, por su bondad, se toma el cuidado de atraerla a sí por amor, nada la puede separar de este amor, y todas las criaturas le recuerdan más a su creador. Esto solo experimentándolo se puede comprender.

MI VOLUNTAD ES

Que el alma esté siempre dispuesta para obrar con pureza por su Dios, porque se lo merece, pero cuando quiere usar de su misericordia, regalando mi alma con la dulzura y suavidad de su amor, se lo agradezco, y se lo agradeceré, y deseo agradecerlo más, que lo agradecería otra cualquier criatura, pues reconozco que es mayor la misericordia de mi Dios en mí, que soy tan ingrata, que en otra criatura. Me humillan mucho los favores de mi Dios, porque no encuentro en mí más que ingratitudes, lo que me hace alabar más las misericordias de mi Dios, que es la ocupación de mi alma.

En los días, que me concede mi Señor que esté recogida, por lo regular me da más conocimiento de mí misma, y al mismo tiempo, de sus grandes beneficios. Estos conocimientos me hacen estar más laboriosa para agradar a mi Dios, pues en los días de mucho fervor, recibo más que en éstos, y trabajo menos. Parece que un día estoy como criada sirviendo a mi Señor, y otro, estoy sentada a la mesa regalada por mi Señor.

Bendita sea su gran misericordia en todo, y por todo.

¡Ojalá! yo lo sirva con fidelidad en todos los modos que quiera.

COMO LA PIEDRA IMÁN LEVANTA EL ACERO

Amanecí este día con fervor y con el recogimiento que mi Dios hace de mi alma con su potencia, que me lleva y me tira con una fuerza superior, que me levanta para que contemple en su poder, en su sabiduría, en su misericordia y en su amor.

Como la piedra imán levanta al acero hasta unirlo a sí, mi Dios, sin poner yo nada de mi parte, lo hacía este día como lo hace muchos días, por su misericordia. Toda la mañana estuve con mi Dios, de modo que si se iba aflojando un poco el amor, y las potencias empezaban a caminar en las cosas exteriores, de pronto venía una fuerza de amor, que al alma le hacía quedar anegada.

Me parece que no hice en toda la mañana, más que amar a un Dios que conocía que me amaba, porque me hacía que lo conociera, y que me decía: que me amaba.

Yo también le decía: que lo amaba, pero con encogimiento, porque conocía lo poco que lo amo. Le manifestaba mi pobreza, y le pedía que me diera lo que me mandaba, y yo se lo daría.

Dándole las gracias, me ofrecía continuamente para que hiciera de mí lo que quisiera, como dueño y señor.

Todo esto causaba en mi alma tan grandes consuelos, que algunas veces se me salían las lágrimas, y debía tener mucho cuidado, pues tenía que tratar con las criaturas. Este Dios de infinita sabiduría disponía el espíritu conforme a las ocasiones, templando en unas, y estrechando en otras.

LA MEMORIA DE LOS MISTERIOS

Que nos recordaba la santa Iglesia, en la festividad de la Presentación de mi amado Jesús-Niño en el templo, y la Purificación de la que fue antes del parto, en el parto y después del parto siempre virgen, me hizo hacer muchas consideraciones, y me dio muchos conocimientos de la excelencia de las virtudes que practicaron, para nuestro ejemplo, Jesús y María.

Era como si estuviera viendo a mi Señora y Madre con mi amado Señor y Dios-Niño en sus brazos; me parecía que me miraban con mucho agrado, me daban luz para que conociera lo que hacían, y aprendiera a ser humilde, y obediente. Al mismo tiempo conocía: cuán grande era la caridad del Verbo, que tantas riquezas nos quiso dejar con sus méritos y ejemplos. No cesaba en mi interior de adorarlo y darle gracias.

QUE A LOS POBRES NO LOS DESPACHARA

Mi alma experimentaba las misericordias de mi Dios y la protección piadosa de mi dulce Madre, a quien pedía perdón por lo mal que correspondo a las doctrinas y ejemplos que con tanto cuidado me da, en parti-

cular, por la que me dio uno de los días pasados, después de las Pascuas, y no lo he dicho por olvido. Estaba pidiéndole, como acostumbro, que me diera luz para acertar a cumplir la voluntad de mi Dios y agradarle con todas mis obras interiores y exteriores, y me parecía que me decía mi dulce Madre: que conociera mi nada, y lo mucho que mi Dios me amaba; que fuera agradecida, y me reconociera como la menor de todas las criaturas; que a todas las tratara con amor, y en particular, que a los pobres no los despachara sin limosna, y que cuando no pudiera darla para el cuerpo, la diera para el alma, pidiendo a mi amado Esposo el remedio para sus necesidades espirituales y temporales, conforme les conviniera para su salvación. También me parecía que me decía mi amada Madre: que no me habían dado este oficio para que estuviera ociosa, sino para que diera nuevos frutos de caridad, humildad y paciencia, y que si fielmente lo cumplía en todo, sería mi Dios propicio y mi Señora, mi Maestra y mi Madre, también.

ADORABA AL VERBO

Durante la hora del manifiesto del Señor, fue mayor el recogimiento, pues la presencia de mi Señor Sacramentado me avivó la fe, y me parecía que estaba en la gloria.

La fe me enseñaba, que estaba en la presencia del mismo Dios que adoran los ángeles y santos en la gloria. Estaba con gran recogimiento, adorando a mi Dios en cuanto Dios, y en cuanto hombre, adoraba al Verbo hecho hombre, y en él adoraba al Padre y al Espíritu Santo, que son personas distintas, pero tienen una misma esencia y naturaleza divina. Solo la segunda persona tomó carne humana, pero en cuanto Dios, mi alma miraba a toda la Santísima Trinidad, por ser indivisa en la esencia y naturaleza, aunque sean distintas las personas.

En el tiempo de la oración, el alma estuvo contemplando este misterio, y al mismo tiempo, gozando de gran dulzura, pues como he dicho, parecía que estaba en el cielo, y que unía mis alabanzas con las de los santos ángeles. Se quedó el alma con mucho recogimiento, dando gracias a mi

Dios por el beneficio tan grande de haberse querido quedar con nosotros en este sacramento de amor.

Por la noche en otro rato de oración, me dio mi Señor a conocer lo que debía seguir, el que fuera a gozar de su gloria: tendría que seguir los pasos de su maestro y capitán Jesús, por el camino de la humildad, la obediencia, la paciencia, la caridad y demás virtudes que nuestro Redentor nos enseñó con sus ejemplos. Me parecía que seguían a mi amado Esposo muchos santos, y todos iban siguiendo a nuestro amabilísimo Jesús, con tanto cuidado, que no se separaban de los mismos pasos que andaba mi Señor. Mi Señora la Virgen María era la primera que seguía los pasos de mi Señor. Y yo era convidada por mi Señor para seguirlo, por los mismos pasos y los ejemplos de mi Señor.

PURIFICACIONES

Con frecuencia, sentía mi alma más unida a mi Dios, que es lo que yo llamo el tiempo más fervoroso, y el tiempo menos fervoroso, cuando era menos íntima la unión. El alma siempre tenía una presencia viva; no una presencia como quien tiene una cosa presente, sino como quien la tiene en sí mismo, la ve sin dificultad y la siente. No tiene nada de adquirida, pues aunque el alma se disponga a ayudar con buenas obras, y procure tener la presencia de su Dios, ésta presencia, me parece que solo se alcanza, cuando la bondad de nuestro amabilísimo Dios la quiere dar a las almas, y se la concede después de purificadas. Cuando el alma está unida a su Dios, lo conoce el alma con tanta claridad, que aunque se lo negaran, no dejaría de creer que tenía a Dios en su alma de lleno, como de asiento, por lo que ya he dicho: porque el alma lo ve en sí misma, lo siente, y se siente más unida.

En esto hay diferencia, pues me parece que, lo hace la mayor o menor disposición del alma. Es un don gracioso de Dios, que como es justo, siempre reparte sus dones atendiendo, a lo que el alma ha cooperado más o menos con la gracia.

He dicho: que no concedía nuestro Dios esta gracia a las almas, sino después de purificadas. No hablo de las primeras purificaciones, que

hace el Señor a las almas, antes de que lleguen a la unión, sino que son otras purificaciones, cada vez más finas, porque el alma, cada vez debe ser más pura; por lo mismo, el alma que ha recibido más, está más obligada a cooperar más con la gracia, pero como está en esta tierra mala, no deja de caerle algún polvo, que no admite la pureza del Dios que ha querido estar en ella como en su propia casa. La sacude, y limpia con algunos trabajos, aunque el principal es el del amor, que hace que el alma no conozca su presencia, pues este Dios hace lo que suelen hacer las madres con sus hijos pequeños: se ocultan en un cuarto para que las busquen, y aunque lloren los dejan, pues le gusta ver que la buscan, porque la aman. Luego, por la pena que les ha hecho pasar, los toman, los abrazan y los besan.

No sé explicarme de otro modo, pero me parece que así lo hace mi amabilísimo Dios con el alma; cuando la ve un poco empolvada, toma este medio de ocultarse, quitando al alma el conocimiento de verlo, aunque no de saber que está en el alma, como el niño que busca a su padre por los cuartos y habitaciones de la casa, porque sabe que no ha salido fuera. El alma clama, y busca a su Dios dentro de su alma, y allí quiere encontrarlo; sabe que no ha salido, porque no ha abierto la puerta para nadie.

Entonces conoce que solo se ha escondido, porque le ha disgustado alguna cosa.

El alma empieza a temer que se vaya su amado; lo llama, lo llora, lo busca, y al mismo tiempo, como sabe que su amado huye de lo que no está muy puro, procura registrar todas sus cosas, para ver lo que encuentra en ellas que no sea agradable a su Amado, y quitarlo al instante.

De este modo, el alma queda purificada y hermosa a los ojos de su Amado, que le concede que lo vuelva a ver con toda claridad, y no solo verlo, sino también, le hace gozar de sus amorosos abrazos y ósculos de amor, con lo que la derrite en su amor.

Esto me lo hace decir, la experiencia y la luz que mi amado Esposo me ha dado diferentes veces. Soy tan miserable, que tiene que purificarme con mucha frecuencia, y se ha dignado concederme luz para que lo conozca, manifestando a mi alma su gran pureza, y la que quiere que tengan

las almas. Por eso yo tenía tan gran deseo de que mi Dios me purificara más y más, y se lo pedía con gran instancia, pues con claridad conocía que mientras más pura estaba, la unión íntima con su Dios, sería mayor. En esta ocasión, conocí que mi amado Dios purificaba con frecuencia a las mismas almas que estaban en su morada.

ÍNTIMA UNIÓN

Cuando mi Dios hacía conocer al alma su más íntima unión, la encendía en su amor, y hacía que se levantara la llama que la abrasaba toda.

Pasado esto, quedaba como las brasas, que después que ha pasado la llama, quedan encendidas, dan calor, y con poco aire se encienden más. El alma caldeada con la llama del amor, se ocupaba en amar, y desear amar más y más, y que todas las criaturas amaran a su Amado. Todos sus pensamientos se dirigían a este fin. Tenía sentimiento y admiración, al conocer lo poco que es amado un Dios tan bueno, y que tanto nos ama; al ver a un Dios tan grande y poderoso, empeñado en amar a unas criaturas tan miserables, que pone todo su empeño en amarnos, quiere que le amemos, y procura nuestro amor, por todos los medios, con infinita sabiduría.

Cuando el alma conoce todo esto, se enciende más y más, y se deshace en afectos de agradecimiento alabando a su Dios por el amor que les tiene. Por todas las criaturas por quienes su Señor derramó su preciosísima sangre, pido: que no se malogre en tantas almas, y la ofrezco al Padre para que por ella perdone todos los pecados, y por los de todos. Para que todos amen a su Dios, convidaba a todas las criaturas a que corrieran a la fuente de la gracia, que siempre corre, para los que conoce que la buscan, y les quite el temor diciendo:

-Cuán bueno y amoroso es el Señor que nos llama. ¡Qué hermoso! ¡Qué rico! ¡Qué liberal! Tiene tanto deseo de dar, que no aguarda a que se lo pidan mucho, pues solo con desearlo, le mueve a dar, y apenas ve que dan un paso para buscarlo, sale al encuentro.

¡Oh Dios mío! ¡Qué duros de corazón! ¿Qué ceguera es ésta, Amado mío, para que no os busquen, no os amen, y se quieran estar quietos,

sentados en las tinieblas? ¡Qué dolor e ingratitud! ¡Oh miseria! ¿Cómo pueden vivir las criaturas que no os aman? ¿Cómo pueden tener descanso sin ti, Dios mío, que sois el verdadero descanso, el verdadero consuelo y alegría? No sé, mi Dios, cómo viven. Mas, ¡Ay Dios mío! no sienten dolor, porque están muertos, y por eso no oyen tu voz, no miran tus obras, no sienten tus inspiraciones, y no gustan de tu dulzura y suavidad. No puede haber mayor infelicidad; esta desgracia es digna de llorarse con lágrimas de sangre.

NO PUEDO EXPLICAR

Lo que causaba en mi alma el conocimiento de que mi Dios me estaba mirando con amor. Si rezaba, me hallaba con la vista de mi Dios, que amoroso me miraba; si hacía otra cualquier cosa, lo mismo, y como el alma estaba tan fervorosa, deseaba mucho agradar a su Dios. Como lo veía tan amoroso, y tenía tanta confianza en que su Dios le ayudaría a hacer todo lo que quisiera, este día no me podían entrar los temores, porque el alma estaba con tanta satisfacción en la bondad de su Dios, y estaba tan descuidada, como puede estar un niño en los brazos de su querida madre, y ésta lo está regalando y manifestándole su mucho amor.

Digo esto, porque no me sé explicar ni puedo poner ninguna comparación que, de algún modo, manifieste el consuelo que el alma recibe. Esta comparación no es nada, pues ¿qué cosa creada ni qué amor de criaturas puede asemejarse al creador ni qué amor a este amor? ¡Oh amor sin comparación! Si te probaran las criaturas, ¡cómo te buscarían, y aborrecerían todos los amores por tener éste que es puro, que es hermoso, suave y desinteresado!

Este Dios amoroso nos ama, porque nos quiere amar, pues para nada nos necesita, y solo desea enriquecernos, por su bondad.

CONÓZCATE A TI

Me levanté con sequedad, y la imaginación inquieta, me hacía trabajar, pues algunas cosas no las desechaba tan pronto como debía. Si fuera verdaderamente obediente y humilde, sería dócil, y no atendería a mi propio juicio, que es el que algunas veces, quiero seguir. Como la voluntad no quiere admitirlo, arman guerra, y este día la tuve. Estaba conociendo mi miseria, no como cuando mi Dios misericordioso me da un conocimiento humilde, que me humilla y me ensalza al mismo tiempo; cuanto más me humilla, más me lleva a mi Dios el conocimiento de su infinita bondad y misericordia, y por consiguiente, se enciende el alma en su amor. Esta humillación, como he dicho en otras ocasiones, la quisiera tener siempre, porque no es de la criatura; es un don gracioso de Dios, y por eso se lo pido a mi Dios. No merezco nada, por mis continuas ingratitudes, pero confiada en su infinita bondad y liberalidad con las que desea comunicar sus dones a sus criaturas, le pido: que me conceda conocerlo y conocerme; conocerme para estar humillada en mi nada, y conocerlo para amarlo más y más.

Una de las jaculatorias que con frecuencia digo es ésta: "Conózcate a ti, Dios mío, y conózcame a mí".

Este conocimiento que pido, es porque este día estaba inquieta, no por mis faltas, pues no acababa de irse la luz del alma, sino que estaba, como he dicho otras veces, como cuando el sol se nubla, que da luz, pero es oscura, y no calienta su resplandor.

El alma está tibia, porque el Sol divino le oculta sus rayos, y el entendimiento, algo oscurecido, empieza a discurrir sobre la causa. Se inquieta más o menos, según esté más o menos oscurecido; no estaba de lo más oscuro, pues le quedaba bastante luz para poder discernir. Con todo, me estorbaba bastante no poner de mi parte lo que debía, teniendo una obediencia ciega a la voz de mi Dios, significada en la de su ministro. Si tuviera una confianza firme, en que no puede ser engañado el que ciegamente confía en Dios, y se deja en las manos de la obediencia, ciertamente su Dios hará que acierte en todo, porque negó su voluntad y

su entendimiento, y todo lo pone en la bendita obediencia, que a mi Dios tanto agrada.

Algunos días, estas faltas son la causa que más me hace padecer, aunque no temo lo que padezco si obro como debo y conforme a los conocimientos, que misericordiosamente, me da mi Dios.

¡Oh! misericordia de mi Dios, que tanto me sufre.

Bendita sea tu misericordia, tu bondad, tu liberalidad y tu amor con una criatura

ME PARECE QUE EN ESTOS DÍAS

Estoy como cuando hay nubes claras y pequeñas en el cielo, que ya sale el sol claro, ya se nubla, y parece que el aire las disipa o las junta. Me pierdo, cuando me detengo a pensar: si tendré engañado al padre. Las muchas faltas de mis obras, y otras cosas son las que confirman estos pensamientos.

Entonces se juntan las nubes y quedo más oscura; pero los rayos del Sol divino hieren la nube, y el alma conoce, que aquellos pensamientos debe dejarlos, poner su confianza en su Dios, y dejarse en las divinas manos de aquel Dios que no puede ser engañado ni engañar. Entonces, desaparece la nube, el alma queda clara, vuelve en sí, y pide perdón.

ME ESFORZABA, LO QUE PODÍA EN PENITENCIA

De mis pecados para que unidos a los méritos de mi Señor, a quien le pedía que los uniera misericordiosamente, los ofrecía, no solo por mis pecados, sino también por los de todos.

Faltas: que no he ayudado con cuidado a mis prójimos, pues no he pedido a mi Dios por una criatura que estaba fatigada, y yo, teniéndola por caprichosa, no hice lo que en otras ocasiones he hecho con ésta y con otras: pedir a Dios y a mi Señora y Madre por ellas, y experimentaron alivio. Particularmente, conozco que a ésta le ha servido cuando he pedido mucho por ella, si me parecía que el enemigo la tentaba.

En una ocasión que estaba como rabiosa con un dolor que le da, le di a beber una poca de agua bendita, sin que lo supiera nadie, y al instante quedó sosegada. Ahora no procuré su alivio, por descuido. Cuando lo he conocido, lo he sentido, y más, acordándome de que mi Señor me manda acudir a las necesidades del prójimo, en cuanto pueda. Le pido perdón.

MIRADA POR DIOS

Otros ratos, como si el alma viera que su Dios ponía en ella sus ojos, se llenaba de un júbilo tan grande, viendo que la grandeza de Dios se dignaba atender, con tanto cuidado, a una criatura tan miserable, que llena de consuelo, daba gracias a su Dios.

Decir: que el alma conoce que su Dios la miraba. Me parece que esto se puede decir, pues todo lo ve, y todo lo tiene presente. Decir: que había puesto sus divinos ojos en mí, es una cosa como ociosa, pues es de fe, que Dios nos ve, y no se le oculta nada.

Pero esta vista de la que hablo aquí, es particular, como si yo estuviera delante de otra criatura, y viera que me estaba mirando con agrado o sin él. El alma percibe un cierto conocimiento de que su Dios la está mirando, cuando lo siente, y lo toca, y lo comprende con tanta certeza, como si tuviera en la mano alguna cosa que no la viera, pero el tacto le hacía creer que la tenía en la mano.

CONFIANZA

Este día, pedía mucho a mi Dios: que no se perdiera en tantas almas el fruto de tan copiosa redención. Me afligió alguna cosa que oí como que cada día iba más caída la religión. Con más confianza clamaba y esperaba en mi Dios, y mi oficio fue pedir a quien es poderoso, por eso pedía por mi Jesús, y le pedía a mi Jesús, y me parecía que me respondía: que nuestras ingratitudes, no merecían la misericordia. A este pensamiento respondía yo: que cuando vino al mundo mi Señor, tampoco lo merecía el mundo. Me volvía a venir otro pensamiento que me decía: que entonces

era menor la ingratitud de las criaturas. A lo que yo respondía: que tampoco tenían los méritos infinitos que ofrecer, que ahora tenemos. Y así, cada vez tenía más confianza.

OLVIDO DE SÍ MISMA

Por la tarde, vinieron otra vez los dolores, aún más fuertes que el día de ayer, por lo que me era muy trabajoso y casi imposible, cumplir con la obligación. Me esforzaba cuanto podía. Con mucha paz en mi alma, me servía de consuelo padecer por mi Amado, en todo lo más trabajoso, y le daba gracias en mi interior.

Por la noche, conocí que no podía más, y me fui a la cama.

Hice un acto de conformidad, y ofrecí el deseo que tenía de asistir a una enferma, que al parecer, estaba para morir aquella noche.

Me pareció que me decían: que no moriría todavía, que cuando muriera, estaría yo buena, pero no se cumplió, y pensé que sería cosa de mi imaginación, deseosa de que así fuera.

Fui a acostarme, pidiendo licencia a mi amado Dios, y a mi dulce Madre, pero al ir a hacerlo, me sentí movida a visitar a la enferma, de modo que no pude resistirlo, y a pesar de que no podía hablar de la fuerza del dolor, fui a verla, y apenas me senté a la cabecera, al instante, quedé libre de dolor, y pude ejercitarme en actos de caridad interiores y exteriores, que dieron mucho consuelo a mi alma.

Así estuve hasta la una de la noche, que me volvió el dolor, y tuve que ir a acostarme. Gracias a mi Dios, que quiso darme gusto en que hiciera alguna caridad con mis prójimos enfermos. Me parece que esto agrada a mi Dios, tanto, que le parece tarde para dar el premio, y empieza a premiar al instante, dando más fuerzas para hacer más, y proporcionando tanta ayuda, que no se siente el peso.

CALLAR

¿Qué sería de mí si mi Dios no tuviera tanto cuidado conmigo? Y aún siendo así, soy tan miserable, que caigo muchas veces. Me tiene tanto cuidado, que cuando mi miseria me hace caer, como en esta ocasión, en la que no siendo preguntada por la prelada, siendo tan poca la cosa, y que yo no podía remediarla, debía haber callado.

Conocí mi yerro, y para conocerlo más, se me puso presente, cuando el Señor le dijo a los apóstoles: que uno de los doce lo había de vender. Todos pasaron pena, y no por eso manifestó al culpable. Este no fue el fin que yo había llevado para manifestar la falta.

Quedé enseñada para otra vez que se ofreciera, y arrepentida de ésta, serené mi espíritu, porque mi alma conocía la misericordia tan grande que tiene conmigo, y con todas las criaturas. Conozco que así lo hace mi Señor y Esposo amabilísimo, porque así lo experimento con toda claridad.

ORACIÓN POR ESPAÑA

¡Ay Señora mía! Compadeceos, Señora, de este reino de España, pues temo que en castigo de nuestras culpas, nos quite mi Señor la fe. No lo permitas Madre amabilísima. Acuérdate Madre mía, que vos la tomasteis bajo vuestro amparo y protección. Compadécete Madre mía, y ofrece a la divina justicia los infinitos méritos de la Pasión de vuestro amado hijo, y vuestros dolores.

Impetramos las misericordias de alcanzar auxilios eficaces para los pecadores, auxilios para todos los que engañados del enemigo, se han apartado del gremio de la Santa Iglesia, para que arrepentidos, se desaten las ligaduras con que el enemigo los tiene atados.

Alcanzar a los justos perseverancia, y que se multipliquen más y más, para que mi Dios sea amado, conocido, alabado, servido, y ensalzado su Santo Nombre.

Pedid, rogad, Señora mía, que si vos pedís, alcanzaréis, y si rogáis, seréis oída.

Con esta confianza llego a vos, Madre amabilísima. Aunque sea la más miserable de todas las criaturas, conociendo el poder que el altísimo os ha comunicado, llego confiadamente, Madre mía, a pediros por todos los que son esclavos de sus pasiones y del enemigo de nuestras almas, no conocen su daño, y no acuden a buscar su remedio.

Alcánzales luz para que lo conozcan, ablandando la dureza de sus corazones, y les imprimas la eficacia de los divinos auxilios, de modo que no puedan resistirse.

¡Ay Madre mía! no miréis mi miseria e ingratitud, que sabes que lo siento.

Sí mirad, Señora mía, el deseo que tengo de la gloria de mi Dios, que aunque es glorificada en su justicia, también lo es en su misericordia.

SEPULTADA EN EL OLVIDO

Pasé este día, con este modo de coloquios, pues mi Señor me correspondía cuando le manifestaba mis faltas y miserias, y me recordaba lo de aquel árbol silvestre, que por sí no daba fruto, y que solo con el cuidado y afán que se había tomado, con tanto empeño, el Señor, echó frutos. Toda la alabanza era para el que tanto había trabajado, y no para el árbol. Con esto, me daba a conocer, cuánto era el amor que me tenía, y qué obligada le estaba. Al mismo tiempo, me daba a conocer, que ocultar los frutos del árbol, era no querer dar gusto a quien lo había trabajado, pues este Señor, a medida que cogía los frutos, los entregaba al jardinero para que los guardara, hasta que se acabaran de coger. Se alegraba mucho de todos los frutos que cogía, y quería: que cuando se acabaran de coger, los vieran todos, y alabaran su trabajo.

Padre, no puedo seguir sin decir esto; se entiende con claridad lo que quiere decir, pues la inteligencia de lo dicho, no se me ha ocultado, y conozco que nada es mío, y todo es de mi Dios, y que si su santísima voluntad es que se manifiesten sus obras a las criaturas para que lo alaben, no hay más que decir. Pero que solo se diga: que alaben y den gracias al

Dios, de las misericordias, y no el nombre de quien no lo merece, y es la más ingrata de sus criaturas.

Con esto, no me parece que quite la gloria del honor que quiere mi Señor, pero que quede sepultada en el olvido, la que no merece ni la tierra que pisa. Por eso, le pido a V.R.: que a donde esté mi nombre, lo borre para que yo no sea conocida de las criaturas, y sea para mi Dios toda alabanza.

CON TODAS

Sentía que se perdiera, en tantas almas, el fruto de la Redención, y pedía de continuo por la conversión de todas las almas. Me dolían las ofensas a mi Dios, y muchas veces me ayudaban las quejas de mi Señor, por el poco caso que le hacían, aún las mismas almas cristianas, que han recibido la luz de la fe en su santísima Pasión. Le pedía más por estas almas, y daba gracias a mi Dios por ellas, deseando desagraviarlo del mejor modo posible.

Estas fueron todas mis ocupaciones estos días, y además ofrecerle a mi Señor todo lo que padecía por estos fines, unidos con los méritos de su santísima vida, Pasión y muerte.

El último día, me dio mi Señor el deseo de poder asistir a los oficios de Semana Santa, y le pedía a mi Señor: que si era de su agrado, me aliviara de lo que me impedía poder asistir al coro con todas, aunque padeciera antes o después; pero a poco de esta petición me estrecharon todas las cosillas, de modo que me pareció que era imposible poder estar fuera de la cama.

Hice un acto de conformidad, y me quedé contenta con lo que mi Dios quisiera.

Cerca de la hora de tinieblas me sentí tan aliviada, que me fui a una tribuna a experimentar si podía sufrir el ruido del coro, y vi que no solo eso, sino también ir leyendo, cosa que aquella mañana, no podía poner la vista en nada. Se me quedó mi cabeza, como si no hubiera padecido tanto, y después, no tuve particular novedad. Le di gracias a mi Dios, pues

conocí que me había concedido lo que había pedido: que unida con mis hermanas lo alabara y le agradeciera tan grandes beneficios.

EL CIELO EN LA TIERRA

Este día, nos recuerda la Santa Iglesia la institución de este Santísimo Sacramento; el alma se derrite a la vista del fuego de este amor.

No temía quedarme en el cielo de la tierra, porque estando con nuestro amabilísimo Dios sacramentado por la fe, ya estamos gozando de la bienaventuranza.

Muchas veces, me parece a mí, que mi Dios misericordioso aviva la fe en mi alma.

Aunque Dios está en todas partes, su humanidad santísima está en el cielo y en este sacramento, por lo que estando con mi Señor Sacramentado, ya estamos gozando toda la principal delicia del cielo. El alma se olvida de todas las cosas terrenas, y goza de gran consuelo, por eso digo: que es el cielo en la tierra.

VOLVER LOCA

Algunas veces, mi Dios me da un género de fervor que sana el cuerpo y le da fuerzas, como en este día por la mañana.

Pero por la tarde, no sé cómo estuve; me dieron unos ardores tan fuertes, que me parecía que me iba a volver loca. Mi pensamiento estaba en Dios, como parado, sin poder hacer nada; no sé si sería mi delicadeza, en no esforzarme. Me iba por los patios, no iba al coro ni podía estar con nadie, pues ninguna conversación me agradaba. La que me agradaba era la de mi Dios, y ésta tenía que dejarla, porque me encendía mucho y me ponía peor. Yo no sé qué era esto.

GRITOS DE AMOR

Aunque he sido tan ingrata y desagradecida a mi Dios, no pueden ni las más duras piedras dejar de deshacerse, cuando este Dios las toca con su gracia y su poder. Cuando le hace conocer a esta alma el mucho amor con que la busca, también le hace conocer los peligros para que no caiga, la llama si se descuida, y como el más amoroso padre, parece que no tiene más cuidado que buscarla para tenerla siempre a su lado.

A este Señor, no lo detiene la gran ingratitud de esta miserable criatura, y así se lo da a conocer.

No me parece que se pueda resistir, pues si pudiera daría gritos para manifestar la misericordia de mi Dios, y para que lo alabaran y dieran gracias por mí.

Me parece que ni siquiera con repetir muchas veces: bendito sea mi Dios, se desahoga un poco lo que siento en mi interior.

Además de convidar a todas las criaturas para que alaben y den gracias a mi Dios y mi Señor.

Y que sea fiel amante, sirviéndolo, alabándolo, y cumpliendo en todo su santísima voluntad.

TODO POR DIOS

No consiste en lo mucho ni en lo grande, sino en el celo y cuidado en hacer las cosas por Dios. Si hay descuido, se deja que se pierdan muchas cosas, que aunque parece que no tienen nombre, agradan a mi Dios, viendo que el alma pone cuidado en agradarlo y da muestras de amarlo en lo que puede.

La que no tiene cuidado de aprovechar hasta la más mínima ocasión en el servicio de su Dios, es perezosa, y no corresponde a lo que debe. Como si un pobre que debiera una cantidad grande, no quisiera pagarla hasta que pudiera pagarlo todo, siendo esto muy difícil, se podría decir: que no tiene mucho deseo de pagar. Si al contrario se ve que este tal pobre procura agenciar, aunque fuera un ochavo, y dando gracias por lo que le

quedaba, se lo diera al señor, al que tanto le debía, se puede decir: que éste tiene gana de pagar, y el señor a quien le debe, le agradará aquel cuidado, de modo que encima de lo que le debe, le ofrecerá más, si lo necesitara, viendo su celo y fidelidad para pagar, y que si no lo hace, es por su mucha pobreza.

INCENDIOS DE AMOR

Estaba mi alma como un niño en los brazos de su amorosa madre, que por el gran amor que le tiene, lo abraza, lo arrima a su pecho, y lo besa y acaricia con gran amor.

Así me parece que sentía mi alma, que mi amabilísimo Dios hacía conmigo este día; eran tan grandes los incendios de amor, que con mucha frecuencia se levantaban, que parecía que me iban a quitar la vida, me sacaban de tino, y tenía que ocultarlos. Se me estrechó el dolor del corazón, de modo que, me hizo quejarme recio, sin poderlo remediar, pues parecía que me lo pasaban con alguna cosa encendida, y todo el pecho parecía que reventaba. No podía hacer nada, pero el alma estaba tan contenta, que no podía serlo más, pues estaba toda en su Dios.

CONOCIMIENTO DE SU NADA

El conocimiento de mi nada, quiso mi Dios concederme. Es uno de los mayores beneficios que me concede mi Señor, pues me hace ser humilde sin dificultad. No puede ser otra cosa, conociéndome a mí, y conociendo a mi Dios. ¡Ojalá! este conocimiento no se oscureciera, porque es tan útil, que me hace amar mucho a Dios, y conocer más su bondad y misericordia, llena el alma de una gran esperanza. Esta humillación del alma, no es triste ni amarga, sino confiada y amorosa, porque desconfiando el alma de sí misma, pone toda su confianza en este Dios de bondad, que la conoce, y quiere ayudarla. Esto la llena de gran consuelo, le da gran ánimo para atender solo a su Dios, que le ocupa todas sus potencias, que no la deja atender más que a lo que su Dios ha hecho por esta alma, quién es este

Dios, quién es ella, y cómo ha correspondido; y para que se conozca, le da una clara luz.

Después de la comunión, fueron mayores estos conocimientos, como un padre amoroso, que con amorosas palabras, manifiesta a su querido hijo sus descuidos y desatenciones; para que se enmiende, y no dé lugar a que lo tenga que castigar, le manifiesta el amor que le tiene, y si es fiel en cumplir su voluntad, lo tendrá siempre propicio.

Todo esto, es lo que en este día no lo tuve por palabras, sí por conocimiento.

Particularizando; estas cosas me iba llevando de vuelta a la enseñanza, de los ejemplos de mi Señor y Esposo y de mi Señora y Madre, a quien debía imitar en todas las virtudes, para lo cual me ayudaban. Mi alma quedó consolada y llena de agradecimiento, a la vista de tan gran misericordia, y con este agradecimiento, daba gracias, sentía mis faltas y pedía perdón. Animosa, deseaba ser toda de mi Dios, y pedía de veras: no ser tan ingrata.

DIOS CUIDA MI ALMA

Conociendo mi miseria, deseosa de corresponder a mi Dios en todo lo que pudiera. Ayudada de su gracia, hacía mi Dios que conociera lo que podía hacer yo sola por mí, y cada vez que iba a faltar en aquellas cosas que deseaba hacer mejor, apenas empezaba a hacer lo contrario de lo que deseaba hacer por mi Dios, al instante me avisaba misericordioso, y no me dejaba que faltara.

Parece que se toma con empeño el cuidado de mi alma, admite mis primeros deseos, y no atiende a la miseria de la frágil naturaleza.

¡Ojalá! que yo le amara de veras, con un amor verdadero y constante, y no con el amor tibio, como lo dicen claramente mis muchos descuidos. A mi Dios le digo: que misericordiosamente, me dé lo que manda, pues no puedo tenerlo por mí, y que me lo dé, pues yo lo deseo, y lo pido.

UN PEQUEÑO ALTERCADO

Tengo algún temor, de haber sido la causa de que una criatura se mortificara. Me parece que lo que le dije no era causa para eso, pues lo dije con buenos modos, y en forma de satisfacción. Fue que no había hecho una cosa, que había tenido proporción, y muy alterada me dijo la causa. Yo le dije: que no hacía bien, dejándose llevar de la pasión, y no buscando la virtud. Con paz, le dije unas pocas palabras, aludiendo a las respuestas, que me parecía que no debía callar, pues en mi corazón sentía que la tal criatura le daba mucho aumento a unas nadas. Una de las cosas que le dije fue: que no tenía que sufrir por la importancia que su imaginación le daba a las cosas; que estaba viendo que no tenía que hacer caso y hacer cada una lo que debe; que la cosa no era para que se pusiera tan fatigada, pues si fueran cosas grandes, ¿qué haría?

Esta última palabra que le dije, todo con tiento, y solo con el fin, de que, si ahora no le sirviera por estar mal dispuesta, le serviría después, pudo haberle sido más sensible. No sé si erraría en esto; yo no he tenido fatiga, pero según las circunstancias de lo que era o no era importante que le hiciera, no pensaba que podía haber sido ocasión de desazón. Si tuve culpa en ello, ya he pedido a mi Dios perdón y lo pido por esta criatura, que me parece que la combate mucho el enemigo. Dios la asista para que no se pierda, sino que venza al enemigo, y a sí misma.

Dios sea bendito, y tenga misericordia de mí, y de todas las criaturas.

MÁS CUIDADOSA

Me parece que hice todo lo que pude, pero no tanto como quisiera, por mi falta de salud. Lo hacía todo sin fervor extraordinario; como quien lo hace por obligación o lo debe hacer de justicia, no repara en el trabajo que le cuesta, pero sí en el deseo de cumplir. Aunque no tenía consuelos, estaba cuidadosa en hacer cuanto podía por mi Dios que tanto merece ser amado y servido.

Mi continuo pensamiento era sobre la bondad y grandeza de mi Dios, de lo que me resultaba un gran deseo de amarlo y servirlo, aunque por ello no tuviera ni esperara premio alguno; esto me hacía obrar más cuidadosa, pero con trabajo.

Uno de estos días, en la oración, tuve una reprensión por conocimiento, que es una luz que mi Dios da al alma, le hace conocer lo que quiere de ella, y que no ha cumplido como debe. El alma queda con gran humillación; conociendo su ingratitud y la infinita bondad de Dios que la sufre y tolera, siente mucho sus faltas y llena de humilde agradecimiento, pide perdón llena de doloroso amor.

En esta ocasión, tenía a la vista mis muchas omisiones, durante este tiempo que estuve separada de las inquietudes del oficio. Debía haber estado más atenta para practicar las virtudes interiores, y he tenido muchos descuidos, la mayor parte cuando estaba mejor, porque me distraía con las criaturas. Quedé advertida de mi ingratitud para que me enmendara.

ASCENSIÓN

Me levanté con recogimiento y fervor, considerando el misterio del día, la Ascensión del Señor. Le daba a mi Señor las gracias, por el beneficio de la Redención, pues habiéndonos ganado el cielo, nos abrió las puertas para que le gozáramos eternamente.

En la comunión, fue más íntima la unión, y el alma, más encendida en amor, deseaba: que no se perdiera en ninguna alma el fruto de la Redención. Conociendo las muchas que pierden, por su culpa, tan gran bien como les ha ganado su Redentor, y viendo los pecadillos de estas almas, se afligía mi corazón. Conocía la dicha de los que se aprovechan y buscan de veras a su Señor, en aquellas palabras y oración que hizo mi Señor, pidiendo por estas almas, y no por el mundo ni por los amadores del mundo, que ciegos, corren tras la vanidad y mentira, y no quieren vivir bajo la bandera de la Santa Cruz. Por estos no oro, porque no lo quieren conocer ni seguir.

¡Oh qué dolor! ¡Oh almas! ¿Qué os ha hecho este Dios para que no lo queráis seguir? ¿Qué más podía haber hecho que lo que ha hecho? Solo su infinita sabiduría podía haber inventado mayores excesos de amor. Solo su bondad, su liberalidad y sabiduría infinita, podían haber hecho esto con nosotros, a fin de ganarnos para que le gozáramos, solo por buscar nuestro bien sin necesitarnos para nada.

¡Que todo esto sea despreciado, y no amen a un Dios que tanto nos ama!

De estas consideraciones, sacaba tanto deseo de amar a mi Dios, y de que todas las criaturas lo amaran, que era una de mis peticiones más continuas. Al mismo tiempo le pedía a mi Señor: que ofreciera a su Eterno Padre todos sus méritos, y por ellos concediera eficaces auxilios de gracia a todos los pecadores y la gracia final a todos los justos, y que los multiplicara para que hubiera muchas almas que lo amaran y sirvieran.

SUS DIVINOS OJOS

Contemplaba en este misterio (Ascensión) con tanta viveza, que me parecía que me hallaba presente en la subida de mi Dios-Hombre a los cielos, y al lado de mi Señora y amabilísima Madre, a quien pedía: que me alcanzara de su santísimo hijo, el perdón de mis ingratitudes, y me diera su bendición. Esperaba humillada, con el conocimiento de mi miseria, y me parecía que mi Señora lo pedía, y que mi Señor me echaba su bendición, causándome tan gran consuelo, que no lo sé explicar. Al mismo tiempo, me parecía que mi dulce Madre me decía:

-Agradece, hija mía, tan grandes beneficios; atiende a la infinita bondad con que tu Dios ha puesto en ti sus divinos ojos, y no le seas ingrata, pues entre millares te ha escogido, sin mérito alguno de tu parte, y ¿cuál ha sido tu correspondencia?

A esto le siguió una renovación de la luz para conocer más, lo mucho que debo a mi Dios.

No puedo explicar los efectos que causó en mi alma de amor, agradecimiento y humillación. Volví a acudir a mi amada Madre, suplicándole:

que misericordiosa, me ayudara como madre, me enseñara como maestra, y me mandara como señora, pues quería ser toda de mi Dios. Manifestándole mis miserias, le pedía: que me alcanzara, que viniera a mi alma el Divino Espíritu, la purificara, y la adornara con sus divinos dones para que lo agradara en todo. Me parecía que me lo concedería, si yo correspondía fiel.

Abstraída de todas las cosas, solo atendía a buscar la mayor gloria de mi Dios, y para esto, el alma recibía la inteligencia de cómo había de practicar las virtudes, y cómo tenía que vivir para mi Dios.

MADRE AMOROSA

Conocí la protección amorosa de mi Señora Madre, como en otros días de sábado. No la veía, pero me parecía que la tenía junto a mí, ayudándome con particular cuidado, no con palabras, sino, como he dicho otros días, por un conocimiento sacado del dechado de virtudes que se me ponía a la vista, con los ejemplos de mi Señor, en toda su santísima vida, y los de mi Señora. Me hacían conocer con claridad, y me animaban a la imitación, con la memoria de lo mucho que he recibido y la obligación precisa de corresponder con perfección, siguiendo estos ejemplos. Todo esto lo entendía el alma, y también, conociendo su flaqueza, temía no poder corresponder como conocía que debía y estaba obligada. Por eso, acudía a mi querida Madre, manifestándole mis deseos y mi mucha flaqueza, y me parecía que me decía mi dulce Madre: que no temiera, porque si era fiel en hacer de mi parte lo que pudiera, sería mayor la gracia que recibiría del divino Espíritu, que renovaría sus divinos dones en mi alma, y todo lo harían fácil. Me prometía su amorosa protección, y que me amaba como amorosa Madre.

Tomé ánimo, y deseaba hacer todo con la perfección que conocía que quería mi Dios. Pero ¡Qué grande es mi miseria! ¡Cuántas faltas he tenido! Me parece que solo encuentro firme el deseo. Pero este mismo deseo no cumplido me causa temor, por si desagrado a mi Dios. Conozco que las faltas no son voluntarias, sino una advertencia, pero cuando doy un

paso en mi conciencia, me hallo siempre con faltas en cosas que pudiera haber hecho y no he hecho por mi descuido, y por no estar tan vigilante como debo en el cumplimiento de las inspiraciones del Señor.

Siempre tengo que pedir perdón a mi Dios, a no ser que sea, en los días que todo lo hace mi Dios, como fue éste, que estaba como cuando una hija está delante de su madre, y ésta le va diciendo todo lo que debe hacer; así, no cabe descuido ni olvido ni temores, nada tiene entrada. Además me avisa de mis descuidos, y disimula mis ingratitudes. Aunque deprisa, la adoré, le di gracias, y quedé fervorosa, todo lo que quedaba del día.

Bendita sea mi amabilísima Madre y Señora, que tanto favorece mi alma, y bendito mi Dios, que me la ha dado por madre.

No me desamparéis, Señora y Madre mía, al verme tan miserable; que esto mismo sea motivo de vuestra compasión para esta alma, creada por Dios, y redimida con la sangre de vuestro unigénito para que lo ame y lo sirva, y que fue escogida por su bondad, para ser una de sus esposas.

Me avergüenzo, Madre mía, de mi mala correspondencia. Solo espero de vos, Madre mía, que me ayudéis y amparéis con vuestra protección, y me enseñéis a ser fiel a mi Dios, y agradecida a sus beneficios.

CONFORMIDAD

Como deseaba que en todo se cumpliera la voluntad de Dios, viniera la cosa como viniera, saber que Dios lo quería o que Dios lo permitía, daba consuelo a mi alma, aunque fueran trabajosas las cosillas que se ofrecían. Esta virtud de la conformidad, me parece que era la que más reinaba en mi alma, causándole mucha paz, y parecía que nada sentía ni deseaba ninguna otra cosa. Con todo, estaba pacífica, pues no tenía más deseo, que hacer la voluntad amabilísima y justísima de mi Dios. Los males del cuerpo, que esta semana estuvieron más trabajosos, los llevaba con serenidad y gusto en mi alma, dando gracias a mi Dios, y ofreciéndome a padecer todo lo que mi Dios quisiera para darle gusto.

PENTECOSTÉS

Contemplando la gran bondad de Dios para con nosotros, dándonos a su unigénito para que nos redimiera, y ganara la gloria que teníamos perdida, librándonos de la esclavitud del pecado, y para obligarnos más, nos enseñó con sus ejemplos y doctrina.

Sabiendo este Dios nuestra mala correspondencia, con todo, nos hace otro nuevo favor: nos dio al divino Espíritu para que nos llenara de fortaleza, y para desterrar las tinieblas, nos llenó de la clara luz de la fe, y nos hizo suave el camino de la cruz, que debemos seguir, hasta llegar a la patria.

Estas consideraciones causaban en mi alma muchos afectos de agradecimiento y amor, y grandes deseos de que este Divino Espíritu viniera a todas las almas; a la de los justos, para hacerlos más justos, y a las de los pecadores, con eficaces auxilios para que se convirtieran todas.

Solo deseaba que mi Dios fuera amado por todas las almas, y que agradecidas a este Dios de bondad, todas le sirviéramos y amáramos, porque lo merece, porque nos lo manda, nos fuerza a ello sin necesitar nuestro amor, solo para hacernos felices, y que gocemos de su eternidad y grandeza infinita.

Se afligía mi corazón al ver las muchas almas que, despreciando estos beneficios de su misericordia, se iban a quedar sumergidas en las tinieblas del pecado.

Recibir luz para conocer lo que Dios hace y ha hecho con las criaturas, lo pronto que está para remediarnos, si acudimos arrepentidos a su misericordia, y cómo he correspondido yo, son bastantes motivos para que se derrita el alma en amor, pues si solo por quién es, debe ser amado, ¿por cuántos otros motivos le debemos amar?

¡Ay Señor, Dios mío! ¡Qué pocos son lo que de veras te aman! ¡Cuán poco te he amado yo, Señor mío! Pero recibe, Dios mío, mis deseos, pues tú sabes que deseo amarte con todas las fuerzas de mi alma; que siento lo poco que te amo.

Yo deseo amarte por todas, con el amor de los más abrasados serafines, y si fuera posible, con el amor con que vos os amáis a vos mismo.

AGRADAR A DIOS

Me parece, como cuando un padre le manda a un hijo trabajar, lo está mirando, y el hijo ve que su padre lo mira, pero que no le hace ningún cariño, aunque tenga el rostro afable. El hijo no lo echa de menos, porque se contenta, solo con que su padre esté contento, y le agrade lo que hace. De ese modo me parece que estuve estos días. Mi amado Padre, mi Dios y mi Señor me daba trabajo, con la falta de salud, que estaba trabajosa, junto con las obligaciones, que aunque me costaba, me daba consuelo saber que mi amado Padre, Esposo y Señor me lo estaba dando, yo solo deseaba que le agradara mi trabajo.

Si me diera muchos más, los recibiría de buena gana, por darle gusto. Me ofrecía gustosa para que hiciera de mí, todo lo que fuera de su agrado, y el alma estaba siempre serena, aprovechando las ocasiones que se ofrecían.

TRES PERSONAS

Hoy celebraba la Santa Iglesia la Festividad de la Santísima Trinidad. Con recogimiento y fervor estuvo el alma ocupada en la contemplación de este misterio, recibiendo más luz para conocer lo que no se puede comprender. Yo no puedo explicar de este misterio, más que lo que nos enseña la doctrina cristiana. Como he dicho otras veces: es un solo Dios, y tres personas distintas. Un Dios sin principio ni fin. En las tres personas no hay desigualdad ni es una antes que otra, y todas tres son iguales en todo. El alma recibía esta luz, pero no sé explicarlo, y solo puedo decir: que estuve como anegada en este mar inmenso de mi Dios, infinitamente sabio y poderoso, que solo se puede comprender a sí mismo.

Bendita su infinita grandeza, y benditos todos sus divinos atributos y perfecciones divinas. En este día me ocupaba en adorarlo, y bendecirlo, darle gracias y pedirle perdón.

TU HABITACIÓN

Cerca del día, como el cuerpo estaba tan rendido, me pareció que no podría levantarme a cumplir con la obligación, y haciendo un acto de conformidad le pedía a mi Dios, si era de su agrado: que me diera algún alivio para poder levantarme a cumplir con la obligación, y si no era su voluntad, no lo quería. Al poco rato, me pareció que decían:

-Piensa en mi corazón, y la llaga de mi costado ha de ser tu habitación.

El alma se puso más fervorosa con la memoria de la caridad de aquel Divino Corazón, y de todas las virtudes que por nuestro amor practicó para enseñarnos.

Dándole gracias y alabanzas, me quedé dormida un rato.

Desperté aliviada y fervorosa con mucho consuelo en mi alma.

SOPLO DE DIOS

Todo el día más cuidadosa, porque estaba el alma fervorosa, aunque no totalmente, pues en los días que estoy fervorosa, también tengo muchos ratos que lo estoy menos. Cuando una candela se va apagando, y si hace algún aire se vuelve a encender, así parece que hace Dios con el alma; apenas se va aflojando un poco el fuego del amor, mi Dios da un soplo, y de nuevo me hace conocer su bondad, su grandeza, su eternidad u otra cualquier cosa, y se vuelve a encender la llama.

PARTICULAR PROTECCIÓN

En esto de la protección de mi dulce Madre, recordará V.R., que esta protección particular, aunque no la veo, es como si la tuviera a mi lado, y me estuviera avisando de lo que he de hacer, ya recordándome lo mucho que debo a mi Dios, ya lo mal que he correspondido, de modo que con la luz que recibo, me hace estar bien ocupada y cuidadosa. El alma tiene por cierto, que es un favor grande de mi Señora y Madre, a quien también correspondo agradecida y humillada, en lo que puedo.

Bendito sea mi Dios, que me ha dado tal madre, y bendita sea por todas las criaturas, mi Señora y Madre.

COMO LOS BIENAVENTURADOS

Dije: que había muchas diferencias en los días de recogimiento y fervor, porque unos días estaba el alma como divinizada o unida a aquel ser inimitable de su Dios, y le parecía que ya en este mundo gozaba de la vista de Dios, que ya gozan los bienaventurados. La diferencia está, en que aquellos lo ven y gozan sin ningún velo, sino realmente como es, y las almas que en esta vida gozan por algún tiempo de este modo de presencia, es por la fe.

En algunas ocasiones mi Dios aclara este velo a las almas, y parece que no sirve la fe, porque ésta sirve para creer lo que no se ve, y el alma conoce a su Dios por una luz clara que recibe el alma, y le parece que está viendo a su Dios, y conociendo, en lo que cabe, sus divinas perfecciones y atributos. No es como quien lo cree porque se lo dicen, sino como quien lo ve, y por eso digo: que parece que estas almas gozan de Dios, del mismo modo que los bienaventurados.

En esto conozco dos diferencias: la una es que en este tiempo que el alma esta codivinizada o toda en Dios, unas veces goza de una abundancia de dulzuras y consuelos divinos, y está como fuera de sí, porque Dios la llena tanto de su amor, que no puede ser más.

Otras veces no es así. El alma está toda en Dios, como he dicho, pero no tiene este amor sensible; sí sabe, y conoce que está en Dios, y parece que el alma pierde las potencias y sentidos. Ama mucho, pero no lo conoce, porque este amor la tiene sin sentido para conocer que está amando, y solo despiertan las potencias, cuando teme que su Amado esté ofendido. Entonces conoce que ama, porque parece que desfallece de dolor, si ofendiera a su Dios.

Sin estos recuerdos, el alma parece que está dormida para todas las cosas, menos para desear que su Dios sea amado y no ofendido.

Esto lo he experimentado de este modo que he dicho, algunos días.

EL ENTENDIMIENTO CONOCE, LA VOLUNTAD AMA

Otras veces, el alma ni está de un modo ni de otro de lo que llevo dicho, pero con esa presencia dicha, parece que lo que más le sirve es el entendimiento, que conoce mucho de la esencia de Dios. El alma no está fervorosa ni en sequedad; anda como embebida en aquello que tiene presente el entendimiento, y cuando éste, algunas veces quiere caminar más en estos conocimientos de la esencia de Dios, como es incomprensible, se vuelve a quedar, conociendo sólo que no conoce nada ni puede comprender más, que lo que, misericordiosamente, este Dios grande quiera manifestar al alma de este modo de presencia.

Me parece que es el entendimiento la potencia que más hace, pues la voluntad está amando, aunque no con amor sensible, y la memoria, en estas ocasiones está parada.

Este modo de presencia de Dios, también lo tengo algunos días.

BATALLA DE TENTACIONES

En este tiempo, como he dicho, fui atormentada con frecuentes visiones imaginarias que me ponía el enemigo, en forma o apariencia de hombres y mujeres desnudos, que me servían de un grandísimo martirio; no era esto solo, pues a esto se añadían las palabras y obras, que abrasándose me decían, incitándome a cosas muy malas.

Otras veces, con furia, hacían demostración de arrojarse sobre mí, aunque no lo hicieron, y otras, unos monstruos horribilísimos, parecía que me querían despedazar.

La mayor batalla de tentaciones empezó, desde que había caído en cama. Al mismo tiempo que por las criaturas, me vino padecimiento por el enemigo, ya sin máscara, pues se la quitó, para dar la guerra a campo descubierto.

Padre mío, no puedo yo explicar lo que en este tiempo padecí en el alma y en el cuerpo; los dolores del cuerpo eran fortísimos, y solo me eran amargos, porque me tenían impedida para todo. No podía levantar

la cabeza, sino a fuerza de mucho trabajo y sin aliento para clamar a Dios. Aunque no hacía otra cosa, me parecía que no hacía nada, porque mi espíritu estaba como muerto.

Pero cuando más aflicción tenía, que no sé cómo no perdí la vida, era cuando en estas visiones dichas, sentía los estímulos de la carne, y me parecía que quería, lo que verdaderamente aborrecía. Me ponía algunos cilicios y, cuando estaba sola, me echaba de la cama, sin poder.

Respecto a los dolores que tenía, no eran nada, pues en estos momentos, los de mayor trabajo eran estas tentaciones. Las tuve con esta fuerza más de un año, y cuando caí en cama, fueron las más fuertes, y con mucha más frecuencia.

En pie aguantaba cuanto podía y trabajaba sin poder, pues las sangrías eran tan frecuentes, tres o cuatro todos los meses, que me tenían con una gran debilidad, y me hacían estar algunos días en cama para más padecer. Estando en la cama, no tenía el refugio que me consolaba con un consuelo sensible, pues de éste no lo había para mí en estos tiempos, sino por otro género de consuelo oculto, que la fe causaba en mi alma.

ME MALDECÍAN Y AMENAZABAN

Padecer y llorar en la presencia de mi Señor Sacramentado, cuando me permitía estar en su presencia, era alivio a mis trabajos de noche o de día. La mayor parte de las noches que me podía levantar, apenas me acostaba, me iba a buscar este refugio, y al menos, como he dicho, me consolaba padecer y llorar buscando a quien me parecía que había perdido, y que justamente me castigaba.

No sentía mi padecer, sino tenerlo ofendido, pero hasta este consuelo se me negaba, y parecía que muchas veces, era arrojada del coro, pues apenas entraba, venían a mí los dolores de ojos y de toda la cabeza con tanta fuerza, que me tenía que ir a la cama, a padecer mucho más, pues apenas salía de una gran borrasca, muchas veces venía otra del género que he dicho. Cuando salía de una, oía que me maldecían, y me amenaza-

ban, y volvían con más furia, siendo en estas ocasiones, cuando sentía en mí mayores estímulos de la carne.

En algo más de un año, no recuerdo haber tenido un día libre del todo. En otro tiempo, tuve algunas temporadas más cortas, que eran nada.

GRAN MARTIRIO

Los días más festivos de mi Señor y Señora y Madre eran los peores y los de mayor aflicción, porque estaba acostumbrada a otra cosa, y así como en estos días recibía de mi Dios tantos consuelos, así ahora, eran los más secos, los más oscuros, de mayores tentaciones, y por lo regular, los que pasaba en la cama con más tentaciones.

Muchas veces, una de las cosas que me fatigaba mucho, era oír en medio de lo más fuerte de las tentaciones:

-Ya has pecado.

Aunque mi conciencia me aseguraba que no era así, me afligía mucho, y acudía al confesor que me aseguraba lo contrario, después de examinar mi proceder. Pero quedaba siempre con la fatiga, pensando si no habría sido como yo decía. Solo podía afirmar que no lo quería, pero me servía de gran martirio verme cercada de cosas tan malas, pues siempre me quedaba un temor que atormentaba mi espíritu, ya que mi deseo era no ofender a mi Dios ni en la cosa más mínima.

Me parece que solo las almas que experimenten estas cosas son las que, verdaderamente, pueden comprender lo que padece el alma; tampoco podrá consolarlas, verdaderamente nadie, si no las consuela quien las aflige, que es quien solo las puede aliviar en tan grandes trabajos, como lo hizo conmigo en algunas ocasiones.

LOS SALMOS O EL EVANGELIO

Cuando parecía que desfallecía mi espíritu, acudía a remediarme como el padre más amoroso. Por lo regular, lo hacía donde más me hacían padecer, que era en el oficio divino, que temblaba ante las tentaciones,

y padecía mucha aflicción, como he dicho. Durante éste me fortalecía. Cuando era de su agrado, que no eran muchas veces, dándome con algunas palabras de los salmos o del Evangelio inteligencia, que me avivaba la fe, me fortalecía la esperanza, y encendía más la caridad; entonces, tomaba fortaleza, y le decía a mi Dios:

-Si esto que estoy pasando no te ofende, y te agrada a ti, Señor, Dios mío, hágase en mí, tu santísima voluntad. Aunque estuviera así hasta el día del juicio, no temeré, pues solo deseo daros gusto.

Con esto, algunos días, aunque fueran pocos, mi Señor y Dios amabilísimo me daba consuelo. El mayor de éstos fue un viernes de cuaresma, que se leía el Evangelio de la Samaritana. La palabra que decía: que el Señor llegó cansado o fatigado a buscar esta alma, no puedo decir lo que causó a la mía, que lo buscaba y no lo encontraba. Este día, había sido muy trabajoso, pero alentado del amor que le había hecho ir a buscar a aquella alma, pidiéndole agua para darle a ella la de la gracia, me hizo exclamar con todas mis veras, y decirle a mi Señor, muchas cosas.

Unas veces le decía:

-Si buscáis Señor, pecadores, aquí me tenéis, que salgo a vuestro encuentro, os busco y no os hallo ¿Dónde estáis Señor?

VINO LA LUZ

Le decía muchas cosas con amorosas quejas, siempre humillada y con mi corazón para desfallecer, con un amor que no conocía. Mi gran desconsuelo y la mayor de mis penas era: que me parecía que no amaba a mi Dios.

De repente fui consolada, cuando oí la voz de mi Amado que me decía:

-Contigo estoy, querida mía, no temas.

Esto convirtió toda la borrasca en gran serenidad, quedé toda anegada en consuelos, se fueron las tinieblas, vino la luz y se quedó el alma tranquila conociendo: que estaba con mi Dios, que me daba a conocer que era su voluntad que padeciera aquellas cosas, y que estaba ayudándome. Con esta luz que el alma recibió, tomé gran fortaleza para conformarse con la voluntad amabilísima de su Dios.

Deseaba que mi amantísimo Dios hiciera de mí lo que quisiera, y me ofrecía gustosa de veras a sufrir, solo por darle gusto, aunque fuera mucho más que hasta el día del juicio, si ésta fuera la voluntad de mi Dios y no le desagradaba.

Estos deseos de hacer la voluntad de mi Dios, le daban tanta fortaleza al alma, que no temía a todo el infierno, porque la gran confianza en la ayuda de mi Dios, me quitaba los temores, y solo atendía a que se cumpliera en mí, su santísima voluntad.

Así quedé este día, pero pasado éste, volvieron con mayor fuerza los temores, las tinieblas, y las tentaciones dichas, y con otra más, pues me parecía que lo pasado era engaño, que en una criatura tan mala como me creía, no podía ser verdad, y que era para perderme más aprisa. El alma padecía mucho, pero siempre que llegaba a un apuro, al menos mi Dios me daba una poquita de luz, volvía a tomar fuerza, y hacía los actos de conformidad y de esperanza, para poder caminar en esta noche oscura y de tantos peligros.

EMPEZÓ A CLAREAR LA AURORA

Seguí así, hasta el mes de noviembre de este año, que cuando me ha mandado la obediencia entrar en ejercicios, fui aliviada en mis trabajos.

No dejé de padecer, pero con diferencia, porque empezó a clarear la aurora, y a disiparse las tinieblas. En el alma se avivó el conocimiento de Dios con más claridad, de modo que solo podía pensar en la grandeza de Dios, en la bondad de Dios, en su misericordia, y en su amor.

Esto me causaba que el alma se encendiera en afectos de amor, y en grandes deseos de amarlo, de agradarlo en todo, y de hacer la voluntad de un Dios tan bueno y digno de ser amado.

En estos días de ejercicios, empezó un nuevo padecer, que me daba bastante martirio: me parecía que no lo amaba ni servía.

Todo empezó, aunque ya lo había tenido antes, porque mi Dios aumentó en mi alma el conocimiento de su grandeza y bondad. Conforme mi Dios aumentaba esta luz o conocimiento, aumentaban los deseos de

amarlo y de servirlo con toda la perfección que pudiera, y todas las peticiones en estos días se dirigían a este fin: en pedir perdón y gracia para cumplir en todo la voluntad de mi Dios. No le temía a los trabajos, solo temía desagradar a mi Dios. Conocí que esta era una causa de perfección, pero empecé a temer conociendo quién soy, y de nuevo comencé a clamar a mi Señora: que me ayudara, y que atendiera mi flaqueza. En esto entendí: que si ponía de mi parte, sería ayudada y renovada con mayor gracia del Espíritu Santo. Y como mi Señora me prometía su protección, quedé animosa.

Pero ¡Ay Señor mío y Dios mío! ¿Qué es lo que yo he hecho?

¿Cómo he correspondido?

Señor, tú sabes cuántas faltas he tenido, y que no he muerto del todo a mí misma.

Señor, tú me quieres muerta a todo para que viva solo en ti y por ti.

Señor mío, perdóname lo poco que pongo de mi parte, y por vuestra misericordia, usad de vuestro poder con esta miserable criatura para cortar todo lo que no es de vuestro agrado.

Señor, obrad como dueño absoluto para que se acaben en mí los respetos humanos que me impiden, muchas veces, hacer lo más perfecto.

Haz que acabe de quitar la vida a mi amor propio.

Ayúdame Señor, que sin vuestra particular asistencia, por mí sola nada puedo. Vos lo veis, Dios mío.

DE NUEVO PIDO…

A mi Dios perdón de todos mis pecados.

Lavadlos Señor, con vuestra preciosísima sangre.

Perdóname, Dios mío, con tu ardentísima caridad, mis muchísimas faltas, y ofrecedla, Señor mío, a vuestro Eterno Padre por mí. Señor ofrece por mí, tu paciencia, por mi impaciencia, tu humildad, por mi soberbia, y así, Señor mío, todas vuestras virtudes en desagravio de todos mis pecados.

Concédeme, Señor, todas las virtudes y gracia eficaz para obrar con ellas (las hermanas) con la perfección que vos queréis para de este modo

cumplir vuestra santísima voluntad en todo. Hacedlo así mi Señor, por vuestro amorosísimo corazón y el de vuestra santísima Madre y mi Señora, a quien pido que sea mi intercesora.

Alcánzame Madre mía, que en todo agrade yo a mi Señor; que quite mi Dios de mí todo lo que no sea de su agrado, por pequeña que sea la cosa.

Nada quiero en mí que no dé gusto a mi Dios, porque este Dios es tan puro que quiero estar pura para agradarlo, y por mí sola, no lo puedo ser.

Purifícame más y más, Dios mío, y cueste lo que cueste, para todo me dejo en tus manos. Hazlo como te agrade.

Bendita tu misericordia, Dios inmenso, que te dignas atender, con tanto cuidado y esmero a esta criatura, hechura vuestra y de vuestra mano.

No me permitas Señor, que sea ingrata por más tiempo. Perdóname, mi amabilísimo Dios.

Por todas las criaturas seas alabado y bendito.

ORACIÓN POR LOS SACERDOTES

¡Oh Dios mío, tan poco amado y tan poco conocido!

Encended, en vuestro amor y santo celo a vuestros ministros, que son las columnas de fortaleza para la santa Iglesia,

y las candelas encendidas que alumbran el mundo y lo encienden.

Si estas columnas están débiles, si estas candelas están escondidas, ¿qué va a ser del mundo?

Lo que estamos viendo y tocando con dolor de nuestras almas.

¡Oh amado Esposo mío!

Encended en ellos este fuego, de modo que no puedan ocultarlo, y llénalos de fortaleza para que no puedan acobardarlos las tormentas de las tribulaciones.

Todo lo podéis, amado Dios, Vos que sois poderoso y el Rey de los corazones, reinad Señor, y no deis entrada a otra cosa más que a Vos mismo.

Imagen de San Miguel Arcángel,
patrón principal de la Orden.

ORACIÓN A LA SANTA CRUZ

¡Oh Amado mío! qué poco conocidos y agradecidos son tus beneficios, cuando por un vil interés se atan las criaturas unas con otras, de modo que no temen disgustaros y ofenderos a Vos, bondad infinita, por no desagradar a las miserables criaturas, que no pueden darles ni haberles dado nada más que unos falsos y perecederos beneficios.

Solo teneros a Vos, serviros y agradaros es hallar el verdadero tesoro, la verdadera libertad, el verdadero gozo, descanso y paz.

¡Oh Ciencia! Eres tan poco conocida por los mortales que buscan en las tinieblas la luz, y en el estiércol el tesoro ¿Qué otra cosa son todos los bienes de la tierra? En el trabajo buscan el descanso, y no lo encuentran. Yo llamo trabajo a todo lo que no es buscar a Jesús con su cruz; encontrar descanso es hallar a Jesús; y gustar de los frutos de su cruz, es alegría del alma y descanso verdadero del corazón. Si pudieran gustar las dulzuras, alegría y consuelo, que causan en el alma lo frutos de la cruz, no huirían de ella, y despreciaran todas las cosas para hallar este verdadero tesoro que es Dios, suma de toda felicidad.

Amado Esposo y Dios mío amabilísimo, dad luz a todas las criaturas para que conozcan estas verdades y aborrezcan todas las demás cosas. Que solo os busquen, os amen, os sirvan y os den alabanza a Vos, por toda la eternidad. Así sea.

CORAZÓN DE JESÚS

Después de la comunión, había encargado a mi dulce Madre: que por el corazón de su amado Hijo cuya fiesta se celebra en este día, ofreciera por mí a este divino corazón, sus méritos santísimos en desagravio de los ultrajes que sufre en este sacramento por nuestro amor; que a mí me alcanzara la gracia de que mi alma fuera purificada con su preciosísima sangre, y que quitara de mi corazón todo lo que no fuera de su agrado.

Estas peticiones fueron oídas por mi amada Madre, porque sentí en mi alma un nuevo fervor, con lo cual se encendieron más los afectos de mi

alma y los deseos de desagraviar a mi amado Esposo, ya que no podía de otro modo, siquiera hacerlo con el deseo de saber, en qué podría agradarle, aunque estos deseos me costaran mucho trabajo.

Esto mismo no lo encuentro en las obras, pues cuando llega lo que me cuesta trabajo, ando buscando una excusa para no hacerlo.

A lo que no cuesta trabajo, poco le tiene que agradecer. El alma que poco se vence, poco ama; qué importa que quiera y desee hacer mucho, si cuando llega la ocasión no lo hace, y si lo hace es a fuerza de ginchonasos, que la levanten una y otra vez, que es lo que me pasa a mí. ¿Qué satisfacción puedo yo tener en mis deseos y afectos cuando viene el fervor, si pasado éste, veo como no cumplo?

Me quedé con mucho recogimiento en la más íntima unión con mi amado Esposo, inflamada el alma en su amor, y así estuve algún tiempo, contemplando aquella infinita bondad de mi Dios. Después, le pedía a mi amado Esposo Jesús: que tomara mi corazón, y quitara de él lo que le desagradara, y que me lo diera semejante al suyo, humilde, obediente, pacífico, paciente, y en fin, adornado de todas las virtudes. Como se iba aumentado el fervor, se aumentaba la satisfacción, y dije a mi amado Esposo: que me diera el suyo, y tomara el mío. Entonces me parecía que veía a mi amado Esposo Jesús con dos corazones en la mano, ambos con insignias de pasión, y me decía:

-Éste es el tuyo y este el mío; ambos son tuyos y míos, porque me has dado el tuyo, y yo me he dado todo a ti; por eso ambos tienen una misma marca o sello, porque son de un mismo dueño.

Con esto me dio tan gran dolor y ardor en el corazón, que parecía que se quemaba, y que mi alma, tan encendida en afectos de agradecimiento, se deshacía.

LA CRUZ EN MI CORAZÓN

Otro día, recuerdo, que mi amado Esposo había grabado en mi corazón la cruz y los clavos, y que vi con los ojos del alma a mi amado Esposo cómo estaba en la Pasión.

Se afligió mi corazón al verlo tan dolorido, y me dijo:

-Mira, esposa mía, cómo estoy por tu amor.

Le daba gracias por tanto como había querido padecer por mi amor, y le pedía: que grabara en mí su santísima Pasión para que siempre la tuviera presente, y no pudiera olvidar tan gran beneficio para dedicarme a un continuo agradecimiento.

Entonces me dijo: que como esposa, me daba su cruz y sus clavos y que en mi corazón los grababa. Al mismo tiempo, sentí un gran dolor en forma de cruz con dos puntas arriba y una abajo. Con toda claridad conocí cómo formaba la cruz, en los extremos los clavos, y encima la corona. Sentí unos dolores como de espinas, con tan gran ardor que se me abrasaba el corazón a la vez que sentía tan gran consuelo en mi alma, que no lo puedo explicar. Este favor de sentir un dolor que me recordara la Pasión de mi Amado, lo tengo con mucha frecuencia; a veces parece que voy a perder la vida, pero con tanto consuelo en mi alma que cuanto más aprieta, más consuelo tengo.

Algunas veces siento como si me pincharan un poquito, luego otro poquito y otro, a la vez que noto ardor, pero se me pasa pronto.

Cuando el dolor es más seguido me dura días enteros; al mismo tiempo, mi alma inflamada en el amor de mi amado Esposo Jesús, me hace alabarlo, darle gracias, y desear más y más padecer por su amor.

¡Bendito sea tan gran señor!

EN EL CALVARIO

Por la noche, en la oración, estaba con recogimiento meditando en la Pasión de mi Señor. He dado, continuamente, gracias a mi Dios por este beneficio, por mí y por todas las criaturas. Y estando, como si estuviera en el Calvario, viendo a mi Señor clavado en la cruz, llena mi alma de dolor, le decía a mi amado Esposo: que si quería mi corazón donde descansar su sacrosanta cabeza, que veía tan dolorida.

Estando yo con estos afectos y otros que me inspiraba mi Dios, me parecía que me decía mi amado Esposo: que recibía el descanso que quería

darle. Al mismo tiempo, me parecía que tenía a mi Señor que reclinaba la cabeza sobre mi corazón. Fue tan grande el consuelo que recibí, que no lo sé explicar. El alma se encendió tanto en el amor de mi Dios, que se deshacía dándole gracias y alabanzas por el amor tan grande que nos tiene. Quedé con gran recogimiento, pues me parecía que estaba viendo a mi Esposo Jesús tan dolorido y tan mal correspondido, y yo deseaba que no se malograse aquella preciosísima sangre, que con tanto amor derramaba por todos.

AL PIE DE LA CRUZ

Tocaron al refectorio, fui, y allí estaba sintiendo una amorosa fuerza que me tiraba desde el coro, como si mi corazón estuviera atado y tiraran de él. Sin irme a comer me fui al coro, donde mi Dios me llamaba. Al entrar, dije a mi amado Esposo:

-Cuando un señor llama a algún pobre, es para darle alguna limosna. Aquí me tienes Señor mío, Vos sabéis mi pobreza y cuan llena estoy de los andrajos de mi miseria; vestidme Señor mío, con las vestiduras de vuestra gracia, y serviros de mí en lo que quisierais. Vos me llamáis, y no tengo méritos, pero tengo los vuestros y los de vuestra Madre que todos son míos.

Todo esto llenaba de tanta dulzura mi alma que no se puede explicar.

Volvió a presentarse otra vez a la vista de mi alma lleno de dolor, coronado de espinas, cansado y fatigado, diciéndome:

-¿Quieres que descanse en tu corazón?

Se lo ofrecí al instante, y le decía:

-¿Qué puedo yo hacer Señor mío, para daros alivio?

Y me decía mi amado Esposo:

-Llora los pecados, que son los que me ponen como me ves.

Quien me mandaba llorar, me dio las lágrimas; lloraba porque era mi Dios ofendido, y deseaba con ansia que se convirtieran todas las criaturas para que no lo ofendieran más. Le pedía a mi amado Esposo: que me escondiera en las llagas de sus pies para que no lo ofendiera, y que me

tuviera allí escondida y presa para no poder apartarme jamás. Diciendo esto, me enseñó mi amado Esposo la sagrada llaga de su costado, y me dijo:

-Ésta es tu casa o nido, donde quiero que estés siempre. Aquí tienes tu descanso.

Y me parecía que mi alma entraba en aquella morada de delicias. Así estuve un poco de tiempo, pero era preciso ir a comer; aunque no necesitaba entonces otra comida que la de estar con mi Dios, era preciso hacerlo por otras circunstancias, y lo hice con brevedad y con poca cantidad. Mientras comía, seguí considerando en la Pasión de mi Señor Dios. Tenía presente la hiel y vinagre que habían sido el regalo que los hombres dieron a mi amado Esposo Jesús, cuando estaba más debilitado y sin fuerzas, por estar desangrado y cansado con el peso de la cruz. Me hizo llorar mi delicadeza y falta de mortificación en la comida, pues aunque con disimulo soy delicada y no me venzo para comer muchas cosas de las que ponen en el refectorio; si no me gusta lo que me dan, me castigo en no comer otra cosa más que pan.

A fuerza de poner el pensamiento en mi Señor y Esposo, me he ido venciendo en muchas cosas que no podía pasar, pero con todo, en otras he tenido bastante falta de mortificación.

Volví otra vez al coro, pues deseaba estar en presencia de mi amado Esposo. Allí seguí una hora con mi amado Esposo que parecía que no quería que me fuera; estuve una hora, porque no me podía ir, pues como me parecía que mi amado Esposo me decía que no me fuera, no lo podía hacer.

Este tiempo, estuve al pie de la cruz de mi amado con mi Señora y Madre, contemplando quién era este Señor que había querido padecer por nosotros. Sentía los pecados, y pedía que no se perdiera el fruto de la Redención en tantas almas.

ALMA TRINITARIA

Desperté como si saliera de una oración fervorosa. Solo podía contemplar a este Dios poderoso, inmenso, sabio, justo, misericordioso, y en fin, un Dios que es todas las cosas, principio sin principio, y fin sin fin. Solo con acordarse el alma de los atributos y perfecciones de este Dios, se queda como anegada en un mar de delicias.

¡Oh! dichosa el alma que lo gusta.

Venid almas y gustar cuán bueno es este Dios. Venid y ver qué amoroso, qué dulce, qué suave, qué poderoso, y qué amable. Dichoso el que lo busque, más dichoso el que lo tenga, y mucho más dichoso el que no lo pueda ya perder. Dejad todas las cosas para buscar éste solo y verdadero bien. Huid de todo para no perderlo todo.

Aborreceos a vosotros mismos para que améis eternamente a este Dios, que ésta es la verdadera alegría, y el verdadero descanso; gustarlo, y lo veréis.

¡Oh, Dios mío! ¿Quién pudiera hacer que te conocieran para que te amaran y sirvieran, con toda el alma, con todo el corazón y con todas las fuerzas? y ya que misericordioso, habéis querido que yo os conozca, aunque sin conoceros porque sois incomprensible, hacedme la gracia de que os ame con un amor perfecto que os agrade, y haz de mí lo que quieras. No quiero más voluntad que la de agradarte en todo, y que todos te amen. Esto es lo que quiero tener, y no ninguna otra cosa.

BIEN ESPIRITUAL

La memoria de la festividad del día (Ascensión), me hacía tener más presente este amor y milagro de su omnipotencia que quiso quedarse y estar con nosotros como está en los Cielos. Agradecía este beneficio y daba alabanzas a mi amado Esposo por él.

Seguí un poco de tiempo, dando gracias y alabanzas por mí y por todas las criaturas, y después, otra vez estuve recogida en la contemplación del misterio del día. Me parecía, que estaba viendo a mi amado Esposo Jesús

sentado en su trono de gloria, donde lo iban adorando todos los ángeles y santos, a quienes acompañaba yo haciendo lo mismo, y pidiendo a mi dulce Madre que diera gracias por mí.

Tuve mucho consuelo viendo al que es nuestro juez, nuestro medianero y el más interesado en nuestro verdadero bien. Estuve otro poco de tiempo alabando la infinita bondad de mi Dios, y dándole las gracias en nombre de todas las criaturas, por tantos y tan grandes beneficios. Estuve tan embebida en esto, que solo me acordaba de lo que tenía presente y a la vista de mi alma. Cuando se me pasó un poco, y las potencias del alma se despertaron para poder pensar en otras cosas, me parecía que estaba junto a mí, y tenía presentes a mi amado Esposo y dulce Madre. Empecé a pedirles por el bien espiritual de esta Comunidad, y que hubiera paz en la elección que se iba a hacer, para que mi Amado fuera servido en todo con agrado, y no fuera ofendido por unas criaturas tan favorecidas por su misericordia. Hice muchas peticiones por la prelada y por las súbditas, deseando para todas que tuvieran la mayor perfección de sus almas para gloria de mi Dios. Para mí no pedí nada, solo pensaba y deseaba ser toda de mi Amado Esposo. Quería darle gusto en todo, y me ofrecía y le pedía, no tener más voluntad que la de mi Dios. Todo mi consuelo sería acertar para cumplir su santísima voluntad, aunque fuera en las cosas más amargas, pues todo se me hacía dulce, sabiendo que era su santísima voluntad. Decía esto mientras estaba fervorosa, y ahora digo lo mismo, pero obras son amores y no buenas razones.

CUESTA TRABAJO

Las obras no vienen con las palabras, pues no venzo las repugnancias que tengo para cumplir como debo la voluntad de mi Dios, Señor y Esposo de mi alma solo por darle gusto, y busco excusas para no cumplir su voluntad santísima y justísima, porque me cuesta trabajo.

Quien tiene amor verdadero, no atiende a otra cosa más que a dar gusto a su amado, cueste lo que cueste. El amor vence los temores, y la confianza que tiene en su amado, no le permite tenerlos. No le importa su

gusto o disgusto, sino el gusto de su amado, como hace el alma que ama a su Dios.

¿Podré yo decir, que lo amo como debo? No lo puedo decir por mi ruindad y miseria; sí diré que lo amo como un siervo interesado y flojo, que solo trabaja cuando su Señor lo está regalando o está presente; pero si se ausenta, se llena de pereza, y si no lo regala, está lleno de disgusto.

Éste es el amor que María del Socorro tiene a su Esposo y Dios, a quien debería amar con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas.

Éste es el amor con que corresponde a tantos beneficios como ha recibido de la poderosa y misericordiosísima bondad de su Dios, que por su misericordia se lo da a conocer para que se enmiende.

¡Oh Bondad infinita de mi Dios! No os cansáis de sufrir a tan ingrata criatura, sino que cuando veis que se deja llevar de vuestra misericordia, acudís vos, mi amado Señor, y me hacéis conocer mi ingratitud. Pero Amado mío, haciéndome nuevos beneficios, quedo más obligada, y en vez de poder satisfacer mi deuda, quedo más deudora de este Dios, que por sí solo y solo por quién es, se debe amar con toda el alma sin interés alguno, pues por sí solo se lo merece. El alma que se halla tan obligada, ¿cuál será su ingratitud, si no corresponde como me sucede a mí?

ALABANZA A LA TRINIDAD

Por la noche, salí del refectorio, entré en la celda, y adoré en mi interior, a mi Dios, trino y uno. Como lo hago muchas veces en el día y en la noche, lo había hecho este día, pues no había dejado de hacer actos de las virtudes, como todos los días, o aún con más cuidado. Al hacer esta oración, de repente me parecía que estaba viendo en mi alma a la Santísima Trinidad. Sentí tan gran consuelo que no lo sé explicar, pues quedó mi alma como anegada de la infinita grandeza de Dios. Esta visión pasó pronto, pero quedaron las potencias tan inflamadas, que en un buen rato, solo podía alabar continuamente al Dios eterno, y lo único que podía decir era:

-Alabado sea Dios, uno en la esencia y trino en las personas.
-Alabado y ensalzado sea eternamente.
-Dios inmortal, eterno, incomprensible; alabado sea.
-Dios infinitamente bueno, justo y Santo; alabado sea.
-Dios, Rey de Reyes, con infinito dominio; alabado sea.
-Señor de quien depende todo señorío; alabado sea.
-Dios incomprensible, inaccesible, incomparable; alabado seas.

De este modo seguía algunos ratos, con estas alabanzas y otras, como suspensa o en admiración; el cuerpo se quedó tan sin fuerza, y el corazón se encendió tanto, que me arreció el dolor que padezco, pero todo era dulce con el consuelo que mi alma sentía.

CONVERSIÓN DE UN FRANCÉS

Se me olvidaba escribir que estaba con alguna sequedad, cuando me dijeron: que pidiera a Dios por un francés que estando en peligro de muerte, le había mandado el médico que confesara, y no quería. Al oír esto, me puse fervorosa y me fui al coro, a pedirle a mi amado Esposo la conversión de esta alma, y a mi dulce Madre la misma petición: que alcanzara eficaces auxilios a esta criatura para que se convirtiera, y no se perdiera en ella el fruto de la Redención. Le decía a mi amado Esposo: que lo convirtiera como a san Pablo a san Agustín y a otros, pues nadie se podía resistir a sus eficaces auxilios.

-Esposo mío, -le decía- ¿para qué habéis querido que yo sepa esta necesidad que tiene esta alma? Si me decís que mi voluntad es la vuestra, pues ésta es la mía: que esta alma se convierta para que os ame y alabe eternamente, que esto es lo que quiero para todos.

Con el amor que en mi alma se encendió, le hacía instancia a mi amado Esposo, y me parecía que mi amado Esposo me oía con agrado. Como libertora, parecía que quería mandar, más que pedir. Siempre me sucede que si pido por la conversión de las almas, más parece que mando y no que pido, por el deseo tan grande que tengo de que mi amado Esposo sea amado y servido, y no sea ofendido.

JESÚS EN LOS POBRES

Atendía a las obligaciones precisas sin distraerme de la presencia de mi Dios y Esposo de mi alma, procurando en lo que cabía, poner de mi parte para conservarla, hablando solo lo más preciso. Mi amado Esposo me concedía, que sin apartar mi alma de la vista de su amabilísima presencia, atendiera sin falta a mi obligación. Los pobres que con frecuencia llegaban, me llenaban de consuelo, dándoles la limosna, pues miraba en ellos a mi amado Esposo Jesús, y se aumentaba en mi alma el deseo de ser pobre por un Dios, que siendo tan rico, se quiso hacer pobre por nuestro amor.

Pasé la mañana, encontrando en todo, causa para amar más y más a mi Dios.

POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO

En el primero el día de Todos los Santos, me parecía que veía a la Santísima Trinidad, como ya he dicho. El segundo día, tuve mucho consuelo, porque me parecía que mi amado Esposo estaba sentado en mi corazón como si éste fuera un trono, y me decía:

-Pídeme, que tu corazón es trono de mi misericordia.

Me dio gran confianza para pedir, y pedía por todo; en particular le ofrecí la comunión a las ánimas del purgatorio, y le pedí a mi amado Esposo: que las sacara de penas; que los méritos de su Sagrada Pasión los uniese a mis obras de aquel día, y sacara muchas almas para que fueran a alabarlo por una eternidad. Me pareció que veía salir muchas almas del purgatorio y subir al cielo. Quedé llena de gozo y con gran cuidado para hacer por este fin cuanto pudiera.

FELICIDAD ETERNA DE SUS HIJOS

Me alteraba, porque mi voluntad estaba unida a la de mi Dios, y como no quería otra cosa, en todo lo que se ofrecía estaba igual y con serenidad, aunque el espíritu tenía motivos para poder inquietarse, pues me tenía

Dios puesta, en el sitio de las noticias y de continuas conversaciones funestas, pero yo de nada hacía caso, porque mi Dios era quien se llevaba toda mi atención. En mi Dios esperaba, y en fin no quería otra cosa más que su santísima voluntad, sabiendo que este Dios y Padre amoroso, solo quiere la felicidad eterna de sus hijos, que cuando los castiga es con amor de padre para que se enmienden y no se pierdan, y que está pronto a admitirlos en su amistad y gracia, cuando acuden a su misericordia. A ésta acudía yo en este día, pidiendo perdón para todos.

¡Ojalá! que todas las criaturas conocieran el amor que nos tiene este Dios, aun cuando estemos experimentando el castigo, pues solo desea mi amado Dios, vernos arrepentidos, y que acudamos a su misericordia a pedir perdón, con una confianza grande en su poder infinito.

¡Qué poco conocido sois, mi amado Dios, y qué asidas están las almas a la tierra! Por eso no se levantan ni acuden a vos; quieren hallar, buscan un remedio en las criaturas, y viven llenas de amargura, porque ponen su confianza en una caña hueca.

DADLES UNA FE VIVA

Alumbrad, amado Esposo mío, alumbrad las tinieblas de estas almas; avivad su fe que tan oscura la tienen. No digo solo para los que la tienen oscura, sino también para muchos que la tienen muerta. Se aflige mi corazón de pensarlo. Dadles, Amado mío, una fe viva para que os conozcan, una esperanza firme para que en ti solo esperen, y una caridad encendida para que os amen. El que os conoce os ama, y el que os ama en Vos espera y en Vos tiene toda su esperanza, pues solo quiere hacer vuestra voluntad, solo quiere que sea vuestro santo nombre glorificado sea del modo que sea, porque solo atiende al gusto de su Dios.

Este día por la misericordia de mi Dios, mi alma estaba que solo movía mi voluntad, a lo que fuera la voluntad de mi Dios, conociendo, como he dicho, que si justamente nos castiga, es con el deseo de nuestra enmienda, y está pronto a perdonar.

ALMAS LIMPIAS

En medio de mis trabajos, tenía la memoria de su Pasión, y el conocimiento de que mientras más purificada un alma, más se une a su Dios. Mientras está en esta vida, no le falta polvo donde empañarse, y necesita limpiarlo con frecuencia para estar en las manos de su Señor.

NO QUIERES ALIVIARME

Una noche, me sucedió que se puso una religiosa mala en el dormitorio a media noche; yo desperté, pero teniendo más compasión de mí, que también estaba mala, me estaba quieta, esperando que otra se levantara.

Al poco tiempo oí que me decían:

-*Estoy enfermo y no quieres aliviarme; me debes mucho, y no quieres darme nada.*

Esto causó en mí gran confusión y vergüenza, pues por una parte, se me representaban los innumerables beneficios que el Señor hacía a mi alma, y por otra, la horrible ingratitud con que yo correspondía a tantos beneficios. Con esta humillación, pedía perdón y misericordia. En esta disposición, estuve haciéndole algunas cosas a la enferma, que se alivió, y me pude ir al coro, donde quedé con recogimiento interior, porque se representaba en mi alma: que mi Señor, amorosamente, me perdonaba, y recibía aquellas buenas obras, que yo estaba viendo tan llenas de defectos, y las unía con sus méritos santísimos. Mi alma recibía un consuelo tan grande, que no lo puedo explicar, con una luz, que me enseñaba cómo había de portarme en adelante, no haciendo las cosas mirando a las criaturas, sino al Creador, solo por su honra y gloria. Unidos con su méritos santísimos, mi alma, agradecida a tan grandes beneficios, le ofrecía al Señor en asimiento de gracias, sus infinitos méritos y los de mi dulcísima Madre, a quien pedía que fuera mi maestra, y me ofrecía a cumplir todo lo que había entendido, con el favor del Señor.

En esto pasé lo que quedaba de noche, ya dando gracias, ya pidiendo, y otras veces, solo amando a un Dios tan digno de ser amado.

¡Ojalá! que todas las criaturas lo conozcan, lo alaben, y den honor y gloria. Amén.

BUENA CRISTIANA

Un padre de familia vino al compás de la portería, y le pegó a una de las sirvientas de la casa, porque le había reñido o pegado algún golpe a su muchacho; se lo afeé mucho diciéndole:

-Esta es la crianza que dan los padres a sus hijos, y luego querrán que sean buenos.

Me fatigué, pues yo sabía que la pobre mujer había tenido bastante motivo para hacer lo que había hecho, y me edificó, porque la pobrecita obró como buena cristiana. Yo no lo llevé muy bien; me parece que fue más por mi sentimiento, de conocer las malas crianzas, pues ¿qué hará un niño, que ve que su padre sale en su defensa cuando le riñen, y se pone a dar de palos a una pobre mujer? Tomará alas y será peor.

Mi amabilísimo Dios, por su misericordia, les dé a los padres su gracia y su luz para criar a sus hijos para Dios, y no para el enemigo.

Aunque afeé el hecho, lo disculpé y dije: que aquel hombre estaba sin juicio y que tenía alguna noticia de que en algún tiempo, se le iba la cabeza; así procuraba disculpar su yerro.

A la pobre mujer la animé, y le dije: que me había edificado la paciencia que había tenido, que diera gracias a Dios que le había dado tan buena ocasión de merecer, y la consolé, lo que pude, de aquella vergüenza natural.

Los buenos ejemplos de la mujer hicieron que mi alma se encendiera en el amor de mi Dios.

NOVENA AL CORAZÓN DE JESÚS

Oratorio, al cual se tiene acceso desde la iglesia del Monasterio, donde se encuentra al culto y veneración la imagen del Crucifijo de Sor Mª del Socorro y la "Dulce Madre".

PEQUEÑA CANDELA

Con la memoria del inmenso amor de nuestro Dios en la institución de este admirable sacramento, que es un campo dilatadísimo, donde conocer la bondad, la misericordia, la liberalidad infinita con que se nos ha dado a sí mismo, y la paciencia con que sufre nuestras ingratitudes.

Con el entendimiento ocupado en estos conocimientos, la voluntad no tenía otra ocupación que amar ni otro sentimiento más, que lo poco que amaba a quien tanto debía, y deseaba con ansia poder corresponder con algo, y como por sí sola nada podía, pedía de veras la gracia de poder y saber corresponder agradecida a un Dios tan liberal, que se ha dado a sí mismo, a mí.

Ofreciéndome a este amorosísimo Esposo de mi alma, le decía, le digo y le diré siempre: que se digne recibirme; que toda, sin reservarme nada, quiero ser suya y que quite todo lo que haya en mí, que le desagrade para que haga en mí, y de mí, su santísima voluntad. Deseaba agradarlo aun en la más mínima respiración, y quisiera estar encendida en un abrasado amor para poder, en parte, satisfacer amor con amor.

Los sentimientos y deseos que ocupaban este día mi corazón, me los daba el Dios de bondad que está siempre dispuesto con misericordia, a dar y atender mis deseos. Los aumentaba de tal modo, que me parece que no quedaban en deseos, pues sus efectos obraban en mi alma, como una pequeña candela que si se arroja a una hoguera grande, ya no se ve su pequeñez, porque se unió a la grande. Así, este amoroso Señor hacía que suplieran mi pequeñez los deseos que tenía de satisfacer en parte, amor con amor. Mi Dios, con su amor satisfacía su amor, y Él mismo, a quien tanto debo, pagaba por mí, quedando yo, aún más deudora, de ser toda de mi Dios.

Espero que me reciba, pues de todo corazón, he prometido y prometo, no admitir otro cuidado que el de agradarlo, y cumplir su santísima voluntad en todo. Aunque soy tan miserable, espero de su bondad que me ayude. Ya que ha empezado la obra, que la acabe, y espero, por los merecimientos de su divino corazón y el de mi señora y Madre que no me desamparen.

Y así obligada y deseosa de obsequiar a estos sagrados corazones en estos días de novena, me vino el deseo de saber qué debía hacer, acudí a mi Señora y Madre para que me inspirara, qué haría en estos días para agradar y obsequiar el corazón de mi Jesús. Me parecía que me respondían: que imitando sus virtudes.

Me quedé dudosa, pues deseaba hacer un ejercicio diario, y al instante, me vino al pensamiento la distribución, como ya iré diciendo en sus respectivos días. Pedí poder hacer lo que ya había hecho y seguía haciendo, porque mi Dios lo hacía, y era: amarle y corresponder agradecida a su amor con amor puro.

HUMILDAD

Este día, segundo de la novena del Corazón de mi Jesús, le correspondió la virtud de la humildad, puesta como dechado, desde que empezó este día.

Esta virtud la practicó mi Señor toda su santísima vida. Descubrí la mucha falta de esta virtud en mí, pedí perdón e hice propósito de enmendarme. Teniendo siempre presente mi nada, vivía humillada con este conocimiento, y deseaba ser despreciada por todas las criaturas.

Estos deseos me parecían verdaderos, pero llegada la hora, no fueron así; es verdad que sí reflexioné. Pasó que una criatura había puesto una cosa en un sitio que estaba mal, y la prelada, pensando que yo lo había hecho, me llamó para que viera el daño que había causado. Yo en lugar de aprovechar esta ocasión callando, respondí con prontitud: que no lo había hecho yo. Al instante conocí que no había sabido aprovecharme de la ocasión, y pedí perdón a mi Dios por mi descuido.

Procuraba estar todo el día, con más cuidado, pero como mi Dios conoce mi miseria, aunque le había pedido que las criaturas me humillaran sin que tuvieran culpa; pero con solo algunas palabras, que no me hicieron nada, no lo cumplí.

Me parece que con esto conocí más, que por mí, no puedo nada.

CARIDAD

Me levanté con disposición para ejercitar la caridad con el prójimo, que era lo que tocaba este día tercero de la novena. Teniendo presente lo mucho que mi Señor ha hecho por nosotros para enseñarnos, deseaba tener ocasiones en qué poder hacer bien a mis prójimos. Lo que hacía me parecía nada, porque era lo mismo que acostumbraba a hacer todos los días, pues siempre estoy con el cuidado de hacer lo que puedo, pero yo quería alguna cosa particular que me costara algún trabajo.

No se presentó nada, y solo hice con más frecuencia, pedir por el remedio de las necesidades espirituales y temporales.

Me quedé con sentimiento, y me parecía que mi Señor no me había dado lo que yo deseaba, porque como no aprovechaba lo que por su misericordia me daba, tendría tener mayores cargos. Me humillaba en la presencia de mi Dios, y pedía a mi Señora y Madre: que me ayudara para que, si mi Dios me lo concedía, hiciera alguna cosa por su amor y no la malograra con mi miseria. Estando en esto, me parecía que me decía mi dulce Madre:

-No te desconsueles hija mía, que tus deseos son recibidos, como si lo hubieras hecho, y tus peticiones oídas.

Quedé consolada, y seguí con mis peticiones, deseando la salvación de todas las almas y ofreciendo por todas, la Pasión y muerte de mi Señor.

PACIENCIA

Cuarto de la novena. En éste cabe la virtud de la paciencia, virtud, que con tantos ejemplos me ha enseñado mi Señor y amado Esposo de mi alma.

Teniéndola presente, desde el principio de este día deseaba con más viveza, tener ocasiones en qué ejercitarla, pues esta virtud se ofrece todos los días a cada instante, a quien tiene que tratar con muchos y con distintos modos de pensar.

Tuve cuidado de aprovechar, con la ayuda de mi Dios, todo lo que se ofrecía de menudencias. Estas mortificaciones caseras, que no tienen

nombre, son como unas leznillas que no dejan de punzar, y en este día se me presentó una cosilla que me dio motivo para ejercitar más esta virtud. Me dieron un recado para una persona seglar que tenía un pique o sentimiento con otra; hizo el juicio de que yo era cómplice, por lo que no recibí buena repuesta, y pasó a más que pensamiento, pues lo manifestó a otras personas, que lo desaprisionaron. En todo estuve serena, sin tener ningún sentimiento por la persona que tenía la culpa de todo. La encomendé a Dios, y de este modo, no perdí nada en este día.

MORTIFICACIÓN

Este día, quinto de la novena del Sagrado Corazón de mi Jesús, correspondía a la mortificación de mis potencias y sentidos. Desde que me levanté, me preparaba con cuidado para la mortificación, y fue más un examen que otra cosa, pues descubría las faltas de otros días, por lo que con mucha frecuencia, tenía que pedir perdón de la libertad que se tomaban mis sentidos, pues en algunas ocasiones, no he estado tan cuidadosa como debía.

Humillada, pedía perdón por mí, ofreciendo a mi Dios todos los méritos de su santísima vida.

Casi todo el día, mi ejercicio cotidiano fue querer, en todo cuanto pudiera, imitar a mi amado Esposo y Señor y a mi Señora y Madre dulcísima.

No dejé de tener en qué mortificarme, aunque no en cosas grandes ni muy trabajosas, porque el alma estaba bien dispuesta, pero no hubiera aprovechado tanto las ocasiones, si con la ayuda de Dios, no hubiera tenido tanto cuidado.

Este día fue de sequedad y mala salud, y como éstas no me fueron trabajosas, conocí que tenía la ayuda y protección de mi Señora y Madre, viendo el cuidado que ponía en todo, como si me estuviera recordando lo que tenía que hacer.

Gracias a mi Dios y a mi dulce Madre, que si no tuvieran tanto cuidado de mí, nada haría, y a pesar de todo esto, soy tan miserable.

OBEDIENCIA

Sexto día de la novena del Sagrado Corazón de mi amado Jesús.

Al levantarme ofrecí a mi Señor ejercitar la virtud que correspondía, que era la obediencia a mis superiores y prelados, y también a toda otra criatura por el amor del que por mí obedeció, no solo a su Eterno Padre, sino también a los hombres más perversos. Esta obediencia me hizo que con dolor, sintiera mis faltas de obediencia, e hiciera el propósito de enmendarme y renovar este voto, todas las veces que pudiera.

Pasé este día, unas veces dando gracias a mi Señor por lo mucho que me ha sufrido, y otras pidiendo perdón, y gracia eficaz para que con fidelidad corresponda a los divinos auxilios, que con tanta liberalidad se me han concedido, particularmente en estos días.

Me parece que el Señor quiere renovar en mi alma las virtudes para que me enmiende, dándome a conocer su valor, para que aprecie mis muchas faltas en ellas, poniendo más cuidado en su práctica, con el solo deseo de agradar a mi Dios, que así lo quiere.

Hice todo lo que podía, obedeciendo a todas, sin atenderme a mí en nada.

FE

Séptimo de la novena. Me levanté con recogimiento. A este día correspondía la virtud de la fe. Mi Señor me ayudó, dándome claridad para conocer los misterios de la santa fe.

Mi ejercicio en este día, fue hacer actos de esta virtud, y al mismo tiempo el de religión, dando a mi Dios adoración y alabanza, pues deseaba darle honor, alabanza y gloria en todo.

Estuve con mucho recogimiento, y como la fe estaba viva, también lo estaba la presencia de mi Dios.

El alma gozaba de gran consuelo, porque conocía que lo tenía en su alma, donde lo adoraba, le pedía, y lo amaba. Se lo daban todo, y de su parte, no hacía más que desear amarle, que le amaran todas las criaturas, y que le conocieran y sirvieran.

Quisiera ser poderosa para poder hacer que todas las criaturas amaran a su Dios, y no lo ofendieran.

AMOR

Este día tocaba la caridad. Mi Dios me prepara, todos los días para lo que quiere que haga, pues mi Señor quiere que con agradecido amor corresponda en algo a tan grandes beneficios, en particular al de quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento.

Este día, mi ejercicio me fue como dado y no buscado por mí, pues me dieron las disposiciones en el alma para el conocimiento de la grandeza de Dios, de la bondad de Dios para con sus criaturas, de su infinita liberalidad dándose a sí mismo, y de la nada de la criatura. Con estos conocimientos, mi Señor ilustró mi alma e inflamó la voluntad en su amor. Ya que no puedo amarlo como se merece, al menos, lo deseaba de veras, y el alma estaba encendida en amorosos afectos de agradecimiento, por mí y por todas las criaturas, y con el deseo de que todas lo amaran y sirvieran. Esto deseaba con ansia, esto pedía, y por esto clamaba todo el día.

ESPERANZA

Último de la novena del Sagrado Corazón de mi Jesús.

También me levanté con recogimiento y humildad, y a la vista de los grandes beneficios de mi Dios, se llenó mi alma de una firme esperanza en la infinita misericordia de mi Dios. En el amorosísimo corazón de mi amado Jesús, encontraba tesoros infinitos de merecimientos, y con ellos, me hallaba rica para poder satisfacer a la Divina Justicia y apelar con más confianza a la Divina misericordia.

Este día el ejercicio fue de la esperanza. Mi esperanza en la misericordia de mi Dios, me dio tanto aliento para pedirlo todo por los méritos del Sagrado Corazón de mi Jesús, que pedía perdón para mí y para todas las almas. Me parecía que no tenía que hacer otra cosa, nada más que pedir.

Así empecé el día y así lo acabé, siempre en la presencia de mi Dios, y deseando su amor y gloria, a cuyo fin se dirigían todas mis peticiones. Todo el día estuvo el alma fervorosa, y sintiendo mucho consuelo de amor.

Dios sea por todo bendito y alabado, porque con gran misericordia me busca y enseña los medios para agradarle, y me ayuda y anima con sus ejemplos.

Pero ¡ay padre mío! yo no correspondo como debo, a tanta luz como recibo. Estos días como llevo dicho, me ha concedido mi Señor mucha luz para perfeccionarme en las virtudes, pero me parece que no adelanto, según lo que recibo, pues no soy tan cuidadosa como corresponde a quien mucho debe, y no tiene ni siquiera para pagar.

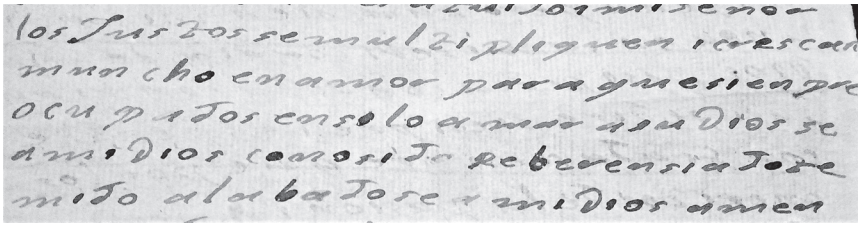
Sería necesario que me mostrara agradecida y servicial, en todo lo que pudiera, aunque fuera en cosas muy pequeñas, para en esto manifestar mi agradecimiento y deseo de corresponder. Me parece que este celo no lo tengo tan vivo como lo debía de tener; no puedo negar que muchas veces, lo tengo cuando, graciosamente, me lo dan, pero entonces, quedo más empeñada, pues mientras más recibo, más debo.

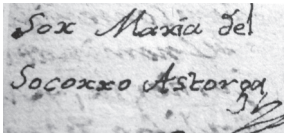
Terminamos con una oración que hacía Sor María del Socorro desde niña y que se encuentra en el libro "Despertador Eucarístico" de D. Juan Gabriel de Contreras, presbítero del Sagrado Corazón de Jesús Sacramentado.

ORACIÓN

Amabilísimo Dios, trino en Personas, y uno en esencia, en quien creo, en quien espero, y a quien amo más que a mi vida, y más que a mi corazón: yo, vil gusanillo de la tierra postrada de Vos, os glorifico, os bendigo y alabo, y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, y por haberme dejado amanecer y llegar a este día; y os ofrezco en él mi vida y mi pobre corazón, y todas mis obras así buenas como indiferentes, y os consagro todos mis pasos, palabras, acciones, pensamientos y cuanto en este hiciere, trabajare o padeciere; siendo mi deseo e intención que en cada respiración mía se multiplique los actos de amor con que más y más os ame, y cumplir en todo vuestra santísima voluntad, como que todo sea puramente por Vos, a vuestra mayor honra y gloria, y en señal de mi agradecimiento a vuestros beneficios, en satisfacción de mis culpas y sufragio de las benditas ánimas. Y este ofrecimiento, para que os sea más grato, lo hago y presento a vuestra Majestad por las piadosas manos de María Santísima mi Señora, uniéndolo todo con los méritos de mi Señor Jesucristo.

Dadme, Señor, vuestra gracia para atenta y devotamente cumplirlo, y librad mi alma de todo pecado, y mi cuerpo de los peligros riesgos de este mundo, para que viviendo en vuestra gracia, consiga veros en la eterna gloria. Amén.





Letra y firma de Sor María del Socorro
Los justos se multipliquen y crezcan mucho en amor,
para que siempre ocupados en solo amar a mi Dios;
sea mi Dios conocido, reverenciado, temido.
Alabado sea mi Dios. Amén.

ÍNDICE

7 Presentación
9 Prólogo
15 Guion Biográfico

21 Infancia y Niñez
23 Nacimiento
23 Su madre del cielo
24 Su piedad infantil
24 Deseos de ser religiosa
25 Raras enfermedades
25 Pequeñas humillaciones
26 Conocimiento de Dios

27 Juventud
29 La pretendieron para el matrimonio
29 Acudí a mi padre
30 Elección divina del convento

31 Ingresa en el convento
33 Toma de hábito
33 Del nombre de Socorro
34 Mi Profesión
35 Monja Profesa
35 A Mí es a quien vas a cuidar
38 Siendo enfermera
39 Miraba al Señor en las enfermas
41 Celadora
41 Una enferma llevada de la tentació
42 De rodillas
43 Quejas
44 Guerra en mí
44 Portera
45 Amor infinito
46 Tentaciones

47 Intercesora
48 El entendimiento no sabe comprender
49 Ver con los ojos del alma
50 Me hiere el corazón como una saeta
51 La nochebuena
52 En mi corazón la cruz
53 Pastor Divino
53 Árbol infructífero
54 Mi amado esposo estaba enojado
55 Vi un campo
55 Segunda persona de la Santísima Trinidad
56 Por más que digan, espero en ti
57 Viendo a mi amado a los pies de Judas
57 Agradecer el beneficio de la Redención
58 Venid pecadores y alcanzaréis perdón
59 A los que me buscan
59 Ver yo que quiere mi amado esposo
60 Dichosa el alma
61 Viene un fuego grande al corazón
62 Y como lo llena todo
62 ¡Oh almas!
64 ¡Oh milagro!
64 Empecé a pedir por todo el pueblo cristiano
65 ¡El que lo experimente, que lo diga!
66 No me importa haberme gastado
67 La madre que deja andar a un niño solo
68 Su santísima humanidad llena de llagas
69 Acompañando a los ciudadanos del cielo
69 Las criaturas temen la enfermedad
70 El alma quiere volar a su Dios
71 Tuve un rato de oración sobre la cruz
71 Despertador Eucarístico
72 Como un padre amoroso
73 Pide la conversión de un condenado a muerte
75 Ramillete de flores
76 Tenía que atender a los pobres
77 Conversión de los pecadores

77 Yo escogí un jumento
78 Lo lleno de dones para que lo reparta
79 Eres mi dueño
79 Cómo aconseja a sus hermanas
80 De poco sirven los deseos sin las obras
81 Oración por los pecadores
81 Transverberación
82 Lo que llamo recogimiento
86 Para reflexionar
86 Un vestido bordado
87 Si me amas
89 Si en una fuente de agua
90 ¡Ojalá! pudiera yo tener tanto amor
90 Tira de mi corazón
91 Gran consuelo
91 Fiel esposa
92 Mi madre y maestra
93 Solo quiero estar alabando
93 Deseaba que fuera conocido
94 Tropezones
95 El entendimiento se admira
96 ¿No estás siempre pidiéndome a mí y no me canso?
98 Al alma se le olvida que es su juez
99 Un niño que llora
99 El amor a mi Dios me quitará todos los temores
100 Como un pobre
100 Una gota de agua
101 El amor me hizo hacer lo que hago
102 Conocía que mi Dios recibía el deseo
103 Dios quería que le pidiera
104 Como las hormiguillas
104 Como los ángeles
105 Cuanto más se conoce, se conoce menos
105 Embebida en su Dios
106 ¿Hasta cuándo vas a ser incrédula?
107 Solo experimentándolo se pude conocer algo
108 Como una ovejilla

108 El único consuelo que tengo
110 Me quedé pensando qué haría
111 Recogida pero con sequedad
112 Que todas las criaturas amaran a mi Dios
113 Me era dulce padecer
114 Anegada en el mar inmenso
115 Sacramento del amor
116 Experiencia mística con un pobre
116 Intercesión por las almas
117 Una candela oculta
118 Batalla de amor
119 Aquella paz dulce
120 Esposo amante
121 Llama viva de amor
122 Un hermano en Sevilla
123 Corona de dolor
124 Coro de vírgenes
125 Siervo perezoso
126 Sumergida en Dios
126 Cadenas de amor
127 Una fuente que tiene algún estorbo
129 ¿Qué haré sin ti, Señor mío?
130 Gloria de mi Dios
130 El padre y el hijo
132 Menos que una hormiga
132 Servirlo de veras
133 Me figuraba un monte
135 Explicación de lo anterior
137 María: Depósito de todos los dones y gracias
138 Llena de Dios
139 Gratitud con las obras
140 Herida de amor
141 Despertador divino
141 Tenía presente la pasión
142 Gusanillos de la tierra
143 Oración a la voluntad de Dios
144 Estar en el cielo

144 La madre con su niño
145 Trabajadora de la pasión
145 Obraría milagros
146 Luz para las almas
146 Un Dios chiquito
147 ¡Qué hermoso sois!
148 Fuego en el corazón
148 Siempre en guardia
149 Me ve, me oye, me mira
150 Dios me da a conocer
151 Con amor y agradecimiento
151 Aquel árbol
152 Mira ahí lo que he hecho por ti
153 Verdadero Dios y verdadero hombre
154 La adornaba con un vestido muy blanco
155 Oración en el huerto
156 Subía mi alma a mi Dios
157 Es imposible conocerlo y no amarlo
158 Oración
159 Era como si una señora estuviera encerrada
159 El alma está a la vista de su amado padre
160 Me sujetaba con dos manos a mi Dios
160 Tu alma es mi mansión
163 El provecho de la oración
163 Pedir por los pecadores, y por su conversión
164 No haciendo caso
165 Sufrida, y paciente
166 Ven a descansar
168 Alabo la gran bondad de mi Dios
169 Adorar y dar gracias
169 Una sala con cristales
169 El alma que se deja labrar
171 Le voy a explicar algo
172 Madre mía
173 Tenía el entendimiento ocupado
174 Viendo a un Dios niño
174 Almas muy alegres

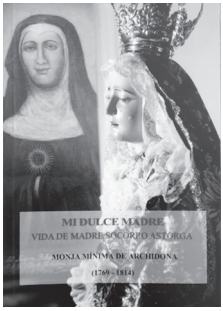
176 ¡Oh almas, que estáis consagradas a Dios!
178 Diciembre 25
179 Algunas veces
179 No es una humildad adquirida, sino dada
180 Querer hacer tu voluntad
181 Como mi Dios me ama de verdad
182 El recogimiento interior
182 Me preparé para la comunión
183 Me puso tan presente todos los medios
184 Mi Dios soplaba este fuego
185 Mi voluntad es
185 Como la piedra imán levanta el acero
186 La memoria de los misterios
186 Que a los pobres no los despachara
187 Adoraba al Verbo
188 Purificaciones
190 Íntima unión
191 No puedo explicar
192 Conózcate a ti
193 Me parece que en estos días
193 Me esforzaba, lo que podía en penitencia
194 Mirada por Dios
194 Confianza
195 Olvido de sí misma
196 Callar
196 Oración por España
197 Sepultada en el olvido
198 Con todas
199 El cielo en la tierra
199 Volver loca
200 Gritos de amor
200 Todo por Dios
201 Incendios de amor
201 Conocimiento de su nada
202 Dios cuida mi alma
203 Un pequeño altercado
203 Más cuidadosa

204 Ascensión
205 Sus divinos ojos
206 Madre amorosa
207 Conformidad
208 Pentecostés
209 Agradar a Dios
209 Tres personas
210 Tu habitación
210 Soplo de Dios
210 Particular protección
211 Como los bienaventurados
212 El entendimiento conoce, la voluntad ama
212 Batalla de tentaciones
213 Me maldecían y amenazaban
214 Gran martirio
214 Los salmos o el Evangelio
215 Vino la luz
216 Empezó a clarear la aurora
217 De nuevo pido
218 Oración por los sacerdotes
220 Oración a la Santa Cruz
220 Corazón de Jesús
221 La cruz en mi corazón
222 En el calvario
223 Al pie de la cruz
225 Alma trinitaria
225 Bien espiritual
226 Cuesta trabajo
227 Alabanza a la Trinidad
228 Conversión de un francés
229 Jesús en los pobres
229 Por las almas del purgatorio
229 Felicidad eterna de sus hijos
230 Dadles una fe viva
231 Almas limpias
231 No quieres aliviarme
232 Buena cristiana

233 Novena al Corazón de Jesús
235 Pequeña candela
236 Humildad
237 Caridad
237 Paciencia
238 Mortificación
239 Obediencia
239 Fe
240 Amor
240 Esperanza
242 Oración (que hacía Sor Mª del Socorro desde niña)

LIBROS PUBLICADOS

Sus escritos espirituales, hasta ahora inéditos, conservados en el Monasterio de Jesús María del Socorro de Archidona, salen ahora a la luz por primera vez en este libro.



Mi Dulce Madre
Vida de Madre Socorro Astorga
Monja Mínima de Archidona
(1769 – 1814)

Monasterio de Jesús María del Socorro
Tl. 952 71 41 84.
Email: minimasarchidona@minimas.org
www.minimasarchidona.org

Este libro se terminó de imprimir el día 31 de marzo de 2018,
Sábado Santo y conmemoración del 204 aniversario de la muerte de
Sor María del Socorro Astorga Liceras, Monja Mínima.

CHA
R I
TAS